UNA ARROLLADORA SIMPATÍA:

EDGAR NEVILLE

De Hollywood al Madrid de la posguerra

Juan A. Ríos Carratalá

ÍNDICE

I. Un encuentro de viejos amigos

II. Un mal día para volver a España

II.1. La última lectura de un poeta y amigo
II.2. Los españoles y la canalla
II.3. Recuerdos de unos años felices
I.4. Un error a expiar

III. Madrid, 18 de julio de 1936

IV. A Londres con paradas intermedias

V. En París con Don Pedro Hambre y otros amigos

VI. Salamanca, 1937: Un forjador imprevisto de la nueva España

VII. Haciendo méritos

VIII. De la pensión al convento: el caso de Conchita Montes

IX. Edgar Neville, propagandista al servicio del bando nacional

X. Una película polémica: *Frente de Madrid*

XI. Un hueco entre los vencedores

XII. ¿Un batallón de peluqueros?

XIII. Bibliografía

XIV. Cronología de Edgar Neville

«El falangismo desencadenó entre los jóvenes una especie de neorromanticismo, con la preferencia del vivir apasionado y peligroso sobre el vivir habitual y racionalizado, del acto heroico sobre la ley inteligente y de la compañía de soldados o la parada de masas sobre la asamblea de jurisperitos o el comicio electoral. El cultivo retórico de esta embriaguez de estilo permitiría luego llamar revolución a una operación de policía y, lo que es más grave, vivirla espiritualmente como si lo fuera» (Dionisio Ridruejo, 1962)

«Aristóteles dijo, y es cosa verdadera,
que el hombre por dos cosas trabaja: la primera,
por el sustentamiento, y la segunda era
por conseguir unión con hembra placentera.
Si lo dijera yo, se podría tachar,
mas lo dice un filósofo, no se me ha de culpar.
De lo que dice el sabio no debemos dudar,
pues con hechos se prueba su sabio razonar»
(Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*)

I. Un encuentro de viejos amigos

El 16 de noviembre de 1964, en una confortable vivienda situada cerca del madrileño estadio Santiago Bernabeu, dos viejos amigos compartieron mesa y mantel con el anfitrión, Edgar Neville, que «comió como un buitre», según la anotación de César González-Ruano en su diario. Antes les había mostrado con orgullo un cuadro de Solana, «un Bosco como una joya» y otras pruebas del buen gusto de quien estaba acostumbrado a recibir en su casa a lo más selecto de la sociedad madrileña, sin haber desdeñado nunca la compañía de toreros, artistas de aire flamenco y bellas actrices.

Los contertulios disfrutaban hablando de las mujeres; en plural, para abarcar una variada tipología. Dos días antes, César González-Ruano en *ABC* había elogiado un libro de poemas de su amigo y anfitrión, «lleno de una nostalgia que, por varonía imperiosa, no se resigna a ser sólo nostálgica». Comentarían algo acerca del esquivo atractivo de Julia Antuna, aquella joven marquesa de Paúl cuya belleza era capaz de reavivar una vocación poética y despertar una «varonía imperiosa» en quien tan cerca estaba de la muerte. Y de

la somnolencia, que a Edgar Neville se le presentaba en las ocasiones más inoportunas por un problema de salud. Sus amigos, no obstante, preferirían evocar las visitas de Ava Gadner. Quedaron grabadas, o imaginadas, en el recuerdo de aquellos años en los que también asistían a las fiestas que daban los millonarios americanos, algunos relacionados con la Embajada y la CIA. Eran las noches de un Madrid aristocrático, esnob y canalla. El de la penumbra y el neón, un archipiélago de señorío y golfancia tolerado por la dictadura con islas que llevaban nombres como Pasapoga, Chicote, la parrilla del Palace, Villa Rosa, el Corral de la Morería, Casablanca, Morocco, Riscal... Un mundo caro y selecto, cuyo relativo libertinaje contrastaba con la pacata moral de la capital en años de hipocresía, melindres y mogigateces. Empezaba a ser sustituido por el de las noches del Oliver y otros locales, adonde también acudía un Edgar Neville que impartía clases prácticas de saber envejecer. Quintaesenciadas, luego aparecían en las terceras de *ABC*: «El calendario es para recordarnos lo que debíamos haber hecho ayer y no hicimos. Por eso yo sólo tengo el calendario de *Playboy*, con unas chicas estupendas y los números del mes tan pequeñitos que apenas se ven». Las viejas lectoras siempre le consideraron un caso imposible. No le importaba; ya se había tomado cumplida venganza en algunas de sus obras. En el fondo, aún era «el niño revoltoso que se muerde las uñas», mientras sus ojos claros «están llenos de malicia candorosa».

Aquellos magníficos cuadros y otros detalles de la nueva casa de su amigo no sorprendieron a César González-Ruano, que era un experimentado, y audaz durante su estancia en el París ocupado por los nazis, tasador de obras de arte. Una faceta que tenía un tanto olvidada para atender a sus obligaciones como prolífico y celebrado articulista. César González-Ruano también había sido esporádico coguionista, junto con Edgar Neville, cuando ambos trabajaban en la Cinecittá de Benito Mussolini, cuyo retrato todavía seguía colgado en casa del exquisito poeta Eugenio Montes. Los tres autores habían coincidido en el Albergo Russia de la colina del Pincio, en una Roma que, a menudo, echaban de menos. Por distintas razones, pues Edgar Neville no compartía el entusiasmo por el apabullante clasicismo de la vieja capital. Las huellas de su etapa vanguardista

nunca desaparecieron. Tampoco un sentido práctico y un humor incompatibles con el Imperio, aunque fuera el más clásico.

César González-Ruano lucía un daliniano bigote y, espiritado como un conde del Greco o un hidalgo desheredado, cuidaba otros detalles propios del aspecto de alguien acostumbrado a fumar con boquilla. Cultivaba una elegancia otoñal que daba un aire refinado a su rostro anguloso y pálido. Era el de un individuo capaz de divulgar el rumor de una supuesta hemoptisis, enfermedad propia del destino maldito de enamorados siempre pálidos y refinados. Evitaba así que le envidiaran los colegas cuando ganaba dos premios seguidos con sus artículos periodísticos.

Edgar Neville había optado por una apariencia más informal, aunque durante décadas mandara comprar sus trajes en Londres. Tampoco podía cultivar el porte decadente que suele aportar una delgadez bien llevada como la de César González-Ruano, a pesar de la pertinaz tos curada a base de cigarrillos y café. La galopante obesidad de Edgar preocupaba a quienes le trataban, privados de su simpática compañía cada vez que se refugiaba en alguna clínica de adelgazamiento. A veces en una aséptica Suiza que le aburría. Lejos de su querida Marbella, donde todavía no contaba con estos adelantos capaces de hacer tambalear una sólida fortuna. Era, no obstante, un empeño tan inútil como reiterado, apenas un intervalo en su disfrute de la vida y en su culto a la amistad.

Edgar Neville siempre disponía de un tiempo generoso para quienes habían compartido con él experiencias, ilusiones y desengaños. En aquella velada de 1964, tan cercana a la muerte de sus protagonistas, charlaba con dos viejos amigos. A César le fascinaba lo aristocrático hasta el punto de haberse atribuido un imaginario marquesado. Y admiraba a Edgar, un Conde de Berlanga del Duero culto, ególatra y mundano; con un punto entre frívolo y canalla. El imprescindible para mantener un humor, su tarjeta de presentación, que siempre apreciaron quienes le rodeaban: todos consideraban que la suya era una simpatía arrolladora.

Las relativas penurias económicas de César González-Ruano, resueltas a base de numerosas colaboraciones periodísticas, contrastaban por entonces con la situación de su anfitrión. Todavía iban de boca en boca los memorables éxitos

teatrales de *El baile* (1952) y *La vida en un hilo* (1959), que llegaron a las mil representaciones a lo largo de varias temporadas y traspasaron las fronteras. Ya quedaban lejos, no obstante, los tiempos en que los más celebrados comediógrafos empalmaban sus estrenos gozando de la fidelidad del público. También de una fortuna basada en las liquidaciones trimestrales de la SGAE. Edgar Neville permanecía pendiente de las mismas, pero su privilegiada situación, tan envidiada por los colegas, tenía otro origen. Era el único heredero de una familia rica y singular, evocada por él con una sonrisa que compartían quienes le escuchaban sus relatos de abuelos galantes y atrabiliarios. Se sentía identificado con esa tradición. La rememoraría en unas creaciones literarias donde prevalece lo autobiográfico, expuesto con la libertad de quien sólo firmó un pacto consigo mismo que no le comprometía a sacrificar la felicidad en aras de una puntillosa verdad. Se movía en aquellos recordados ambientes con la habilidad que también demostró en la alta comedia. Sus elegantes protagonistas nunca hablan de dinero. Se evidencia y hasta dilapida. Es lo natural entre quienes llevan varias generaciones sin preocuparse por el tema.

El Conde de Berlanga del Duero siempre había vivido como un rico. Aparte de heredar una considerable fortuna, era marido de una no menos afortunada mujer, Ángeles Rubio-Argüelles, cuya madre, la beata Carlota Alessandri, había vislumbrado con sagacidad de propietaria el futuro de Torremolinos y otras localidades malagueñas. Aunque llevaba treinta años sin convivir con su esposa, Edgar Neville estaba al tanto del valor de aquellos bienes inmobiliarios. Y los promocionaba con una conciencia de su interés que no era compartida por Angelita, quejosa a menudo por su tacañería. También porque no la invitaba a participar en las fiestas que daba en Malibú, la residencia que a principios de los años cincuenta Edgar Neville había comprado a su arruinado amigo Ricardo Soriano Scholtz-Hermensdorff, marqués de Ivanrey. Este pionero del turismo y la producción cinematográfica también era aventurero, aeronauta y diseñador de una revolucionaria motocicleta entre otros variopintos artefactos. Fue así liquidando una inmensa fortuna con la idea de morir a los cincuenta años. Calculó mal, no falleció a tiempo y sus últimas peripecias estuvieron marcadas por la penuria. Ya conoceremos otros tipos singulares en el entorno de quien no lo fue

menos gracias a su desparpajo y despreocupación. Tras convertirse en un obligado punto de encuentro de cuantos escritores, artistas y faranduleros residiesen o visitasen Marbella, a finales de los sesenta, Malibú acabaría en manos del actor escocés Sean Connery. Se la vendió Conchita Montes por diecisiete millones de pesetas. «Un mal negocio», según la familia y la secretaria de un difunto que había dispuesto que la finca pasara a manos de su compañera sentimental durante tantos años.

Edgar Neville era, en aquellos tiempos de un turismo en pleno auge, miembro de la cooperativa de promotores de la Costa del Sol, presidida por el Ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne. Mantenía así buenas relaciones con las autoridades locales, siempre dispuestas a utilizar sus servicios como hombre de mundo. También defendía sus intereses inmobiliarios y los de su esposa, con la que no convivía desde 1933. Celebraban periódicos y pacíficos encuentros familiares que, cuando acontecían en Madrid, obligaban a «la Montes» a permanecer alejada para evitar conflictos. Los propios de unos celos que acabaron con cartas y diarios lanzados al fuego. Eran más agradables las reuniones en la reconstruida Villa Carmen de Málaga, destrozada por «los rojos» en 1936 y orgullo de la familia.

Estos desplazamientos por la costa malagueña inspiraban algunos ocurrentes artículos en las terceras de *ABC.* Edgar Neville exaltaba las maravillas del turismo y reclamaba, sin levantar la voz, algunas mejoras en las infraestructuras. Se presentaba como un reivindicativo defensor del interés empresarial, pues pensaba que «La Costa del Sol es un inmenso parque de atracciones creado hasta ahora exclusivamente por empresas particulares, cuyo beneficio principal va a parar al Tesoro público». Nunca, ni siquiera en sus obras teatrales, comprendió el porqué de una Hacienda que llegó a sentirse molesta con sus comentarios. Pertenecía, como creador, a un grupo generacional al que le gustaba defender posturas adánicas en este tipo de cuestiones.

Edgar Neville también pasó por dificultades económicas, hipotecas y apresuradas ventas, habituales entre quienes se dedicaban a negocios tan singulares como los cinematográficos y teatrales. No se las contó a Federico Gallo cuando acudió al programa de TVE *Ésta es su vida*, pues en el mismo sólo

se glosaba lo ejemplar y positivo, evocado con el animoso tono de aquellos presentadores que imitaban al incombustible locutor del NO-DO. Edgar Neville sufrió, no obstante, como productor y empresario los vaivenes de una fortuna que, con discreción aristocrática, en lo referente al dinero negaba en público y por escrito. Nunca los explicó ni lamentó. No era su estilo. Formaban parte de una trayectoria intensa y vital. Tenía sus riesgos, fruto de un destino regido por el azar. Los afrontó, con espíritu emprendedor propio de un optimista que no solía admitir límites a la hora de satisfacer gustos e inquietudes. Tampoco estaba acostumbrado a que se los recordaran y, cuando así sucedía, le molestaba hasta el punto de reaccionar de forma temeraria.

El niño que disfrutara en el Parque del Retiro y el Palacio de Oriente junto con las criadas, tantas veces evocadas, pronto se convirtió en un «pilarista» del madrileño colegio del Pilar. Allí convivió con muchachos de selectas familias sin perder la gracia y la espontaneidad de un pollo de casa bien que manejaba el bastón con soltura. Su amigo Agustín de Foxá añoraba aquellos años con una tristeza que nunca le abandonó:

> Un coche de caballos, lento hacia el horizonte;
> landó viejo y violeta, de caballos canela,
> y en él, mi niñez triste, mirando las acacias
> y los escaparates de antiguas primaveras.

Edgar Neville recordaría imágenes más divertidas y vitalistas de una privilegiada infancia. Nunca la dejó atrás gracias a su fértil memoria, pero apenas tuvo tiempo para la melancolía desde que completara su formación escolar en el no menos selecto colegio de Saint Marie (París). Allí aprendió un idioma que tan útil le sería. También realizó instructivas visitas al Moulin Rouge, en compañía de unos primos que, por su edad, podían gozar más intensamente los placeres de la *belle époque.* A menudo la rememoraría en sus comedias y relatos para plasmar su concepto de felicidad, lo único que podía justificar una vida. Nunca albergó dudas al respecto mientras lamentaba, sin perder el sentido de la elegancia, el hundimiento de un viejo mundo cuya imagen era una mezcla de recuerdos personales y lecturas siempre más sugestivas que la realidad. Puestos a escribir, esa armónica imagen del pasado resultaba más sugestiva que un presente donde también vivía a plena satisfacción.

La contemplación de los primeros desnudos femeninos, que jamás le dejaron indiferente, le hizo olvidar el internado en El Escorial, «con frailes por todas partes y con una mezcla de inútil rigor en la disciplina y real ordinariez». De aquel frío lugar se había librado gracias a la aristocrática sensibilidad de su progenitora, incapaz de escuchar un «¡¡¡Madre!!!» gritado como si su hijo fuera un gañán. La acompañó por diferentes capitales europeas en una adolescencia que nunca terminaría de añorar. Huían de una incipiente tuberculosis curada con baños de sol en las montañas de Suiza, donde Edgar Neville también practicó deportes alpinos que compaginaba con la lectura de unos clásicos franceses que le resultarían tan familiares como los españoles. Nada amenazador aparecía por entonces en el horizonte, pero ni su voluntad ni su destino le permitieron permanecer en aquellos privilegiados refugios. Eran tiempos de cambios intensamente vividos por un enamorado de la vida. Pronto tuvo que afrontar situaciones difíciles mientras continuaba una hedonista celebración del amor y la amistad, la base de sus mejores creaciones.

La fortuna familiar fue de más a menos. Nunca hubo en aquella casa una mentalidad burguesa en lo referente al trabajo y el gasto. El dinero iba y venía de acuerdo con una lógica cuyos fundamentos resultaban tan singulares como caprichosos. El joven aristócrata no siempre pudo ser un creador por amor al arte, su ideal en el caso de haber contado con un mecenazgo más sólido. Tras colaborar en una larga serie de revistas a cambio de una escasa remuneración —*Buen Humor, Nuevo Mundo, Pinocho, Chirivitas, Aire Libre, Gutiérrez, Residencia, Orientaciones, Revista de Occidente, La Gaceta Literaria*...—, Edgar Neville emprendió en 1928 la aventura americana como diplomático que, en realidad, deseaba trabajar en Hollywood. Había descubierto su vocación cinematográfica al ver *El demonio y la carne* (*Flesh and the Devil*, 1926). Greta Garbo le dejó fascinado durante varias temporadas: «Cuando aparece Greta Garbo en la pantalla el espectador normal pierde el sentido de lo que está viendo, la ilación del asunto, el interés por él y se dedica tan sólo a abrir bien los ojos» (*La Pantalla*, 16-III-1928). En Washington inició su carrera como diplomático, con todo el tiempo libre para dar cuenta de los estrenos en Broadway en su calidad de corresponsal de *La Pantalla* y admirar bellezas como la de Thelma Todd, «que

hace de Venus de Milo... sólo que en mucho más guapa. ¡No tenéis idea de cómo está esa criatura!». Sus artículos también explicaban detalles acerca de los líos amorosos de su admirada Dolores del Río. Mientras tanto, acudía a elegantes bailes, deambulaba por los elegantes barrios de Nueva York sin olvidar otros donde sonaba una música negra que le entusiasmó y conseguía recomendaciones para presentarse en Hollywood.

No le fue mal, poco después, en aquella California que conoció durante unas bien planificadas vacaciones. Edgar Neville pronto confirmó su intuición de que podía aprender y triunfar en un lugar donde todo parecía joven y bello. Había que disfrutarlo, con naturalidad algo distante para no revelar ciertas urgencias en el goce. Decidió, por lo tanto, prolongar las vacaciones hasta que consiguió la primera excedencia como diplomático sin sueldo. Trabajó para la Metro-Goldwyn-Mayer y, a tono con sus amigos cineastas, invirtió en una bolsa neoyorkina de ignoto funcionamiento. Mal asunto; perdió dinero durante su estancia en Hollywood, junto con su íntimo Charles Chaplin. Se habían quedado sin criterio propio frente a los desnortados financieros del *crack* del 29. Edgar Neville tuvo que prescindir del mayordomo japonés; un poco tonto y manazas, pero que tan útil le resultara para evitar situaciones comprometidas en lances de amor y deudas.

Los resolvió, como haría con otros que en el futuro marcarían un devenir que huía de lo anodino y rutinario. Ya en España desde octubre de 1931, fue autor teatral y director cinematográfico bien pagado durante los años republicanos. Edgar Neville los vivió con intensidad, a la búsqueda de un éxito que apenas se le resistió como «fino escritor humorista». Nunca cesó en su polifacética actividad. Tras algunas experiencias rocambolescas y burlonas en los comienzos del cine sonoro, también fue productor sin riesgo en la inmediata posguerra, hasta que la legislación le resultó menos ventajosa. Sus películas más personales apenas gozaron de los favores dispensados por las juntas de censura y clasificación. Las autoridades franquistas los reservaban para otros cineastas más dóciles y previsibles. O para productores de amplia sonrisa y «camisa vieja» como Cesáreo González, que por entonces levantó Suevia Films. A Edgar Neville

le molestó su magra participación en el reparto de estos privilegios[1], pero no le importó. Podía ganar —como le explicó a un asombrado joven llamado Fernando Fernán-Gómez— un millón de pesetas por película sin necesidad de contar con la taquilla. Una inusitada cifra en los años cuarenta, cuando la mayoría sólo tenía referencias de los millonarios gracias a los tebeos que los mostraban gordos y con puro. También podía quedarse sin cobrar, pero eso no se lo contó.

España vivía una posguerra de pensamiento más uniformizado que único. Edgar Neville criticaba la moda de las faldas largas por el despilfarro de tela que suponía en tiempos de penurias y, en la revista *Primer Plano,* polemizaba con los defensores de un cine al servicio de un Imperio donde no cabía el humor o el apunte costumbrista. Una polémica amable y respetuosa, mantenida entre amigos y en la que el director de *Domingo de carnaval* (1945) explicaba su estilizada concepción del sainete para recrear una veta popular que nunca le abandonó. Tampoco un criterio libre e imprevisible, que a veces le llevó contra corriente por insospechados caminos. Al mismo tiempo, en las entrevistas abogaba por la ambición para superar las películas «ñoñas» —«filmando novelas rosa no lograremos vender un film fuera de nuestras fronteras»— y «la pobretería», un mal endémico del cine español que le desagradaba.

Su imagen personal era coherente con sus aspiraciones cinematográficas. Aparecía en las páginas de la citada revista con atuendo informal y recordando el *glamour* del Hollywood que había conocido. También enseñaba la nueva mansión, con piscina y huerta al modo californiano. Propia de quien consideraba que los directores debían ser ricos, «por la independencia que [esta circunstancia les] da». ¿Sólo para escoger los mejores guiones...? Aquel reportaje fotográfico causaría la envidia de los colegas y amigos, ya asombrados con su anterior casa en la calle Serrano, donde pronto se deshizo de la sobria camisa azul que llevara durante la guerra. Su bienhumorada obesidad le molestaba a la hora de

[1] No siempre fue así, pues una de las facetas menos conocidas de Edgar Neville es la de su participación en productoras como CEPICSA, donde coincidió con financieros del poder de Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, y representantes del integrismo nacionalcatólico como el padre Venancio Marcos. Gracias a la misma sacó adelante proyectos ajenos a su cine de autor: *Correo de Indias* (1942), por ejemplo, que curiosamente sustituiría a *Rojo y Negro* (1942), de Carlos Arévalo en una de las circunstancias que rodean el misterio en torno a esta última película, con la que Edgar Neville se podría sentir muy identificado por entonces. No obstante, siempre tuvo claro que en la industria cinematográfica había que estar a las duras y las maduras.

mantener una actitud marcial. Sabía que no era la suya, le parecía demasiado rígida. No le gustaban los uniformes; estaba más cómodo llevando una sahariana, amplia, con un par de botones desabrochados y sin el agobio de la corbata.

Edgar Neville se mantuvo alejado de la mentalidad burguesa. En 1944, y hablando del humor codornicesco y desorbitado, señala en una entrevista que «se acaba de triturar una civilización burguesa y falsa, que traía renqueando un siglo de cursilería y de convenciones, atado a los faldones del último chaqué» (*El Español*, nº 91, 22-VII-1944). Palabras más ingeniosas que rigurosas para referirse a una mentalidad que asociaba con las visitas de cumplido, las frases hechas, las novelas románticas de los folletines y las andanzas del niño Juanito. La consideraba «cursi y contagiosa», plegada a un orden y un convencionalismo que retrataría con ironía en comedias como *La vida en un hilo*. Ramón, «el rey de los pelmazos», es un verdadero peligro público, capaz de hacer «más daño con su aburrimiento que un asesino». Mercedes debe elegir a Miguel, el artista vital y sonriente que desafía los prejuicios de «los Sánchez». Así termina la citada comedia, una tácita y hábil defensa del divorcio. Y cualquier otra obra suya, donde siempre triunfan el azar, la vitalidad, la alegría, la espontaneidad... Nadie preguntaba a sus protagonistas por qué tenían la sonrisa en los labios; ni siquiera el propio autor. Nunca se interesó por los antecedentes, que tanto preocupaban a los dramaturgos realistas de aquella época. No cultivó «el miserabilismo» denostado por Agustín de Foxá. La vida era un destino azaroso, aunque en sus comedias la brújula siempre indicara el mismo norte, el de la felicidad.

El elegante hedonismo no convirtió a Edgar Neville en un aristócrata inconsciente, capaz de dilapidar en nombre de la estética, la felicidad o la decadencia. No confundió los modelos literarios con las prácticas cotidianas. Era tacaño, sin disimulos ni complejos, con quienes le rodeaban. Su amigo Antonio de Lara, *Tono*, contaría sabrosas anécdotas en este sentido. Al mismo tiempo, derrochaba el dinero y la vida cuando le resultaba oportuno. Y ya se sabe, el dinero, en el cine, nunca es una inversión segura, siempre va y viene. Convenía apurar cada momento, como señalara su hijo «Jimmy» mientras recordaba mil y una anécdotas de un padre tan singular. Él y su hermano Rafael, protagonista de

sonados escándalos en una pacata sociedad provinciana, no fueron menos singulares mientras finiquitaban la fortuna familiar.

Edgar Neville se encontró con productores huidizos, una especie bastante habitual en la España del estraperlo y el gasógeno. Aunque versado en la picaresca cinematográfica desde los años treinta, no pudo cobrar por algunos de sus trabajos como director. Se enfadaba; sin alarmismo. Incluso aprovechaba la experiencia para algunos de sus relatos que tanto interesaron al Fernando Fernán-Gómez de *El vendedor de naranjas* (1961)[2]. Estaba acostumbrado a estas emociones fuertes y confiaba en un nuevo golpe de suerte, aunque ahora fuera como empresario teatral. En la recámara quedaba el recurso de acudir a los Fierro, fieles banqueros relacionados con su familia y conocedores de unos avales que permitían un margen de confianza. También le quedaba la posibilidad de estrenar una de sus «comedias de la felicidad», a pesar de que no siempre encontrara las puertas abiertas tras algunos éxitos. Nunca lo terminó de entender, sin que esta circunstancia le llevara a escribir larguísimos prólogos al modo de los de Enrique Jardiel Poncela. Puestos a amargarse inútilmente, prefería disfrutar de las delicias de un buen *camembert*, una de sus perdiciones que le habían prohibido los médicos.

Estas y otras experiencias con los productores y las autoridades cinematográficas habían sido contratiempos. Amargos, pero inevitables en la trayectoria de un individuo cuya vitalidad, cultura e ingenio rompían la imagen del aristócrata holgazán. Nunca lo fue ni tuvo tiempo para el aburrimiento. Ni siquiera en su corta vejez, que le llevó a la práctica de un enamorado lirismo y a la pintura paisajística. Sin descuidar los negocios y las relaciones públicas, su verdadero punto fuerte. Ya tendremos la oportunidad de comprobar la eficacia de su arrolladora simpatía.

Edgar Neville era un tipo impulsivo. Nunca demoró una respuesta o una iniciativa. Tampoco las dejaba madurar ni aspiraba a una perfección que le aburría. A veces resultaba agobiante para quienes eran incapaces de compartir sus repentinos entusiasmos. Cultivó la cultura del viajero, que en su caso suponía

[2] También *El viaje a ninguna parte* (1985), del mismo autor, tiene entre sus fuentes *La piedrecita angular* (1957), de Edgar Neville, cuya segunda parte es un relato de las peripecias de una triste compañía teatral por las tierras manchegas.

un rasgo de la modernidad vanguardista compartida con otros colegas. Sus maletas siempre las tenía listas, sin apenas lastre para poder así satisfacer un espíritu inquieto y poco contemplativo: «Es gracioso verle aparecer, desaparecer, reaparecer. Es la osadía libre, con algo de saltamontes», según el apunte de su admirado Ramón Gómez de la Serna.

Edgar Neville centró sus esfuerzos creativos en una vida a menudo apasionante, que alimentó muchas de sus obras literarias y desgranó en innumerables anécdotas. Las contaba una y otra vez en las tertulias que, durante décadas, gozaron de su presencia, imprescindible para quienes «el todo Madrid» era un número limitado y fijo de caras conocidas. Apenas un grupo, tan divertido como ocurrente, siempre dispuesto a disfrutar de unas largas noches que terminaban en algún tablao, bien elegido por un Edgar Neville que sabía del tema. Le gustaba sentar cátedra como flamencólogo y taurófilo. Nadie se lo discutió. Ni siquiera su idolatrado Juan Belmonte, amigo de tantos bohemios de casa bien que serían retratados por la mejor pluma de Francisco Umbral. Tampoco, como es lógico, quienes más críticos fueron con las películas que dirigió aprovechando cualquier oportunidad para insertar imágenes de flamencos y toros.

En 1964, una vez superados los sesenta años sin perder un ápice de su humor, Edgar Neville disfrutaba de una envidiable situación, al menos a ojos de los demás. Las únicas sombras eran la obesidad, con la que mantuvo una ciclópea lucha tan inútil como flexible, y el amor, en concreto el que sentía por una joven que no le correspondía. Julia Altuna era una malagueña hermosa y rica. Esa tentación resultaba demoledora para su voluntad, débil en cuestión de mujeres y fidelidades. Dejada atrás la frontera de los sesenta y con su experiencia, no debía descuidar las formas. Habló, escribió, publicó..., pero sabía ser elegante hasta en las contrariedades, que despertaron su aletargada vena poética y, como premonición, alguna comedia justificativa de sugerente, para él, título: *Veinte añitos* (1954), los de una Julia cuyo fruto acabaría siendo *Prohibido en otoño* (1957), otra comedia de raíz autobiográfica. Era el canto de cisne de un enamorado del amor y la vida, tan alejado de otros «novios de la vida» de raíz popular como Paco Rabal, con los que por entonces coincidía, guitarra en mano,

en algunas noches golfas. Él, en lo referente a las mujeres, no trataba de recuperarse del hambre pasada devorándolo todo. Al igual que su personaje Javier Navarro, «Nunca se había enamorado de mujeres insignificantes; siempre habían sido excepcionales por su belleza o por su originalidad personal» (*Frente de Madrid*). Tendremos ocasión de comprobarlo. Había estado, pues, bien servido. Y a su edad, la «varonía imperiosa» también podía quedar satisfecha gracias a una confesión lírica mandada a la imprenta de su amigo Ángel Caffarena. Llegado el caso, Conchita Montes le dejaba por imposible. Su esposa tampoco estaba dispuesta a sufrir tras décadas de infidelidades tan públicas como despreocupadas.

Edgar Neville nunca dejó de considerar el amor como un juego, donde se ganaba o se perdía sin que nada fuera definitivo. Un juego intranscendente y necesario, como tantos otros que marcaron la vida de quien había aprendido, gracias a su maestro Ramón Gómez de la Serna, a huir del «mundo adulto de los adultos». También disfrutaba con temas como la mujer de ámbar, el acueducto de Segovia o la vida en un gran hotel de Suiza. Es decir, la no vida, el ocio, donde las pasiones siempre parecen plomizas.

Se hablaría de mujeres en aquella velada de 1964. Era un tema que dominaban unos contertulios que despreciaban a quienes temían los pecados de cintura para abajo. Otras muchas circunstancias y recuerdos unían a César González-Ruano y Edgar Neville en una amistad donde se profesaban mutua admiración. Habían establecido una higiénica distancia con respecto a lo más vulgar y chabacano de un franquismo que, en lo esencial, compartían y defendían porque les resultaba cómodo y hasta beneficioso. Pertenecían a la España de los vencedores en 1939, aunque solían tener el buen gusto de no recordarlo más allá de lo necesario. Ya en los primeros tiempos de la Victoria habían comprendido que ganar una guerra, y más una guerra civil, no era motivo de prestigio para un intelectual. Nunca cultivaron un estilo bronco o excluyente, al margen de algunos entusiasmos efímeros en la década de los treinta. Y, puestos a disfrutar de una buena sobremesa, preferían recordar un pasado común de anécdotas y golpes de ingenio, compartido con otro asistente a la cena, José Caballero.

Pepe era un viejo amigo de los tiempos de la Residencia de Estudiantes. Afamado pintor, escenógrafo e ilustrador, había sido uno de los colaboradores de Federico García Lorca que, durante la guerra, militaron en el bando vencedor. La imagen del poeta permaneció en su recuerdo y en un presente donde siempre encontraba ocasiones para evocarle. No recitó versos del *Romancero gitano*, como algunos enardecidos alféreces que conoció Edgar Neville en los frentes de batalla. Sus ilustraciones en la falangista *Vértice* (1936-1946) todavía sorprenden por su ambigüedad conceptual en tiempos del más feroz maniqueísmo, alimentado por «la literatura de munición» de la que hablara Rafael Sánchez Mazas. José Caballero evitó tales excesos y tuvo la oportunidad de realizar distintas tareas en la «Compañía de Propaganda», impulsada por un Dionisio Ridruejo dispuesto a rechazar —bronca incluida— a uno de los asesinos del poeta granadino: el también falangista Ruiz Alonso. Aquella bronca sería varias veces glosada en memorias y palinodias. Veinticinco años después, Edgar Neville lamentaría que el régimen impuesto por los sublevados no procesara a dicho individuo, un perfecto chivo expiatorio para quienes se sintieron al margen de cualquier represión. Ninguno de ellos tuvo el mal gusto de apellidarse Ruiz. El propio Edgar Neville presumía con humor de que fuera verdadero lo que parecía un seudónimo. Incluso, antes de la guerra, ironizaba sobre las consecuencias de haberse quedado sin un santo que le patrocinara en el Cielo[3].

Los muchos años de tertulianos daban a los tres amigos materia sobrada para hablar después de una buena cena. Tenían experiencia en estas lides del ingenio y la pausada conversación, donde varios colegas habían vertido sus mejores, y efímeras, creaciones. A veces las únicas que culminaron en un ámbito cultural poco exigente donde, a partir de 1939, se sabían sin competencia. Estaban en una nómina que apenas sufría alteraciones, con un escalafón sólo

[3] Edgar Neville era hijo de un ingeniero inglés afincado en España. El título nobiliario lo heredó por vía materna. En 1925 había escrito: «Esto de estar sin santo es situarse en la vida en condiciones de inferioridad. Un santo es como un padrino de los que se llaman como él; el santo de cada cual debe ser una especie de abogado allá arriba, un abogado que desmienta los chismes que le inventan a uno los enemigos, y que a veces intercede porque la salga bien una aventurilla o una operación financiera.
Yo no tengo santo y, por lo tanto, quien me defienda en el otro mundo. Cuando muera después de mi vida ejemplar, iré seguramente al cielo, y temo que allí las almas estén agrupadas por nombres: la nube de los Pepes, la nube de los Felipes, etc. ¿Y dónde me coloco yo? Es jocoso el pensar en

alterado por fallecimientos y jubilaciones. En ocasiones señaladas, registraba vaivenes propios del juego de familias que se daba entre los vencedores. Eran comentados, sin levantar la voz, en cenáculos con voluntad de permanencia y composición funcionarial.

Edgar Neville, además, no fue un estudiante dispuesto a hincar los codos, tampoco un literato capaz de luchar con las comas y los vericuetos del léxico. Nunca disfrutó del don, o el límite, de la paciencia. La lima horaciana no figuró entre sus útiles de trabajo. Siempre le esperaba algo o alguien más divertido. Aprendió lo necesario en las tertulias de su juventud, adonde acudía impulsado por una precoz inquietud literaria y teatral con divertidos episodios que evocaría a menudo, como el estreno de un vodevil, *La Vía Láctea*, en El Chantecler. No había cumplido los dieciocho años, era un enamoradizo poco dispuesto a la contemplación platónica y las gracias de La Chelito no fueron motivo suficiente para justificar, ante la autoridad competente, una calaverada de señorito que a nadie alarmó[4]. Otras muchas también fueron evocadas años atrás en unas reuniones de amigos donde se evitaba el gesto adusto y se consideraba la juventud como la única edad de oro.

Junto a maestros como Ramón Gómez de la Serna y José Ortega y Gasset, Edgar Neville había ejercitado el difícil equilibrio de una sabiduría amena y mundana, puesta de manifiesto con una gracia personal de la que disfrutaban sus numerosos amigos. Y en aquella sobremesa del 16 de noviembre de 1964, puestos a recordar, el siempre ingenioso Edgar Neville contó una vez más «cosas de nuestra guerra civil», anécdotas y experiencias de unos años intensos evocadas con humor: «Según su versión, todo quedaba disparatadamente

---

el lío que se van a hacer los acomodadores celestes a mi llegada.» (*Buen Humor*, 12-IV-1925). El Ministerio de Estado parece haber previsto este problema y, oficialmente, se llamó Edgardo.

[4] La trascendencia de este episodio fue aumentando con el tiempo gracias a la fértil memoria de Edgar Neville, dispuesto siempre a evocar desde una perspectiva tan marcada por el presente. Valga como muestra el diálogo que, en *La niña de la calle del Arenal*, imagina para explicar cómo el protagonista pretendió evitar la censura de su vodevil: «Mire usted, señor Director [General de Seguridad], es mi primera obra. Tal vez detrás de ella me aguarda una carrera de dramaturgo. No todos los días se encuentra ocasión de estrenar, sobre todo cuando se es joven. Si la obra es verde también lo es el público que va al Chantecler, y le recuerdo que la asistencia a ese espectáculo no es obligatoria. Es ilegal queremos salvar a la fuerza, cada cual tiene su destino y debe usar su libre albedrío con entera libertad» (p. 26). No hablaba el muchacho de diecisiete años, sino el comediógrafo de cincuenta y cinco harto de los tiquismiquis de los censores franquistas.

divertido», tal y como refleja en su diario César González-Ruano. El propio Edgar Neville lo corroboraría en una entrevista concedida, por aquel entonces, al periodista Marino Gómez-Santos:

> Y, por fin, y cuando era oportuno, entré en España y me fui al frente de Madrid, donde viví un año de compañerismo con Gregorio Marañón [Moya], Alfonso Sánchez, Arozamena, Gil de la Vega, Sainz de la Hoya, Solano, Cepeda, Gasset y varios más. Mentiría si dijera que no me divertí como un loco con los amigos y con las excursiones nocturnas a la Universitaria, donde nos recibía fastuosamente el estupendo Ríos Capapé (1969:359).

El coronel Joaquín Ríos Capapé —qué hallazgo de segundo apellido— aparece como personaje en el relato *Frente de Madrid*: «Un ruido de tacones que se juntan y de armas que se presentan bordeaba siempre los caminos del coronel Ríos Capapé». Nada se dice de sus macabras felicitaciones a Millán Astray cada vez que «el glorioso mutilado» sufría una nueva herida. Las recordaría en Valencia, cuando llegó a lo más alto del escalafón militar. También encontramos en la misma obra a varios de los arriba citados: «¡Qué tipos se habían reunido en aquella guerra!». Otros singulares y curiosos personajes, que se tomaban la contienda bélica con disposición de ánimo, deportividad y humor, son presentados en el artículo «La guerra contada por los que la hacen», de Edgar Neville. Fue publicado en *La Ametralladora*, la revista de su amigo Miguel Mihura, el 29 de agosto de 1937. Desconozco a varios de quienes se esconden detrás de la citada relación de apellidos, pero imagino que en compañía de Alfonso Sánchez, pronto compañero de *La Codomiz* y de numerosas iniciativas cinematográficas, aquello podía resultar divertido. Era cuestión de tentar la suerte, disfrutar de lo inmediato y olvidarse de la tragedia que les rodeaba. Una actitud coherente con la trayectoria de quien, puestos a hacer la guerra, no estaba dispuesto a renunciar al humor y el gusto por la vida, al menos la suya.

Edgar Neville, como Ernest Hemingway en el otro bando, nunca dio un paso atrás ante una posible aventura. Acabarían congeniando tras compartir aficiones y talante, por encima de ideologías que apenas calaron hondo en su atropellado vitalismo. No extraña, pues, que en 1936 el Conde de Berlanga del Duero estuviera dispuesto «a vivir la guerra en lo que ella tenía de suceso deportivo». Sin pensar demasiado en lo trascendente, dramático o, simplemente,

serio. Tampoco en lo que permanecía a su alrededor, más allá del estrecho círculo de camaradas que le evitaba caer en el «provincianismo», lo único lamentable que encontraba en el frente de batalla de acuerdo con lo expresado en una carta dirigida a Ortega y Gasset y fechada el 29 de noviembre de 1937. Edgar Neville se mostró, de nuevo, coherente con una minoría vanguardista en la que había militado sin disquisiciones teóricas, como exaltación de un vitalismo que no admitía nubarrones en su horizonte. Y, si los había, se obviaban.

En *Frente de Madrid*, a medio camino entre lo propagandístico y lo autobiográfico, como todos los relatos que escribió durante la contienda, Edgar Neville nos indica a través del narrador que «Por un día de batalla hay muchos en que la guerra es una gigantesca excursión campestre, en la que todos son jóvenes y alegres. Hay el barro y las ratas, pero ¡qué elevación en el sentido de la camaradería! ¡Qué de situaciones pintorescas y cómicas! ¡Qué tipos...!»

Tal vez tuvo razón, como otros que recordaban aquellas experiencias desde una subjetividad nada proclive a diluirse en consideraciones más objetivas. Ni siquiera se las plantearon. También es posible que Edgar Neville evocara así aquellos días gracias al espíritu deportivo y de camaradería falangista con que afrontó situaciones de riesgo, hasta cierto punto imbuido del de quienes estaban dispuestos a «hacer guardia bajo las estrellas». Sabía, no obstante, que durante esos años no siempre encontró motivos para sonreír. Ni mucho menos, a pesar de que con habilidad no exenta de temor sorteara la explicación de unos hechos que le preocuparon y hasta le amargaron. No entró en la España de Franco «cuando era oportuno», al menos según sus deseos. Tuvo que esperar varios meses en Francia, mientras mandaba cartas a amigos que le pudieran avalar, sondeaba la reacción del bando sublevado ante su presencia y hacía gestiones para obtener un salvoconducto que, inicialmente, le fue negado por las autoridades de la zona nacional. La historia de aquella guerra, pues, comenzó mucho antes de los días de camaradería, cuando se sentía partícipe de un impulso «verdaderamente tremendo y alentador», según dejara por escrito en la citada carta al filósofo. Y en esa historia, de la que se pretendió apoderar mediante una ficción alimentada por el más subjetivo recuerdo, había episodios

que no invitaban a la sonrisa. Los intentó olvidar, pero dejaron suficientes huellas como para justificar este ensayo.

II. Un mal día para volver a España

Edgardo Neville y de Romrée, Conde de Berlanga del Duero, nunca desaprovechó la oportunidad de iniciar un viaje, máxime si iba acompañado por una bella señorita. En la tensa y bronca primavera madrileña de 1936, cuando tantos indicios apuntaban en una dirección trágica, el triunfante director de cine optó por marcharse a Estados Unidos. No por temor ni como huida, sino para reencontrarse con viejos amigos y disfrutar de una compañía femenina que ya no le abandonaría. Fueron semanas felices y hasta deslumbrantes para aquella joven licenciada en Derecho, que hablaba un inglés fluido y no desentonaba en sus visitas a los más reputados astros del cine norteamericano. Edgar, orgulloso, se los presentaba como íntimos amigos dejados tras sus dos primeras estancias en Hollywood (1928-1931). Incluso tuvieron la oportunidad de asistir al rodaje de *El bosque petrificado* (*The Petrified Forest,* 1936) en los estudios de la Warner. Observar en directo el trabajo de Leslie Howard y Bette Davis fue decisivo para la futura vocación artística de una Concepción Carro pronto convertida en Conchita Montes. Pocos meses antes y de la mano de su amante había publicado reseñas cinematográficas en *El Diario de Madrid*. El tiempo de aquella aventura también se parecía al de las pantallas, donde apreciaban todo lo que mostrara una elegancia sin la losa de lo convencional.

Edgar Neville, mientras disfrutaba del reencuentro con su pareja, recordaría sus anteriores experiencias en Hollywood. Habían sido tres fructíferos y divertidos años, con una forzada interrupción de diez meses motivada por problemas económicos. Desde Washington, poco antes de partir para California por primera vez, había escrito a su amigo Miguel Mihura animándole para que le acompañara: «Esto es igual a lo que nos figuramos desde ahí, lo cual ya es bonito. En serio, es un país encantador, y el que acierta se hincha». No era fácil acertar, tampoco mantener el ritmo de vida en aquellos ambientes, aunque fueran numerosos los amigos dispuestos a invitar al apuesto y simpático aristócrata. Hizo valer esta tarjeta de presentación, útil en una California donde poco antes sólo había indios. No fue suficiente. Había que afrontar el tema del dinero, una molestia para quien pidió la excedencia como diplomático destinado, sin sueldo ni tareas específicas, en la embajada española en Washington. Nunca le

interesaron los asuntos burocráticos y menos la política internacional. Edgar Neville solía escaparse a Nueva York para deambular por barrios cuya vitalidad le deslumbró. Aprovechó las primeras vacaciones, las oficialmente consideradas como tales, para marcharse a los doradas playas californianas en compañía de su esposa, una distinguida malagueña acostumbrada a los veraneos en Biarritz y que ya había tenido su primogénito. Angelita era la única que hablaba inglés antes de aquel viaje inicial a California y disfrutaba en unos ambientes artísticos que serían una constante a lo largo de su vida. Pero pronto se sentiría molesta ante la cursilería norteamericana y otras circunstancias más personales, que desembocarían en un precipitado regreso a España sin que su marido intentara retenerla.

No fue la única que, con una mentalidad aristocrática, habló de aquella cursilería de nuevos ricos, pues esta impresión constituyó uno de los motivos centrales del primer film en España de Edgar Neville: *Yo quiero que me lleven a Hollywood* (1931), de rocambolesca producción y divertido rodaje. Acabaría renegando del mismo un director con el tiempo menos dispuesto a recrear este tipo de farsas. «Una nueva astracanada», según la concienciada crítica de Juan Piqueras en *Nuestro Cinema*. «Un tanteo, o con más exactitud, un tonteo sin importancia», sentenció Luis Gómez Mesa, un futuro censor que no disfrutó al ver tantas bellas señoritas con las piernas al aire. Otros se darían cuenta de que, más arriba, también había unos rostros y unas melenas dignas de Rafael Penagos.

El regreso a España de la esposa de Edgar Neville no fue sólo una cuestión de gustos y estilo. Otros «tonteos» y el promiscuo comportamiento de un marido dispuesto a triunfar a cualquier precio le irritaron más, hasta que decidió volver a Málaga. Atrás había quedado la divertida luna de miel en París, donde ella se vistió de largo a los diecisiete años, poco antes de conocer a Edgar en una carrera de caballos. Ahora tenía veinticuatro años, un hijo, otro a punto de nacer y un billete de vuelta tras haber trabajado como figurante en una película de su amiga Mary Pickford. Supo protagonizar su propia historia con un espíritu más divertido que melodramático, aunque siguiera enamorada y celosa de un marido que, a su manera, nunca dejó de serlo.

Edgar Neville no encontró en Hollywodd a Buster Keaton «filmando en español», tal y como anuncia con sorprendente ingenuidad en carta dirigida a Miguel Mihura. Su ilusión era superior a su información[5]. No le importó; estaba dispuesto a mantener los ojos bien abiertos. Aquel era un lugar donde ser feliz y buscar el éxito, mientras aprendía inglés y trabajaba junto con otros españoles en las dobles versiones realizadas durante los inicios del sonoro. Incluso fue el responsable de que la Metro contratara a varios amigos suyos en condiciones deslumbrantes. Todos se apresuraron a comprar un coche, excepto Tono, empeñado en adquirir decenas y decenas de corbatas. Una curiosa manía, en parte compartida por Edgar Neville que, de vuelta en Madrid, disfrutaba repartiendo entre sus contertulios de La Granja del Henar corbatas verdes en las que se leía «Bullock and Jones Co. San Francisco. Los Ángeles». Una colorista novedad en una ciudad todavía en blanco y negro.

Nuevos y famosos amigos hasta entonces sólo admirados en las pantallas[6], fiestas con cualquier motivo, excursiones a lugares popularizados por el cine, poco trabajo... Eran otros tiempos; cercanos todavía con su despreocupada posibilidad de lucir un esnobismo que en España habría resultado estridente. Los intentó prolongar a su regreso gracias a contactos con cineastas como Henri d'Abbadie d'Arrast, pero habían marcado los inicios de una década de cambios radicales. También para quien vivía la intensidad de cada día tentando su buena suerte. El impulsivo y animoso Conde de Berlanga, hijo único y heredero de una considerable fortuna, no estaba dispuesto a dejarse amargar por el miedo o el desánimo.

---

[5] Tampoco era coherente esta ilusión con la postura que mantuvo, con respecto al cine sonoro, en la encuesta publicada por *La Gaceta Literaria* en aquellas mismas fechas, concretamente el 1 de noviembre de 1929: «El mudo es cine para gente con imaginación. El hablado es cine para explicar lo mismo que el mudo a las personas que carecen de ella» (nº 69). Quedaba bien, pero el triunfo en Hollywood justificaba un radical cambio de actitud que haría olvidar posturas como las defendidas por Edgar Neville en *La Pantalla*: «El cine tiene la gran ventaja del silencio; todo es acción; no han de decir tonterías» (nº 22, 7-V-1928).

[6] Edgar Neville, en su reseña de *El circo* de Chaplin, escribe: «Es con *La busca [quimera] del oro*, la mejor película de Charlot, y por ende del mundo. Cuando interviene el genio del cine en un film, el interés, la gracia, la emoción... llegan a su límite. El espectador en tensión vive una hora de arte inmenso y puro. Charlot. Shakespeare. En *El circo* está todo lo que hay en el mundo quintaesenciado: amor, alegría, risa, ridículo, maldad, dolor, amor otra vez, resignación. En Charlot se resume todo lo hecho hasta ahora» (*La Pantalla*, 16-III-1928). Pocos meses después, Edgar Neville compartía mesa y mantel con el genio que había equiparado a Shakespeare.

Edgar Neville regresó a Madrid, procedente de Nueva York, el lunes 13 de julio de 1936. Había terminado su tercer y último viaje a Estados Unidos[7]. «El ambiente era insoportable; hacía calor y todo el mundo se odiaba...», le diría a Marino Gómez-Santos. Muchos otros han recordado en sus memorias el bochorno de aquellos días, que tensaba una situación ya de por sí preocupante. No tanto para el recién llegado. Durante las semanas previas, el enamorado conde había desplegado sus mejores habilidades para divertirse y hacer feliz a su joven compañera. Era la sustituta, en su tornadizo corazón, de una estrella norteamericana no menos bella y sugestiva. También pertinaz, pues cuando Constance Bennett supo que su amante español de nuevo estaba en Hollywood le amenazó con un tormentoso reencuentro que, finalmente, no se produjo. Fue un alivio. Muchos años después, Edgar Neville lo seguía contando con indisimulado orgullo. Siempre se mostró dispuesto a relacionar los conceptos de la mujer y la felicidad. Su imprescindible misoginia tuvo una cara amable y sonriente. La amarga se la dejaría a un Enrique Jardiel Poncela que le envidiaba. Era una cuestión de altura, apostura y talante. Casado y encaramado en sus zapatos con plataforma, el a veces pateado comediógrafo nunca admitió el éxito de quien con su arrolladora simpatía encontraba las puertas abiertas a su paso, incluso las más íntimas.

Mientras tanto, en la España de 1936 apenas quedaba tiempo para estas cuestiones, nunca consideradas como frívolas por un autor que tantos homenajes rindió al amor, la belleza y la galantería. Pocas horas antes de su regreso, en un Madrid por el que corrían amenazadores ruidos de sables, había sido asesinado José Calvo Sotelo. Era el líder de Renovación Española, un partido de la aristocracia terrateniente y financiera que conspiraba contra la II República desde su fundación en 1933. En sus filas militaban algunos conocidos de Edgar Neville que participaron en la frustrada «sanjurjada» de agosto de 1932, un antecedente de lo que iba a suceder un 18 de julio que nadie olvidaría. El enérgico político había alcanzado un notable protagonismo durante aquellos meses de

[7] Sólo volvería a Estados Unidos en unos «viajes imaginativos, sin salir de casa, o sea como el schotis, dando vueltas en el mismo ladrillo» que, con el título de *Nuestros bonitos viajes económicos*, publicó como serie en *La Codorniz* entre mayo y junio de 1947. El recuerdo de aquellos años treinta seguía muy presente.

enfrentamientos. Sus diatribas contra el régimen republicano y el gobierno del Frente Popular fueron parcas en argumentos, pero con una fraseología propia de los prolegómenos de la tragedia: «Prefiero morir con gloria a vivir con vilipendio». Una frase lapidaria que, en otro momento, habría sido considerada como «cursi» por Edgar Neville, tan alejado de la retórica tribunicia y de cualquier oratoria refractaria al humor y un mínimo de escepticismo. Con el tiempo y en circunstancias menos comprometidas, los humoristas de su generación crearían numerosos chistes gráficos protagonizados por tribunos obnubilados por el poder de sus propias frases mientras dirigían la mirada hacia el horizonte.

La actitud de José Calvo Sotelo no gustaba a la minoritaria Falange Española, recelosa de ser absorbida en cualquier alianza contra la República. Los falangistas pugnaban para protagonizar los gestos propios de una heroica virilidad, que tanto atractivo ejercía entre los acomodados jóvenes cansados del conservadurismo de José Mª Gil Robles. No sorprende, pues, que el carismático protagonismo de José Calvo Sotelo hubiera impedido, dos años antes, que José Antonio Primo de Rivera aceptara su entrada en un grupo dispuesto a conspirar contra la legalidad democrática. Además de no haberle perdonado una supuesta cobardía a la hora de defender la dictadura de su padre, temía que pudiera ensombrecer su liderazgo en una Falange Española que imaginaba al margen de la reacción, la alta burguesía y la aristocracia representadas por un político de verbo tronante. José Antonio, más elegante, prefería estar rodeado de una corte literaria y contar con sus triunviros, aquellos que en número superior a tres especulaban sobre el parecido del líder con César o Augusto. Nunca llegaron a un acuerdo mientras que, con discreción y reserva, un general de escasa estatura hacía sus planes. Sabía que, con el poder en la mano, su imagen sería augusta.

La muerte de José Calvo Sotelo, cuando todavía estaba caliente el cadáver del también asesinado teniente de Asalto José del Castillo, de militancia antifascista, fue considerada como el punto sin retorno en el camino hacia la confrontación. Derivaría en una guerra civil. O «el umbral del Imperio», de acuerdo con la retórica de un buen amigo de Edgar Neville, Agustín de Foxá:

Para que esté tranquila la cúpula católica
y nuestro honor seguro y con honor la patria
y haya un cielo teológico encima de los trigos,

estás muerto en la tierra, José Calvo Sotelo.
Tuviste funerales dignos de ti; aún el eco
repite y centuplica por los campos de España
el disparo nocturno de aquel 13 de julio
que regó con tu sangre el umbral del Imperio.

II.1. La última lectura de un poeta y amigo.

Aquel «umbral» del que hablara Agustín de Foxá tomaba cuerpo en escenarios múltiples, donde a pequeña escala se vivía una tragedia que estallaría poco después. La noche del caluroso domingo día 12 no fue tranquila. En la madrileña casa del doctor Eusebio Oliver Pascual —contertulio de Edgar Neville—, otro amigo común, Federico García Lorca, leía ante un grupo reducido el manuscrito de *La casa de Bernarda Alba*. La tensión y la violencia del drama estaban en sintonía con los tiempos. Fue la última lectura pública de una obra que el autor había dado a conocer, el 23 de junio, en casa de los condes de Yebes, también amigos de Edgar Neville desde que se formara la tertulia de La Granja del Henar y coincidieran en Hollywood. Pronto tendrían ocasión de agradecer al diplomático la obtención de un salvoconducto falso que les permitió salir de Madrid.

Nadie olvidó aquella última lectura. A la salida, el poeta comunicó sus temores a Dámaso Alonso. Antes, entre suspiros, había mostrado su preocupación a Carlos Morla Lynch: «Lo malo que hay es que todo resulta muy incierto con esta vida que llevamos en España sobre un volcán en ebullición perpetua». Horas después, Federico García Lorca saldría con destino a Granada. No sabía lo que le esperaba.

Tampoco quienes se quedaron en una capital que, ese mismo día, había visto regresar a un hombre de talante liberal y ajeno a una disyuntiva trágica que le vendría impuesta por un destino colectivo. Le marcaría, como a tantos otros españoles. Tendría tiempo de explicarlo, metafóricamente, en su relato titulado *Vacaciones,* que en su primera versión de 1937 había sido publicado con otro título: *Domingo*. Edgar Neville, como su confiado y dominguero pescador francés que sólo deseaba que le dejaran en paz, se vio envuelto contra su voluntad en

unas circunstancias donde cualquier acusación podría ser verosímil. Resultaba difícil quedarse en tierra de nadie.

El tiempo pasó y la memoria, a menudo, flaqueó. Treinta años después, convenía obviar los fantasmas de una casa de Bernarda Alba que se había multiplicado durante la época de la teocracia y la cursilería, términos que Edgar Neville sólo empleaba en círculos amistosos y en sus diarios. En la tribuna periodística, consideraba a García Lorca como un «bien nacional»: «La obra de Federico está por encima de los partidos y de las disensiones, es un bien nacional, como la obra de los Machado, de Juan Ramón o de Lope». Fue hábil al emplear el plural para referirse a Antonio Machado —el único de los hermanos que le interesó como poeta[8]—, elegir a uno de los menos conflictivos entre los literatos exiliados y cerrar la comparación con un clásico. Según Edgar Neville, a Federico García Lorca le mató «el desorden de los primeros momentos, cuando los malvados de cada campo aprovecharon el barullo para saciar su instinto y vengarse de sus enemigos o del éxito ajeno» (*ABC*, 24-XI-1966). Evita dar nombres y apellidos, datos concretos que conocía de primera mano... Intenta esquivar la censura de su petición para que se hiciera realidad el deseo manifestado por Antonio Machado en su poema «El crimen fue en Granada»[9]: los restos del poeta granadino debían reposar en la Alhambra:

> Nosotros, en Bíznar, pensábamos en que al cumplir los treinta años habría que ejecutar el deseo de Antonio Machado y llevar su cuerpo a la Alhambra para que repose en un marco digno del poeta que ha glorificado por todo el mundo a España a costa de su vida. Pero no dejar ese cuidado a 'los otros'; hay que trasladarle con todos los honores oficiales, si es que

[8] En esta predilección por la poesía del Antonio Machado de *Campos de Castilla* (1912) cabe imaginar la influencia de José Ortega y Gasset sobre Edgar Neville, cuyo interés por Manuel Machado estaría más vinculado a su actitud vital, tan cercana en algunos períodos a la suya y con notables paralelismos que se pondrían de relieve durante el período de la guerra civil. Sin embargo, ni el modernismo de la primera etapa ni la combinación de religiosidad y adulación al régimen franquista de la última interesarían a un Edgar Neville que, durante la posguerra, compartió tertulia con el poeta sevillano en el Café Lion d'Or y asistió a su entierro en enero de 1947. Manuel Machado murió reconciliado con la Iglesia tras aquellas jornadas de expiación en el Burgos de 1936 junto al «alumbrador de almas», el jesuita José Zamega, mientras que su amigo seguía fiel a la tertulia y al mujerío como en los viejos tiempos, cuando –como afirmara el poeta- «Cada hombre de espíritu tiene dos patrias: la suya y París» (*El Liberal*, 6-VI-1918).

[9] Edgar Neville debió pensar en los versos finales de un poema escrito en 1937 y que no cita: «Labrad, amigos,/ de piedra y sueño, en el Alhambra,/ un túmulo al poeta,/ sobre una fuente donde llore el agua,/ y eternamente diga:/ el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!» (*Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, pp. 459-460).

los hay para los poetas, y sin que se quede fuera nadie de esta ceremonia nacional, que nos debe unir a todos.

Una quimera más allá de la simbólica intención que no extendió a los, en este caso localizados, restos que permanecían en Collioure (Francia). En aquella localidad fronteriza había muerto un autor de todavía difícil aceptación por parte del franquismo, aunque Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo consiguieron que sus obras permanecieran en las librerías de la zona nacional durante la guerra. Confiaban en su rescate una vez terminada la misma. Algo meritorio de acuerdo con su concepto del falangismo, pero testimonial. «Los verdaderos titulares del mando nunca pasaron y nunca pasarían de toleramos», recordó el segundo de los citados en su descargo autobiográfico. Su gesto, pues, estuvo rodeado del silencio y el olvido de tantos otros.

Edgar Neville, en el citado artículo de *ABC,* pide un monumento a los caídos de ambos lados, «una idea noble que prueba que pisamos tierra firme». No fue una actitud repentina. Ya en los años cincuenta, y a través de personajes identificados con el autor, defendía la necesidad de un poder moderador, porque «un país no puede estar unido más que por medio de un compromiso moral, por una especie de concordato en el que cada bando sacrifique sus postulados más extremos para que el otro pueda sentirse satisfecho, y, sobre todo, por un árbitro que impida eso que decían las chulas en los chotis, y es el que 'nadie quiera propasarse'»[10]. Así se expresa uno de los protagonistas de *Producciones García S.A.* (1956). Actúa como portavoz de quien, por entonces, decía cartearse con Don Juan sin haber firmado manifiestos comprometedores. No era un demócrata, pero compartía la visión de una monarquía generosa y de amplias miras. Coincidía con la de un selecto círculo que, desde Estoril, regateaba a la dictadura franquista a la espera de que Luis María Anson convirtiera estos roces en encontronazos dignos de la épica.

Al pedir en 1966 el citado monumento, Edgar Neville abogó por la reconciliación nacional. No utilizó una expresión por entonces convertida en lema

[10] Edgar Neville aprovechó otras ocasiones para, de manera indirecta, exponer su visión de cómo debería encauzarse la política española. Así sucede en *Aquella mañana*, ingenua y lampedusiana comedia de temática histórica, donde encontramos a Napoleón Bonaparte proponiendo una monarquía constitucional (*Teatro III*, p. 211), que el autor consideraba adecuada para la España que buscaba una salida al franquismo.

de la oposición comunista. Su postura apenas respondía a una estrategia política. Era la consecuencia lógica de la añoranza de una normalidad sin exclusiones, la mantenida en sus amistades y lecturas. No pensaban así Rafael García Serrano y otros viscerales representantes del franquismo. Le criticaron por su defensa de un gesto de reconciliación. En aquella velada de 1964, César González-Ruano también le podría haber explicado por qué con sus artículos abortó otros gestos en el mismo sentido. José Caballero, sin embargo, tal vez le comentara la reanudación de su relación con amigos comunes de la juventud: Pablo Neruda —«el Sepu de la poesía», según un despreciativo Ruano—, Rafael Alberti y José Bergamín[11]. Los dos contertulios habrían coincidido en lo que consideraban lógico, pues el franquismo no alteró por completo la mentalidad de ambos, formada en una etapa de convivencia y libertad[12]. Edgar Neville murió poco después, en 1967. No pudo ver lo que venía defendiendo desde la posguerra. Sin jugársela. Evitó este tipo de riesgos, aunque tampoco recurrió al disimulo en una práctica cotidiana donde prevaleció su sentido de la independencia.

Silencios, medias verdades y temor no son las mejores ayudas para la memoria. No debe extrañarnos, pues, que en el mismo artículo Edgar Neville afirmara haber visto a Federico García Lorca en Madrid, concretamente «el 15 o 16» de julio de 1936. Quedaron citados en Málaga, según él, para estudiar durante el verano el guión de la adaptación cinematográfica del *Romancero gitano*. El director iba a ser el propio Edgar Neville, siempre dispuesto a concebir proyectos ambiciosos que pudieran gustar más allá de las fronteras.

---

[11] José Caballero había frecuentado en 1935 el domicilio madrileño de Pablo Neruda, por entonces diplomático destinado en España. En aquella Casa de las Flores del barrio de Argüelles, se reunía con Federico García Lorca –a quien dedicó por entonces un magnífico retrato-, Maruja Mallo, Gustavo Pittaluga y otros amigos que preparaban la revista *Caballo verde para la poesía*. Según cuenta Marino Gómez-Santos en sus memorias (2002), durante la etapa franquista en el estudio madrileño de José Caballero «se hablaba hasta la insolación de Lorca y Neruda». Aquel estudio de la avenida de América se convirtió en una «casa de acogida», donde el periodista conoció al José Bergamín que acababa de volver del exilio. El reencuentro físico entre Pablo Neruda y José Caballero se produjo en 1970, con la presencia de un Marino Gómez-Santos que levantó testimonio de una amistad capaz de superar el recuerdo de la Guerra Civil.

[12] «Pepe Caballero me trae el recuerdo de una época anterior a la guerra, llena de alegría, de creación y de desenfado. Éramos todos más o menos locos; pero la guerra nos hizo ponernos muy serios», declararía Pablo Neruda a Marino Gómez-Santos en 1970 con motivo del reencuentro citado en la nota anterior.

Acudamos a los detallados estudios de Ian Gibson. Si se produjo el encuentro, y fueron muchos los que según sus amigos tuvo el poeta granadino durante aquellas fechas —tantos que cabe dudar de su verosimilitud—, sería el día 13 o 14, nada más llegar a Madrid. Cuarenta y ocho horas después, Federico García Lorca ya estaba en Granada, adonde había ido casi coincidiendo con el regreso de su amigo procedente de Estados Unidos. Un amigo que, por otra parte, apenas aparece citado en su correspondencia y otros testimonios documentales conservados. Tal vez sea cierto lo del proyecto cinematográfico relacionado con el *Romancero gitano*, pero dudo que para el poeta constituyera una prioridad en aquellos convulsos días. El supuesto encuentro sería rápido y hasta, tal vez, casual. En 1966, el asiduo e imaginativo articulista de las terceras de *ABC* llevaba demasiados años sin poder hablar con claridad de determinados temas y autores. Su admirado Federico García Lorca era uno de ellos.

II.2. Los españoles y la canalla.

El silencio forma parte del olvido. Conviene, pues, volver a los inicios de unos temores que la memoria recluyó en lo más íntimo, antesala de un mutismo sólo quebrado por el recuerdo tan anecdótico como tergiversador. El 8 de mayo de 1938, ante la Comisión Depuradora de la Carrera Diplomática[13] reunida en Burgos, el secretario de embajada Edgar Neville afirmó por escrito que, con el asesinato de José Calvo Sotelo, «España se dividió en dos grupos, la canalla de un lado, los españoles, procedieran de donde procedieran, del otro». Él se consideraba español, aunque algunos enardecidos patriotas lo pusieran en duda porque, para ellos, contaban los antecedentes. Nada de admitir a quienes «procedieran de donde procedieran».

No andaban los tiempos y las circunstancias para matices. Gustaban las frases rotundas donde se establecía la frontera entre lo positivo y lo negativo. El Conde de Berlanga puso de manifiesto en numerosas ocasiones un aristocrático concepto de lo popular, que con acierto trasladó a sus obras literarias y

[13] Creada por decreto-ley, dado en Salamanca el 11-I-1937, era la encargada de establecer las listas de funcionarios de la Carrera Diplomática y Consular admitidos, separados y jubilados.

cinematográficas. Suele aparecer mezclado con evocaciones de un pasado sin posible evolución, tan armónico como idealizado. En esas creaciones, a menudo, también se distingue al pueblo de «la canalla», formada por resentidos y envidiosos de acuerdo con una caracterización reiterada en las obras propagandísticas de quienes apoyaron a los sublevados en 1936:

> Pasaban [por Madrid, en julio del 36] masas ya revueltas, mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, niños anémicos y sucios, gitanos, cojos, negros de los cabarets, rizosos estudiantes mal alimentados, obreros de mirada estúpida, poceros, maestritos amargados y biliosos.
> Toda la hez de los fracasos, los torpes, los enfermos, los feos, el mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas siniestras (*Madrid, de corte a cheka,* 1938*)*

¿De verdad se movilizaron los «negros de los cabarets», como afirma Agustín de Foxá en su citada novela? ¿Todos los «cojos» eran republicanos por resentidos? ¿Y los «feos»? Edgar Neville evitó estos delirios[14], incluso en sus obras propagandísticas. Se limitó a escribir con aristocrático desprecio sobre la canalla que, en los inicios de la guerra, circulaba por la calle de Alcalá. Se había apoderado de un espacio del Madrid que no era suyo: «El yugo de la Puerta de Alcalá esperaba trémulo las cinco flechas» (*Las muchachas de Brunete*). Ahora, sin embargo, tenía «aspecto de domingo de Carnaval. Una masa densa bullía en las aceras, una masa sucia que se esforzaba por parecerlo más, y con un tono de voz soez, a veces rebuscado» (*Los primeros días*). Las imágenes solanescas que tanto le gustaban quedaron todavía más ensombrecidas. Los individuos se convirtieron en una «masa sucia». La alegría carnavalesca era «soez» porque algunos de sus protagonistas pensaban en la derrota definitiva de Doña Cuaresma. Y eso daba miedo.

También al desbordado Manuel Azaña. A través de uno de los interlocutores de *La velada de Benicarló* (1937), Lluch, nos cuenta que, en aquel

[14] Tuvo, por el contrario, simpatía por los negros desde sus andanzas por barrios neoyorkinos como Harlem. Se evidencia en algunos de sus relatos escritos por entonces y en cartas como la dirigida a Ortega y Gasset el 4 de febrero de 1928: «Yo soy el amo de la ciudad [N.Y.]. Por cinco céntimos la recorro por arriba o por abajo, rodeado de negros maravillosos en su melancolía...», algunos de los cuales le fascinaron con su peculiar ritmo vital y una música como el jazz. Contrasta esta actitud con la de González-Ruano, que desde el Berlín de 1933 saluda alborozado la prohibición del jazz y que, en su lugar, se represente a Calderón de la Barca, «que no era

verano del 36, «La población exhibía la uniformidad nueva del desaliño, la suciedad y el harapo. La raza parecía más morena, porque los jóvenes guerreros se dejaban la barba, casi siempre negra, y los rostros se ensombrecían». La diferencia es que el temor o el recelo, en este caso, no se traduce en un insulto.

Algunos colegas de Edgar Neville fueron más virulentos en estas descripciones, donde —si se rompe el equilibrio de quien compaginara la presidencia de la II República con la lectura de la prosa ática de Juan Valera— tan fácil resulta detectar las huellas del más desaforado folletín decimonónico. Tanto como difícil es captar una actitud comprensiva ante los motivos de quienes habían asumido un nuevo protagonismo en aquellas convulsas jornadas. No se les describe en términos históricos, sino apocalípticos: «...eran la autoridad los limpiabotas, los que arreglan las letrinas, los mozos de estación y los carboneros. Siglos y siglos de esclavitud acumulada latían en ellos con una fuerza indomable. Aquel era el gran día de la revancha» (Agustín de Foxá, *Madrid, de corte a cheka,* p. 89*).* La protagonizaban las «turbas en camiseta», que tanto molestaban a un César González-Ruano «antidemocrático» frente a las masas: «Yo me sentía —y me siento todavía— muy liberal en el sentido generoso de la palabra y en su sentido de tolerante, pero siempre me encontré un espíritu sinceramente antidemocrático con un horror por la masa» (*Mi medio siglo...*, p. 272).

Corrían tiempos de ruptura... Edgar Neville, como su maestro Ramón Gómez de la Serna, no estaba cómodo en el mundo problemático de los adultos. Necesitaba recuperar, a través de sus creaciones, la inocencia de la etapa infantil: «Aquel Madrid plácido, con albañiles de blusa blanca y bigote, soldados multicolores, sombreros hongos y coches de caballos», cuando «nadie hablaba de política» (*Los primeros días*). De manera paralela, pero con una obvia vertiente ideológica, Edgar Neville era feliz recreando una idealizada armonía social, donde con sana alegría cada uno, «el artesano y el duque», aceptara el papel que le correspondía, según su clase o grupo social. Era su particular edad de oro, protagonizada por anacrónicos tipos arnichescos como los «obreros antiguos que llevaban hongo los domingos y tenían el piropo fino» (*Frente de*

---

negro» (*Seis meses con los nazis*). O la de Pío Baroja, que poco antes se había sorprendido al ver un grupo de negros admirando un cuadro de Watteau en el Louvre.

Madrid). Sus límites cronológicos variarían en función de los avatares y las necesidades de aquellos años de creencias flexibles y acomodaticias.

Durante el período 1937-1939, en los textos de Edgar Neville aparece a menudo un concepto hasta entonces ausente: «la canalla». Evita hablar de ella en términos abstractos o teóricos, que a tantos propagandistas llevaron a una borrachera de violenta retórica. Él permaneció fiel a una perspectiva más personal. Identifica dicho concepto con la avalancha de los «isidros», que desnaturalizó el Madrid castizo, el auténtico. Había surgido a lo largo de la II República. No como el resultado de una evolución política y social, que nunca interesó a un Edgar Neville sin vocación para los análisis históricos. Aparece en su narrativa como destinada a romper esa *belle époque* que, para él, no sólo era un concepto cronológico o estético. Su amigo Agustín de Foxá fue más rotundo, y católico, en *La Espiga*:

> Nunca, con el pretexto de un hambre milenaria,
> os daremos a Cristo, dormido en su custodia.
> Nunca la gracia, el ritmo del vals, la cortesía,
> el alado abanico, la espuma, el amor puro,
> nuestro cielo teológico, la oración y el armiño,
> la espada, la bandera y el Versalles monárquico
> tiraremos, temblando, ante el cerrado puño.

Al margen del peculiar contexto en el que Edgar Neville realizó la drástica separación entre «la canalla» y los españoles, él siempre se sintió lejos de quienes ni siquiera consideraba como compatriotas. Una exclusión frecuente en el bando nacional y que compartía con una indisimulada mentalidad clasista. Tampoco les veía como madrileños. El autor que aunó casticismo con vanguardia, en realidad habla más de la capital —invadida por desagradables foráneos poco antes y durante la guerra— que de España. El Conde de Berlanga también pensaba que «Madridgrado» había ocupado, temporalmente, el lugar de su ciudad natal. Quienes allí permanecían fieles a la República no eran verdaderos madrileños[15], sino «Isidros rezagados e impertinentes, que habían

[15] En carta a Ortega y Gasset, fechada en el frente madrileño el 26 de noviembre de 1937, le comenta que «crispa los nervios» estar tan cerca de la capital sin poder entrar «y, sobre todo, no estar seguros de si los madrileños acaban de comprender con cuanto amor les acechamos noche y día a pesar de la metralla y del reto bélico. Ya falta poco, dentro de nada entraremos en el cogollo y, lo que es más importante, habremos echado a los de fuera, a esos isidros de levante

entrado en Madrid por las malas, dejando el barro y el polvo de su pueblo en las sedas del barrio de Salamanca» (*Las muchachas de Brunete*). Un admirador suyo y posterior colaborador, Tomás Borrás, fue más radical al considerarles «heces turbias», capaces de movilizarse para impedir el triunfo de «la Causa» en Madrid:

> La manifestación inundaba la glorieta de Atocha [...] El suburbio afluía, marea de la miseria y el andrajo. Los Carabancheles, la carretera de San Isidro, Mataderos y el cuartel de los Gitanos, Basureros y la orilla derecha del Manzanares, las rondas y los barrios bajos, cuyo eje es la calle de Toledo, vomitaban en el lujoso centro de la capital sus heces turbias (*Checas de Madrid*).

Eran tan turbias que hasta habían elaborado planes para dar un golpe contra la legalidad democrática. El propio Tomás Borrás fue el autor no declarado de un folleto que daba cuenta de los mismos. Oportunamente repartido entre los mandos militares, su maniobra contribuyó a facilitar una coartada para la movilización de quienes, esta vez sí, asestaron en julio de 1936 un golpe que resultaría definitivo. ¿Se lo revelaría a Edgar Neville, a quien en otro de sus volúmenes por error sitúa en Burgos al comienzo de la guerra? Preferirían, sin duda, recordar episodios más agradables y seguir por la senda de la literatura festiva.

Podríamos multiplicar las citas contra «la canalla», propias de un odio a los enemigos que Edgar Neville nunca sintió en semejantes términos. Su empeño en mayo de 1938 tenía objetivos más personales. Ante la citada comisión depuradora, le interesaba subrayar la diversidad de orígenes de quienes, «procedieran de donde procedieran», se habían levantado, según él, contra «la canalla». Nada dijo, como es lógico, acerca del asesinato del teniente Castillo y la primavera del 36, que resultó trágica por la sucesión de actos violentos. Los protagonizaron, en buena medida, quienes no aceptaban el resultado de las elecciones de febrero ganadas por el Frente Popular.

Esa convocatoria electoral también marcó un antes y un después para un «señorito de la República», como le denominara Ramón Gómez de la Serna. Dos años antes, en mayo de 1934, había aceptado colaborar en *Diablo Mundo*, un

---

que se quedaron, emponzoñando el claro y recortado aire de nuestra ciudad» (Fundación Ortega y Gasset).

semanario republicano dirigido por Corpus Barga. Su cuarta entrega, donde se publicó un artículo de Edgar Neville, apareció con este titular a toda página: «Frente a los peligros de la CEDA y ante la disgregación de los partidos, la unión de los republicanos». Su colaboración versó sobre una misteriosa ciudad situada en el Sáhara, que habría visitado con motivo de una misión diplomática o conocería gracias a su amigo Manuel Chaves Nogales. Nada polémico, pero apareció en un lugar que convendría olvidar en mayo de 1938. *Diablo Mundo* tuvo una vida efímera, tal vez por la desafección de algunos colaboradores a raíz de sus ataques a Calvo Sotelo y Gil Robles. Por amistad con otros miembros de la redacción como Max Aub, Rafael Alberti y Eduardo Ugarte, ya por entonces militante del Partido Comunista, Edgar Neville participó en una iniciativa periodística y política que le situaba cerca de «la canalla», al menos en el sentido tan amplio que este concepto tendría a partir de 1936. No parece haberle preocupado demasiado durante aquellos meses de una República donde todavía era posible convivir con los diferentes. Y él, en cuestión de amigos, no hacía distingos relacionados con asuntos políticos que apenas le interesaban. Prefería seguir viajando por el norte de África a la búsqueda de bellezas ignotas.

Por allí también anduvo Manuel Chaves Nogales, el periodista republicano que le invitó a colaborar en *Ahora*. No sólo coincidían en tertulias literarias donde se admiraba a Juan Belmonte. Ambos eran de similar edad, compartían un concepto de la modernidad y su sentido de la libertad se situaba al margen de cualquier extremismo. Edgar Neville publicó en el citado diario gráfico un excelente relato: *Amor en Vélez* (17-III-1934). Este «principio de novela» no fue incluido en posteriores recopilaciones. Nadie parece recordarlo. Una pena, pues nos muestra a un autor que emprende caminos ajenos a su anterior vanguardismo de humor dislocado. Y lo hace para hablarnos de mujeres recluidas en su soledad, temerosas de su propio cuerpo y hasta enloquecidas a la espera de un marinero que nunca volverá. También endurecidas al modo lorquiano, pero todo quedó en un «principio de novela».

Hacia el otoño de 1935, Edgar Neville se había dejado afiliar, según su versión, a Izquierda Republicana. Sin temer por su imagen, pues disfrutaba gastando «bromas republicanas» a sus amigos aristócratas y con presentaciones

como la de Federico García Lorca cuando a finales de los años veinte conoció a Luis Buñuel: «Mira, Luis, aunque noble es republicanísimo, y aunque guapo, es ingeniosísimo», según lo cuenta Emilio Sanz de Soto. El director aragonés, al volver del exilio para rodar *Viridiana* (1961), se reencontró con su viejo amigo y charló animadamente con él hasta llegar a una conclusión: «Edgar no fue fascista ni fue republicano... hizo siempre lo que le vino en gana... que no es poco».

No andaba equivocado Luis Buñuel, pero tampoco fue exactamente así. Aquellos tiempos de guerra y miedo no permitían hacer con facilidad lo que a uno le viniera en gana.

II.3. Recuerdos de unos años felices.

El diplomático, literato y cineasta que había regresado a su Madrid natal en un mal día de julio de 1936 tenía treinta y siete años, contaba con una fortuna familiar, acrecentada gracias a su matrimonio, y era reconocido en los ambientes culturales por sus colaboraciones periodísticas y sus primeras obras literarias, teatrales y cinematográficas. Dos meses antes, la editorial Biblioteca Nueva había publicado *Música de fondo*, un conjunto de relatos humorísticos escritos desde finales de los años veinte. Seguía en los mismos una orientación similar a la de *Eva y Adán* (1926), la primera de sus recopilaciones narrativas. Esta última la editó en Málaga, en uno de esos veraneos en que compartió amistad, ilusiones y publicaciones (*Ambos*, 1923) con otros jóvenes literatos radicados en dicha capital. Esas tertulias, donde el arte y la literatura eran motivos de disfrute para unos veinteañeros que gozaban de un ocio sin premuras, también le condujeron al matrimonio en octubre de 1925.

Eva y Adán apareció en la Imprenta Sur, tan decisiva para un grupo generacional que se benefició del trabajo esmerado y la amistad de quienes entendían la actividad editora como un acto de creación: «Ardía el verano de 1926 cuando yo conocí a Manolito Altolaguirre en la Imprenta Sur, que dirigía con Emilio Prados [...] En aquel año me editaron allí mi primer libro y yo iba a verlo salir pliego tras pliego». Edgar Neville estaba tan entusiasmado que, ya en compañía de su esposa, hasta se ofreció a Federico García Lorca como «editor

del *Cante jondo*» que había escrito en 1921. El poeta granadino creyó ser el protegido de unos nobles, tan jóvenes, simpáticos e inquietos como él.

La presencia de Edgar Neville en la Imprenta Sur nunca fue recordada en los textos autobiográficos de Manuel Altolaguirre, uno de sus mejores amigos hasta 1936. Desde el exilio, evocaría a otros compañeros comunes que compartieron aquellos días de juventud e ilusión:

> Nuestra imprenta tenía forma de barco, con sus barandas, salvavidas, faroles, vigas de azul y blanco, cartas marinas, cajas de galletas y vino para los naufragios. Era una imprenta llena de aprendices, uno manco, aprendices como grumetes, que llenaban de alegría el pequeño taller, que tenía flores, cuadros de Picasso, música de don Manuel de Falla, libros de Juan Ramón Jiménez en los estantes. Imprenta alegre como un circo y peligrosa para mí cuando Emilio Prados, tirador seguro, dibujaba mi silueta con unos punzones.

El 23 de agosto de 1959, en un pueblo de la provincia de Burgos, volcó un coche. Tres días después moriría su conductor, Manuel Altolaguirre. Iba camino de Madrid para, tal vez, reencontrarse con viejos amigos. ¿Estaría Edgar Neville entre ellos? Nadie lo sabe, pero quedó un emocionado adiós en la prensa y un retrato sencillo que evocaba el verano de 1926, cuando en Málaga hacían representaciones privadas de obras como *Aventura.* Un «Absurdo en dos cuadros» que les divirtió y unió, en aquellos días alejados de una diáspora que separó trágicamente a quienes disfrutaron de una época de convivencia y proyectos. «A veces, al cerrar la Imprenta Sur paseábamos Manolito, [Emilio] Prados, Lorca y yo», escribe un Edgar Neville que ilustra en 1962 los poemas de su amigo con un dibujo cercano a la estética lorquiana. Recuerda de esta manera encuentros de juventud sepultados por la muerte y el exilio. Antes de que llegaran, compartió la alegría contagiosa de un Federico García Lorca capaz de animar al taciturno Emilio Prados y la presencia angelical de un poeta e impresor al que la sonrisa, de tan grande, achinaba los ojos mientras «Daba la impresión de flotar en el aire». Así dibuja a Manuel Altolaguirre, como un ser «desplumado» que vuela ingrávido al modo del Principito de Saint-Exupéry. Formaba parte de una juventud añorada. Cuando Edgar Neville, como recordara su amigo Samuel Ros en *El hombre de los medios abrazos* (1932), llevaba siempre un artículo en el bolsillo, sin saber si lo entregaría a la *Revista de Occidente* o a *Buen Humor*.

El bolsillo, en aquella Málaga de mediados de los años veinte, sería el de un elegante traje que realzaba su «estupenda facha», según el testimonio de su amigo Luis Cuervo: «Nos dio a conocer la combinación pantalón de franela, color marfil, y la americana cruzada azul marino, con botones dorados. Para completar el modelo, calzaba zapatos británicos, marca Lotusse, comprados en Londres». Con esa indumentaria Edgar Neville se presentaba «atiborrado de buen humor» y se dirigía a sus amigos malagueños con una exclamación que les hacía sonreír: «¡Estoy harto de trabajar tanto!». Sabían que la labor consistía en pasear a bordo de un yate o un balandro, jugar al tenis o al bádmiton y tomar una copa mientras esperaba a la que, por entonces, se convirtió en su esposa... A todo el mundo le hacía gracia este «anárquico aristócrata». Le invitaban para compartir alegrías y poesías, meriendas y ediciones que salieron de una Imprenta Sur donde confluyeron sujetos que, apenas una década después, estarían en bandos enfrentados.

Poco antes de publicar su primer libro, en 1925 Edgar Neville había dado a conocer *Don Clorato de Potasa* en el folletín de *El Sol,* gracias al apoyo de José Ortega y Gasset. «Esta novela caótica de mi primera juventud» la completó, sin atentar contra la vanguardista flexibilidad de su estructura, a principios de su estancia en Hollywood. La soberbia segunda parte nos habla de Harlem y otros barrios neoyorkinos que también conoció, en aquellas fechas del *crack*, Federico García Lorca. Edgar Neville está más cerca, no obstante, del humor y la modernidad que revela Jacinto Miquelarena en su visión de Nueva York (*...Pero ellos no tienen bananas*, 1930) y compartiría el criterio del Julio Camba que, poco después, publicó *La ciudad automática* (1932), fruto de los viajes a Estados Unidos que había realizado, desde 1916, como corresponsal de prensa. Lorca, Miquelarena y Neville formaban parte de una generación que fue más allá de París y descubrió el encanto de una capital que les sedujo, sin hacerles perder el norte. Sin embargo, al joven diplomático dispuesto a triunfar nunca le interesó la Norteamérica profunda, que apenas entrevió al atravesar en tren varias veces el país de costa a costa. California le pareció algo cursi, aunque divertida y vital. Sus preferencias estaban en la dirección opuesta. En 1929 pensaba que

> Aquella masa cosmopolita de Nueva York daba a la ciudad el verdadero sello americano. La ciudad vivía perfectamente en su tiempo. Las doce del

> día de Nueva York eran las doce del día del tiempo. La multitud era joven, alegre y rebelde. Bebía a torrentes para reírse de la ley absurda, y bailaba y reverenciaba el goce de la carne sin hacer caso a prédicas postpaganas.

Edgar Neville disfrutó con la América joven que se reía, «como la Europa joven se reía de la Europa vieja». Era un fenómeno generacional y vanguardista. Propio de quienes se burlaban «de la novela para señoritas, de la poesía métrico-decimal, de la sensiblería lloricona y blanda». Es decir, de «todo lo falso y convencional». Y el joven vanguardista, que tanto creía en el poder de la risa, termina su novela con una exclamación de Don Clorato de Potasa donde apenas se disimula la voz del autor: «¡La risa, que ha sido el arma con que lo joven ha vencido a lo viejo en este siglo!». Andaba lejos de imaginar la precariedad y la fugacidad de esa victoria.

Estas obras y mediometrajes como *Falso noticiario* (1933) y *Do re mi fa sol la si o la vida privada de un tenor* (1935) habían permitido a Edgar Neville sumarse a las tendencias renovadoras del humor. Participa en una tarea común junto con otros autores de su grupo generacional: Miguel Mihura, Tono, Enrique Jardiel Poncela, Antonio Robles... Quienes leyeran aquellas historias de la vaca María Emilia, enamorada de «uno de Hacienda» desde su primera aparición en la emblemática revista *Gutiérrez*, o disfrutaran con el fino humor de *Los Smith (Novela de Nueva York),* no pensarían en un autor angustiado por su presente. Al contrario, el volumen publicado en mayo de 1936 nos muestra a un creador libre e imaginativo, dispuesto a compartir una sonrisa con el lector. No hay tensión ni dramatismo en los cuentos, sino un excelente ejemplo de la prosa humorística que Edgar Neville estaba renovando junto con varios amigos que colaboraban en distintas publicaciones periódicas. Y en *Falso noticiario*, donde Enrique Jardiel Poncela aparece con otros colegas en el duelo de un entierro. No lloran, pues despiden al finado entonando zarzueleras melodías. Edgar Neville también filma la inauguración de unos mingitorios ante la presencia de las severas autoridades locales. Esta imagen se incluye junto con otras parodias similares, que tendrían continuación en el segundo de los mediometrajes citados. En el mismo participó el pintor Alfonso Ponce de León, entre otros divertidos e iconoclastas amigos del director. Pocos meses después, en agosto de 1936, moriría fusilado en Madrid

junto con varios miembros de su familia. El tiempo de la parodia y el humor había terminado.

Algunos de aquellos primeros cuentos de Edgar Neville, como las novelas de Enrique Jardiel Poncela que incluían *tournées* tan divinas como escépticas, no volverían a ser editados tras la guerra. El texto original de su comedia *Margarita y los hombres* —escrita entre 1926 y 1931 y estrenada en febrero de 1934— tampoco sería respetado por una autocensura propia de quienes escribían con «el ánimo amedrentado cualquier cosa que no fuera *El buen Juanito*»[16]. Nada de diálogos sicalípticos y parejas enamoradas al margen del matrimonio. Todo había cambiado en la España franquista. También ese clima de libertad que permitía poner el mundo al revés. Sin buscar la sátira o la sal gruesa; como una muestra de la capacidad para alterar lo convencional, lo previsto o lo rígido, agrupado bajo el concepto de «lo cursi». Era un universo creativo vital y alegre, donde la espontaneidad fluía gracias a un ingenio desbordante. Una nueva demostración de que la guerra todavía no había comenzado. Aquellos jóvenes que compartían parodias y otras divertidas experiencias ni siquiera la esperaban. Margarita y Jaime ignoraban que acabarían remando en el Retiro, preludio del inevitable matrimonio.

En ese marco anterior a 1936, Edgar Neville tuteaba a Dios y jugaba con la Historia Sagrada. Había una explícita, y agnóstica, voluntad de sonreír con sus parodiados personajes, ajenos a cualquier trascendencia o angustia. No imaginaba que, pocos años después, llegaría la dictadura de quienes escribían «cuentos para colegialas» como *Albertina y Benito.* Se lo pensaría dos veces antes de reeditar esta parodia de la literatura moralista y adoctrinadora, siempre preocupada por la disipación y la pereza. Y pasarían bastantes años antes de atreverse a rescatar títulos como *El único amigo*, publicado por primera vez en la *Revista de Occidente* (1930). Formaban parte de los antecedentes negativos sospesados por la comisión de depuración. Si la *tournée* divina de Enrique Jardiel Poncela había escandalizado al recalar en los barrios madrileños, no menos lo haría el aburrido Dios que se interesa por «un tal Fernández». Este ateo entabla

[16] Así lo explica en el prólogo a *La extraña noche de bodas* (*Teatro III*), comedia que en 1963 consideraba ingenua por los años transcurridos desde que la escribiera sin poder abordar determinados aspectos de la vida en pareja.

una singular amistad con quien estaba harto de que le dijesen sí a todo, por aquello del respeto a la autoridad divina. Su nuevo amigo termina por dudar, tanto que llega a compartir el ateísmo del racionalista Fernández: «¿Creo yo en Dios? —se preguntaba— ¿Adoro yo a un Dios? —y tenía que responderse negándolo. Así fue dándose cuenta de cómo Él tampoco creía en Dios; de cómo Él también, a su modo, era un ateo». Dos años después, el Dionisio de Miguel Mihura se sorprendía al comprobar que era «un incorregible bohemio». Ateos y bohemios eran palabras gruesas, anatemas lanzados por quienes, como Don Sacramento, nunca compartieron la alegría de la juventud reivindicada por los humoristas del 27.

Ya en tiempos del nacionalcatolicismo del ministro Arias Salgado, por bromas más inocentes, como presentar a Jesucristo «con barbas, sí, pero limpio como los chorros del oro», Edgar Neville fue multado. Sin consecuencias graves, pues Joaquín Calvo-Sotelo pensaba que, conociéndole, se podía estar seguro de que nunca pagó las veinticinco mil pesetas o que la cantidad le sería reembolsada. Eran las ventajas de quien también mantenía amistades entre los censores y sabía hacer valer su arrolladora simpatía.

¿Qué multa se le habría impuesto de haber llevado a la letra impresa algunas de las bromas sobre la comunión y su gordura que contó al joven Francisco Umbral? A principios de los sesenta, le confesaba que había dejado de comulgar porque daban poco pan. Eran ocurrencias de noches interminables, pasadas en unos locales que jalonaban una ruta consentida por la autoridad. Edgar Neville alzó la voz para pedir en la prensa que cerraran más tarde, o que no cerraran, tal y como había visto en sus andanzas por el extranjero que le oxigenaron en tiempos de la autarquía. Tenía más de sesenta años y muchas ganas de vivir, pero desde los tiempos de «la teocracia» había dejado estas manifestaciones de su humor para la intimidad de los amigos.

Aquellos relatos desmitificadores de *Eva y Adán* y *Música de fondo* no anunciaban el nacionalcatolicismo que se impondría tras la derrota de la República. Surgieron en el clima de libertad de un tiempo de intenso intercambio cultural. Edgar Neville lo vivió con plena satisfacción en compañía de otros jóvenes vanguardistas, al menos en el sentido de no sujetos a la convención y lo

aburrido. El humor ingenioso de los relatos surgía de las tertulias en el ramoniano Pombo y en La Granja del Henar, junto con autores de contrapuestas tendencias que compartían el entusiasmo por la literatura y la sensación de vivir una época nueva donde ser joven suponía un aliciente. También era el fruto de sus colaboraciones en los dos primeros años de *La Gaceta Literaria* —hasta que se marchó a Estados Unidos— y en la *Revista de Occidente.* Un período de alegre vitalidad y vanguardia disfrutado bajo la batuta de Ramón Gómez de la Serna y con la amistad de José Ortega y Gasset, que reía en las excursiones dominicales con un joven aristócrata y deportista. Apreciaba su elegante, y deshumanizado, sentido de lo popular y lo humorístico, que incorporaba a la atropellada cotidianidad de una juventud vivida sin apenas tiempo para la disquisición filosófica.

Don José, por otra parte, disfrutaba mucho con «las criaturas más bellas de su tiempo». Solían acompañar a Edgar y sus amigos en un Packard descapotable. El azul pálido de su carrocería no pasaba desapercibido por las céntricas calles de Madrid. Sus ocupantes estaban, como es fácil de imaginar, siempre dispuestos a divertirse, al margen de cualquier trascendencia filosófica o religiosa. Preferían el juego de ingenio. Rápido y fugaz, como todo aquello que les rodeaba en unos tiempos de intenso y despreocupado vitalismo donde otro apuesto joven, José Antonio Primo de Rivera, tomaba whisky en el Bakanik antes de conducir un deportivo rojo que pronto cambió por un vehículo más sobrio y acorde con la estética falangista. ¿Se cruzaron alguna vez los coches del Conde de Berlanga y el futuro Ausente, coincidieron sus ocupantes en los elegantes salones del Hotel Ritz?

Edgar Neville, como nos ha recordado Fernando Fernán-Gómez en su artículo «El dandy en la taberna», no es que estuviera enamorado de la vida, sino que la derrochaba con un refinado sentido del lujo. Lo hizo poco después de la guerra: «ya tenía perro, chalé, coche, piscina, amante, secretaria y mayordomo, cuando los demás teníamos café con leche». Y mucho más cuando era un joven afortunado y hedonista que «salía a la calle feliz y contento, como si me hubieran declarado inútil para el servicio militar» (*La mujer maravillosa*). No imaginaba que aquellos paseos por el París de Pigalle y los cabarets quedarían atrás cuando

tuviera que demostrar ardor guerrero en la Salamanca y el Burgos de 1937. Eso sí, sonreiría al leer *Viudas blancas* (1937), del falangista José Vicente Puente. El escritor festivo, por entonces malhumurado y violento, pensaba que «El Arlanzón es un Sena esquilmado. Claro que, gracias a Dios, Burgos tiene un Cid y París tiene un Monmartre, y ya es bastante diferencia». Es verdad, había bastante diferencia.

La trayectoria vital del Conde de Berlanga resulta envidiable y hasta fascinante en algunos momentos, como fruto de una consciente apuesta de quien nunca se conformó con ser un espectador. Apuró sus posibilidades, a veces con un egoísmo al margen del sentido de la responsabilidad o el respeto a quienes convivían con él. Nadie se lo echaría en cara. Tenía el encanto de los sujetos simpáticos y arrolladores, que se saben hacer perdonar. Y es comprensible su frecuente deseo de reflejar esa fortuna en su obra creativa. Educación exquisita y cosmopolita, familia rica y divertida, dosis de aventuras en el norte de África, pocos estudios bien rentabilizados, amistades célebres, una carrera diplomática que no le obligaba a nada, como su ventajoso matrimonio... Todo parecía sonreír a un sujeto que no pretendía renunciar a ninguno de sus privilegios. Y menos por causas políticas o sociales que le resultaban lejanas, tanto como una conciencia de la que, según un relato fechado en el Hollywood de 1929, había decidido desprenderse en aras de la felicidad. No volvió a recuperarla. Edgar Neville era felizmente individualista, como otros colegas de su grupo generacional que, encabezados por el malhumorado Enrique Jardiel Poncela, le envidiaban por su suerte y su capacidad para disfrutar de la vida.

Los primeros meses de 1936 habían sido tan felices como lo fue para Edgar Neville casi todo el período de la República. La aceptó sin reservas tras su segunda vuelta de Estados Unidos, desde donde había escrito a José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala para manifestarles su apoyo en tiempos de conspiraciones (14-II-1931). Incluso ofreció su amistad con Willian Randolph Hearst para que la cadena de periódicos del futuro ciudadano Kane se pusiera al servicio de la inminente República. ¿Fue un farol? Nunca se mostró escéptico o distante ante el nuevo régimen cuando desestimaba colaborar en *ABC* «por aseo político». Tampoco fue partidario de un radical rechazo, como el

de su admirado Julio Camba: «En esta época en la que hay tantos hombres que de la noche a la mañana se sienten republicanos de toda la vida, yo declaro que no he sido republicano nunca» (*Haciendo de República,* 1934). Edgar Neville compartía el espíritu selecto del exquisito gastrónomo y cronista, pero se sentía republicano, y hasta el final. No por una cuestión política o ideológica, sino por su necesidad de ampliar un margen de libertad individual frente a lo rígido y convencional. Participó de un optimismo que en su caso también era generacional, una voluntad de apertura a nuevas posibilidades.

Más adelante, anclado en un tiempo donde no cabía el vértigo del cambio, justificaría su postura como una imprudencia propia de la juventud: es «generalmente enemiga de lo cómodo y, por tanto, no nos dábamos cuenta de la afabilidad irónica y liberal que tenían todos los actos y las palabras de aquel simpático señor de Jerez». Una juventud incapaz de valorar el benévolo equilibrio aportado por la dictadura del General Primo de Rivera y el caciquismo, que Edgar Neville terminaría alabando, ya en el franquismo y en términos similares a los empleados por Pío Baroja. Preferían a un bruto por pueblo que a muchos dispuestos a presentarse a unas elecciones. Y es que para el autor de *Berta y uno de Logroño* los pueblerinos eran irremediablemente toscos.

Mientras llegaban estos tiempos de escepticismo, miedo y elegante desdén por la democracia[17], Edgar Neville disfrutó de un ambiente de libertad que nunca se atrevió a añorar por escrito o trasladaría a un pasado más remoto. Una *belle époque* que, en su caso, también se extendió a los años republicanos, vividos entre los más diversos amigos que juntos, sin atisbos de enfrentamientos radicales, estaban protagonizando uno de los mejores momentos culturales de España.

Edgar Neville, a diferencia de Miguel Mihura y Enrique Jardiel Poncela, nunca escribió contra el régimen republicano en tiempos del mismo. Podía llegar a pensar al respecto como José Ortega y Gasset y los demás miembros de la

[17] César González-Ruano, en sus memorias, se muestra en ocasiones nostálgico del régimen oligárquico del siglo XIX. Habría deseado que, en vez de la República de 1931, España se hubiera mantenido «más liberal y menos democrática», entendiendo lo liberal, claro está, en la acepción que este término tuvo en la España decimonónica. Edgar Neville compartió esta opinión, sobre todo a partir de 1939.

Agrupación al servicio de la República[18]. Incluso compartir algunas de las ingeniosas diatribas de Julio Camba, tan molesto por la falta de madurez de un régimen que acababa de nacer. Edgar Neville tenía fama de impulsivo, pero no mostró esa impaciencia que, en realidad, no era tal. Tampoco un deseo de perfección en el ejercicio de las libertades que, en cualquier caso, habría misteriosamente desaparecido tras finalizar la guerra.

Mientras se reunía y colaboraba con sus amigos de la Residencia de Estudiantes, Edgar Neville sabía apreciar una libertad que necesitaba, como pocos, para no convertirse en un cínico. Nunca fue un amargado ni un resentido. Carecía de motivos. Buscaba el éxito en sus más diversas manifestaciones: «Adora el éxito y la publicidad como tal publicidad, sólo por lo que tiene de mención», diría Ramón Gómez de la Serna. Y alcanzó sus objetivos sin que la República supusiera un obstáculo.

Cuando, en julio de 1936, Edgar Neville regresó a España procedente de Nueva York, los estrenos de sus primeros largometrajes todavía estaban recientes. Eran, en parte, el fruto de las enseñanzas recibidas en un Hollywood desde donde escribía cartas que reflejan el entusiasmo de quien vislumbra nuevos y prometedores horizontes. El recuerdo de aquellos años pronto tendría que relegarlo a la hora de dirigirse a las nuevas autoridades durante la guerra. *El malvado Carabel*, basado en la homónima obra de Wenceslao Fernández Flórez, llegó a las pantallas el 9 de diciembre de 1935. Constituye un desaparecido ejemplo de su apuesta por el humor, que continuaría con una renovadora adaptación de *La señorita de Trevélez*, pactada con Carlos Arniches y en una línea donde lo vanguardista quedaba atrás. Había superado la época de los mediometrajes divertidos e irreverentes. Se trataba ahora de triunfar con la garantía de lo ya probado en la narrativa o el teatro, darle a su filmografía un sentido más acorde con los gustos del público en un período de cambios y aprovechar el impulso de un cine nacional en claro auge desde 1934.

[18] En la carta a Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, fechada en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer el 14-II-1931, afirma: «Acabo de recibir su manifiesto y me falta tiempo para unirme a la Agrupación. Cuenten ustedes conmigo para lo que sea preciso y en calidad de escritor cinematográfico, de diplomático, de periodista o de lo que sea». En la misma carta, Edgar Neville les informa de sus actividades conspiratorias en compañía de Ramón Franco.

La brillante adaptación de la tragedia grotesca de Carlos Arniches provocó «el eutrapélico regocijo» de los espectadores y obtuvo un considerable éxito tras su estreno el 27 de abril de 1936, ya en la etapa del Frente Popular. El guión de Edgar Neville introdujo cambios sustanciales con respecto al texto original de Carlos Arniches, que no dudó a la hora de dar su consentimiento. Era consciente de que los veinte años transcurridos desde el estreno de su obra requerían una actualización, más respetuosa sobre todo con el papel de la protagonista femenina. Ya no cabía un retrato de subrayados trazos grotescos. En el desenlace de la película, Florita deja de ser el objetivo de las burlas para convertirse en un personaje digno. Su dolor no borra una sonrisa que mantiene ante los demás y, llegado el momento, ella también es capaz de añadir un ridículo bigote al retrato de su Galán. Decide vivir, echar los sombreros al aire como la Paula de Miguel Mihura, mientras su hermano da cuenta del burlador.

Edgar Neville desecha los juegos de palabras que llevaban a Florita a un final en compañía de las capuchinas. Le otorga un protagonismo que en la versión original correspondía al hermano y, además, se inventa un personaje como el de Araceli, que resume su imagen de la joven moderna, rubia y decidida. Carlos Arniches combatía a los burladores con un regeneracionismo que excluía a un género femenino siempre a la espera. Su adaptador fue más práctico: dio protagonismo y argumentos a unas mujeres capaces de devolver la burla.

La renovadora adaptación estaba en consonancia con unos tiempos que acogieron favorablemente una película sin los lastres moralistas que tanto molestaban a su director: «Lo ñoño no va en el cine ni en nada, pero en el cine menos que en nada» (*Cámara*, 15-VIII-1948). Edgar Neville apostó por «un asunto tremendamente humano y absolutamente español: mucho más español que las flamenquerías y que las monjas. Como que se trata sencillamente de la tragedia de la solterona de provincias, que es la más irremediable solterona de todas las solteronas» (*Cinegramas*, 29-III-1936). Tendría tiempo de comprobar hasta qué punto, poco después, se revitalizaron «las flamenquerías y las monjas»...

Edgar Neville disfrutaba con el éxito de su amigo Charles Chaplin, clamoroso con motivo del estreno en España de *Tiempos modernos* (4 de marzo

de 1936). Lo comentaría con Douglas Fairbanks, que diez días después llegó a Madrid a bordo de su avión particular. Iba de camino a Biarritz, pero tuvo tiempo de pasar cuatro jornadas en compañía de aquel divertido conde al que había conocido en Hollywood. Fue bien recibido por quien tan dispuesto estaba a lucir estas amistades en cualquier ocasión. Vivía en un Madrid todavía pequeño, apenas incorporado a las rutas turísticas de aquellos glamurosos viajeros, pero ansioso por abrirse a unos tiempos que, verdaderamente, parecían modernos.

Edgar Neville atravesaba, además, una buena racha de estrenos teatrales, guiones cinematográficos, ediciones, colaboraciones en la prensa y películas dirigidas que le confirmaban en su «creencia de que no sólo se agotan las localidades para ver las desventuras de un niño perdido, el dulce despertar del instinto materno en una monja o la tragedia de la mocita que deja de ser mocita hasta que luego vuelve a ser mocita para que todo acabe bien» (*Cinegramas*, 29-III-1936.). Nunca creyó estar en un valle de lágrimas, y menos de las que por melodramáticas resultan cursis. La suya, por otra parte, no era una «vida difícil», al modo de la por entonces novelada con desoladora tristeza por Andrés Carranque de Ríos. Todo lo contrario: corrían tiempos de «éxito y publicidad», aquello que tanto adoraba el «fino humorista». Necesitaba compartirlo con una bella mujer. Pocas semanas después, y con el dinero ganado gracias a *La señorita de Trevélez*, su director decidió marcharse de nuevo a Estados Unidos. Allí buscaba a quien todavía era Mª Concepción Carro Alcaraz, la joven que se había convertido en su amante tras un primer encuentro, en un tren, que tuvo lugar en la Semana Santa de 1933. Ella tenía diecinueve años y él treinta y tres. Los dos compartían unas enormes ganas de conocer nuevos horizontes y apurar la vida con humor. Así se lo contó al periodista Marino Gómez-Santos muchos años después:

> — [Conchita Montes] Estaba en clase; pero como en aquel tiempo la vida no era aún cara, con parte de lo que gané en la película me fui a la salida del colegio.
> — ¿Y para eso necesitabas dineros?
> — Es que el colegio estaba en Nueva York. Así es que me fui a Hollywood a pasar un mes y volver a ver a mis amigos después de cinco años y, de paso, a poner ante aquellos ojos aquel panorama y su constelación de estrellas. Como siempre, fui acogido con los brazos abiertos por todos ellos, y Douglas [Fairbanks] me envió su coche al saber mi

> llegada. Al día siguiente vi a Chaplin, que acababa de volver de la vuelta al mundo con Paulette Goddart. Pero con Paulette o sin ella siempre pasa lo mismo. Desde aquel día no nos separamos de él.

El periplo por diversas ciudades norteamericanas duró casi dos meses, hasta que se agotó el dinero de la película. Lo suficiente para visitar a célebres amigos del mundillo cinematográfico (Marion Davies, Mary Pickford, Harry Crocker, Eleanor Boardman y un Charles Chaplin que le habló, en tono íntimo, de sus relaciones con Paulette Godard...), deslumbrar a Conchita y permanecer al margen de una España tensa y conflictiva, cuya situación nunca preocupó demasiado a un diplomático con escasa vocación para afrontar las tareas propias de su carrera: «Yo no he sido nunca un funcionario modelo», reconoció sin arrepentimiento en la entrevista arriba citada.

Tampoco era un modélico militante de Izquierda Republicana, el partido de su supuesto amigo Manuel Azaña, que nunca le nombra como tal en sus extensos y detallados diarios. Edgar Neville no tenía vocación de militante. En una postal suya, dirigida a José Ortega y Gasset desde Hollywood el 27 de agosto de 1931, vemos a una sugestiva bañista dispuesta a lanzarse a la piscina:

> Hoy llegan los periódicos con los detalles de las elecciones y con su gran triunfo [el filósofo había sido elegido diputado]. No tiene usted idea de la pena que tengo de no estar ahí para expresarle mi entusiasmo a grandes voces. Pero yo no soy como ustedes que se divierten, y me tengo que quedar aquí, junto a piscinas y náyades, fastidiado sin aportar nada a la estructuración de España.

Algo aportó, pues en la misma carta propone la eliminación de dos términos: «¡Por Dios, no sigan llamando Catastro al Catastro! Un Gobierno del pueblo no debe consentir ese nombre, y no me olviden los Pósitos». Pasó el tiempo de las bromas con la República y Edgar Neville tendría tiempo de arrepentirse de una amistad con Manuel Azaña que también purgó con la cárcel y la depuración su inseparable Paco Vighi, ultraísta con quien compartía chistes irreverentes. Lamentaría, asimismo, sus manifestaciones en contra de los excesos derechistas de José Mª Gil Robles y Alejandro Lerroux, dos políticos tan vulgares como conservadores que no satisfacían a un sujeto innovador, refinado y alejado de la moral pequeñoburguesa. Nunca escuchó las requisitorias de la

bíblica Eva, que acusaba a Adán de «¡solterón!» y lamentaba que no buscara un hogar:

> Un rincón en el que te sepas en tu casa, en donde tengas tu residencia fija, en el que vayas amontonando recuerdo tras recuerdo, para que aromen más tarde tu vejez. No conoces los encantos de la vida del hogar en este valle de lágrimas (*Eva y Adán*).

Edgar Neville no tenía «espíritu de propietaria». Como su personaje, que con la ayuda de Cipriano Rivas Cherif dio a conocer en las sesiones teatrales organizadas por El Mirlo Blanco (21-VI-1926). En aquel teatro íntimo en casa de los Baroja recreó un Paraíso terrenal «lleno de diplodocus, mammuths y plesiosaurus» para divertir a la selecta concurrencia, harta de tantos dramas de celos y pasiones. El por entonces recién casado tenía otra mentalidad. El matrimonio y la paternidad nunca le condicionaron. Antes de enamorarse de Conchita Montes, había vivido un apasionado romance con la bella Constance Bennett, la reina de la comedia sofisticada de los años veinte. Fue relatado por la chismosa prensa de Hollywood. Mientras tanto, su esposa permanecía en Málaga a la espera de su segundo hijo. Hubo quien, años después, tomó nota de tales devaneos en informes confidenciales. Podría haber ahorrado tiempo y esfuerzo si, en vez de preguntar, se hubiera limitado a leer *Don Clorato de Potasa*:

> Se puede vivir sin haber gustado las mieles de una norteamericana de película; pero se vive mal y se siente un continuo desasosiego, agudizado con la vista de cualquier film. Los hombres que han tenido una de esas ágiles y reidoras señoritas, van al cine con una mayor confianza, y en las escenas amorosas sonríen, apreciando no sólo la visión, como los demás espectadores, sino que, además, conocen el sabor de todo el momento (I, XXII).

Edgar Neville había evidenciado estos rasgos durante sus anteriores estancias en Hollywood, que vivía su época dorada de cenas en el Hotel Ambassador y visitas a San Simeón, la legendaria mansión de Willian Randolph Hearst. Allí acudía junto a Charles Chaplin y otros elegidos, en un lujoso tren que deparaba sorpresas dignas de reyes sólo conocidos en los relatos orientales. Mientras tanto, sus colegas españoles se conformaban con ir a los cines de la Gran Vía y escribir elogios del célebre cómico. Otros, más vanguardistas y menos sentimentales, lo contraponían a Buster Keaton. Edgar Neville permaneció ajeno a este debate mientras estuvo en la más selecta de las compañías. En aquellas

estancias recreadas por Orson Wells en *Citizen Kane* (1940) se relacionaba con Douglas Fairbanks —que le confesaba sus problemas matrimoniales—, Mary Pickford, Adolphe Menjou, Bebe Daniels, Joan Crawford y algunas amigas más rubias e íntimas, que no pudieron en 1936 competir con la distinguida juventud de Conchita.

Hija de un conocido y acomodado médico, esta joven madrileña había decidido ser tan singular como avanzada. Siguió la senda de otras mujeres coetáneas, no demasiadas, que aunaron libertad y audacia para abrir nuevos caminos. Se sentía al margen de cualquier prejuicio de la España de entonces y en compañía de Edgar Neville optó por apurar un tiempo vivido a velocidad de vértigo. Ambos eran guapos, cultos, ricos, liberales y refinados. Republicanos también, al menos por su voluntad de disfrutar de una libertad tan desconocida en su país como intensa durante aquellos fugaces cinco años. Nunca imaginaron que pocos meses después tendrían que pedir perdón por haber sido felices y libres.

Edgar Neville partió de Nueva York, el 1 de julio de 1936, en compañía de la después más conocida como Conchita Montes, que por entonces pretendía ingresar en el cuerpo diplomático y no pensaba utilizar nombre artístico. Tampoco imaginaba una carrera como actriz. Nunca lo fue en realidad. Pisó los escenarios como una «primera actriz», capaz de seducir a cualquier espectador. A pesar incluso de su limitada o defectuosa dicción, que ella misma reconocía. No importaba. Bastaba su imagen para que contrastara con la de otras jóvenes españolas de la época, carentes por lo general de su elegancia y cultura. Las había modelado mientras cursaba Derecho en la madrileña facultad de la calle San Bernardo y completaba sus estudios en el Wassard College, cerca de Nueva York y en compañía de otras elegidas señoritas de diferentes países. A nadie le extrañaría que, con el tiempo, fuera la protagonista perfecta de la alta comedia de los años cincuenta y luciera en los escenarios mejor que nadie los más elegantes vestidos. Provocaba así la envidia de numerosas señoras que ni siquiera imaginaban la posibilidad de conservar su estilizado talle. Causaba estragos en los escenarios y las tertulias más selectas. En el país de dos gordas como Doña Encarnación y Doña Purificación, tan presentes en los relatos de Edgar Neville, el

tiempo no parecía pasar para una dama del teatro que supo administrar sus encantos. Los tuvo, como una especie de Katharine Hepburn a la española, según la acertada caracterización de José-Carlos Mainer. Ambas también fueron actrices de marcada personalidad que convivieron con hombres casados y contradictorios.

Otros muchos rasgos caracterizaban a Conchita, la única mujer capaz de altemar con el divertido y misógino grupo de amigos de *La Codorniz*[19]. Desde principios de los cuarenta, colaboraba en la misma con su Damero Maldito, pasatiempo para lectores cultos que tantos quebraderos de cabeza provocó durante décadas. Nunca fue una señora aburrida o cursi, como las a menudo ridiculizadas por sus colegas. Todo lo contrario: mantuvo su encanto, estaba al día de cualquier novedad cultural y daba pruebas de una elegancia cultivada con tiempo y perseverancia. En cuanto a Edgar, no era su primer amor al margen del todavía reciente matrimonio. Tampoco sería el último, pero estaba destinado a convertirse en el más duradero. Hubo que superar numerosas dificultades. Y presiones, como las derivadas de la España del nacionalcatolicismo. Acabaría renegando de esa época una mujer que siempre se sintió libre, excepto para contar algunos episodios de su trayectoria durante la guerra civil.

Edgar y Conchita habrían podido quedarse en Estados Unidos para emprender allí una vida como pareja. A diferencia de lo sucedido en 1929, él ya no precisaba de una carta de presentación como la que, gracias a la gestión de José Ortega y Gasset, firmó en dicho año el Duque de Alba. Iba dirigida a su amigo Douglas Fairbanks, que le debía favores y gestiones realizadas ante el gobierno español en 1926 con motivo del escándalo provocado por el estreno de *Don Q. Son of Zorro*. La película mostraba una «España de pandereta, calzón corto y trabuco a la espalda, faca en la liga, ruin, atrasada, fanática, inculta y cruel» (*La Vanguardia*, 4-V-1926). Aquella españolada pronto quedó en el olvido gracias a las misivas remitidas por el Duque de Alba a diversas personalidades. Fueron más certeras que la de presentación para su joven amigo, nervioso ante

[19] En diferentes tertulias de la posguerra coincidió con algunas pocas amigas, como la Condesa de Yebes y la no menos singular Lilí Álvarez, tenista de los felices años veinte que, por entonces, era capaz de torear en una capea y despertar el entusiasmo, entre lírico y taurino, de un grupo de autores, entre los que figura Edgar Neville.

los errores y la «redacción gélida» de una carta con la que pretendía abrir las puertas de Hollywood[20].

En julio de 1936, el Conde de Berlanga ya no precisaba de estas recomendaciones, pues contaba con amigos bien situados en Hollywood. A veces se dejó llevar por la imaginación en este sentido, al menos cuando le convino. No tanto en aquella época de éxitos, como prueba que los mismísimos Willian Randolph Hearst y Marion Davies, cuando llegaron a Madrid en mayo de 1934, se hicieran acompañar por su antiguo amigo. Inició así una tarea de introductor en España de personalidades extranjeras, que también le sería encomendada por unas autoridades franquistas conscientes de que Edgar Neville era uno de los pocos sujetos cosmopolitas que estaban a su disposición. En 1934, mucho antes de que deslumbrara a sus amigos con las presentaciones de María Félix y Ava Gadner, dejó boquiabiertos a algunos periodistas, asombrados ante el despliegue de lujo y glamour de millonarios como Hearst.

Edgar Neville, gracias a su sello aristocrático, desenvoltura, simpatía, ingenio y hasta la buena planta de galán latino que en los años treinta lucía, había tejido una tupida red de relaciones en los ambientes cinematográficos norteamericanos. Por otra parte, la pareja formada con Conchita Montes disponía de una formación académica y profesional que le habría permitido salir adelante sin grandes dificultades. Otros españoles, tres años después, emprendieron el camino en sentido inverso y en unas condiciones que, ni de lejos, se aproximaban a las de aquellos afortunados enamorados. Y, además, como

[20] La postal, con una foto de Dolores del Río, está fechada en Nueva York el 13 de febrero de 1928: «Me han traducido la carta del duque de Alba presentándome a Douglas y me ha desconcertado, aparte de la redacción gélida (muy de la casa) dice lo siguiente: 'El conde y la condesa de Berlanga van a abandonar la carrera diplomática para dedicarse a los trabajos del cine...' No me importa esta carta porque puedo no utilizarla, pero como en ella alude a otra que le envió directamente hablándole de mí, y que debe ser más desorientadora aún, mejor si le es posible, hable con él y le explique que no pensamos dedicarnos al cine, que como soy escritor pensaba intentar hacer 'escenarios', 'argumentos', sin dejar para nada la carrera, y que mi visita a Hollywood era tan sólo con ese objeto. Mucho agradeceré que logre esa carta explicativa, porque actualmente aparezco ante los Fairbanks en un perfil muy desfavorable». El 14 de abril, Edgar Neville vuelve a escribir a Ortega y Gasset, pues pensaba que sus anteriores postales no habían llegado a su destinatario. Le insiste para que hable con el Duque de Alba y le solicite «una carta en que nos presente como alguien que no vamos a pedir más que amistad». Eran cosmopolitas, pero fieles a la castiza práctica del recomendado.

Estos datos contrastan con afirmaciones como la recogida, en 1945, por Félix Centeno: «Fui [a Hollywood] de turista, por tres meses y sin pensamiento de hacer cine. Y me quedé allí»

reconocería Edgar Neville en una entrevista concedida a *Primer Plano* en 1940, Hollywood había ganado mucho con respecto al que conoció en su primera estancia:

> El cine sonoro estaba, para tan poca edad, muy crecido. Hollywood se había hecho menos campestre. Y aparecía más socialmente elegante. Había perdido ingenuidad y había ganado gente de talento. Encontré artistas y escritores de primer orden. Y la vida, siempre agradable allí, siempre infinitamente agradable, pero acaso más agradable que nunca con ese gran empaque que trajo el cine hablado.

La tentación de una vida «infinitamente agradable» y «socialmente elegante» era evidente para la joven pareja. No obstante, Edgar Neville tenía en España una esposa, dos hijos, una madre, un influyente padrastro y una fortuna familiar, que corría peligro en caso de permanecer junto a Conchita y tan lejos de los suyos. Ambos, audaces dentro de un orden, emprendieron una travesía hacia el umbral de un conflicto que vivirían con múltiples problemas y separaciones forzosas. Por razones familiares y, tal vez, económicas —nunca tuvieron el mal gusto de concretarlas—, fueron en dirección contraria a la de tantos otros sujetos de su misma clase social. Y quedaron atrapados, sin que llegara a pesar sobre ellos el «miedo al exilio», del que hablaría un anciano José López Rubio que permaneció en Estados Unidos, durante la guerra, gracias a un contrato cinematográfico. Con el tiempo, también quedaría atrapado, aunque fuera en el poco alentador cine español de los años cuarenta.

Edgar Neville, siendo un joven vanguardista que «bailaba tangos con solemnidad de profesional» en los salones del Palace y el Ritz, había colaborado en algo tan singular para un aristócrata como la caída de la Monarquía. No fue el único. En sus declaraciones ante la comisión depuradora de la carrera diplomática, manifestó que, estando en California, a su regreso se encontró «con la República ya proclamada, a mi gran satisfacción, pues al igual que muchísimos que hoy combaten en las filas nacionalistas, creía que el nuevo régimen iba a ser la salvación de España». Treinta años después, en la entrevista concedida a Marino Gómez-Santos, se expresaría en términos similares:

(*Historias de Hollywood*, p. 16). Edgar Neville siempre estuvo dispuesto a modelar el pasado de acuerdo con la imagen de sí mismo que intentaba transmitir.

> Hubo mucha gente que sin perder el afecto personal a don Alfonso XIII, que era todo bondad y simpatía, habíamos acogido la República con la esperanza de que esta forma de gobierno calmase la lucha perenne de los españoles entre sí, y que en vista de la carencia tradicional de grandes políticos los sustituyese por un código de leyes, con las cuales se dejase poco margen a su menguada capacidad personal.

Con el paso de los años se arrepentiría de este inicial apoyo a la República, más prolongado que el de sus admirados e impacientes José Ortega y Gasset y Gregorio Marañón. El límite, según él, fue el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936,

> Porque entonces el régimen se convirtió en una dictadura policíaca y el individuo se vio desasistido del apoyo del Estado, que contemplaba inerme atracos, incendios, asesinatos y, sobre todo, una cosa intolerable: el continuo atropello de los trabajadores que cumplían con su deber y efectuaban su trabajo normalmente (*ibid*.)

¿Pensaba así el Edgar Neville que partió de Nueva York el 1 de julio de 1936? Lo dudo. Al menos, no contamos con pruebas que vayan en esa dirección. El tiempo, por otra parte, introduce matices y da carpetazo a lo coyuntural. Faltan en estas palabras de los años sesenta las referencias a la Falange, que encontramos en el relato titulado *F.A.I*., publicado durante la guerra. Uno de sus protagonistas, un antiguo y respetable republicano hasta que observa la degeneración del régimen, pasa a creer en el partido al que se afilió Edgar Neville en 1937: la Falange Española, donde «está resumida la parte sana de las aspiraciones que teníamos los que quisimos la República»[21].

Las décadas de franquismo habían enfriado esta exaltación del falangismo tan coyuntural como de alambicado razonamiento, pero el autor mantendría una constante básica para comprender sus obras: la idealización de un pasado de armonía y resignación —«no se deseaba más que lo que se podía tener»—, que había saltado por los aires en febrero de 1936. Ya lo encontramos en *F.A.I*., en donde una de las protagonistas, Carmen,

> Evocaba lentamente, sin gala literaria, pero con precisión de madrileña, aquella época remota sin odios, sin exasperaciones, en la que la gente se sonreía. En su charla desfilaban los perdidos perfiles de aquel Madrid

[21] El mismo personaje, tan adecuado para justificar al autor, poco antes afirma que «Esto no es una guerra civil ni una guerra política; es un caso de justicias y ladrones, son las personas decentes de un país que se sublevan contra los asesinos y los ladrones; eso es todo» (*FAI*).

> plácido, con albañiles de blusa blanca y bigote, soldados multicolores, sombreros hongos y coches de caballos[22].

Una *belle époque* que evocaría en películas tan personales como *Mi calle* (1960) y defendería como ideal de vida en sus artículos publicados en *ABC*: «Debemos aferramos todos a nuestro dulce vivir antiguo, al trato afectuoso entre las clases sociales, a que nuestra calle y nuestro barrio sean una patria chica, en la que todos se conocen y se defienden». Lo escribía en un franquismo donde, para él, la añoranza de ese ideal sería relativa, puesto que —como afirma la voz en *off* de la citada película— después de la guerra las personas «se han vuelto más humanas y se han borrado diferencias sociales». Una conclusión coherente con la de *Frente de Madrid*: «La guerra había salvado a España, uniendo a sus hijos para siempre». Era la unión de «españoles, los buenos, los nobles de los dos lados, contra los infames y los asesinos, vinieran de donde vinieran». En 1964, su colega José Luis Sáenz de Heredia celebraría con otra película, nada lírica y más rentable, los veinticinco años de paz del Régimen. Francisco Franco era la única cabeza visible de un cuerpo social unido y uniforme donde, oficialmente, ya no había «diferencias», ni siquiera como eufemismo. Un cuerpo con un claro sentido de la verticalidad cuya cabeza seguía vigilante «contra los infames y los asesinos, vinieran de donde vinieran», es decir, como seres ajenos a una España purificada.

La recomendación de aferrarse a un «dulce vivir antiguo» esboza un modelo más fruto del deseo que de una realidad histórica que no le interesó analizar. Se resquebrajó, según Edgar Neville, con la llegada de un Frente Popular, o «una conjunción anárquicocomunista», que es la suma de todas las maldades. Nunca pretendió entender sus rasgos sociales y políticos al margen de una propaganda que, en su caso, le resultó tranquilizadora para conjurar temores no confesados. Esta postura común entre sus colegas la mantendría en diversas declaraciones, obras y artículos. Recordemos, por ejemplo, a las protagonistas

[22] Este testimonio, ya parcialmente citado al principio del presente capítulo, resume uno de los motivos recurrentes de la obra de Edgar Neville, que no se cansó de evocar una época anclada en un pasado vinculado a una experiencia personal y modelado por referentes literarios y teatrales. Recuérdese, asimismo, que la nostalgia es una característica propia del fascismo español.

del relato *Las muchachas de Brunete*, dos enfermeras falangistas apresadas por los milicianos y conducidas a

> Un Madrid totalmente nuevo, que sólo de vez en cuando recordaba el que había sido. Las casas, las calles, estaban allí, eran las mismas, pero las gentes eran distintas o procuraban parecerlo. No era sólo que faltase gente bien vestida por las calles; era la gente del pueblo la que indudablemente era diferente. La ciudad estaba invadida por gentes de fuera, por pueblerinos, que le daban aspecto de domingo, y que no tenían aquel respeto hacia la ciudad que tuvieran en otros tiempos, cuando llegaban para las fiestas. Isidros rezagados e impertinentes, que habían entrado en Madrid por las malas, dejando el barro y el polvo de su pueblo en las sedas del barrio de Salamanca. Una multitud sucia y grosera, que había hecho desaparecer al fino madrileño; a esa masa se mezclaban extranjeros mal encarados y que vestían con apresto militar. Esta fauna, vertida en las terrazas de los cafés, llamaba a gritos a los camareros. Era el hampa internacional, llegada de todas las inclusas de la tierra, de todas las cárceles del mundo, de todos los guetos de Europa para auxiliar a la causa comunista.[23]

En «Madrigrado», según la denominación de Francisco Camba, faltaban los «madrileños auténticos, finos y recortados». Aquellos que en el artículo «Madrid» de Edgar Neville, publicado en el número 7-8 de la revista falangista *Vértice* (diciembre, 1937), estaban dispuestos a levantar murallas «para que nos dejen en paz, una vez que hayamos expulsado a los isidros», «esas gentes de fuera que habían transportado, como gitanos, sus pueblos a tus alrededores, a Tetuán, a Vallecas, a las Ventas, y con ellos su rencor y su envidia por tu pureza diáfana, por tu garbo y tu donaire». Eran tiempos de esencias y purezas, convertidas en baluartes frente a la llegada de gentes «como gitanos».

El humor, en esta ocasión, no matizó una visión clasista y prejuiciada de aquel Madrid frentepopulista. Imperaba el miedo a lo ajeno, a un cambio que amenazaba seguridades más sólidas que las de la moral o las costumbres. De ahí lo visceral de retratos como el de otro humorista que también combatió en la guerra de papel, Wenceslao Fernández Flórez: «¡Calles de Madrid: charcos de sangre, vías dolorosas, cauces de cólera y terror, de ordinariez y de violencia, de humanidad inferior con vestimentas arbitrarias!» (*Una isla en el mar rojo*, 1942,

[23] Los «isidros rezagados e impertinentes» ya los conocimos gracias a una cita reproducida en este capítulo. Edgar Neville escribió sobre ellos en diferentes ocasiones. Formaban parte de un mundo arnichesco donde nunca tuvieron protagonismo, salvo como referencia contrastiva: eran la

11ª ed.). Estos autores nunca soportaron a «la chusma enfurecida» que, según el humorista gallego, «impregna el mundo de desesperación y de bajeza». El Apocalipsis, en definitiva.

Edgar Neville no incluye «el cielo teológico», metafísico concepto del que tanto hablaba un Agustín de Foxá que, por aquellas fechas, dejó atrás su tibieza en materias religiosas. Eran tiempos de clarines e himnos. Tampoco cae en la agresiva retórica de Wenceslao Fernández Flórez, que prescindió de su proverbial humor cuando, en la citada novela, retrató a los isidros que en julio de 1936 ocuparon Madrid:

> Infrahombres sucios, de ceño asesino; mujeres hienas, vociferadoras y desgreñadas, que llevaban en los ojos la alegría de poder matar; chicuelos alborotadores, orgullosos del revólver que habían conseguido, pero cuyo mayor placer eran las llamas de los incendios; toda la gentuza que sufre de fealdad física o de fealdad espiritual, la que lleva las serpientes de la envidia en el caduceo de su impotencia, de su inservicialidad; la que representa el salto al aborigen salvaje, la que no tiene en el alma más que una fuente de odio con la que quisiera anegar al mundo; una plebe exaltada, feroz, que invadía las calles, pasaba en camiones, escalaba los techos de los tranvías y lucía con petulancia amenazadora sus instrumentos de muerte.

La gente «que lleva las serpientes de la envidia en el caduceo de su impotencia», escribe el delicado y sensible autor de *El bosque animado* (1943). Los humoristas, no cabe duda, también fueron a la guerra. A la del papel en su mayoría y algunos, como nuestro protagonista, a la de las trincheras, aunque se limitara a realizar labores de propaganda. Y lo primero que a veces perdieron fue su propio humor, convertido en una agria voluntad de descalificación del contrario ya vencido. Nunca lo reconocieron en público o por escrito. Optaron por el olvido, seguros de encontrar la complicidad de unos lectores dispuestos a pasar una página que a todos inquietaba.

Los madrileños auténticos, de los que se erige portavoz Edgar Neville, están dispuestos a ser en adelante más exigentes con «las visitas, y vamos a impedir que dejen de serlo y que se instalen junto a nosotros para, de repente, estrangularnos como ahora». Coincidiría con el exaltado José Vicente Puente que, en un artículo publicado en *Arriba*, afirmó por entonces que «A Madrid le ha

---

antítesis del concepto de lo popular defendido en los sainetes, que tanto gustaban a quien, en

perdido su excesiva población obrera». Había caído en manos de «paletos fracasados». Quien, con el tiempo, se convertiría en el novelista de las «chicas topolino», representante de actrices como Sonia Bruno y, según Luis G. Berlanga, «un Fouché de salón» dispuesto a participar en los más variados negocios, no se olvida de «aquellas arpías y mujerzuelas que se pusieron el mono en los primeros días», es decir, las milicianas: «feas, bajas y patizambas, sin el gran tesoro de una vida interior, sin el refugio de la religión». A todas «se les apagó de repente la feminidad, y se hicieron amarillas por la envidia». Había que curarlas; drásticamente, claro está. Pronto colaboraría en este empeño con la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera. Sus recetas las podemos encontrar en revistas como *Y*, cuya orientación filonazi aplicada a las españolas debiera ser puesta en relación con otros modelos femeninos anteriores a la guerra. Algunas defensas de un peculiar concepto de la belleza de la mujer tuvieron un inicio prometedor y un final estremecedor.

Pasado el fragor de la batalla, un Edgar Neville más moderado no volverá a reclamar esa drástica «limpieza», más municipal que étnica, de los isidros. En el tono del amable e idealizado costumbrismo de algunas de sus obras evocará, a menudo, un Madrid armónico y jerarquizado. Ajeno a la Historia, de acuerdo con una subjetiva caracterización ya presente en *Las muchachas de Brunete* y en otros muchos textos, incluso anteriores a la guerra:

> Faltaba todo en la ciudad: su olor mañanero a café tostado, los menestrales trabajando en la puerta de sus casas, los viejos con capa y gorra sentados en sillas en las aceras soleadas. Faltaban pregones, músicas, vendedores ambulantes. Faltaba lo más típico de Madrid: el artesano y el duque. Los golfos, los abrecoches, se desmejoraban de tedio en sus despachos de comisarios del pueblo; y, sin embargo, la ciudad física estaba allí (*Las muchachas...*).

Edgar Neville evocaría esta idealizada armonía del «artesano y el duque», tan alejada de la realidad histórica del empresario y el obrero. Nunca se sintió obligado a observar las circunstancias de un cambio social que también formaba parte de la modernidad. Ni siquiera le planteaba interrogantes. Le resultaba desagradable, incómodo. Había, pues, que ignorarlo o despreciarlo. Recrearía, por el contrario, su concepto de la *belle époque* en comedias y películas del

---

1936, fue incapaz de comprender la presencia de nuevos sujetos sociales.

período franquista que le retrotraen a una añorada infancia cuyo recuerdo queda modelado por referentes teatrales y literarios. En esas creaciones, es obvio decirlo, se borra cualquier huella de un período republicano convertido en un paréntesis odioso. Incluso en films tan tardíos y personales como *Mi calle*, un testamento cinematográfico que evidencia, aparte de su indudable encanto costumbrista, los límites de la evolución ideológica de un director incapaz de asumir su pasado desde una perspectiva más matizada.

El advenimiento de la II República no truncó las expectativas de Edgar Neville. Fueron tiempos de intensa y fructífera actividad creativa repartidos entre Estados Unidos y España, con la salvedad de los meses pasados en Uxda o Udjda (Marruecos) como cónsul dispuesto a encontrar prisioneros españoles en las tierras de Abd-El-Krim[24]. Lo suyo no era el trabajo en un despacho. Ya tendría tiempo de reivindicar este episodio, donde la aventura para deshacer un rumor periodístico se mezcla con el deber profesional, recompensado con una condecoración. Su prolongada estancia en Hollywood fue un período de aprendizaje cinematográfico y diversión mundana en compañía de la nutrida colonia española. Realizó algunos trabajos concretos como dialoguista y adaptador, pero sobre todo acudió a los estudios, mantuvo numerosos contactos

[24] Se rumoreaba que en Marruecos permanecían retenidos algunos de los militares españoles que, en 1923, fueron apresados por las tropas de Abd-El-Krim. Edgar Neville fue nombrado cónsul en Uxda el 21 de marzo de 1934. Solicitó dos prórrogas y se incorporó el 21 de julio. A finales de ese año, y a instancias del Ministerio de Estado, realizó un viaje de inspección que fue relatado, con sentido novelesco, por su esposa, que le acompañó a pesar de que él ya estaba enamorado de Conchita Montes. Establecieron contactos con oficiales franceses y de otras nacionalidades que se distinguían por su refinado espíritu colonial, a tenor de las descripciones de Ángeles Rubio-Argüelles. Aunque su marido se adentró en zonas inhóspitas, no encontró evidencias de los supuestos prisioneros. Tenían razón, pues, los periodistas. A finales de 1933, César González-Ruano había sido enviado por el diario *ABC* con el objetivo de seguir la huella de los españoles. No lo consiguió, pero sus andanzas «Por las rutas posibles de los posibles prisioneros» le sirvió para escribir diez crónicas recientemente recopiladas: *Viaje a África* (1996). Es probable que ambos amigos rememoraran un episodio que les permitió conocer un país que les subyugó en algunos aspectos. Edgar Neville también pudo hablar del tema con Manuel Chaves Nogales, compañero de la redacción de *Ahora* que, en enero de 1934, ya se había desplazado a la zona y había publicado en el citado diario gráfico unos artículos donde evidenciaba la falsedad de los rumores que circulaban acerca de los prisioneros: «...en el fondo de este sensacionalismo no hay nada, absolutamente nada» (*Ahora*, 10-I-1934). El Ministerio no se convenció y la misión diplomática, que llegó un año después de los periodistas, culminó con un informe fechado en enero de 1935 que reiteraba lo dicho por Chaves Nogales. El viaje fue divertido y repleto de aventuras a su paso por bellas ciudades de Marruecos, alababas en postales dirigidas a Ortega y Gasset. Como es lógico, ante la comisión de depuración Edgar Neville obvió este recorrido más turístico que diplomático e hizo constar la condecoración recibida antes de incorporarse a su nuevo destino en Madrid, del cual tomó posesión el 2 de febrero de 1935.

con quienes le podían aconsejar, se interesó por los mecanismos de producción y dirección con la ilusión de poderlos aplicar al cine español que vivía, durante el período 1934-1936, momentos de optimismo... Nunca terminó de añorar aquella experiencia norteamericana tras haber encontrado tantas dificultades para culminar este objetivo en su país, al que consideraba apegado a una mediocridad subrayada por la «pobretería» de la posguerra.

Edgar Neville pronto se hizo amigo de Charles Chaplin, siempre dispuesto a divertirse con la colonia española. Les uniría una profunda amistad que superó la prueba del distanciamiento provocado por la guerra civil. A su término, él estaba dirigiendo una película en Roma gracias al apoyo del gobierno de Benito Mussolini, mientras su amigo daba los primeros pasos para rodar *El gran dictador*. A diferencia de su colega en tareas propagandísticas y posterior Marqués de las Marismas del Guadalquivir, Luis Escobar, no se sintió obligado a escribir una carta abierta al genial cómico por su apoyo a los republicanos (*Carta a Charlie Chaplin (Sobre la guerra de España)*, 1937). Incluso le borró de la lista de «turistas de la democracia» y defensores de los derechos humanos que, según el por entonces falangista, tanto daño habían hecho a España durante la guerra. Tal vez Edgar Neville y su célebre amigo hablaron del tema cuando se reencontraron en Londres y, posteriormente, en el refugio del actor en Suiza, donde se volvieron a fotografiar juntos, treinta años después de aquellas instantáneas que plasmaron a un apuesto conde en compañía de un cómico que todavía llevaba bombín y bastón[25].

No obstante, también hubo un tiempo para la exculpación en una amistad que le podía resultar polémica en la España de la inmediata posguerra. Edgar Neville publica «El último escándalo de Charlot» (*La Codorniz*, nº 188, 11-III-1945) para defender a su amigo —acosado por mujeres ambiciosas y carentes de escrúpulos— y negar su vinculación con sectores progresistas:

> Los periódicos volvieron a ocuparse de Chaplin diciendo que era socialista y después que era comunista y más tarde que era rojo. Le atribuyeron toda clase de actitudes y de ayudas a las izquierdas; pues bien, todo eso

[25] Marino Gómez-Santos, con una carta de presentación firmada por Edgar Neville, se presentó en Suiza para entrevistar a Charles Chaplin. Su primer comentario fue: «¡Ah, sí, Neville! ¿Sigue Neville tan gordo...? Hace algunos años nos vimos en Londres... Casi no le reconocí, entonces... Cuando estuvo en Hollywood era ágil y deportista» (*La memoria cruel*).

> también es falso; no es que yo quiera decir con esto que Chaplin sea un conservador, un hombre de derechas; no lo es, pero tampoco es un hombre de izquierdas. Es un hombre de centro, sin ideas políticas muy arraigadas, con una noble animosidad contra toda clase de injusticias, pero que no comulga en absoluto con ningún credo extremista.

Edgar Neville añade, incluso, que en mayo de 1936 y ante el deseo de Charles Chaplin de viajar a Europa por los problemas con que se encontraba en USA, le convenció para que desistiera en su empeño: «Yo entonces le expliqué lo que era el Frente Popular en España, y él tuvo la reacción de repulsa normal en un hombre sano».

El artículo de *La Codorniz* nos habla más de Edgar Neville que de Charles Chaplin. El primero necesitaba neutralizar posibles críticas por su notoria amistad con el director de una película como *El gran dictador*, prohibida en España hasta el final del franquismo a pesar de que su autor no tuviera «ideas políticas muy arraigadas». A Edgar Neville le interesaba mostrar una vez más esa amistad que tanto le distinguía, incluso subrayar su ascendencia sobre un cineasta atribulado que evitó, gracias a él, la tentación de trasladarse a la Europa de los frentes populares. Pero, sobre todo, deseaba exculpar y blanquear la figura de un Charles Chaplin que no fue un ideólogo —algunos ilustres colegas llegaron a burlarse de sus pretensiones en este sentido—, pero tuvo la osadía de enfrentarse a Hitler y otros dictadores. Edgar Neville vivía en la España de Franco y había trabajado en la Italia de Mussolini. En 1945 y en Madrid, su añorada amistad y su imaginación no le llevaron a recrear escenas de la citada película que hoy forman parte del imaginario de los demócratas. Ni siquiera las pudo ver en un país tan distinto al que, apenas una década antes, acogía con admiración sus encuentros con el célebre cómico. ¿Le llegaría la noticia de que, en 1947, John E. Rankin pidió en una sesión de la Cámara de Representantes que Chaplin fuera expulsado de los EE.UU. y sus films prohibidos? ¿Supo que su amigo estuvo a punto de ir a declarar, en 1949, ante la Comisión de Actividades Antiamericanas? ¿Alguien le comentó que, el 19 de septiembre de 1952, el fiscal general de los EE.UU. James MacGranery anunció que acababa de abrirse una investigación sobre Chaplin? ¿Habló con él acerca de los motivos que le llevaron a salir definitivamente de Norteamérica y refugiarse en Suiza en 1953? El artículo

de *La Codorniz* carece de una segunda parte imposible, incluso en «la revista más audaz para el lector más inteligente».

Edgar Neville, durante su primera estancia en Hollywood, también tuvo relación con otros famosos intérpretes norteamericanos, que le acogieron en un círculo donde su simpatía le abrió puertas. Aunque no dominara el inglés, aprendido allí mismo mientras hacía reír a Charles Chaplin por su peculiar utilización de la gramática. Otras puertas de aposentos más íntimos también cedieron ante su apostura, propia de un aristócrata que había practicado deportes tan insólitos en España como el hockey sobre hielo —reseñó uno de sus partidos internacionales en *La Gaceta Literaria*— y el *bobsleigh*, que le había permitido deslizarse a gran velocidad sobre las heladas superficies en sus tiempos de Suiza. Incluso era capaz de coger una raqueta de tenis con mejor disposición de ánimo que su amigo Eduardo Ugarte, siempre triste y republicano hasta su fallecimiento en el México del exilio. Allí, por primera vez, Edgar Neville no le había podido animar. Grueso y con más años, en la posguerra se dedicaba a la caza para charlar y almorzar en compañía de amigos bien situados y sin motivos para la melancolía.

Las numerosas fotos de aquellos meses en Hollywood nos dan una imagen de felicidad, compartida con otros colegas españoles que emprendieron una aventura ya documentada y relatada en varias monografías. Muchos de sus protagonistas eran jóvenes y vitalistas, individuos de un país cuya ansia de alegría se percibía en las más diversas manifestaciones. Todos contaban una y otra vez sus andanzas con cara de sorpresa compatible, eso sí, con el sentido crítico hacia lo visto en la meca del cine. Luis Buñuel lo recordaría entre irónico y divertido. Según él, perdió el tiempo, aunque sabemos que en sus memorias la verdad es un concepto resbaladizo. Enrique Jardiel Poncela, siempre víctima de las más variadas confabulaciones, transformaría este recuerdo en una obra teatral tan desafortunada como *El amor sólo dura 2.000 metros* (1941), uno de sus recordados fracasos. Otros colegas, como el propio Edgar Neville, fueron más positivos y receptivos: disfrutaron, aprendieron y volvieron para intentar trasladar a España una experiencia innovadora no sólo en lo cinematográfico.

Tuvieron un relativo éxito, pero aquellos meses de dobles versiones, peleas por el idioma del doblaje, escapadas a las playas californianas, noches de juerga y glamour... se transformaron en un recuerdo que apenas fue motivo de añoranza o melancolía en los años inmediatamente posteriores. Finalizada la guerra, dejaron pasar unos cuantos más antes de rememorar en público un período que, en la España del franquismo, parecería más lejano y quimérico. La excepción fue el propio Edgar Neville. No esperó hasta 1945 para mostrar en una revista como *Primer Plano* (2 de enero de 1944) los encantos de la experiencia norteamericana. Su falangismo, claro está, fue flor de un día, sin necesidad de que cayera aplastada bajo el peso del franquismo.

Películas, lujo, amores, viajes y un sinfín de anécdotas jalonan la trayectoria fascinante de Edgar Neville durante el período republicano. Todavía era «el niño mimado criado con biberón traído de la India», según el retrato de Ramón Gómez de la Serna. Un sujeto confiado y satisfecho que creía tener ante sí amplios horizontes. También era entusiasta, inquieto y alegre. Con sentido práctico, pues algunos años después no renunció a la posibilidad de convertirse en productor gracias a lo aprendido en los estudios californianos. Y, claro está, a su habilidad para moverse en determinados ambientes de la picaresca franquista. Nunca evidenció interés por los aspectos técnicos de los rodajes ni se preocupó demasiado por cuestiones que a otros cineastas llegan a obsesionar. Las anécdotas en este sentido son abundantes. Forman parte de una leyenda alentada por el propio Edgar Neville en algunas entrevistas, donde le gustaba hacer gala de su hedonista concepto de la vida, incompatible con la malhumorada histeria de tantos autoritarios directores con recortado bigote. Él seguía siendo, y siempre lo fue, un autor, que había encontrado en el cine una vía para dar cuenta de sus inquietudes y caprichos creativos —«el cine es una novela que se escribe plásticamente»—, sin necesidad de menoscabar el espíritu comercial de sus empresas cinematográficas.

Liberal en un sentido más vital que ideológico, desprejuiciado como pocos en la España de aquella época, agnóstico con un envidiable humor, cosmopolita, viajero y vanguardista, Edgar Neville disfrutaba con la alegría de la irresponsabilidad, como su Don Clorato Potasa. La de estar siempre «dispuesto a

partir hacia cualquier lado, teniéndolo todo en una sola maleta». Compartía también el lema de la juventud americana: *Have a good time*. Y, antes de 1936, nunca manifestó sentirse molesto por cuestiones políticas o sociales, tan alejadas de su mundo creativo hasta entonces. Bien es verdad que, como seguidor de José Ortega y Gasset, podría pensar que la II República se había distanciado de sus orígenes, dando cobijo a quienes consideraban como peligrosos revolucionarios. No tuvieron paciencia para comprobar hasta qué punto era un proceso irreversible. Tampoco apostaron por un fortalecimiento del régimen republicano, como señala el abogado Marón en *La velada de Benicarló*, de Manuel Azaña: «La sensatez habría aconsejado descargarse del miedo en la función del Estado, apoyándolo en vez de socavarlo. Pero los que se creían amenazados hicieron al Estado republicano objeto particular del odio, personificando en la República la causa de su miedo».

Esa actitud, en el caso de Edgar Neville, sólo fue clara cuando se precipitaron los hechos en julio de 1936 y su futuro como «señorito de la República» estaba pendiente de un hilo. Antes del inicio de la guerra mantuvo una actitud moderada y comprensiva, incluso con apariencias contradictorias. De ahí su apoyo a Manuel Azaña en una fecha tardía como 1934 y su afiliación —involuntaria, según la declaración ante la comisión depuradora que le juzgó— a Izquierda Republicana en 1935. Para colaborar, suponemos, con un político en alza que conocía desde los tiempos de El Mirlo Blanco y combatir la política derechista de José Mª Gil Robles y Alejandro Lerroux. También, por supuesto, de aquella «estropajosería» que denunciara desde las páginas de *El Diario de Madrid* compartidas con las enseñanzas de Juan de Mairena.

Edgar Neville nunca creyó en los grupos o en los regímenes políticos. Prefería hablar de individuos. Lo repitió en varias ocasiones pasado el fragor de la batalla. Mucho antes, el joven que también había compartido tertulias con el líder republicano tenía razones subjetivas para confiar en él, las únicas que le orientaron en sus actuaciones políticas. Su intuición, eso sí, estaba al servicio de un norte individual, que permaneció como el de una brújula en tiempos de cambios y palinodias.

Edgar Neville no puede ser incluido entre los golpistas dispuestos a acabar con las libertades republicanas. Sería un absurdo. Lo suyo era la literatura y el cine; con humor, sin pretensiones trascendentes y, ni mucho menos, afán proselitista o de combate. Y, sobre todo, el disfrute de una vida que le había recompensado sin demasiados sacrificios. Pronto las circunstancias le llevaron a un cambio de orientación. Los objetivos prioritarios pasaron a ser la seguridad personal y la conservación de su privilegiada situación. Para alcanzarlos puso sus creaciones al servicio de una actividad propagandística, que le unió a otros jóvenes autores. También a sectores situados en las antípodas de lo que hasta entonces había sido su trayectoria. Nadie le obligó, incluso fue una opción voluntaria asumida con sinceridad por quien nunca se arrepintió, al menos en público. Una voluntad, eso sí, relativa y nada imperativa, que no se habría concretado al margen de unas circunstancias como las que conoceremos más adelante.

II.4. Un error a expiar.

Edgar Neville, en su novela *Frente de Madrid*, justifica su trayectoria durante la etapa republicana como un error generacional, pues con otros jóvenes rebeldes «se había dejado embarcar por el camino que le marcaban los viejos incapaces». Por entonces ya había asumido la retórica de la juventud: «Todo nuestro movimiento es juventud», se leía en *F.E.*, una publicación falangista. Era la propia de un fascismo dispuesto a envejecer a sus enemigos: el parlamento, la constitución, la libertad de prensa y «toda aquella retórica que esparcían en el ambiente antiguos diputados». El resultado fue que «la juventud de entonces se había aliado a lo más putrefacto del país contra el único intento surgido para darle forma y estilo», es decir, la dictadura del General Primo de Rivera. El «héroe romántico» y «el gran enamorado de España», que con tanto entusiasmo retratara su amigo César González-Ruano en 1935: «Da la impresión de que el Espíritu Santo se le paraba en la nuca, de que le bajaban los ángeles, como a San Isidro...».

La II República había sido un espejismo para los jóvenes como Edgar Neville, que habla a través de su protagonista:

> ¡La República! Esa era la solución para los muchachos de entonces; un régimen que disipara la nube amorfa y negra con olor a cerrado que tanto les irritaba... Y vino la República, con nubes de otro contorno y color, pero aún más irrespirables que las de antes, porque había destruido todo lo que tenía de grato el vivir antiguo (*Frente de Madrid*).

Se imponía, pues, aplicar esa misma rebeldía de la juventud a un nuevo empeño, el protagonizado por los falangistas sublevados contra el régimen republicano. Lo observamos también en *Madrid, de corte a cheka*, de Agustín de Foxá, novela publicada en San Sebastián en marzo de 1938 y en cuya primera parte se evoca

> ...aquella dichosa edad algo boba, pero al mismo tiempo encantadora. Cuando en las casas un poco pretenciosas, con criados, tapices y jades chinos, se leían las páginas satinadas y a todo color de la *Revista de los Amigos de Rusia*. Cuando Buñuel filmaba el ojo rasgado por una navaja de afeitar o a la vaca estrellada contra el techo como símbolo del aburrimiento. ¡Felices tiempos en que se hablaba con benignidad de Marx ante una taza de té o se elogiaba a Lenin en un Rolls con lacayo! Cuando se carteaba uno con Douglas Fairbanks o Charles Chaplin y se afirmaba que Picasso era un monstruo 'tan admirable como el vampiro de Düsseldorf' (*OO.CC.*, III, 84).

¿Pensaba Agustín de Foxá en amigos como el Conde de Berlanga, amigo a su vez de Luis Buñuel[26], Douglas Fairbanks, Charles Chaplin y Pablo Picasso, aunque nunca dejara por escrito elogios a Lenin? En cualquier caso, todo aquello pertenecía a un pasado donde algunos jóvenes aristócratas, amantes de lo singular, no vislumbraban futuros peligros como los traídos por la II República. Y Edgar Neville —como Javier Navarro, el protagonista de *Frente de Madrid*— sólo lamenta no haber nacido en el año oportuno para formar parte de esa juventud que, además de rebelde, tiene la razón y el don de la oportunidad cuando descubre «la Verdad Suprema» «al grito de ¡Arriba España!».[27]

---

[26] Era amigo de Luis Buñuel, al menos, desde 1923, cuando celebraban bailes de máscaras y acudían, en compañía de José Gutiérrez-Solana, al viejo camposanto de San Martín.

[27] En carta a José Ortega y Gasset, escrita desde el frente de Madrid el 26 de noviembre de 1937, le dice: «Aquí en el frente se recobra la fe cuando se trata a esta admirable juventud impermeable a los lugares comunes, segura de lo que quiere y decidida a lograrlo. El espíritu 'nueva España' es tan fuerte que nos salvará de todo achabacanamiento, arrollando los escollos que se le presenten al principio» (Fundación José Ortega y Gasset). Eran tiempos de entusiasmo, cuando terminaba su carta al filósofo con un «¡Viva España, Viva Franco y Arriba España! y un abrazo de su amigo».

Apenas unos cuantos años antes, junto con otros colegas de su grupo generacional, Edgar Neville había emprendido en nombre del humor una lucha contra el lugar común y el tópico. También contra lo cursi; esa vida cotidiana endomingada, según Francisco Umbral. Ahora sus textos ya no hacen gala de ningún tipo de humor y se muestra incapaz de desnudar palabras enmarcadas entre signos de exclamación. A diferencia de otros colegas, mantiene un relativo sentido del equilibrio, pero no puede prescindir por completo de una abrumadora retórica que, a menudo, se traduce en violencia verbal.

Edgar Neville era un hombre incapaz de demorar una decisión. Sin embargo, nos sorprende la rapidez con que adoptó, según el testimonio remitido a la comisión de depuración de la carrera diplomática, algunas resoluciones de vital importancia. El 14 de julio de 1936, apenas veinticuatro horas después de su regreso a Madrid y cuando se estaban celebrando los entierros de José Calvo Sotelo y el teniente Castillo, Edgar Neville no sintió la urgencia de involucrarse en tan decisivas horas para la Historia de España. Decidió actuar como un hijo atento y se marchó a La Granja de San Ildefonso (Segovia). Allí, como otros muchos años, veraneaba su madre, ajena a unas circunstancias que le obligarían a permanecer en la finca en compañía de su segundo marido durante buena parte de la guerra. Tenían otra en Alfafar, provincia de Valencia, en una zona que cuatro días después quedaría controlada por el gobierno republicano. La recuperaron tras finalizar la guerra, al igual que la casa de Madrid[28]. Ignoramos en qué medida el recién llegado era consciente de la situación por la que atravesaba España, convulsionada por enfrentamientos que radicalizaron la vida política y social hasta llegar al 14 de julio, cuando los citados entierros constituyeron el último acto político antes de la guerra.

La tensión se percibía en el ambiente. Edgar Neville no permaneció en Madrid para comprobarlo y tomar partido, sino que se trasladó a La Granja. Deseaba ver a su madre, con la que siempre mantuvo una estrecha relación. Compensaba así, tal vez, la temprana muerte de su padre. Allí, entre amigos y veraneantes asiduos a un lugar apacible, adonde iba Alfonso XIII para tirar al pichón y jugar al polo, se entrevistó con su amiga Marichu de la Mora: «antigua

falangista que se ofreció a facilitarme el material de propaganda para que me enterase con exactitud de los propósitos de ese partido». Él, inesperado salvador de la Patria y a la búsqueda del perdón de quienes le podían depurar, tuvo buen cuidado de indicar que su interlocutora era una «antigua falangista», lo que en el argot político se denominaba una «camisa vieja». Un término que contrastaba con la belleza y juventud de la señora de Toto Chávarri, agente de bolsa. Había que dar peso específico a cada uno de los avales y el de su amiga de veraneos en La Granja y tertulias en Madrid sería fundamental. Eso sí, fue un despistado lector de la doctrina falangista, pues entre los citados propósitos no estaba el de aparecer como un «partido».

Tal vez los hechos se correspondieran con su escueto relato, pero cabe dudar de que el objetivo fundamental del viaje a La Granja fuera celebrar esta entrevista política, según se deduce del escrito de defensa presentado por Edgar Neville ante la citada comisión depuradora. Nada se dice en el mismo de su relación familiar con aquel lugar, donde había pasado tantos veranos cazando mariposas con los mariposeros de tarlatana, haciendo excursiones en burro y preparando la función de aficionados a finales de agosto: «En invierno se suceden las funciones de aficionados con una cierta regularidad. Pero cuando brotan con mayor intensidad es al final del verano, cuando ya Juanita se ha hecho novia de Pepito, y cuando ya los cadetes se van a volver a sus academias sin haberse dado cuenta de lo preciosa que es Rosita y de la facha que tiene Enriqueta», recordaría en *La Codorniz*. Eran a beneficio de los pobres: «En los sitios donde no los haya hay que construirlos, porque las funciones de aficionados deben ser para que los pobres dejen de serlo; pero tampoco hay que recaudar una suma demasiado grande, porque si no quedan pobres para el año siguiente, no se puede hacer la función». Y en La Granja, además, se contaba con presencia de la Infanta Isabel[29]. En alguna de estas funciones habría coincidido con Marichu y hasta es probable que la hubiera apoyado para el papel

[28] El Centro de Recuperación Mobiliario fue constituido en Madrid el 20 de abril de 1939. Las gestiones ante el mismo fueron llevadas a cabo por su madre y su padrastro.

[29] Las representaciones de aficionados que se montaban al final del verano en la casa familiar de La Granja y otras que conoció le dieron una divertida materia para escribir varios artículos en *La Codorniz*: «Normas para organizar funciones para aficionados», nº 269, 5-I-1947; «Los guisantes», nº 272, 26-I-1947; «Duquesa Violeta», nº 275, 16-II-1947 y «Omeleto», nº 279, 16-III-1947.

de protagonista, de acuerdo con la octava de sus peculiares normas para regularlas:

> 8º Hay que andar con cuidado con la elección del protagonista y tener en cuenta:
> a) Que la más guapa no sea nunca la que consideren más guapa las señoras, sino la que guste más a los chicos.
> b) Hacer que elijan la protagonista los hombres, porque la belleza de las mujeres es siempre un misterio para las otras mujeres; y en cambio, es cosa facilísima para los hombres, que somos los que sabemos recomendar a esa chatilla revoltosilla que es la que luego gustará al público. (*La Codorniz*, nº 269, 5-I-1947).

Marichu no fue una «chatilla revoltosilla» de aquellos añorados tiempos, pero su elegante belleza era la de una amiga de la infancia con quien mantendría una relación donde lo político, en cualquier caso, sería secundario. Edgar Neville no acudió a ver a una destacada falangista, alejada por cierto de los lugares donde otros correligionarios tuvieron un conflictivo protagonismo, sino a una buena amiga. Le ayudaría en momentos difíciles mediante un aval para conseguir el salvoconducto y regresar a España.

Dionisio Ridruejo, en 1973, contó que Marichu de la Mora, ya casada y madre de tres hijos, veraneaba con su esposo en La Granja, concretamente en una preciosa casa del siglo XIX propiedad de la madre de Edgar Neville. Allí, en el verano de 1935, se produjo un encuentro con José Antonio Primo de Rivera que ha sido narrado en distintas ocasiones como inicio de una relación de polémica catalogación. Resulta lógico pensar que, en julio de 1936, los Chávarri pudieron volver a alquilar la casa de Dª María Romrée. No obstante, y según Inmaculada de la Fuente, ese verano el matrimonio había «optado por una más grande que la que solían alquilar a la madre de Edgar Neville» (2006:148). En cualquier caso, la entrevista del día 14 sería con una antigua amiga que, además, era o había sido inquilina de la familia. Estas circunstancias devalúan el alcance político, si es que lo tuvo, de un encuentro que sólo la necesidad haría digno de ser relatado a la comisión de depuración.

También cuesta aceptar la lógica del informe remitido a dicha comisión. El repentino falangismo que se expresa en el mismo no sólo pretende difuminar el pasado, sino que además aporta la fe del converso, listo para transformarse en un desinteresado héroe de dudosa verosimilitud. Algo comprensible desde el

punto de vista de quien intenta eludir una condena, pero de difícil encaje en una perspectiva política. Sobre todo cuando, treinta años después y sin la presión de un tribunal, Edgar Neville justificó su actuación en 1936 como fruto de una clara apuesta por la vuelta a la Monarquía: «La reacción nuestra era bien sencilla: había que volver a la Monarquía de Alfonso XIII, que habíamos injustamente derrocado». ¿Se hizo falangista para restaurar la monarquía? ¿Lo pensó así cuando asistió, en Roma, a los funerales de un Alfonso XIII a quien había visitado en compañía de Conchita Montes? ¿Se lo explicaría a Don Juan en alguna de las cartas que dijo haberle mandado? Son los peligros de justificar el pasado desde un presente bien distinto. Otros correligionarios, como Luis Moure Moriño y José Mª García Escudero, dijeron haber sido falangistas en tanto que liberales: «No flotaba sobre nuestras almas ni un solo poso de doctrina autoritaria» (Moure Moriño); «veníamos del liberalismo y al liberalismo volvíamos» (García Escudero). Los conceptos, flexibles y acomodaticios, se amoldan a las necesidades de la memoria.

Monárquico o falangista, es indudable que Edgar Neville, «Como buen español, luchaba más en contra que por. Luchaba en contra del porvenir que me habían hecho entrever los siete meses de Frente Popular y por recuperar la paz y la tranquilidad que había conocido hasta 1931», declararía a Marino Gómez-Santos poco antes de fallecer. El novelista John Dos Passos, en 1937, al ver la España republicana se preguntaba con realismo: «¿Cómo puede el nuevo mundo, lleno de confusión y desencuentros e ilusiones y deslumbrado por el espejismo de las frases idealistas, derrotar a la férrea combinación de hombres acostumbrados a mandar, a quienes une sólo una idea: aferrarse a lo que tienen?» (*Viajes de entreguerras*). Edgar Neville se había educado entre los grupos acostumbrados a mandar y también decidió aferrarse a lo que tenía. Sin reconocerlo, claro está, y justificando una postura que pronto explicaría con los argumentos de una propaganda compartida por otros muchos colegas.

La memoria tiende a ser selectiva, máxime cuando la autojustificación es impuesta por una «Vuesa Merced» que por las vías administrativa y penal resulta más reconocible, y hasta temible, que la de Lázaro de Tormes. Como hemos comentado, entre 1931 y 1936, Edgar Neville vivió prolongados momentos de paz

y tranquilidad, incluso de una felicidad acompañada por el éxito público que perseguía con ahínco. Tan sólo es necesario constatarlos en sus textos y creaciones de aquellos años, anteriores, eso sí, a los meses del Frente Popular que tanto le afectaron. ¿En Hollywood junto a Conchita Montes, mientras triunfaba con el estreno de *La señorita de Trevélez* o al editar los bienhumorados relatos de *Música de fondo*...? No fue el único que sufrió una intranquilidad retroactiva.

Volvamos a la entrevista en La Granja. Marichu de la Mora y Maura, hija de Germán de la Mora y nieta de Antonio Maura, era una mujer sociable que, como señora de Chávarri, acogía una selecta tertulia en su madrileño domicilio de la calle Lista, nº 30. Según Dionisio Ridruejo, «pertenecía en todo y por todo al tipo de señora de 'sociedad', aficionada a la literatura y la política, de aquellas que aún ejercían en el Madrid de entonces una cierta influencia de salón» (1973). Joven y atractiva, con su voz lánguida y curiosidad sin límites causó sensación en un marco donde eran apreciadas las destrezas de la vida social «entonada», de acuerdo con el mismo testimonio. Gracias a los «servicios prestados y los méritos contraídos» durante la guerra, le fue concedido el título oficial de periodista por su amigo Ramón Serrano Súñer. Pronto se convertiría en pionera de la prensa dedicada a la moda femenina en España. Dejó atrás los recios paisajes castellanos y, tras pasar por *Semana* y otras revistas, hay quien cuenta que incluso llegó a ser un referente de la Ibiza que daba sus primeros pasos en el mundo del turismo y la moda. Por entonces, había superado sus años de camaradería con otras jóvenes de distinguidas familias. Sintieron la llamada de una Falange que proporcionó a esta elite de «mujeres sanas, fuertes e independientes» un estilo de vida alejado del de «un ángel del hogar». Agraciada, culta y refinada, como supuesta Condesa de Dúrcal —según nos informa César González-Ruano, experto en cuestiones nobiliarias[30]—, en julio de 1936 podía alternar con el único heredero de Dª María Romrée y Palacios, hija del conde de Romrée y heredera a su vez del condado de Berlanga del Duero, título completo

[30] El dato creo que está equivocado, pero lo mantengo porque, al fin y al cabo, el propio González-Ruano tampoco era noble y, no obstante, se solía presentar como tal. Lo importante es la imagen que de sí mismo desprendía este grupo, tan deudor de un aristocratismo todavía muy presente en la vida cultural y política de la época.

que con su escudo de armas utilizaría Edgar Neville en algunas gestiones un tanto comprometidas. La madre del interesado por la doctrina falangista se había casado, además, en segundas nupcias con el Marqués de Amposta, antiguo embajador de España en Argentina del que más adelante hablaremos. Los títulos se acumulaban en aquel lugar de veraneo recreado en deliciosos artículos publicados en *La Codorniz*.

Marichu de la Mora nunca fue una mujer recluida en el mundo de la moda y el *glamour*. Mientras algunos de sus más directos familiares conspiraban por la restauración monárquica mediante generosas ayudas económicas a Renovación Española, su militancia falangista era relevante, sobre todo cuando estos sectores optaron por una solución más radical a raíz del triunfo del Frente Popular. Pero Marichu se había formado como señorita en el Saint Mary's Convent de Cambridge... También podía mostrar ingenio y exquisitez en una conversación con su amigo, procedente de Hollywood y portador de noticias tan interesantes como divertidas que le aliviarían el peso de una actualidad política omnipresente en su vida familiar. Su hermana Connie había escandalizado a la alta sociedad madrileña al divorciarse, independizarse y contraer matrimonio con el apuesto Ignacio Hidalgo de Cisneros, que poco después se convertiría en comunista y héroe de la aviación republicana. Marichu, mientras tanto, se decantó por una no menos intensa militancia en el otro bando. Íntima amiga de un José Antonio rendido a su delicada belleza y Pilar Primo de Rivera, había compartido con ellos excursiones, reuniones e iniciativas conspiratorias. El líder falangista era uno de los habituales en las aristocráticas tertulias que organizaba, los domingos por la tarde, en su madrileño domicilio de la calle Lista. También se le podía ver en la mansión decimonónica, con un jardín de imponente colorido y verdor, que Marichu alquilaba en La Granja, donde casi era obligatorio que coincidiera con Edgar Neville.

A partir de julio de 1936, las dos nietas de Antonio Maura no se volvieron a hablar. Nunca fue buena su relación y terminó con un alejamiento en todos los sentidos. La guerra llegó al seno de las familias y Connie, ya en el exilio, lanzó una dura acusación contra su hermana cuando dio su versión acerca de la verdadera razón que le llevó a la Falange. No la puso por escrito con precisión

que habría resultado insultante, porque se relacionaba con un tema personal y escabroso para la época. Optó por contársela a Herbert Southworth, una manera de asegurarse que llegaría a quedar impresa algún día. Paul Preston se ocupó de hacerlo sin dar argumentos para confirmarla o desmentirla.

Edgar Neville también conocía a Connie o Constancia, amiga del círculo de Federico García Lorca en el que tantas veces habían compartido veladas. Serían ignoradas en *Doble esplendor*, unas memorias escritas en 1939 con silencios fruto de la ortodoxia comunista de la autora. En julio de 1936, Edgar Neville se inclinó por Marichu, la hermana falangista que pronto combinó la camisa azul con un bello rostro que desconcertaría a Dionisio Ridruejo, dispuesto a revisar los artículos que le mandaba su amiga desde San Sebastián. La señora de Chávarri se había trasladado a la capital donostiarra con su familia y había organizado el «Descanso del soldado». Era un amor imposible que, como tal, tendría su plasmación poética y epistolar sin necesidad de renunciar a otros frutos más terrenales.

La interlocutora de Edgar Neville, en aquella supuesta entrevista política celebrada en vísperas de la guerra, ejemplificaba el componente clasista y joven de una Falange minoritaria, implantada en ambientes elitistas como el de La Granja y dispuesta a pactar con otros grupos para derrocar la II República. Su activa militancia le llevó a ocupar, de manera interina, la secretaría general de la Sección Femenina durante las semanas iniciales de la guerra. Cuando Pilar Primo de Rivera asumió esta responsabilidad, ella fue su más directa colaboradora. Poco después, incorporada a los servicios de Prensa y Propaganda de la citada agrupación, fue nombrada directora de *Y. Revista de las mujeres Nacional-Sindicalistas* (San Sebastián, abril, 1938). Esta publicación pretendía marcar las pautas éticas, morales y hasta estéticas a la nueva mujer falangista. Opuesta, claro está, a la miliciana, «la pedante intelectual de izquierda, la estudiantilla fracasada, la empleada envidiosa del jefe...», que «tomaban té cuando les dolía el vientre y preferían bocadillos de sardinas y pimientos a chocolate con bizcochos», según los artículos de José Vicente Puente.

El festivo retratista de las «chicas topolino» también denunció que en Madrid la moda se quedó parada el 18 de julio. Tres años después, las mujeres

que no habían tenido la oportunidad de lucir su feminidad sintieron el alivio de poder consultar revistas como *Y*, secundada en algunos temas por *Vértice.* En esta última, Julio Laffite y Pérez del Pulgar, Conde de Lugar Nuevo, invitaba a las lectoras a una elegancia nacional: «una moda española, inspirada en lo español y creada por españoles para la mujer española» (nº 22, mayo, 1939). Ambas publicaciones les proporcionarían todo lo necesario para dejar atrás aquel «Madrid de la cochambre» que, como cantara Celia Gámez con chulesca entonación, había sido vencido[31]. En las páginas de *Vértice* e *Y* colaboró Edgar Neville, amigo de veraneos en La Granja compartidos por las más distinguidas familias madrileñas que, en julio de 1936, iniciaron unas largas y forzosas vacaciones. Aquel año, y a diferencia de lo que había sucedido durante su infancia y juventud, no las alternaría con estancias en Biarritz y San Sebastián, aunque viajaría mucho.

Las doctrinas políticas, o de cualquier otro tipo, jamás interesaron a Edgar Neville. Las asociaba a los fanáticos, aquellos que daban la lata a los demás hasta el final de sus días (*La Codorniz*, nº 314, 16-XI-1947). Dudo que leyera con atención los veintisiete puntos programáticos de Falange Española de la JONS. Nada en su obra y en su trayectoria personal indica una preocupación por España como «unidad de destino en lo universal» (2º). Tampoco tenía «voluntad de Imperio» (3º) y nunca compartió la actitud de quienes consideraban que «La vida es Milicia, y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicios y sacrificio» (26º). Nada era más extraño y odioso, desde el punto de vista fascista, que el derecho a la búsqueda de la propia felicidad, el objetivo que se había propuesto Edgar Neville desde siempre. Ya conocía, por otra parte, los propósitos de Falange Española y, según una nota confidencial elaborada por la Dirección General de Seguridad franquista, los rechazaba, pues «siempre se manifestó republicano de izquierdas». Tres años antes, su ficha elaborada en Valladolid, el 9 de diciembre de 1937, por la Sección de Orden Público de la Comisaría General de la Jefatura de Seguridad Interior resultaba más contundente: «era hombre de izquierdas, desde la República de extrema izquierda».

[31] El chotis se titula «Ya hemos pasao», letra de Manuel Talavera y música del maestro Cotarelo.

Tal vez sus anónimos redactores —exagerados en su celo, hasta extremos que en otros casos producen perplejidad[32]— pensaran en tertulias como la del Chiki Kutz, un local madrileño a donde Edgar Neville acudía en compañía de Conchita Montes para disfrutar de una tertulia con Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pablo Neruda, Pedro Salinas... Y Eduardo Ugarte, aquel oscuro personaje a la sombra de Federico García Lorca y Luis Buñuel al que tanto ayudó desde los tiempos de Hollywood. Nunca le importaron sus relaciones personales con los comunistas. En cualquier caso, la policía no perdía el tiempo en cuestiones de matiz. Bajo el epígrafe de extrema izquierda los sublevados agrupaban desde Manuel Azaña hasta Buenaventura Durruti, con el agravante de que todos aparecían como una caricatura de este último. Tampoco era un tiempo de fidelidades. Otros virajes igualmente sorprendentes se dieron durante unas semanas en las que convenía aguzar el sentido de la oportunidad. Ya habría oportunidad de digerir algunas decisiones y amoldarse a una nueva realidad.

El joven aristócrata que había colaborado en la orteguiana *Revista de Occidente* no propugnaba la revolución social y la lucha de clases. Fue singular, pero no excepcional. Puestos a ser partidario de algo, lo era de un concepto vitalista y divertido de la vida, al margen de lo convencional y cursi. Como creador, reivindicaba un humorismo renovador, fresco, imaginativo e intrascendente, que había cultivado en distintas publicaciones en compañía de sus amigos: José López Rubio, Antonio Robles, Miguel Mihura, Tono... En cuanto a la política, practicaba el liberalismo de la amistad. En su círculo confluían personas de diversas tendencias, mientras hablaba de síntesis poco compatibles con aquellos tiempos de ruptura. «Yo no he sido nunca demasiado revolucionario, ni ahora demasiado conservador», diría más adelante con deseo de navegar en aguas tranquilas:

> La diferencia es que de joven se es escéptico del presente y optimista del porvenir, y ahora se es más bien escéptico del presente y también escéptico del porvenir, con lo cual procura uno quedarse tranquilo, en una posición egoísta y antisocial, pero la verdad es que ya no se tienen ganas

[32] La Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad, del Ministerio de Orden Público, afirmó en un informe que Miguel Espinós y Bosch, Presidente de la Comisión de Depuración que examinó el caso de Edgar Neville, en el tiempo que desempeñó el cargo de Cónsul General en Manila se significó como muy de izquierdas y se manifestó como laico. Nada tiene, pues, de extraño, que la Comisión no hiciera caso de los informes que situaban a Edgar Neville en la extrema izquierda.

> de dar batalla después de haber dado tantas y tantas en todos los sentidos y de comprobar, al repasar la evolución de nuestras ideas, que eran tan injustificados nuestros entusiasmos como justificados nuestros enojos (Pról. a *La extraña noche de bodas*, *Teatro III*, p. 10).

Mucho antes de llegar a este elegante desencanto propio de quien afronta las últimas etapas, Edgar Neville prefería la política que le dejara en paz y libertad para seguir disfrutando de su condición de señorito culto y refinado; algo esnob, con un sentido de lo popular propio de un hombre del 27, siempre dispuesto a rendirse ante la belleza femenina y a sonreír con una greguería de su admirado Ramón Gómez de la Serna. Entre una arenga joseantoniana sobre la unidad de destino en lo universal y la historia de la vaca María Emilia —«que había salido con la moral torcida»—, él nunca habría dudado. Jamás cultivó la metafísica y dudo que compartiera los aludidos «entusiasmos». Prefería sonreír con la rotundidad desbocada de la susodicha: «Su madre le decía: 'Pero, hija, ¿vas a salir así? ¡Con esas ubres!'. Y así era, precisamente, como salía esa loca, para escándalo público».

Muchos fueron los que se sumaron al «levantamiento» sin compartir un mismo concepto de «la Causa», al menos hasta que el General Franco optó por una controlada uniformidad para despejar dudas y otros protagonismos. Edgar Neville no era, por ejemplo, el modelo vital de un perturbado Millán Astray dispuesto a vitorear la muerte ante el atónito Miguel de Unamuno. Francisco Umbral nos recuerda que «Frente al energumenismo de la muerte, que es el energumenismo español, Ramón [Gómez de la Serna] levantó el energumenismo bondadoso de la vida». Su discípulo fue fiel a una enseñanza impartida durante muchas horas de tertulia y amistad.

En 1921, Edgar Neville se había alistado para combatir en Melilla, concretamente en el Regimiento de Húsares de la Princesa. No tenía vocación «africanista», sino contrariedad por un amor de juventud con la bella actriz Ana Mª Custodio. También se alistó, claro está, porque le correspondía como soldado de cuota que había pagado dos mil pesetas al Estado para que el tiempo en filas quedara reducido a cinco meses; y en oficinas. Ella tenía unos espléndidos dieciocho años por entonces y todavía no había debutado como dama joven en el teatro. Volverían a coincidir en Estados Unidos y en otras ocasiones, antes y

después del exilio que sufrió uno de los iconos del cine republicano. En Marruecos, Edgar Neville acabó escribiendo crónicas para *La Época* con escaso aliento legionario y un seudónimo digno de una astracanada: «El voluntario Ben-Aquí»[33]. Su amigo Ernesto Giménez Caballero se lo tomó en serio y fue procesado por la autoridad militar.

Procedente de Hollywood, «Babilonia del pecado» que tantas iras levantaba en los sectores tradicionalistas y eclesiásticos, Edgar Neville tampoco era el modelo de quienes estaban dispuestos a emprender una Cruzada contra la impiedad y la frivolidad. Su literatura constituía, precisamente, un homenaje a esta última, con el sentido revulsivo de una modernidad de difícil encaje entre los sectores coaligados para derrocar la II República. Su vida, por otra parte, nunca buscó la ejemplaridad. No había nacido para semejante sacrificio quien, en 1929, escribe haber prescindido de la conciencia para ser feliz. Pronto tendría ocasión de comprobar la eficacia de su decisión.

Otros muchos sujetos malhumorados, no menos distantes de los parámetros de Edgar Neville, preparaban una sublevación en julio de 1936. Incluidos «esos locos señoritos pistoleros y criminales de Falange», contra los que despotricaba según la ficha policial arriba indicada. Eran «la encarnación del más indigente fascismo señoril, patriotero y criminal», capaz de «locuras que hicieran mucho daño por exasperar la justa indignación del pueblo». Algo, pues, había cambiado cuando, una semana antes de iniciarse la guerra, decide documentarse acerca de los fundamentos del falangismo quien, durante la contienda y en el mismo frente, degustaba finas lonchas de jamón mientras leía a Gustave Flaubert. Tal vez para completar las lecturas de Shakespeare que había realizado durante la campaña en Marruecos. En esta ocasión, no se alistó por haber sufrido un desengaño amoroso.

El por entonces militante de Izquierda Republicana no pudo culminar el proceso de afiliación a Falange Española hasta un año después, en las trincheras y en unas circunstancias distintas. Antes llegó el 18 de julio. Javier Navarro, el

[33] Este dato, reiterado en varios estudios sin precisar las referencias bibliográficas, cabe ponerlo en duda. A través del Servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Universidad de Alicante, hice la correspondiente búsqueda con resultados negativos, al menos en las fechas en que se supone que aparecieron estos artículos.

protagonista de *Frente de Madrid*, también se había acercado a Carmen, una joven falangista de dieciocho años que le había transmitido «la nueva rebeldía» y le había devuelto «la alegría y la fe»:

> Carmen le dijo un día:
> — El lunes te das de alta en Falange.
> Y él había comprendido, al contestar que sí, que comenzaba una nueva vida.
> Pero el lunes había estallado la guerra y la revolución.

III. Madrid, 18 de julio de 1936

Edgar Neville fue un estudiante alegre y feliz. Las aulas no agostaron su natural inquieto porque solía encontrar excusas para acudir a las tertulias o protagonizar calaveradas de señorito ingenioso. Había iniciado en Madrid sus estudios de Derecho, pero su madre le permitió hacer «un poco de turismo», que en 1922 le llevó a Granada para disfrutar del concurso de cante jondo organizado por Manuel de Falla y Federico García Lorca. Lo pasó realmente bien. Le vemos con actitud jovial en la foto del numeroso grupo reunido en torno a un músico al que siempre admiró. Sonríe y adopta una graciosa pose, cerca del también veintiañero poeta granadino. Nunca olvidó aquellos días. Volvería muchos años después a la misma ciudad para reencontrarse con unas huellas que permanecieron en su espíritu y rendir un homenaje cinematográfico a su amigo, cuyo asesinato le conmocionó. La ocasión se la proporcionó el rodaje de *Duende y misterio del flamenco* (1952), donde desgranó su sabiduría sobre un arte y su «duende» por los que sintió la misma pasión que Federico.

Todavía estaba lejos, no obstante, el trágico inicio de la guerra en Granada. En aquellos años veinte de tantas búsquedas e inquietudes, Edgar Neville, como otros jóvenes de su condición, descubrió un ambiente y un arte que le embrujaron, hasta el punto de intentar llevarlo a Hollywood en 1929 de la mano de Manuel de Falla y Charles Chaplin. No lo consiguió. El maestro tenía otros compromisos y no confiaba en un cine que acababa de inaugurar la etapa del sonoro. El influjo de su arte no cesó en un director que, tenaz, durante el franquismo rendiría con la citada película un homenaje a una música y un baile que le habían impresionado desde su juventud. Ya a principios de los treinta, y en colaboración con el torero Ignacio Sánchez Mejías, también había ayudado a La Argentinita a montar sus primeros espectáculos. Nunca se apartó de los tablaos y escribió varios trabajos sobre el flamenco y el cante jondo.

Aquel primer viaje a Granada tuvo otras consecuencias para su trayectoria biográfica. Edgar Neville era joven en el más absoluto de los sentidos y deseaba exprimir al máximo cada día. También era consciente de que, para guardar las formas y asegurarse el porvenir de acuerdo con las convenciones sociales, debía terminar los estudios de Derecho. Decidió, pues, trasladar su expediente

académico a la Universidad de Granada donde, gracias a la relación amistosa entablada con algunos profesores, le resultó fácil culminar la licenciatura en septiembre de 1922. Fue una cuestión de arrolladora simpatía.

Se podría elaborar una larga lista de licenciados en Derecho de aquella época que, sin vocación jurídica, acabaron participando en las más diversas facetas del ámbito cultural. Edgar Neville fue uno de ellos. Antes, en junio de 1924, había aprobado unas restringidas oposiciones para ingresar en la carrera diplomática. Cumplía los requisitos, las pruebas le resultaron sencillas gracias al conocimiento del francés y su soltura con la pluma. Además, su madre ya estaba en relaciones con el Marqués de Amposta, por entonces embajador en Argentina y buen conocedor de todos los despachos del Ministerio. Nunca podría haber suspendido[34].

La carrera diplomática era un destino todavía frecuente entre los jóvenes de la nobleza, conservaba un carácter casi hereditario y Edgar Neville lo consideraría adecuado para sus ansias de viajes y aventuras. No tuvo prisa, sin embargo, por incorporarse, tras contraer matrimonio en octubre de 1925 y nacer su primer hijo poco después[35]. La familia de su mujer también era rica por sus propiedades en la provincia de Málaga. Formaban una pareja sin preocupaciones económicas, dispuesta a disfrutar de la vida como algunas de su minoritaria condición social, que encontraron en la actividad cultural de la época un motivo de interés y satisfacción. De la mano de Ernesto Giménez Caballero aparecieron en el *Noticiario del Cineclub*, un autohomenaje narcisista a la familia intelectual

[34] Edgar Neville aprobó el examen de aptitud convocado por el Ministerio de Estado en 1920 y celebrado en 1921, antes de que fuera licenciado en Derecho. El examen para ingresar en la carrera diplomática tuvo lugar el 9 de octubre de 1922. Fue de una extrema sencillez a tenor de los documentos conservados en su expediente. No obstante, sólo tuvo el puesto número 34. Poco le importaría, pues no ingresó en la Carrera Diplomática hasta el 29 de junio de 1924. No se presentó a tomar posesión de su nombramiento alegando, desde su residencia de veraneo en La Granja, motivos de salud. Su carta es un ejemplo de lo poco dispuesto que estaba a respetar los cauces administrativos y, aparte de ser requerido para que se presentara en Madrid de inmediato, se le reprochó lo inadecuado de su escrito con respecto «a los usos de este Ministerio». Tuvo a bien acercarse al mismo, tomó posesión y el 4 de abril de 1925 presentó la dimisión, quedando como cesante hasta el 15 de noviembre de 1926. Fue la primera de una larga serie de excedencias, dimisiones, prórrogas... para culminar una carrera diplomática de cuarenta y tres años sin haber permanecido en el extranjero más allá de unos meses.

[35] El 5 de octubre de 1925, siendo agregado diplomático en situación de cesante, solicita la Real Licencia para casarse. Se la conceden el 15 de dicho mes porque la novia «pertenece a familia distinguida y apreciada en la sociedad de Málaga». Un mes después pide el reingreso, que tiene lugar el 15 de noviembre de 1926, permaneciendo destinado en el Ministerio hasta enero de 1928.

aglutinada por *La Gaceta Literaria* que fue proyectado el 9 de abril de 1930[36]. Antes de que los Condes de Berlanga se marcharan a Estados Unidos[37], se sucedieron las tertulias en su domicilio madrileño, reuniones en distinguidas casas, divertidos montajes teatrales, excursiones campestres en compañía de Don José... Formaban parte de una cotidianidad despreocupada. Aquellos fueron, verdaderamente, unos felices años veinte.

Tal vez el regreso, procedente de Argentina, de quien acabaría siendo su padrastro influyó en la incorporación efectiva de Edgar Neville a la carrera diplomática. Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano, marqués de Amposta, había ingresado en la misma en 1886, con tan sólo diecisiete años y antes de licenciarse en Derecho. Ya en 1892 era secretario de embajada en París y, después de cuarenta años de servicios a la monarquía, había considerado oportuno jubilarse. Siendo embajador en Argentina desde 1920, regresó a España el 18 de octubre de 1925, apenas diez días después de la boda de su futuro hijastro. Disfrutaba de un permiso por motivos de salud que, al parecer, no mejoró durante su estancia en Madrid y Alfafar, en la finca de la madre de Edgar Neville. En abril de 1926 fue jubilado «por imposibilidad física», sin concretar ni mediar informe médico. La misma no le impidió casarse con Dª María Romrée. En diciembre de 1925 y desde su retiro en Alfafar, ya había solicitado al Ministro de Estado que le tramitara la Real Licencia para contraer matrimonio. Lo hizo mediante carta al Rey fechada el 4 de enero. La petición fue informada favorablemente «dada la familia a que pertenece la prometida» y firmada por «Alfonso», XIII, claro está.

Dª María Romrée se casó en segundas nupcias y tuvo su primer nieto al mismo tiempo. Y, en el bucólico retiro valenciano, es lógico pensar que el maduro matrimonio convenciera a Edgar Neville para que sentara la cabeza, reconsiderara su insólita dimisión y aceptara, sin prisas, un destino diplomático. Ya se encargarían de que no fuera en un país inhóspito y de evitarle un

[36] Las imágenes fueron tomadas en marzo de 1930, coincidiendo con el período de unos meses que, por problemas económicos, Edgar Neville pasó en Madrid antes de volver a Hollywood. Su esposa ya se quedó definitivamente en España.

[37] Le comunicaron su destino en Washington el 27 de diciembre de 1927 y la toma de posesión tuvo lugar en febrero del año siguiente. Lo primero que hizo el matrimonio, y es lo único que

peregrinaje de legación en legación, acorde con el trigésimo cuarto puesto obtenido en el examen de ingreso. Lo consiguieron colocar en la embajada de Wahsington, tal vez a petición del propio interesado que tendría así un motivo para dar por finalizada su voluntaria cesantía. Aquella circunstancia, que apenas cabe atribuir al azar, resultaría decisiva en su posterior trayectoria.

Edgar Neville era consciente de que su trabajo incluía tareas burocráticas que, además, al principio no resultaban recompensadas con un sueldo. Una práctica habitual con los neófitos de la carrera diplomática, que seleccionaba sus miembros entre unos grupos sociales poco preocupados por estas cuestiones menores de la remuneración a fin de mes. Puestos a ganarse la vida, el Conde de Berlanga del Duero, por carecer supuestamente de fortuna propia, prefirió escribir en un Madrid con tradición de autores bohemios por necesidad. Sabía que nunca tendría que convivir con unos singulares individuos que le parecían anclados en una poetambre ya anacrónica.

La memoria de Edgar Neville a menudo fue creativa. Tanto en sus obras de ficción como en sus declaraciones. En este caso, obvia unas circunstancias familiares y económicas que hacían innecesarias las remuneraciones de sus artículos. Con imprecisiones, exageraciones y afán justificativo, en su entrevista con Marino Gómez-Santos, afirma:

> Yo nunca he tenido fortuna, y estuve los diez o doce primeros años sin sueldo, y después otros pocos más con un sueldo insuficiente. Eran viejos métodos, y a todos nos ocurría igual; pero yo no tenía más remedio que buscármelas, pluma en mano, y por eso no pude concentrarme en la especialidad de mi servicio.

Edgar Neville no era asiduo visitante de las dependencias del Ministerio de Estado, sin que por esa circunstancia sus colegas pensaran que estaba destinado en el extranjero. Más bien recordaban algunas anécdotas relacionadas con su absentismo que le hicieron popular entre sus compañeros. Con una habilidad hasta cierto punto sorprendente desde nuestra perspectiva, solía gozar de permisos y excedencias para realizar sus tareas literarias y cinematográficas. También para viajar por motivos estrictamente personales, pero el 18 de julio de

---

consta en el expediente del Ministerio, es solicitar a las autoridades norteamericanas una visa para que la servidumbre de Málaga se pudiera trasladar a la capital norteamericana.

1936 estaba en Madrid, adscrito al servicio de Cifra[38]. Casi una casualidad, que le complicaría la vida durante un buen período.

El Ministerio de Estado era uno de los que contaba con más personal proclive a sumarse al «alzamiento». La consulta de *La Gaceta de Madrid*, repleta de ceses y separaciones de la carrera desde finales de julio de 1936, lo prueba. Francisco Ayala, en *Recuerdos y olvidos*, como testigo directo lo corrobora:

> Conforme progresaban las armas rebeldes, eran cada vez más numerosas las deserciones de funcionarios diplomáticos y consulares. Muchos de estos caballeros permanecieron durante el mayor tiempo que ello les fue posible cobrando sus sueldos del Gobierno republicano, mientras servían desde sus puestos a la causa rebelde.

Esta circunstancia apenas fue entonces reconocida en público por los políticos republicanos, pero otros testimonios aparecidos en sus memorias coinciden con las palabras del ilustre escritor y diplomático. Una simple comprobación del origen social de la mayoría de sus colegas permite comprender su postura proclive a los golpistas, que acarrearía graves problemas al gobierno legalmente constituido. El 23 de agosto de 1936, ante la actitud adoptada por muchos diplomáticos, tuvo que publicar en la *Gaceta* un decreto que declaraba disuelta la carrera diplomática «tal y como hasta el presente estaba constituida» y creaba otra nueva con los funcionarios que manifestaran su adhesión a la República.

Uno de ellos, forzado por las circunstancias, sería Agustín de Foxá, noble y literato que, mientras hacía lo imposible para no tomar posesión de su destino en Bombay, permanecía en las dependencias del Ministerio junto con su amigo Edgar Neville. Ninguno de los dos acudió al Cuartel de la Montaña: «Los poceros, los que recogen la basura, los limpiabotas, los chóferes de taxis, asesinaron a los oficiales —honor y fe— en el Cuartel de la Montaña», recordaría José Félix, el protagonista de *Madrid, de corte a cheka,* que tanto nos alumbra acerca del autor. Tampoco participaron en los enfrentamientos acaecidos en la capital durante aquellos violentos días, cuando los milicianos ya estaban dispuestos a «morir por

[38] Tras su etapa como cónsul en Uxda (Marruecos), el 15 de enero de 1935 fue destinado al Ministerio. Tomó posesión el 2 de febrero consciente de que tenía un amplio margen para llevar a cabo sus actividades literarias y cinematográficas, que incluían viajes a Nueva York como el efectuado para reencontrarse con Conchita Montes. Antes de aceptar el consultado en Uxda, había rechazado destinos en Caracas, Estocolmo y Ciudad de La Plata.

Moscú», porque «eran insatisfechos, la inmensa mayoría de los hombres que pueblan nuestro planeta. A los obreros se unen los fracasados, los tarados, los feos, los mutilados, los resentidos, los proletarios de la piel (es decir, los malayos, los negros, los coreanos), cuantos sufren y sienten una inferioridad no dulcificada por el amor», escribiría en 1950 el aristócrata colaborador de *ABC*, que se imaginaba vencedor de tan heterogénea coalición privada del amor.

Edgar Neville y Agustín de Foxá se encontraron el 18 de julio; concretamente en la Plaza de la Independencia, que a menudo aparece en la citada novela del segundo. El dato lo conocemos gracias a la documentación relacionada con el expediente de depuración del primero. Sin embargo, en *Madrid, de corte a cheka*, poblada de rostros conocidos, nada se dice de un amigo cuyo comportamiento en aquellas circunstancias tanto juego habría dado a quien pretendía escribir unos nuevos episodios nacionales. Con sus oportunos silencios, obligatorios también para quien con el tiempo haría ostentación de un carácter cínico e ingenioso. Los hubo igualmente en sus diarios, un magnífico ejemplo de utilización del salto en el vacío y del saber callar, siempre y cuando su redacción original se corresponda con la versión editada tras su fallecimiento[39].

Ese día, si se produjo la entrevista en la Plaza de la Independencia, los dos aristócratas no hablarían de sus primeros encuentros en La Granja. Allí, al joven Edgar Neville se le acercó «un niño vestido de marinero blanco, más bien gordito y con expresión melancólica». Era Agustín de Foxá, a quien su nuevo amigo le daría a conocer las obras de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. En materia poética, el Conde de Berlanga nunca compartió la actitud iconoclasta de la mayoría de sus jóvenes colegas generacionales. Respetó a quienes le precedieron, como también lo haría en sus relaciones con otros dramaturgos durante los años treinta, a pesar de las divertidas parodias de los Álvarez Quintero y otros representantes del «sentido común» de un rancio costumbrismo. Su amigo también seguiría por esta senda, todavía más respetuosa con la tradición poética en su caso.

[39] No constan los datos del editor ni de la localización de los manuscritos utilizados. Me he puesto en contacto con varios especialistas en Foxá y para todos esta cuestión constituye un misterio. Y un peligro, pues es bastante probable que manejemos una edición censurada o alterada. No sería, ni mucho menos, la única entre las memorias y demás textos autobiográficos de este grupo.

Nació así una amistad en la que, más tarde, Edgar Neville «le hablaría con entusiasmo de los poemas de Federico García Lorca y de los que escribía Rafael Alberti». Agustín de Foxá se lo agradecería: «Más adelante, a lo largo de su triste vida, cada vez que nos encontrábamos me decía cómo le había agrandado el panorama literario la lectura vivificadora de este tipo de poesía», según un emocionado Edgar Neville, que recordaba al fallecido amigo en la entrevista concedida a Marino Gómez-Santos. Habría pasado la fiebre de la Victoria, pues el 28 de mayo de 1939 Agustín de Foxá publicó en *ABC* el artículo «Los Homeros Rojos»:

> Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, Altolaguirre, en el verso, son los tristes Homeros de una Iliada de derrotas. Porque sólo fulge el soneto como un diamante cuando lo talla una espada victoriosa [...] La poesía roja es químicamente pura, deshumanizada, y tenía que concluir en el marxismo, concepto helado, simple esquema intelectual... Sin ninguna norma moral, los poemas de Alberti, de Cernuda, de Miguel Hernández, son unos poemas de laboratorio, sin fuerza ni hermosura, equívocos, cobardes y llorones.

Duras palabras contra poetas que estaban en el exilio o la cárcel y que contrastan con las de uno de ellos, Manuel Altolaguirre, en *El caballo griego*:

> Aquel año de 1936 era yo dueño en Madrid de una pequeña imprenta revolucionaria, que gozaba de una gran clientela aristocrática [...] ¡Qué amables eran conmigo los jóvenes poetas que formaban el romántico cenáculo de 'Los Crepúsculos'! Era figura destacada de aquel grupo Agustín, conde de Foxá, cuyo primer libro de romances macabros, *La niña del caracol*, apareció con un prólogo mío. El conde de Foxá era un joven apasionado que me contaba sus desventuras amorosas, despertándome viva simpatía por su carácter.

La guerra abrió un foso capaz de tragarse muchas amistades... Edgar Neville y Agustín de Foxá tampoco recordarían, durante aquel encuentro del 18 de julio, los numerosos lugares donde habían coincidido. A veces en tertulias, homenajes y comidas en los que confluían los más opuestos, desde el punto de vista ideológico, autores de la época. Algunos de ellos —Luis Cernuda, José Bergamín...— ya se habían distanciado del por entonces militante de las Juventudes Monárquicas y admirador de José Calvo Sotelo.

Dionisio Ridruejo caracterizaría al Conde de Foxá como «monárquico, antidemócrata, nacionalista, conservador y autoritario». También había entablado

una relación amistosa con José Antonio Primo de Rivera, con quien compartía extrañas y elitistas cenas de Carlomagno organizadas en el Café París, tertulias como la de La Ballena Alegre —«le recuerdo debajo de los cetáceos azules, en caricatura, con su copa de anís en la mano, hablando del tamaño de la luna, de literaturas exóticas, de Florencia, de cacerías»— y excursiones —«huíamos del Madrid plebeyo, dominguero, lleno de humos, de nieblas, de cigarros, de cines, de grises muchedumbres vomitadas por el metro, de cafés, de arrastres de pies, de ciegos con bandurrias, de vendedores de loterías o piedras para los mecheros» (*OO.CC.*, III, 44).

Agustín de Foxá compartió aquella exaltación de los elegidos y fue también uno de los autores de la letra del himno falangista, el recio *Cara al sol* del maestro Tellería[40]. Tras una etapa de falangismo emotivo y poco profundo que dejaría, a modo de poso nostálgico, una admiración por la carismática figura de José Antonio, se mantendría monárquico y tan despreocupado por los asuntos diplomáticos como su colega, amigo y, a partir de ese día, correligionario. Exquisito, dandi, cínico, culto y brillante, Agustín de Foxá afirmó: «Soy aristócrata, soy conde, soy rico, soy embajador, soy gordo, y todavía me preguntan por qué soy de derechas».

Edgar Neville sabía que, en aquel 18 de julio, los antecedentes del Conde de Foxá eran más de fiar para los sublevados. Lo contrario pensaría su amigo, pues en los documentos de su expediente de depuración evita nombrarle, a pesar de las numerosas coincidencias en lugares y actividades durante las primeras semanas de la guerra. Sólo cita a camaradas de probada filiación, como Ramón Sáenz de Heredia, con quien supuestamente realizó tareas quintacolumnistas indicadas sin demasiada convicción[41]. Al contrario de lo que hiciera Edgar Neville, tan necesitado de méritos ante los sublevados.

---

[40] Se ha contado, en múltiples ocasiones, la gestación colectiva del himno, a menudo como un ejemplo de camaradería que despierta la admiración de quienes la evocan. Sin embargo, estos mismos autores suelen ocultar que Juan Tellería Arrizabalaga, durante la guerra y en Madrid, fue detenido y acusado de ser el responsable de la música del himno falangista. Él lo negó, y le debieron creer, pues fue declarado afecto y leal a la República.

[41] La consulta del expediente personal de Ramón Sáenz de Heredia en el Ministerio de AA..EE. permite albergar dudas acerca de lo declarado por Agustín de Foxá. El familiar de José Antonio prefirió presentar, como mérito, «haber tiroteado a los marxistas desde un piso de la Plaza de España» durante la jornada del 18 de julio. Sin haber sufrido represalias, se reincorporó al Ministerio de Estado hasta que, a principios de septiembre de 1936, fue destinado a Montevideo.

Agustín de Foxá también era buen amigo de Marichu de la Mora. Según cuenta Luis Escobar en sus memorias, ambos habían apadrinado a un joven poeta, Dionisio Ridruejo, que presentaron en la corte literaria de José Antonio Primo de Rivera. Otras fuentes, menos filtradas por la autocensura, indican que la futura periodista pronto sería algo más que madrina del poeta y propagandista de la Falange. También señalan que la presentación tuvo lugar en La Granja, concretamente en agosto de 1935. Conviene retener estos datos, pues tanto Marichu como Foxá y Ridruejo serían fundamentales para el futuro de un republicano en apuros que pretendía borrar sus huellas. La amistad con personas de inequívoca afiliación podía ser un buen medio.

El supuesto encuentro en la Plaza de la Independencia resultó providencial. Durante el proceso de depuración, Edgar Neville lo utilizaría como prueba de su conversión. En varias ocasiones expondría, ante el Tribunal Seleccionador[42], que tuvo la oportunidad de manifestar a Agustín de Foxá su adhesión a la sublevación: «en breves palabras le confirmé estar en todo identificado con el levantamiento militar». El autor de *Madrid, de corte a cheka* lo corroborará en carta conservada en el expediente personal de su amigo, quien, a lo largo del proceso a que será sometido en los meses venideros, alegará esta entrevista como testimonio de su radical cambio político. Tampoco tenía otros muchos donde elegir para afrontar una depuración que, según José Mª Pemán, era «una sagrada misión» de carácter no solamente «punitivo», sino también «preventivo», en la que no cabían ni «reprobables reservas mentales» ni «sentimentalismos extemporáneos». Quedaban lejos las sendas del liberalismo monárquico que el gaditano cultivó en sus últimos años, pero debió ser convincente: durante la posguerra se incoaron unos setecientos mil expedientes de depuración.

Agustín de Foxá nunca habló de quienes le ayudaron a salir de Madrid como encargado de negocios destinado a la embajada republicana en Bucarest.

Alegó problemas económicos y, por orden de Rafael Ureña, le dieron 3.500 pts en moneda extranjera como viático. Una semana después ya estaba en Burgos al servicio del otro bando. Hubo otros casos similares de negligencia, ¿calculada?, por parte de las autoridades republicanas.

[42] El Tribunal Seleccionador del personal del Cuerpo Diplomático y Consular fue creado por decreto-ley dado en Burgos el 21-I-1938. Su misión era revisar los fallos emitidos por la Comisión Depuradora y completar su labor.

Dejó, no obstante, el manuscrito inacabado del que iba a ser su segundo «episodio nacional»: *Misión en Bucarest*. Fue publicado póstumamente y su protagonista, identificado con las experiencias del autor, afirma que consiguió ganarse la simpatía del secretario particular del ministro Augusto Barcia:

> Tuve que comer con él, para congraciarme, los últimos cochinillos de Madrid en la sección de Cifra, mientras llegaban, entre las patatas con grasa y las botellas de cerveza, los telegramas atrasados de los compañeros que dimitían. Conseguí, gracias al secretario, adicto al ministro, ser nombrado en Bucarest...

En carta a un familiar, fechada el 12 de septiembre de 1936, da una versión menos ocurrente y manifiesta haber participado en «intrigas» para poder pedirle al ministro un destino en el extranjero. En cualquier caso, nos quedamos con las ganas de saber si Edgar Neville, adscrito a la misma sección, participó en aquellas supuestas comilonas en las destartaladas dependencias anexas al Palacio de Santa Cruz. También él necesitaba congraciarse con alguien que gozara de la confianza del ministro, aunque en su caso contaba con una ventaja: era militante del mismo partido que Augusto Barcia. Ya descubriremos el porqué de su sentido previsor a la hora de conseguir el carné de Izquierda Republicana.

Agustín de Foxá tampoco explicará a los sublevados que le depuraron cómo consiguió cambiar, una vez iniciada la guerra, el destino en Bombay por otro más apetecible en Europa. Un verdadero misterio, tal vez fruto añadido de las aludidas comilonas o de las citadas «intrigas». El silencio es oportuno en estos casos. Lo importante para él era la obtención de dicho destino, a pesar de su conocida y notoria oposición a la República. Una circunstancia que no le impidió en agosto firmar la adhesión a la misma y, a la espera de poder salir, callarse y hasta aparentar un espíritu de colaboración que nunca reconoció en sus escritos autobiográficos[43].

No estaban los tiempos para agradecimientos con destinatarios tan cuestionados. Iban en contra de la imagen que Agustín de Foxá difundió de las autoridades republicanas en *Madrid, de corte a cheka*. Algo similar pasará con

[43] Veintidós años después, en una entrevista concedida a Marino Gómez-Santos y recopilada en *Mundo aparte*, todavía prefería recordar cómo había burlado a los milicianos «de la revolución marxista» gracias a los nueve cambios de domicilio efectuados durante aquellas semanas. ¿Sin levantar sospechas en el Ministerio donde trabajaba?

autores como Enrique Jardiel Poncela, amigo personal y contertulio de José Antonio Primo de Rivera: consiguió un contrato para justificar su salida al extranjero, sin mayor dificultad que la engrandecida en su recuerdo. Miguel Mihura, más moderado y realista siempre, reconoció muchos años después la ayuda de un dirigente republicano para escapar de «la zona roja» en compañía de su madre: «Comprendí que la zona roja no nos iba ni a España ni a nosotros, los españoles». (2004:1467). Y se marchó. Mucha peor suerte corrió otro humorista, Pedro Muñoz Seca, en Paracuellos del Jarama. Fue el más belicoso contra la República, pero el azar y la arbitrariedad también jugaron su baza en aquella pesadilla con siniestros personajes que desfilaban por Madrid pistola en mano. La Brigada del Amanecer, Los Linces de la República... eran algo más que una amenaza potencial.

En casos como los de Agustín de Foxá y Enrique Jardiel Poncela, con una carga ideológica más clara que el de Miguel Mihura, se evidencia así una contradicción. La originada entre la imagen cruel y despiadada que darán de «los rojos» y sus propias circunstancias, pues sin recurrir a medios heroicos o aventureros salieron hacia lugares que consideraban más seguros. Muchos calculados silencios encontraremos en sus manifestaciones y en las de otros colegas que vivieron similares experiencias. Un silencio o un disimulo comprensibles en unos tiempos maniqueos, donde cualquier reconocimiento de alguien encuadrado en «el enemigo» acarreaba consecuencias negativas. El caso de Miguel Mihura es distinto: vivió hasta los inicios de la transición política y pudo hablar con un mínimo de libertad, aunque disimulara e incluso tergiversara su actuación durante la guerra civil. Viejo, solitario y receloso, casi había olvidado lo que contradecía algunas de sus ideas básicas, violentadas por una confrontación bélica donde nadie quedó al margen. Tampoco los humoristas que, como él, fueron a la guerra, aunque poco.

Volvamos al encuentro que pudo producirse en la Plaza de la Independencia el 18 de julio de 1936. Nadie sabe de qué se hablaría en aquellas angustiosas circunstancias. Tampoco la memoria de sus protagonistas sería de fiar. No obstante, aunque Agustín de Foxá estuviera leyendo por entonces a José Zorrilla —lo recuerda en una entrevista concedida a Marino Gómez-Santos—,

tendría presente una larga amistad con quien le había descubierto unos poetas ahora innombrables. No dudaría a la hora de responder a la llamada de Edgar Neville y, en términos que evidencian estar dirigiéndose a una comisión de depuración, dará fe de la adhesión de su colega al levantamiento en carta escrita en Salamanca y fechada en mayo de 1937:

> Mi querido amigo: me complazco en hacer constar, por ser absolutamente cierto, que con fecha de 18 de julio del año 36, a raíz de armarse el pueblo madrileño me dijiste en la Plaza de la Independencia que estabas absolutamente de acuerdo con el Movimiento Nacional y que aquel era el momento que tú elegías para ser falangista.

Cuando el autor de *Madrid, de corte a cheka* escribe estas líneas ocupaba su destino en la Secretaría de Relaciones Exteriores. A pesar de que en Bucarest mantuvo un doble juego diplomático durante más semanas que Edgar Neville en Londres, consiguió integrarse sin problemas en la España de los sublevados. Podía ayudar, pues, a su amigo y las citadas líneas fueron concebidas para influir positivamente en la resolución de la comisión depuradora que también acababa de examinar su caso. Los depurados se convertían en avalistas mediante un intercambio de cartas, recomendaciones e informes que ponía a prueba amistades y fidelidades en un ambiente de recelo donde pocos podían sentirse tranquilos. Lo olvidaron en sus escritos autobiográficos porque, oficialmente, eran otros los motivos de sus temores.

Por entonces, mayo de 1937, Edgar Neville ya se encuentra en la España del General Franco. Provocando sorpresas, recelos y conflictos, como veremos al comentar su llegada a Salamanca procedente de Francia. Agustín de Foxá conocería estas circunstancias cuando su amigo fue a pedirle la arriba citada carta. Habrían dado mucho juego en el tercer volumen de los *Episodios Nacionales* que pretendía publicar: *Salamanca, cuartel general*. En su diario manifiesta entusiasmo cuando le comunican que el General Franco está leyendo *Madrid de corte a cheka*. No anota nada acerca de la valoración final de tan singular lectura. Un nuevo silencio. El atento cortesano de Burgos y Salamanca percibiría, suponemos, que era mejor dedicarse a otros menesteres menos conflictivos.

No fue, en definitiva, fácil la incorporación de Edgar Neville al bando sublevado. Tendremos ocasión de comprobarlo a lo largo de los próximos capítulos. Tampoco resultó sencilla la elección de quienes se encontraban en la capital cuando estallaron las hostilidades. En la balanza de cada uno cabía lo más heterogéneo: ideologías, amistades, intereses, afinidades, miedo... Un conjunto caótico que tardarían en digerir. Mientras tanto, se imponía la necesidad de elegir y muchos encontrarían pronto una consoladora justificación en la propaganda del bando sublevado, rebelde o nacional.

La sede del Ministerio de Estado fue el escenario de algunos episodios curiosos durante el verano del 36. El responsable ministerial era por entonces el abogado republicano y masón Augusto Barcia. Este Gran Maestro de la Masonería Española había sido diputado por el Partido Reformista de Melquiades Álvarez y, desde 1933, lo era por la Izquierda Republicana de Manuel Azaña. Tenía cincuenta y cinco años, una trayectoria prestigiosa y modos nada revolucionarios: «llegó con su chaqueta ribeteada, burguesa y su bombín masónico» (*Madrid, de corte...*). Emilio Carrère, para quien el Frente Popular era «una masonería de jorobados», le retrata como «el cursi del hongo y del mandil» (*La ciudad de los siete puñales,* 1939). Consiguió esquivar la trágica suerte de Melquiades Álvarez, fusilado por los milicianos, pero su moderación no impidió que, en junio de 1941, el Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas de Madrid le impusiera una multa de quince millones de pesetas, que comprendía todos sus bienes, así como el extrañamiento durante quince años y la pérdida de la nacionalidad. Ya la había, en cierta medida, perdido: estaba en el exilio, sin que ninguno de los diplomáticos a los que salvó osara testimoniar a su favor.

Augusto Barcia pronto fue sustituido por el socialista Julio Álvarez del Vayo. Con el primero, mucho menos enérgico que su sustituto, el Ministerio sirvió, según explica Edgar Neville, de refugio para algunos colegas que compartían su actitud favorable a los sublevados. Entre estos funcionarios y diplomáticos había un clima de confianza y complicidad que permitió situaciones rocambolescas, como las que también se relatan en *F.A.I.* y *Los primeros días* con la implícita intención de demostrar el aislamiento y la incapacidad de las autoridades republicanas.

En el exterior del Palacio de Santa Cruz la situación era más compleja y trágica. Una vez fracasado el levantamiento en la capital, se inició un período de descontrol que el desbordado gobierno apenas pudo frenar pasadas unas semanas. Para entonces, Edgar Neville ya estaba fuera de España, aunque sin romper de una manera clara con quienes le habían ascendido y destinado a la embajada en Londres. Durante los cuarenta y cuatro días que permaneció en Madrid tuvo la oportunidad, según él, de dar pruebas de su valentía y arrojo hasta rozar lo temerario. Al igual que los protagonistas de sus relatos propagandísticos y en sintonía con la tipología falangista de quienes no temían la muerte, el diplomático se presenta ante el tribunal como un héroe novelesco. No sólo era favorable a los sublevados, sino que también se convirtió en un desinteresado quintacolumnista capaz de poner en peligro su integridad física. El único empeño de los desafectos al régimen republicano residentes en Madrid era, por entonces, desaparecer de la circulación, hacerse invisibles para que nadie se acordara de ellos. Había, al parecer, una aristocrática excepción.

Edgar Neville en los testimonios y recursos detalla las pruebas de su insólito valor de acuerdo con los criterios de la comisión de depuración, aunque ajustándolos a una inventiva «novelesca» que nunca le abandonó a la hora de recrear su nueva identidad. La memoria autobiográfica siempre es pasado presente, máxime cuando este último aparece con rasgos amenazantes. El pasado no es inerte, no es historia, sino presencia constante, dinámica, que penetra en el interior del presente e interactúa con él. Edgar Neville lo tuvo claro sin necesidad de recurrir a la reflexión. Estaba en juego que le fueran perdonados sus antecedentes republicanos, verdadera losa que le obligó a subrayar un radical cambio. Fue más espectacular que el de sus amigos y colegas, casi todos con unos orígenes próximos a los de los sublevados. Así se comprende mejor la intensa trayectoria propagandística de Edgar Neville durante el período de la guerra. A diferencia de Tono, Miguel Mihura y Enrique Jardiel Poncela, no sólo debía publicar relatos o chistes gráficos contra «los rojos». Su admisión en la España «nacional» tenía un precio más elevado. Lo pagó sin albergar la menor duda acerca de su justificación.

Edgar Neville era un hombre de recursos, capaz de tomar la iniciativa, inquieto y amante de un riesgo afrontado con espíritu deportivo. También se mantuvo, a diferencia de otros neofalangistas, alejado de una violencia que nunca le sedujo. «Lo que hay que combatir a sangre y fuego es la intolerancia y la brutalidad, venga de donde venga», diría muchos años después con la convicción de quien fue coherente con su frase y el lejano recuerdo, tal vez, de una obra lúcida y vigorosa que ejemplifica esta postura en relación con la guerra civil: *A sangre y fuego* (1937), de Manuel Chaves Nogales, a quien conocería en la redacción de *Ahora*. Y en ese combate no cabía la violencia, todavía más absurda y ciega cuando venía motivada por razones políticas o bélicas.

Así lo ejemplifica Edgar Neville en un estremecedor relato: *El día más largo de Monsieur Marcel*, ambientado en la Francia de la II Guerra Mundial, pero que también podría ser la España de 1936. El protagonista, un hombre de campo, se aferra a su cerdo, mata a quienes se lo quieren comer, al margen del bando en que combatan, y sólo se preocupa por salir vivo y con un animal contrapuesto a los grandilocuentes símbolos. Egoísta e insolidario, pero vivo; gracias a que su instinto le impide creer las palabras de los demás. Nada más alejado de la retórica idealista y heroica que justificó la violencia y el sacrificio, el culto a una muerte que en la obra de Edgar Neville sólo es eso: la muerte, sin ningún aditamento. Nunca dejó de ser un novio de la vida, aunque por aquellas fechas acabara compartiendo trincheras con quienes hicieron de la retórica un arma extremadamente violenta.

Edgar Neville, según su declaración por escrito ante la comisión depuradora, lejos de esconderse para salvar el pellejo tras el fracaso en Madrid del levantamiento militar, consiguió «mediante unos amigos de Izquierda Republicana, un salvoconducto y un documento de incautación de mi propio coche a nombre de un médico amigo, de acuerdo con éste para intentar salvaguardar el automóvil». Los médicos eran de los pocos que conservaron el derecho a utilizar vehículo propio para ejercer su imprescindible labor. Una excepción de la que se olvida Luis de Fonteriz en *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*: «En la mañana del lunes día 21 de julio, las milicias ya tenían

incautados (nuevo nombre que en adelante se iba a dar a la palabra robar) todos los automóviles de Madrid» (p. 18).

El coche tenía para Edgar Neville un valor similar al del cerdo de Monsieur Marcel, pero él no era un granjero y emplearía otros recursos para conservarlo. Fue hábil en estas situaciones, donde el ingenio y la simpatía jugaban a su favor. Mediante una estratagema, la primera de las que tantas veces recordaría con humor, consiguió lo fundamental para moverse por Madrid, donde cualquier improvisado control de las organizaciones políticas y sindicales podía acarrear una detención de consecuencias imprevisibles.

El Conde de Berlanga del Duero, uno de esos señoritos madrileños para quienes tan difícil resultaba confundirse con las masas, también necesitaba algo apreciado y útil en el Madrid de aquellas semanas: un carné que le permitiera demostrar su republicanismo.[44] Según él, por entonces ya se había dado de baja del partido de Manuel Azaña tras comprobar su incapacidad para combatir el marxismo. Había sido, según su declaración, un «ingenuo» cuando pensó que su amigo iba a imponer «una política republicana, constructiva y totalmente alejada del marxismo». El Frente Popular y las elecciones de febrero de 1936 le habían llevado a buscar una alternativa. No podía ser la CEDA encabezada por José Mª Gil Robles, del cual manifiesta sentirse «distanciado». La opción elegida era la Falange. En cualquier caso, Edgar Neville no había perdido una relativa ingenuidad, como muchos, pues de estas manifestaciones se deduce la posibilidad de que los sublevados pudieran emprender una constructiva «política republicana».

No estaban los tiempos, sin embargo, para estos matices. Ya en octubre de 1934, cuando se desató una dura campaña contra el líder republicano, César González-Ruano escribió en *ABC* que era «la encarnación de un odio frío» y que su «vida inhumana» había sido la de «un oscuro funcionario enloquecido de soberbia y amoratado de rencor en su manía persecutoria». Una vez iniciada la guerra, Agustín de Foxá tal vez habría convencido a Edgar Neville de que Manuel

[44] Según explica Javier Cervera Gil (véase Bibliografía), a menudo la indocumentación se concretaba sólo en la imposibilidad de acreditar la pertenencia a una de las organizaciones del Frente Popular. Si un residente en Madrid no podía presentar una documentación cuando se le requería, era detenido, con el consiguiente inicio de unas pesquisas donde las denuncias anónimas y la falta de garantías jurídicas acarrearon terribles consecuencias.

Azaña era «un lírico del odio, un polemista de la venganza». Aunque su amigo y colega se moderara al recordar lo que tan próximo le resultaba, ambos aristócratas podían pensar que el líder de Izquierda Republicana

> Era el símbolo de los mediocres en la hora gloriosa de la revancha. Un mundo gris y rencoroso de pedagogos y funcionarios de correos, de abogadetes y tertulianos mal vestidos, triunfaba con su exaltación. Era el vengador de los cocidos modestos y los pisos de cuarenta duros de los Gutiérrez y González anónimos, cargados de hijos y de envidia, paseando con sus mujeres gordas por el Parque del Oeste, de los boticarios que hablan de la Humanidad, con h mayúscula, de los cafés lóbregos, de los archivos sin luz, de los opositores sin novia, de los fracasados, de los jefes de negociado veraneantes en Cercedilla, de todo un mundo sin paisaje ni *sport*, que olía a brasero, a *Heraldo de Madrid* y a contrato de inquilinato (*Madrid, de corte...*).[45]

Tampoco estaban los tiempos para pensar en un futuro tan incierto en aquellas circunstancias. La cuestión era conseguir un carné haciendo valer una afiliación que, según explica Edgar Neville a la comisión, fue involuntaria y fruto de una maniobra del también humorista y escritor Antonio Robles. En el primer informe reconoció haberse afiliado voluntariamente, pero en otro posterior fechado en Burgos (8-V-1938), tal vez ante algún requerimiento en este sentido, cuenta una nueva versión. Su colega había utilizado sin su autorización una firma dada por amistad, carente de intención política. Cuesta creerlo. Ya desde los tiempos de *Gutiérrez*, el susodicho autor se había distanciado de quienes en esta revista humorística satirizaban a quien fuera presidente de la II República y, en 1935, era el máximo representante de la causa republicana, que tanto molestaba a otras publicaciones satíricas como *Gracia y Justicia*. En realidad, Antonio Robles en compañía de algunos correligionarios había emprendido una recogida de firmas y apoyos a Manuel Azaña, que entre marzo y julio del citado año fue objeto de debates en las cortes en relación con sus responsabilidades políticas por los sucesos revolucionarios de 1934. Edgar Neville lo sabía, colaboró en publicaciones que defendieron al líder republicano y nunca fue tan ingenuo como

[45] Edgar Neville, al menos a mediados de los años veinte, era lector del *Heraldo de Madrid*. En 1926 llegó a participar en un concurso literario organizado por Manuel Chaves Nogales, que por entonces formaba parte de la redacción del periódico que, según Agustín de Foxá, sólo leían «los jefes de negociado veraneantes en Cercedilla».

para pensar que su firma no constituía un acto político. Se sumó a las veintisiete mil recogidas en Madrid y a las ciento cuarenta y seis mil en toda España.

Antonio Robles (1895-1983) terminaría exiliado en México, tras colaborar con el Servicio de Propaganda republicano y publicar varios cuentos antifascistas. Durante más de una década, había compartido con Edgar Neville dibujos y textos en distintas publicaciones periódicas. Eran jalones del camino de la renovación del humor emprendido por los jóvenes seguidores de Ramón Gómez de la Serna. También compartieron otras inquietudes en tertulias alejadas de los formalismos, en programas radiofónicos donde hicieron gala de un disparatado humor y hasta en divertidos proyectos cinematográficos como *Falso noticiario* (1933). Bajo la dirección de Edgar Neville, en el mismo su amigo apareció disfrazado de obispo en una tienda de ropa para caballeros. Cuarenta años antes de que Federico Fellini mostrara un desfile de moda cardenalicia en *Roma* (1972). Era el signo de unos tiempos de juventud con ganas de transgredir las normas que imaginaban ancladas en el pasado, sin un futuro que pensaban haberse apropiado.

Poco antes, en una novela publicada en 1929, Antonio Robles había pedido que se encargara a Edgar Neville, «por lo osado que es y por lo despreocupada que resulta su gramática», la traducción del *Quijote* al castellano del siglo XX, tan vital en las obras de estos vanguardistas siempre en la órbita del humor. Se olvidaba de que su impaciente amigo nunca afrontó tareas que no pudiera culminar en pocas semanas. Sus novelas son la suma de textos breves, publicados antes en la prensa y unidos sin las ataduras de un género del que tan sólo era asiduo lector. Como autor, prefería el golpe de ingenio, el párrafo corto para sintetizar un rasgo de humor, el salto continuo de unos temas a otros, apenas apuntados por quien nunca manifestó la voluntad y el oficio del artesano. Antonio Robles, no obstante, acertó al imaginarlo como posible portavoz de una locura quijotesca actualizada, al margen de unas reglas gramaticales con las que mantuvo una tensa relación.

Eran otros tiempos. Convenía dejarlos atrás. El silencio y el olvido se imponen en estos casos. Antonio Robles —«un republicano liberal y sentimental», según Dionisio Ridruejo— no los rompió en sus escritos autobiográficos, donde hizo gala de un sentido del humor incompatible con un

ajuste de cuentas. Prefirió la discreción de quien se ocupó de otros centros de interés, alejados de unas vicisitudes políticas que, en su caso, eran fruto de un espíritu abierto y progresista que mantuvo hasta el final de sus días. Le costó caro. Antonio Robles es el único miembro de «La otra generación del 27» que no sería, muchos años después, reconocido como tal por José López Rubio en su discurso de ingreso en la RAE (5-VI-1983). A pesar incluso de su tardío regreso, en 1972, a la casa familiar en El Escorial, donde inevitablemente coincidiría con su antiguo amigo, que llegó a la Academia mientras él emprendía un exilio más cruel: el del olvido tras la muerte. Quienes hemos leído a Max Aub sabemos que José López Rubio no disfrutaba con algunos reencuentros. Se transformaba en una persona nerviosa y huidiza ante quienes encarnaban una etapa de su pasado.

Antonio Robles estaba acostumbrado a estas situaciones. Mucho antes, en plena guerra civil, había sido criticado con dureza por varios colegas. Agustín de Foxá le dedicó su artículo «Caperucita en la cheka» (*ABC*, Sevilla, 18-XII-1937), donde descalifica a quien «era un veraneante de El Escorial, admirador de Azaña y de todo aquel mundo ramplón y cursi de pedagogos y telegrafistas, lectores del *Heraldo* y partidarios de Marcelino Domingo». Estos antiguos amigos no compartían su interés por la renovación pedagógica, que le llevó a adaptar cuentos infantiles clásicos y a escribir otros nuevos, algunos ilustrados por él. Buscaba la inserción activa del niño en el entorno real sin renunciar a la fantasía. Tampoco compartían su ingenuo y optimista sentido del humor. En sus novelas Antonio Robles revela un trasfondo ideológico que fue ridiculizado desde el bando reaccionario. No parece que le molestara demasiado. Mientras tanto, permanecía en Valencia para lanzar un semanario infantil titulado *Sidrín*. Pocos meses después, en la declaración jurada del 8 de mayo de 1938, sería denunciado por Edgar Neville. Apenas importaba, pues su sentencia ya estaba firmada antes de finalizar una guerra que le llevaría a un largo exilio, aunque fructífero desde el punto de vista creativo. También al olvido en su propio país.

Queda, en definitiva, la duda acerca de la veracidad de la maniobra realizada por Antonio Robles para afiliar a su amigo a Izquierda Republicana. Álvaro Custodio, crítico y director teatral que también acabaría en el exilio, da en

1980 una versión distinta sobre los motivos de Edgar Neville para afiliarse a un partido elegido tras un consciente cálculo, donde lo ideológico no parece haber resultado prioritario:

> El caso es que Edgar, que era un hombre inteligente, pero era un gran cínico [...] me preguntó: «¿Tú perteneces a algún partido político?». Dije «No». Y me dijo él: «Pues haces muy mal. Porque esto se veía venir». («Esto» se refería a la guerra). «Y como era así yo, desde hace bastante tiempo, digamos siete, ocho, nueve meses, me di de alta en Izquierda Republicana, que es el partido liberal más avanzado y es el partido de Azaña, que es la figura de la República. De manera que tú deberías hacerte de un partido político porque en este momento hace falta, es necesario y es mucho mejor estar...», etc. Me hizo el gran discurso sobre lo que yo debería hacer [...] La derivación que tuvo aquella conversación para Edgar fue la siguiente: Edgar se convirtió en un hombre de confianza, brazo derecho, en el aspecto técnico, del ministro que era Julio Álvarez del Vayo. Llegó a sentir por él un afecto y una admiración extraordinaria, lo conquistó, porque Edgar era muy inteligente y muy gracioso, un hombre divertido, ingenioso. Y entonces logró, a los pocos meses de esto, cuando estábamos ya en Valencia, que lo mandaran de primer secretario de Embajada […] en Londres […] Desde allí telegrafió al ministro pidiéndole que por favor, que había quedado vacante el puesto de canciller de la Embajada, y que nombrara canciller a Conchita Carro... En cuanto Conchita llegó a Londres, Edgar y Conchita se pasaron a zona franquista...(Archivo de Historia Oral: Exilio Español en México, Madrid, Centro de Información y Documentación de Archivos del Ministerio de Cultura, 5921, pp. 102-3).

El revelador y verosímil testimonio de Álvaro Custodio tal vez sea fruto de la amistad, pues era hermano de Ana María Custodio, la actriz que provocó el alistamiento de Edgar Neville como supuesto voluntario en Marruecos. Tiene, no obstante, algunas inexactitudes. El nombramiento como primer secretario en Londres se produjo a finales de agosto, cuando el gobierno republicano todavía estaba en Madrid y el Ministro de Estado era Augusto Barcia Trelles, de Izquierda Republicana. Es cierto que Edgar Neville era osado a la hora de pedir. Lo solía hacer sin rubor, pero cuesta creer que solicitara a Julio Álvarez del Vayo, al frente del Ministerio de Estado desde el 5 de septiembre de 1936, el nombramiento de Conchita Carro como canciller. Sobre todo, en una embajada tan importante y al margen de lo dispuesto por el embajador, Pablo de Azcárate. Incluso es probable, como veremos más adelante, que su amante ya le acompañara cuando en la madrugada del 1 de septiembre salió de España con destino a Londres. Tampoco

es creíble que se convirtiera en «el brazo derecho, en el aspecto técnico» del citado ministro socialista, con quien no llegaría a coincidir. Por otra parte, Edgar Neville apenas había pisado las dependencias del Ministerio de Estado. No se le podía considerar, por lo tanto, un «técnico» de la diplomacia capaz de orientar a sus superiores.

La memoria a veces acierta por aproximación. Tal vez Álvaro Custodio se refiera a la arrolladora simpatía de su amigo, capaz de abrirle todas las puertas y permitirle gozar de la confianza de Julio Álvarez del Vayo para alguna misión delicada. Se conocían desde finales de los años veinte, pero por esa misma razón también es probable que Edgar Neville deseara salir de Madrid antes de que cesara su correligionario, Augusto Barcia, en el Ministerio.

No obstante, en esta historia de los primeros días de la guerra, hay algo claro: Edgar Neville necesitaba un carné sindical o político, una auténtica obsesión para quienes pretendían sortear los controles improvisados por milicianos «malencarados». Los había por todas partes y comprendemos las prisas para buscar al cajero de Izquierda Republicana que le permitiera poner al día las cuotas. Como republicano azañista, en un escrito dirigido a la comisión de depuración, el cajero estaba obligado a ser un individuo ingenuo y fácil de engañar: una metáfora de lo que sucedía en el gobierno del Frente Popular. Respondía así a un prototipo fijado por la propaganda de los nacionales, útil para quien debía encauzar sus recuerdos. Convenía medir las palabras para abrirse un hueco entre los vencedores.

Edgar Neville, cuando los señoritos de Madrid se quitaban las corbatas y prescindían de los sombreros para pasar desapercibidos, se presentó en la sede del partido y echó la culpa a su mayordomo: durante su estancia en Estados Unidos, había olvidado pagar los recibos del conde. Debían ser estrictos en Izquierda Republicana a la hora de dar de baja a sus afiliados, ya que en ese caso tan sólo estarían pendientes las cuotas de dos o tres meses. Poco importa la verosimilitud de lo alegado por el Conde de Berlanga. En estas ocasiones, y a tenor de otros testimonios similares, siempre había un cajero comprensivo, máxime cuando el error era de un mayordomo que, a diferencia de otros sirvientes de la época, no aprovechó la ocasión para denunciar a su señor. Edgar

Neville abonó los recibos pendientes, «de un golpe», y mantuvo vigente un carné que iba a ser fundamental para su seguridad.

El coche, el salvoconducto y el carné eran sus armas para enfrentarse al marxismo y «salvar a la Patria». La misma quedaba lejos de sus posibilidades, pero no algunas «familias de derechas directamente amenazadas», que permanecían escondidas como todos los simpatizantes de los sublevados en el Madrid de los inicios de la guerra. Edgar Neville, según cuenta en su exposición remitida desde París a la comisión, acudió en su socorro: «fui a sus casas poniéndome a su entera disposición, sirviendo de enlace entre ellas y levantando su moral con las noticias que captaba con mi radio de las emisoras nacionales». Más adelante, en 1938, explicaría que en su domicilio particular «tenía escondido a un matrimonio falangista muy perseguido» y que su casa «estuvo abierta a todos los perseguidos que la necesitaran, no esperando a que me la pidieran sino ofreciéndola yo, como pueden atestiguar los marqueses de Jura Real y de Haro». No constan dichos testimonios en su expediente, como tampoco los del resto de las personas a las que dice haber ayudado[46].

Supongo que, de ser cierto lo manifestado, el Conde de Berlanga no pasaría desapercibido en aquel peligroso Madrid, donde varios de sus amigos optaron por esconderse o mantener un prudente silencio. «Y es que era preciso en aquellos primeros días del Madrid rojo disimular todas las superioridades...», afirmará años después Agustín de Foxá. Otros permanecieron aparentemente fieles a la República. Una situación que sería percibida como ventajosa por quien pronto iba a protagonizar una jugada tan arriesgada como la relatada a la comisión depuradora, pero menos unívoca y heroica.

La ocultación o la voluntad de pasar desapercibido era una alternativa interesante para un sujeto sin antecedentes republicanos como Agustín de Foxá. Al menos, hasta la llegada de mejores tiempos para «la quinta columna», arengada por el General Queipo de Llano en aquellos programas escuchados clandestinamente por Edgar Neville, que terminaría colaborando en la radio de

[46] En los expedientes personales del Ministerio de Asuntos Exteriores no hay una relación de los documentos conservados y, tal y como se encuentran archivados, resulta fácil la pérdida de alguno. De hecho, mi colega Emeterio Díez-Puertas encontró en el de Edgar Neville unas fotos de su etapa como falangista en el frente de guerra que ahora no se conservan en su expediente personal.

los sublevados. Dicha alternativa no resultaba, sin embargo, adecuada para quien debía alegar méritos desde el primer día y mostrarse convincente en su voluntad de sumarse a «la Causa». El riesgo de pretender aparecer como un héroe era obvio, pero hay otro del que Edgar Neville no puede hablar ante quienes le depuran: no hacer los méritos suficientes para que su nueva actitud política borrara su pasado. Era una posibilidad ligada a un miedo que nunca evidenció en público. Habría resultado peligroso.

Los antecedentes de Edgar Neville no eran favorables para los protagonistas de la sublevación militar que derivó en guerra civil. Así lo recordaría Dionisio Ridruejo, al referirse a su estancia en la Salamanca de 1937: «vivía en situación más insegura [que sus amigos] dados sus antecedentes casi clamorosamente republicanos». A diferencia de sus colegas Miguel Mihura, Tono y Enrique Jardiel Poncela, nunca se había manifestado en contra de la República, al menos por escrito. Tampoco a favor de una manera clara o rotunda. Vivió aquellos años a un ritmo poco compatible con la reflexión en torno a temas políticos, que nunca le interesaron demasiado. De ahí lo repentino y hasta sorprendente de su conversión en «valeroso falangista», que a cualquiera le podía parecer un ejercicio, peligroso, de oportunismo sin un calado ideológico. Se comprende así su insistencia, en los informes remitidos a la comisión, sobre circunstancias que otros colegas en trámite de depuración ni siquiera se plantean como prueba. Edgar Neville alega, por ejemplo, haber realizado, a lo largo de la primavera del 36, manifestaciones calificadas como «fascistas» en tertulias donde estaban presentes algunos izquierdistas. No da sus nombres, pero facilita los de varias personas de orden que podían avalar su comportamiento. No fueron, al parecer, consultadas por una comisión que decidió ignorar las falsedades en los informes de los depurados.

Antonio de Lara, *Tono*, siempre discreto, se libró de estas vicisitudes porque estaba en Francia, dispuesto a sumarse a los sublevados cuando tuviera la primera oportunidad de trasladarse a San Sebastián sin riesgo. Le disgustaban las aventuras y sabía que allí podía dibujar sus «tonerías» para hacerse un hueco en el régimen que se alumbraba. Enrique Jardiel Poncela y Miguel Mihura tampoco pretendieron ser héroes. Se quejaron de que los milicianos no les

dejaran tranquilos, pero pudieron salir de Madrid y afiliarse a la Falange sin necesidad de ayudar a los quintacolumnistas. Jamás alegaron méritos porque nadie cuestionaría su lugar en la España del General Franco.

¿Por qué corrió Edgar Neville ese riesgo en Madrid durante la primavera y el verano de 1936? Tal vez fuera una oportuna invención, mezclada con datos, nombres y testimonios verdaderos que le aportarían un grado de verosimilitud. Las represivas leyes con carácter retroactivo acarrearon numerosas, y forzadas, relecturas del pasado de los encausados. Y una vez fijadas con éxito, tan sólo quedaba reiterarlas hasta el final, sin dar la impresión de albergar dudas. Así lo podría haber pensado Edgar Neville, más pendiente siempre del fin que de los medios.

Inventado o no, ese riesgo venía motivado por una opción a favor de los sublevados. ¿Qué le llevó a esa postura? ¿Lo manifestado en sus escritos de defensa, tan acordes con lo que deseaban oír quienes le juzgaban? ¿Otras motivaciones personales, familiares, económicas...? No conviene adelantar una respuesta, que podría resultar demasiado elemental y hasta obvia a la luz de una condición algo insólita entre los republicanos como la de aristócrata adinerado. Es preferible observar los hechos y los silencios para comprender su postura, en cuya motivación figuraría el rechazo a lo que suponía el Frente Popular, al igual que otras circunstancias ajenas a lo estrictamente personal e ideológico. En la actitud de Edgar Neville también cabe hablar de intereses familiares, en peligro de haber permanecido fiel al bando republicano, donde tantos amigos tenía y se le situaba a tenor de su trayectoria personal y creativa. A principios de la guerra su madre había quedado en zona nacional, veraneando en la finca de La Granja en compañía de su padrastro. Y él siempre fue un buen hijo, en todos los sentidos. Conviene no olvidar esta circunstancia, que le rondaría por la cabeza al estimar la posibilidad de utilizar su salvoconducto para llegar, con evidente riesgo, a la localidad segoviana. La desechó, pero porque imaginó otra alternativa menos arriesgada para presentarse en La Granja, donde en agosto de 1936 había sido fusilado el dirigente local de Izquierda Republicana. ¿Lo supo? En cualquier caso, pronto comprendió que el camino hacia su reencuentro familiar debía ser más largo e incluso pasar por un destino en el extranjero.

Los informes remitidos por Edgar Neville a la comisión acumulan méritos ya desde las fechas inmediatamente posteriores al 18 de julio. Su colega Agustín de Foxá fue más modesto. No consideraba necesario mostrarse como un héroe ante quienes le readmitieron con celeridad, aunque también recurrió a las medias verdades: sólo alega alguna visita a la embajada alemana, por entonces repleta de refugiados, para informar de los planes de sublevación de las cábilas en las zonas del protectorado y el ya citado intento, en compañía de Ramón Sáenz de Heredia, de localizar a un dirigente republicano para impedir su salida de Madrid, «incluso violentamente». No le encontraron, como era previsible.

Edgar Neville fue más activo y audaz, según sus informes. No siguió los pasos de su admirado Juan Ramón Jiménez, que se dedicó por entonces a recoger niños huérfanos. Su actuación también cabe considerarla humanitaria, pero más selectiva de acuerdo con sus propósitos. Ayudó a la familia del Marqués de Jura Real —veraneaba en La Granja—, cuando fue incautada su casa y hasta que encontró refugio en una embajada. Esta experiencia se la contó a Conchita Montes, que la recrearía, con notables modificaciones, en un relato del que más adelante hablaremos. También hizo valer sus «influencias», o su militancia republicana, en la Dirección de Seguridad cuando fueron detenidos los dos hermanos Roca de Togores y sus esposas. En compañía del doctor Eusebio Oliver Pascual —amigo de varios miembros de la Generación del 27—, socorrió al capitán de ingenieros Antonio Herráiz, que había sobrevivido a sus heridas cuando se produjo el asalto al Cuartel de la Montaña. «Los rojos intentaban rematarle», pero con su automóvil se presentó en la clínica y se lo llevó a una casa amiga. Según Agustín de Foxá, «Era imposible encontrar un automóvil en todo Madrid» (*Madrid, de corte...*). Mientras tanto, su amigo, cuyo testimonio de ser cierto tanto juego le habría dado para su novela, circulaba con una sorprendente libertad.

No fue el único acto heroico de Edgar Neville. Según sus informes, durante aquellas semanas actuó en compañía del citado doctor, que acabaría la guerra en el Estado Mayor del General Varela antes de reincorporarse a su cátedra universitaria en la Complutense. Ambos tenían la misma edad, solían hacer gala de un alegre optimismo y su efusiva cordialidad les facilitaba el contacto con

numerosos amigos comunes en los bandos ahora enfrentados. Pertenecían a la elite social y cultural del Madrid republicano y habían coincidido en diferentes cenáculos literarios, donde les unía una actitud liberal que les permitía compartir amistades de las más diferentes tendencias.

El doctor Oliver supo de un muchacho de catorce años, hijo de la viuda de un militar fallecido en el Cuartel de la Montaña, que se encontraba gravemente enfermo en «Valdepiélagos (Guadalajara)». La evacuación era imposible «por estar fuera del tránsito de alguna carretera importante». Edgar Neville no se lo pensó dos veces para ir a un pueblo que, en realidad, forma parte de la provincia de Madrid:

> El doctor me propuso ir a buscar al chico y aquella misma tarde salimos a las cuatro. Yo llevaba el salvoconducto y una pequeña pistola para tener más aspecto de miliciano, y el doctor una simple tarjeta de identidad y su brazalete de médico; nos acompañaba, además, una muchacha [Conchita Montes], muy valiente, que vino esperando que su presencia alejaría sospechas de la expedición.

¿Cómo había obtenido el salvoconducto? Gracias a «unos amigos de Izquierda Republicana». Años después, un divertido Edgar Neville revelaría a Marino Gómez-Santos que la «simple tarjeta de identidad» del doctor era su carné del Real Madrid C.F. También Agustín de Foxá disfrutaba relatando la incapacidad de los milicianos para leer cualquier tipo de documento. Y, puestos a contar, ambos añadían detalles tan divertidos como inverosímiles. En el otro bando, algunos distinguidos activistas como el pintor Luis Quintanilla harían algo similar. Todos eran asiduos lectores de novelas y les gustaba parecerse a los protagonistas de los relatos de aventuras, que suelen mostrar su superioridad con este tipo de detalles.

No obstante, el informe presentado por Edgar Neville ante la comisión ministerial no era el marco adecuado para sonreír con el recuerdo de la insensatez o la temeridad de quien estuvo a punto de morir aquella noche. El diplomático redacta estas líneas para convencer a quienes estaban dispuestos a depurarle. Lo hace con errores gramaticales y estilísticos, habituales en un autor al que tantas veces se le criticó por su precipitación y descuido a la hora de escribir. No actúa como un abogado en su defensa, con el formalismo previsible en esta tesitura. Opta por lo que le resultaba más propio y enfoca el relato como

un narrador, que cuenta lo sucedido de manera singular. También con las oportunas dosis de sentido de la aventura para sortear los imprevistos obstáculos:

> A la ida todo fue bien hasta llegar a El Molar, pero poco después y al desviarme de la carretera de Francia, nos detuvo un camión ocupado por gente armada, los cuales nos quisieron fusilar a pesar de nuestra documentación porque «les extrañaba llevásemos tantos documentos y tan pocas armas». Al fin, tras largos discursos conseguimos que nos dejasen continuar, aunque ellos nos siguieron, sin dejar de encañonarnos, para comprobar si era verdad nuestra historia del niño enfermo. A la entrada de Valdepiélagos, la guerrilla del pueblo, después de detenernos, confirmó nuestra historia a los del camión que, ya convencidos aparentemente, nos dejaron dándonos explicaciones.

No terminaron aquí los peligros para Edgar Neville y sus acompañantes. A la vuelta, cuando iban a llegar a El Molar, fueron de nuevo detenidos al grito de «¡Ya están aquí los fascistas! ¡Ya les hemos cogido!». La «cuadrilla de escopeteros», individuos rudos y de la canalla, llevaron a los señoritos a la alcaldía. «Había que tomar una providencia», expresión que entrecomilla un irónico Edgar Neville, siempre burlón cuando, al igual que sus colegas de grupo generacional, habla del protagonismo de los improvisados milicianos. Y, como suele ocurrir en estos relatos, el héroe engaña mediante una afortunada argucia al patán, en este caso «un borracho armado con un enorme cuchillo de cocina». El detenido, una vez agotados sus argumentos, recordó que conocía a «un alto empleado del Ministerio de la Guerra», al que decidieron telefonear para que atestiguara su «pacifismo». Edgar Neville tuvo suerte:

> Como eran las diez de la noche, el alcalde creyó que probablemente no estaría ese señor en el Ministerio y telefoneó, pero dio la casualidad de que: 1º funcionó el teléfono; 2º el funcionario estaba, 3º entendió mi difícil nombre pronunciado con el fino acento del Molar, 4º se acordaba de mí, y 5º le pareció bien responder de mi persona. Gracias a toda esta serie de milagros, pudimos volver a Madrid, donde el niño se repuso y tanto él como su madre podrán dar fe de esto.

Edgar Neville contó esta historia muchas veces a sus amigos. Tantas como la de su secuestro cuando fue interceptado por unos despistados maquis en Cataluña. Le gustaba recordarlas y añadía o modificaba algunas circunstancias. El funcionario del Ministerio de la Guerra, por ejemplo, en otras

versiones es sustituido por un amigo suyo, Vicente Petit. Trabajaba como decorador en los estudios cinematográficos y, no se sabe por qué extraña razón, a esas horas estaba en el Ministerio de la Guerra y al otro lado del teléfono. Edgar Neville siempre disfrutó con el relato de estas experiencias relacionadas con una de sus obsesiones: la influencia del azar en el destino. La recrearía en una magnífica comedia: *La vida en un hilo*[47]. La suya también estuvo pendiente de otro, en este caso telefónico.

Supongo que, por ser la primera, la versión presentada a la comisión ministerial es la más fiel a la realidad. Sorprende, no obstante, la aparente libertad e inmunidad del Conde de Berlanga en un Madrid que él y otros autores presentarían como un hervidero de denuncias, persecuciones y muertes. Eran días de registros. Su propio domicilio fue objeto de uno, aunque sus ocupantes fueron «prevenidos» a tiempo. ¿Por qué Edgar Neville utiliza el plural si vivía solo en la casa familiar? ¿Estaba con él Concepción Carro sin que lo pudiera poner por escrito en el informe? ¿Se refiere a los refugiados que manifiesta haber acogido o a los demás inquilinos del edificio? ¿Tal vez alude al mayordomo, tan útil en aquellos días? ¿Quién le previno, algún correligionario de Izquierda Republicana? Sus informes no eran un modelo de precisión, pero señalan que el registro no tuvo mayores consecuencias gracias a la diligencia con que actuó.

También merodeaban por Madrid las turbas enloquecidas y proliferaban los desmanes. Eran noches de tribunales arbitrarios, muertes interesadas y un terror que mostraba su rostro en las cunetas cada amanecer. Se vivía un tiempo de caos y pesadilla donde todo resultaba posible. Así lo han testimoniado muchos protagonistas a través de sus memorias, que hacen hincapié en la sospecha y la desconfianza como rasgos de una convivencia tensa y amenazante. ¿Nadie recaló en el ir y venir del conde durante aquellos días?

Edgar Neville no pudo refugiarse en el anonimato para llevar a cabo sus tareas quintacolumnistas. Era un hombre conocido en círculos bien relacionados con el poder republicano. También resultaba obvia su condición social y su

[47] Tomasita, la adivinadora, explica así en la citada comedia el planteamiento tantas veces recreado por Edgar Neville: «La vida de las personas, como el alma, está en un hilo, casi siempre se puede decir que depende del azar, y a todos nos llega un momento en la vida en el que hemos de dudar entre dos o más caminos, no sabemos cuál es el que vamos a seguir, cuál es el que nos conviene más, hasta que escogemos uno».

amistad con otros aristócratas. Si no estaba actuando de alguna manera a favor del gobierno, ya debería ser, pues, un sospechoso. Sobre todo tras haberse negado a firmar, «en tres ocasiones», el manifiesto promovido por la Alianza de Intelectuales Antifascistas en apoyo a la República. Juan Ramón Jiménez le dijo a María Zambrano que la mitad, por lo menos, de los firmantes «eran fascistas bien conocidos». No habría desentonado, pues, la presencia de Edgar Neville junto con la de otros que buscaban así un aval. Es probable que él no lo necesitara tanto y pensara, al mismo tiempo, que la lista pronto llegaría al bando sublevado. Sin embargo, al igual que su colega Agustín de Foxá, firmó como diplomático su adhesión a la República. Tal vez porque fue inevitable: acudía con frecuencia a la sede ministerial en aquellos días de un verano tan singular, donde de la necesidad surgió un sentido de la responsabilidad burocrática que nunca volvería a tener.

Según María Casanova, en su ensayo sobre la diplomacia española durante la Guerra Civil, Edgar Neville, destinado en el Gabinete de Cifra del Ministerio de Estado, presentó la «dimisión» en agosto de 1936. No consta nada al respecto en el expediente personal. Este dato y lo arriba indicado contrastan con su confesión de que, coaccionado, firmó su adhesión a la República. También con el traslado oficial, a principios de septiembre, a la Embajada de Londres como secretario interino de primera clase, aunque fuera nombrado «agente oficioso» y se encontrara en la categoría de «disponible», según la citada especialista. Tampoco debe extrañarnos la posible ambigüedad de los datos conservados. Estaría dentro de los cálculos de quien protagonizaba por entonces una arriesgada jugada con los dos bandos enfrentados.

El expediente de Edgar Neville incluye un nombramiento con carácter interino, fechado en Madrid el 29 de agosto de 1936, como «Secretario de Primera Clase», destinado «a la Embajada de España en Londres en la vacante producida por cesantía de Don Fernando Valdés e Ibargüen...», uno de los funcionarios que habían abandonado la citada legación. En otro documento conservado en el mismo expediente, el Subsecretario del Ministerio de Estado, Rafael Ureña, certifica en la fecha arriba indicada que Edgar Neville, hasta entonces Secretario de segunda clase, había cesado en el Ministerio «por

ascenso y traslado». Recordemos que dicho Subsecretario tenía el encargo urgente del Gobierno republicano de buscar y nombrar personal de confianza para la legación diplomática en Londres. El papel de la misma era vital para la suerte de la República y, en esos momentos, se encontraba casi abandonada tras la dimisión del embajador el 27 de agosto y su pase, junto con buena parte del personal adscrito, al bando de los sublevados.

El 31 de agosto se publicó en *La Gaceta de la República* el cese y la separación de la carrera diplomática de Julio López Oliván, el hasta entonces embajador en el Reino Unido. El nombramiento de su sustituto, Pablo de Azcárate, apareció el 13 de septiembre. ¿Por qué, poco antes de esas fechas, Rafael Ureña eligió precisamente a Edgar Neville para un puesto de tanta responsabilidad? ¿Por qué le nombró si le tenía «enemiga mal disimulada» y «se complacía en decir que iríamos dimitiendo a medida que pasáramos la frontera»? ¿Tan poco sospechoso fue su comportamiento durante las primeras semanas de la guerra? ¿Influiría su condición de aristócrata, ajeno a cualquier izquierdismo marxista, para tender puentes con el conservador gobierno inglés? ¿Conseguiría el nombramiento interino, y la posibilidad de escapar, gracias a su arrolladora simpatía?

Al parecer, sí. Según los informes remitidos a la comisión depuradora, todo se resolvió con una entrevista: asustado por el peligro, «decidí forzar mi partida y entré a pedir al Ministro que firmara rápidamente mi nombramiento, pretextando asuntos familiares, prometiendo el Sr. Barcia complacerme enseguida». ¿Cuáles eran los «asuntos familiares», el deseo de reencontrarse con su madre, su mujer y sus hijos, todos en la zona nacional? Tan rápido fue el nombramiento que, según el propio Edgar Neville, esa misma noche del 31 de agosto salió «en el último avión alemán que hacía el viaje Madrid-Marsella». La escena es más propia de un guión que de la realidad burocrática, cuyos datos nos indican un proceso que se prolonga durante varios días y cuenta con otros protagonistas menos habituales en un desenlace cinematográfico.

Edgar Neville, antes de ser destinado a la Embajada en Londres, a resultas de una orden ministerial del 21 de agosto que afectó a otros siete

secretarios de su misma categoría, tuvo tiempo, según su informe remitido a la comisión, para conspirar contra la República:

> En el Ministerio hubo dos tipos de trabajo que hacer, uno de información en el cual tomábamos gran parte los destinados a la sección de Cifra, y que consistía en hacer correr las noticias interesantes, desde el punto de vista nacionalista por oídos y personas que terminaban en una Embajada de país amigo, y otro de defensa y protección de compañeros perseguidos.

La primera actividad la detalla en un posterior informe remitido a la misma comisión depuradora:

> [...] consistió en enterar del contenido de los telegramas de interés militar o político a compañeros u otras personas que tuvieran contacto con embajadas afectas a nuestra causa o que marchasen al extranjero y pudieran entrar en comunicación con Burgos.

Esta labor la pudo llevar a cabo hasta que, por razones no justificadas por Edgar Neville, fue trasladado a la sección de Prensa. Cabe pensar que por haber despertado sospechas, que habrían aconsejado alejarle de una documentación susceptible de ser transmitida al bando sublevado. Esta supuesta circunstancia, no obstante, entraría en contradicción con su nombramiento para ocupar un destino destacado en una embajada como la de Londres, crucial para la política de alianzas diplomáticas explicada por el ministro Julio Álvarez del Vayo en sus memorias.

El segundo «tipo de trabajo» es todavía más llamativo, aunque numerosos testimonios de quienes vivieron aquellas jornadas en Madrid nos hayan obligado a modificar nuestro concepto de lo verosímil. Según Edgar Neville, «durante muchos días» tuvieron escondidos en el último piso de las dependencias ministeriales a varios «compañeros en peligro». Cita algunos nombres, que reitera en un segundo informe fechado en París el 11 de febrero de 1937:

> En el cuarto de Cifra y sus alrededores durmieron escondidos todos los que se consideraban en peligro como Foxá, Marquesi, Ponce de León, Vía Vantalló y los administrativos tachados de fascistas, que eran en gran parte del personal de Cifra y Claves.

Todos ellos, salvo el falangista Ponce de León, en 1937 ya se habían pasado a la zona controlada por los sublevados. Edgar Neville resalta su

participación en una actividad que, de ser cierta, revela hasta qué punto era minoritario el apoyo a la República entre el personal del Ministerio de Estado, así como la incompetencia de las autoridades del mismo en el control de sus funcionarios. Mientras tanto, y desde finales de julio, *La Gaceta de la República* era un rosario de ceses de diplomáticos que habían abandonado sus puestos o que, desde los mismos, habían apoyado a los sublevados. Eso sí, todos en destinos alejados de Madrid. Sus colegas del Ministerio utilizaban otras tácticas, tampoco demasiado sutiles a tenor de algunos testimonios.

Tanta actividad conspiratoria despertaría alguna sospecha, subrayada en su informe por un Edgar Neville que ante la comisión depuradora no deseaba aparentar inmunidad con respecto a las autoridades republicanas. Antes de que la situación en Madrid le resultara insostenible, revela que, a través de un amigo en contacto con el cónsul español en Génova, consiguió pasar a las autoridades de la Junta de Defensa Nacional de Burgos una información que desbarató una compra de «material de guerra para los rojos». Iba a ser cargado en Amberes, en cuyo puerto se encontraban dos buques —el Iciar y el Saturno— dispuestos a trasladarlo a España. Dos años después, declararía que se encontraban en Amsterdam y explicaría de manera más rocambolesca la filtración. ¿La hubo o era él quien debía comprar dicho material, como apuntan algunos rumores que fueron anotados en fichas de la policía franquista? ¿Tuvo que callar su verdadero protagonismo en una misión que habría comprometido la resolución favorable de su expediente de depuración?

La relación de Edgar Neville con la compra de armamento para la República tal vez incluyera aspectos que ocultó en su informe por razones obvias. En el mismo subraya que no participó, a pesar de haber podido hacerlo, en una actividad que califica como «la más codiciada por toda la gentecilla de la situación». Las misiones en el extranjero para la compra de armas han sido, según él, «el negocio al que se han librado los personajes más abyectos del Frente Popular». Sin embargo, en una sorprendente «Nota confidencial», redactada por la Dirección General de Seguridad una vez terminada la guerra, leemos: «Al iniciarse el Glorioso Movimiento [Edgar Neville] se puso de parte del Gobierno rojo y, según unos, fue de los que contribuyeron activamente en el

proyecto de pacto de Alianza Militar con Rusia, según otros, fue el que redactó el mismo».

Este documento se encuentra depositado en su expediente personal y nos sugiere que Edgar Neville consiguió la inmunidad en Madrid durante las primeras semanas de la guerra gracias a un doble juego. Por una parte, es probable que conspirara a favor de los sublevados. No con el carácter heroico y hasta novelesco que expone en su informe. Estaría sujeto al lógico temor y tomaría las precauciones de quienes eran conscientes del riesgo que podían correr. En su caso, lo asumiría no tanto por razones políticas como por sus relaciones sociales, que le unían a muchos amigos en una situación difícil. Por otra parte, en sus informes ante la comisión depuradora ocultaría las actividades que le permitieron gozar de la confianza de las autoridades republicanas, a pesar de haber esquivado algunas firmas de manifiestos. ¿Ganó esa confianza con tan sólo su arrolladora simpatía? Cuesta creerlo, aunque no cabe descartar esta posibilidad.

La citada «Nota confidencial» revela, sin embargo, algo más importante: la posible animosidad que padeció Edgar Neville en el propio bando de los vencedores. El redactor pudo haber escuchado rumores o comentarios más o menos fundamentados, pero nunca dispondría de una información precisa sobre un pacto que, en realidad, no existió como tal. La primera petición de ayuda militar a los soviéticos fue cursada por las autoridades republicanas tres días antes del nombramiento de Edgar Neville como secretario de embajada en Londres. Carece de sentido que interviniera en esas gestiones y, cuando empezaban a fructificar, hiciera todo lo posible para salir de Madrid, justo en el momento en que más necesaria habría sido su aportación para garantizar la continuidad de una República que le destinó a la citada embajada. Por otra parte, la reciente apertura de algunos archivos rusos ha permitido saber que esas peticiones de armamento se canalizaron a través de unos conductos ajenos al ámbito de actuación de Edgar Neville. Ni por cronología ni por competencias pudo intervenir en un pacto que nunca existió como tal, tampoco en la compra de armas a los soviéticos. La prueba más contundente es que la comisión depuradora hizo caso omiso de una acusación que habría supuesto la separación definitiva de la carrera diplomática; y una condena mucho más grave a tenor de lo

previsto por la Ley de Responsabilidades Políticas de 1939. Corrían tiempos en que las acusaciones, con membrete y sello, podían lanzarse en la más absoluta impunidad. El único riesgo para los anónimos redactores era que los miembros de los tribunales o comisiones depuradoras optaran por archivarlas. Supongo que algunos encausados se salvaron gracias a lo poco que quedaba de sentido común. Otros no tuvieron esa suerte.

La rotundidad con que está redactada la nota puede hacernos pensar en la citada animosidad, que ya la había sentido Edgar Neville durante la guerra y la volvería a padecer durante el franquismo. Algunos nunca le perdonaron su pasado y, sobre todo, su sentido de la independencia. Ahora bien, tal vez en el origen de la nota también se encuentre una estrategia del diplomático, dispuesto a comentar entre los colegas su supuesta intervención en las más decisivas operaciones del gobierno republicano. Era una forma, tan hábil como arriesgada, de aparentar una fidelidad que debía ser recompensada, de crear una imagen que le alejara de posibles sospechas. El problema es que las palabras vuelan y, a veces, no llegan a los oídos más adecuados. Y en aquel tiempo de numerosas denuncias anónimas, alguien escribió una contra Edgar Neville que le pudo costar muy cara. La vida, además de pender de un hilo, da sorpresas.

IV. A Londres con paradas intermedias

No debería resultar fácil conseguir un traslado al extranjero como diplomático siendo un sospechoso de colaborar con los sublevados. Al menos, así lo indica la lógica aplicada a unos tiempos de guerra. Ya hemos indicado una posible estrategia de Edgar Neville para evitar esa sospecha, incluso dando la impresión de lo contrario. Pudo haber otras. La realidad, no obstante, presenta algunas fisuras sorprendentes en la citada lógica, que deja a menudo de ser tal en un período en el que todo queda trastocado. Edgar Neville y algunos de sus colegas las aprovecharon en un clima de connivencia, pasividad y hasta negligencia de quienes, con flema republicana, estaban al frente de un Ministerio de Estado repleto de simpatizantes de los sublevados.

La República emprendió una reforma de la carrera diplomática. El origen de muchos de sus integrantes, vinculados a la nobleza, permitía albergar serias dudas acerca de su fidelidad al nuevo régimen. Antes de que se confirmasen los peores augurios, jubiló a significados miembros de la misma y aceptó la excedencia voluntaria de otros. Tras la abortada sublevación del general Sanjurjo en 1932, también declaró excedentes forzosos a quienes mostraron su deslealtad. Al mismo tiempo, realizó una reforma de las pruebas de acceso para evitar la escandalosa endogamia y elevar el nivel académico de los aspirantes[48]. Fue un empeño inútil: no era sólo una cuestión que precisara de órdenes ministeriales o decretos. También había que contar con personas y mentalidades que requerían más tiempo para cambiar. La crisis de julio de 1936 lo pondría de relieve con nefastas consecuencias para la República. Las han explicado los historiadores. Deberían, no obstante, prestar más atención a casos particulares y hasta anecdóticos que revelan un clima de caos donde todo era posible. Así lo recordaría a menudo Edgar Neville cuando, entre colegas, contaba las divertidas historias de la guerra.

La lectura de los expedientes personales de los diplomáticos evidencia el descontrol inicial en un Ministerio de Estado con numerosos funcionarios

[48] Decreto del 30 de agosto de 1932. Sobre esta y otras medidas adoptadas durante el período republicano, véase Pérez Ruiz: 2005. Los diplomáticos separados en 1932 fueron reintegrados a partir de 1934 gracias al triunfo electoral de las derechas. Volverían a conspirar en 1936.

dispuestos a boicotear a las autoridades republicanas. De otra manera no se entenderían situaciones curiosas como la protagonizada por Valentín Vía Vantalló, secretario de embajada de segunda clase destinado en la sección de Política y conjurado con Edgar Neville para pasarse al bando de los sublevados. Tras ser allanado su domicilio por miembros de la FAI, decidió quedarse durante varias noches en las dependencias del Ministerio junto con otros colegas, concretamente en el piso superior. Ya en 1932 había sido separado de la carrera diplomática por sus actividades conspiratorias, que también llevó a cabo en Cataluña durante los dos años siguientes. El 17 de abril de 1935 quedó anulado el decreto por el que algunos diplomáticos habían sido «jubilados», como irónicamente cuenta un Vía Vantalló que así recuperó su destino en el Ministerio hasta el inicio de la guerra. Mientras permanecía oculto en el Palacio de Santa Cruz junto a varios compañeros, gracias a sus contactos con la legación boliviana consiguió que su encargado de negocios se presentara para sacarle de allí y conducirle refugiado a la embajada[49]. Supongo que ante la comprensiva mirada de quienes pensaban que con esa iniciativa tal vez hubiera salvado la vida.

No obstante, quedaba sin resolver un problema: el sueldo. Vía Vantalló lo necesitaría para mantener a su familia, que todavía estaba en Madrid. Había una solución, ya que nunca presentó la dimisión ante las autoridades republicanas: cada primero de mes salía de la embajada boliviana y se personaba en el Ministerio, concretamente en la sección de Contabilidad. Lo repitió hasta octubre de 1936. Tras firmar el correspondiente recibí, los colegas de dicha sección le abonaban la cantidad que le correspondía, «regresando inmediatamente a la Legación sin prestar en cambio servicio alguno», según explica en su informe ante la, supongo, atónita comisión de depuración. Es cierto que, a partir de noviembre, y ya con la llegada del ministro Julio Álvarez del Vayo, se le hizo saber la conveniencia de no seguir presentándose cada primero de mes. Decidió quedarse en la Embajada de Bolivia hasta mayo de 1937. Evacuado por esas fechas a Francia, se dirige inmediatamente a los sublevados para manifestarles

[49] La embajada boliviana, sita en la calle Almagro, nº 46, llegó a tener más de 65 refugiados, una cifra pequeña en comparación con los 539 que dependían de la cubana o los más de 1.200 que encontraron cobijo en las diferentes dependencias de la chilena.

«Que desea servir al verdadero Estado de España y al gobierno libertador en cuanto estime oportuno».

Estas prisas no se traducían en una inmediata respuesta positiva, al menos en los casos de quienes habían estado en contacto con los republicanos tras el 18 de julio de 1936. Al igual que Edgar Neville y otros muchos, Vía Vantalló tuvo que hacer méritos para que la comisión de depuración olvidara aquellos meses en los que, sin dimitir, cobró. Aunque fuera sin prestar «servicio alguno». A sus cuarenta y cuatro años se incorporó como teniente al ejército y, finalmente, fue readmitido en la carrera diplomática. Eso sí, tras alegar en su informe que había protagonizado acciones de «reconocido riesgo». Era el castigo que debía sumarse al arrepentimiento de quien, no lo olvidemos, ya en 1932 conspiraba contra la República[50]. El de Edgar Neville, en buena lógica, debería ser más severo. Y lo fue.

Los destinos en el extranjero, una vez iniciada la guerra, eran codiciados por diversas y hasta obvias razones. Los diplomáticos podían conseguirlos, incluso aquellos que nunca manifestaron entusiasmo en su defensa de la legalidad republicana. Debían jugar sus bazas: amistades, compromisos personales, favores, supuestas militancias políticas y sindicales... Ya procurarían dejarlas al margen de lo conocido por la comisión encargada de una depuración que, en el caso de la carrera diplomática, actuó con un rigor burocrático digno de mejor empeño. No fue una excepción, para desgracia de numerosos españoles que en otros sectores profesionales más conflictivos para la dictadura perdieron su trabajo y, a menudo, su futuro.

El caso concreto de Edgar Neville resultó complicado. Se le conocía como republicano, pero también como aristócrata que iba por libre. Nunca había conspirado. Tampoco había pisado con frecuencia las dependencias del Ministerio o las legaciones en el extranjero. Algunos comentarios hacían pensar

[50] Un caso similar es el protagonizado por Juan Manuel Cano Trueba, colega y amigo de Edgar Neville y Agustín de Foxá. El 18 de julio de 1936 era el Jefe de la Sección de Asuntos Jurídicos del Ministerio. Durante ese verano protagonizó, según su informe ante la comisión de depuración, varias acciones quintacolumnistas sin renunciar a su cargo. Acabó refugiado en la Embajada de Holanda, desde la que fue evacuado en noviembre de 1936 y, tras llegar a Marsella, se adhirió al bando de los sublevados. Tuvo que justificar que durante esos meses, incluso cuando estaba en la citada legación, siguiera cobrando sus honorarios como funcionario de la República. Su

que manejaba información relacionada con la compra de armamento durante las primeras semanas de la guerra, mientras al parecer realizaba actividades quintacolumnistas. Era un diplomático con un perfil contradictorio e iba destinado en un momento clave a Londres, la sede del Comité de No Intervención. También de un gobierno como el británico que, por su orientación conservadora, se mostró hostil a la República. Y allí iba a encontrarse con varios colegas que habían organizado una oficiosa y eficaz representación de los sublevados. Nada de esto parece haber sido tenido en cuenta por quienes, sin consultar a un Pablo de Azcárate que estaba a punto de hacerse cargo de la embajada, decidieron destinar a Londres a Edgar Neville y al joven Ángel Sanz Briz.

Por otra parte, el embajador español en el Reino Unido presentó su dimisión pocas semanas después del 18 de julio. Pronto se sumó la de la práctica totalidad del personal adscrito a la legación londinense. En connivencia con los sublevados, habían seguido con discreción y éxito un doble juego que paralizó las iniciativas republicanas y permitió la consolidación de la representación diplomática de los nacionales en Londres. El gobierno de Madrid, ante esta situación extrema, tuvo que sustituir al monárquico Julio López Oliván[51] por otro embajador. Debía ser alguien de la máxima garantía y que, por su prestigio internacional y alejamiento de cualquier partidismo, pudiera realizar una labor eficaz en tan adversas y decisivas condiciones. El nombrado fue Pablo de Azcárate, catedrático de Derecho formado en la Institución Libre de Enseñanza y alto funcionario de la Sociedad de Naciones.

En sus extensas memorias sobre los dos años y medio que ocupó la embajada londinense, Pablo de Azcárate no cita ni una sola vez a Edgar Neville. Llegamos a sospechar, en un momento de la investigación, que no tomó posesión de su nuevo destino en la legación diplomática. De hecho, su viaje se demoró en extrañas etapas y, una vez incorporado, todo indica que su presencia

---

explicación es sencilla: si los hubiera rechazado habría hecho un favor a los republicanos. Una vez readmitido, pugnó por cobrar algunos retrasos por aquellos meses.

[51] Julio López Oliván fue nombrado por el gobierno del Frente Popular el 2 de mayo de 1936. Dimitió el 27 de agosto. Tuvo serios problemas con el bando nacional a la hora de ser depurado, no tanto por su actuación en Londres como por el recelo que provocaba su fidelidad monárquica, que le llevó al círculo de Don Juan desde la inmediata posguerra y a protagonizar actividades de oposición al General Franco. El informe del Ministerio de Orden Público, conservado en su expediente personal, no duda en atribuirle «tendencias izquierdistas».

en aquellas dependencias no fue asidua. Nadie había recibido una comunicación oficial dando cuenta de su incorporación y algunos de sus colegas intuían, desde el principio, que trabajaba a las órdenes de los sublevados.

El silencio de Pablo de Azcárate resulta más sorprendente si aceptamos como ciertas las actividades de boicot alegadas por el secretario de embajada en su defensa ante la comisión depuradora. Fue una actitud mantenida en público, propia de un diplomático de alto nivel que en sus libros evita las cuestiones personales relacionadas con la traición o los comportamientos contrarios a sus principios éticos. Ese silencio, sin embargo, queda roto si acudimos a las notas manuscritas depositadas en su archivo personal, que se encuentra en el del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Pablo de Azcárate debió ser la antítesis de un tipo colérico. Tampoco era desconfiado, como prueban las palabras dedicadas a su antecesor, Julio López Oliván: nunca terminó de comprender el doble juego que había seguido en connivencia con los sublevados. No obstante, mantuvo un sentido de la responsabilidad y la organización que le llevaba a confiar tan sólo en un selecto grupo, máxime si debía actuar en un contexto hostil como era el Londres de aquellos meses. Así lo intentó mediante la selección de los funcionarios que le merecían confianza y su propuesta de ascenso para Daniel Fernández Shaw y José Luis Plaza Alemán, sus más fieles colaboradores. El Ministerio no atendió dicha petición y, sin consultarle, le mandó a Edgar Neville y Ángel Sanz Briz. En la caja 104 de su archivo personal encontramos una nota del embajador donde da cuenta de una conversación telefónica mantenida con el ministro:

> Pasados tres o cuatro días llegaron a Londres procedentes del Ministerio los secretarios Sres. Neville y Sanz Briz, que fueron nombrados en comisión en la Embajada en los puestos de primero y segundo secretario.
> [...]
> Expresé la sorpresa que me produjo el telegrama en el que se comunica el nombramiento de Ángel Sanz Briz para secretario de segunda clase en esta Embajada. También indiqué que había recibido una tarjeta postal del Sr. Neville dándome cuenta de que había sido nombrado secretario en esta Embajada.

¿Se enteró del nombramiento mediante «una tarjeta postal» mandada por el propio interesado, tal vez desde algún lugar de su injustificado periplo por diversas ciudades hasta llegar a Londres? Nada tiene de extraño, pues, que a

partir de ese momento no confiara en quien le había sido impuesto en contra de su criterio. Lo admitiría, pero es improbable que le confiara misiones delicadas. Menos todavía aquellas que se relacionaban con la compra de armas. Edgar Neville pudo manejar alguna información sobre la misma y la transmitiría a los representantes en Londres de los sublevados. Pero, mucho me temo, no fue el protagonista heroico que aparece en su informe remitido a la comisión depuradora. Una vez más, la fértil imaginación literaria le fue útil para su defensa.

Su colega Ángel Sanz Briz, por el contrario, no alega ningún mérito extraordinario en su informe ante la misma comisión. El proceso de su nombramiento fue más acorde con los usos de la administración del Estado, sin esa «tarjeta postal» que tanto juego habría dado en un relato novelesco. El telegrama al que hace referencia Pablo de Azcárate le fue remitido por el ministro Augusto Barcia el 29 de agosto. Dos días después cesó en el Ministerio por ascenso y traslado en comisión a Londres, a donde llegó el 7 de septiembre. Al pasar por París, y de acuerdo con las instrucciones que tenían quienes estaban dispuestos a incorporarse al otro bando, se entrevistó con José Mª Quiñones de León. Concretamente, fue el día 5 de septiembre. Dicho «Agente Nacional», tan monárquico que había dimitido como embajador en Francia el 14 de abril de 1931, le aconsejó que se incorporara a su puesto en Londres para, desde el mismo, filtrar información a los sublevados. Lo hizo, pero el modesto Ángel Sanz Briz reconoció que nunca tuvo acceso a temas de interés para las autoridades de Burgos. Optó, pues, por presentar su dimisión el 25 de marzo de 1937. Pablo de Azcárate ya le había neutralizado mediante un traslado al Consulado General en Londres y, con actitud comprensiva, transmitió al Ministerio la dimisión de Ángel Sanz Briz «fundada, según su propia declaración, en el estado precario de su salud». Julio Álvarez del Vayo captó el eufemismo de aquellas palabras: dos días después transforma la dimisión en una destitución que acarrea la separación de la carrera diplomática.

Ángel Sanz Briz, el humanitario héroe de Budapest, no alegó méritos excepcionales en su intento de ser admitido por los sublevados. Tan sólo explica que, desde «el Consulado rojo», facilitó documentación a varias personas para salir de «la anti-España». Se entrenó, pues, en una práctica que le permitiría

salvar a numerosos judíos durante la II Guerra Mundial. Nada relacionado con este episodio obra en su expediente personal, donde encontramos el informe remitido a la comisión. En el mismo, con ingenuidad, lamenta «la fría acogida» de que ha sido objeto «por los miembros de la Comisión depuradora de la Carrera Diplomática». Intuye que podía ser la antesala de una sanción, que «pondría en entredicho mi honor de buen español». Pronto comprendió la razón de tanta frialdad: «para el eficaz cumplimiento de las órdenes recibidas en París del Sr. Quiñones de León, me era absolutamente necesario inspirar confianza a los elementos rojos de la Embajada». Esa «confianza» y la consiguiente convivencia debían ser purgadas.

Ángel Sanz Briz vivió con angustia aquellos meses. Se trasladó a Salamanca para entrevistarse con quienes le podían ayudar, pidió avales, hizo valer sus amistades de probada adhesión a la Causa... Nada fue suficiente para vencer la desconfianza. La única solución era incorporarse al ejército nacional como soldado del Parque de Automóviles de la V Región Militar. El 13 de junio de 1938, la comisión depuradora le declaró «admitido inmediatamente al servicio activo». En este caso, la fórmula no tuvo un significado literal, pues no se reincorporó hasta enero de 1939, una vez purgados sus contactos con los rojos.

Ninguno de estos episodios aparece en la novelesca recreación de la trayectoria de Ángel Sanz Briz, como héroe de los judíos, escrita por el periodista Diego Carcedo. ¿Por qué? ¿Es necesario que los héroes sean inmaculados y coherentes? ¿Hasta qué punto la ambigüedad de la obra, a medio camino entre la ficción y el ensayo, permite esta manipulación? ¿Por qué debemos creernos lo ocurrido en Budapest si se nos oculta lo sucedido en Londres? Estos episodios tampoco fueron recordados en público por el protagonista a lo largo de su brillante carrera diplomática. No tengo noticias en este sentido. Optaría por la seguridad de un silencio tan común en aquella época, pero tal vez le dejaron un poso que ayuda a comprender su posterior comportamiento. Era un representante diplomático de una dictadura con la que estaba, en lo fundamental, identificado, pero había experimentado en primera persona la angustia por su extremada rigidez y carácter excluyente.

Edgar Neville no se preocupó demasiado de la exactitud a la hora de explicar su salida de Madrid. Oculta en su informe que se produjo en el marco de una orden ministerial que también afectó a otros seis colegas. Según él, se presentó voluntario para adelantarse a quienes sospechaban de sus actividades y se dirigió a Augusto Barcia, ministro de Estado,

> El cual me prometió un puesto en el extranjero en la combinación que estaba preparando, pero como ello iba despacio y mis recelos aumentaban, volví a insistir en ello, consiguiendo me destinaran a la Embajada de Londres aquella misma tarde y de madrugada salía en el último avión alemán que hacía el viaje Madrid-Marsella.

La «combinación» a la que se refiere en su informe estaba lista el 21 de agosto. El proceso posterior ni fue tan rápido ni, por supuesto, se inició a instancias de Edgar Neville. El nombramiento fue firmado el 29 de agosto, al igual que el de Ángel Sanz Briz. El avión salió dos días después. Sin otros colegas, pues el citado declaró haber partido en tren y «en compañía de Foxá, Ramón Sáenz de Heredia y Ramón Martínez Artero entre otros». El dato queda confirmado en los expedientes de estos dos últimos diplomáticos y en la censurada versión del diario de Agustín de Foxá publicada en 1976. La ruta fue Valencia-Barcelona-Cerbère. Cruzaron la frontera el 4 de septiembre. Estoy seguro de que Ángel Sanz Briz se habría acordado de «Edgar», su amigo, de haberle acompañado para dirigirse a un destino común. Hasta cierto punto, pues ninguno de los cuatro intentó explicar las razones por las que se separaron tras cruzar la frontera. Había que salvar el pellejo y los compromisos con los colegas de Madrid quedaron pronto en el olvido.

Conviene subrayar una diferencia notable: mientras que Ángel Sanz Briz explica paso por paso su itinerario y Agustín de Foxá y Ramón Sáenz de Heredia llegan a cruzar de nuevo la frontera para presentarse en Burgos —poniendo en peligro a quienes se habían quedado en el Ministerio—, Edgar Neville obvia cualquier detalle para ocultar un dato fundamental: no se presentó a José Mª Quiñones de León, el jefe de los servicios de espionaje en Francia, para ponerse al servicio de los sublevados. Optó por una vía que le merecía más confianza. La comisión depuradora lo tuvo en cuenta y se lo hizo pagar. De cualquier manera, sorprende un tanto que para ir a Londres Edgar Neville pasara por Marsella y

circulara por el sur de Francia (Hendaya, Bayona y San Juan de Luz). En estas ciudades mantuvo distintas reuniones, siempre con personas conocidas, y hasta realizó como «rojo» alguna confusa actividad relacionada con el envío de una partida de ametralladoras. A la sorpresa se añaden otros interrogantes cuando quienes le conocieron, como Eduardo Haro Tecglen, muchos años después insinuaron que fue a Francia con dinero de la República para comprar armamento, extremo que no he podido documentar. Me parece improbable que se realizara con la rotundidad indicada por el periodista: «Neville cometió un acto innoble: comisionado por la República para comprar armas en Francia, se pasó a Franco. Con el dinero. Pero tampoco aceptó el régimen» (*El País*, 15-I-2000). Preguntado al respecto en tres ocasiones y por distintas vías, el conocido columnista no me contestó. Tal vez prefirió no revelar sus fuentes de información, pero también cabe pensar que las mismas fueran un rumor de tertulia. La grafomanía no permite discriminar la calidad de los materiales y todo vale, al parecer, si se pone el sello de la subjetividad.

Agustín de Foxá dio detallada cuenta del dinero de la República que desvió a los sublevados desde su destino diplomático. Era un mérito ante la comisión de depuración. ¿Por qué no lo hizo un Edgar Neville tan preocupado por acumular estos méritos? Por otra parte, si iba a comprar armas en Francia, ¿para qué fue destinado a Londres? Supongo que Eduardo Haro Tecglen escribió su artículo a partir del recuerdo de algunas conversaciones, tal vez con el propio Edgar Neville. No tendría en cuenta en ese caso que estaba ante un individuo capaz de fabular, hasta límites insospechados, sobre su trayectoria. No era una fuente fiable y, por supuesto, incumplió una regla básica en su oficio: contrastar la información. Las columnas diarias obligan a escribir demasiado. Afrontarlas no siempre supone un comportamiento elogiable y hasta heroico, tal y como se afirmó con motivo del fallecimiento del prestigioso periodista.

Resulta sorprendente la decisión de mandar a Londres al que, para muchos, ya no era de fiar. También que se adoptara cuando había, según indica el propio Edgar Neville en el segundo informe a la comisión, «una campaña de prensa en contra de la Carrera, motivada por las numerosas dimisiones de que se tenía noticia». Se refiere tal vez a artículos como los publicados por Indalecio

Prieto en *Informaciones*, diario madrileño por entonces vinculado al PSOE. En los mismos, «Don Inda» acusó a los emboscados en el Ministerio de Estado. Nadie tomó medidas. Además, otros funcionarios, como «el Sr. Ureña», ya habían manifestado a finales de agosto su oposición a que salieran diplomáticos que sospechaban dispuestos a pasarse a los sublevados.

Rafael Ureña y Sanz era por entonces Subsecretario del Ministerio y, poco después, sería nombrado Secretario General del mismo. Disponía, pues, de una información privilegiada sobre todo tipo de nombramientos, aparte de una rica experiencia tras una larga carrera profesional en diferentes destinos. También conocía los límites de unos diplomáticos reacios a compartir su escrupuloso respeto a la legalidad constitucional. Los responsables políticos, al parecer, no le hicieron caso. Murió exiliado en Bogotá, adonde había llegado en 1938 como embajador, sin dejar un testimonio escrito de aquellos meses de la guerra. Habría sido demoledor y prefirió callar. Nos queda la duda de si en la salida de varios secretarios de embajada a principios de septiembre, casi todos ellos sospechosos de estar al servicio del otro bando, no hubo un implícito perdón para evitar medidas más desagradables. Su única preocupación durante los últimos años era su penosa situación económica. Hizo todo lo posible para conseguir una pensión que permitiera sobrevivir a su esposa. Habría muerto antes de 1958 o con más pena de haber sabido lo complejo y lento de los trámites que, con la ayuda del embajador franquista en Colombia, realizó su viuda.

¿Qué argumentos tenía Augusto Barcia para ascender a su correligionario Edgar Neville y mandarle a Londres, a pesar de haber recibido avisos de su actitud sospechosa, incluso el mismo día 1 de septiembre, cuando acababa de salir de Madrid? Esa mañana, según el informe del diplomático depurado, se presentó en el Palacio de Santa Cruz el «exministro Amós Salvador» para comunicar a Augusto Barcía que su secretario de embajada se había hecho «fascista». Supongamos que la entrevista se produjo. El acusador tenía motivos para estar bien informado: había sido ministro de la Gobernación con Manuel Azaña entre febrero y abril de ese mismo año y, además, era un militante de Izquierda Republicana vinculado a la actividad cultural del Madrid de aquellos años. Conocería bien a un Edgar Neville que acababa de salir rumbo a Marsella.

El secretario de embajada, ya en Londres, tendría noticia de esta entrevista a través de Ángel Sanz Briz quien, por conductos tan sorprendentes como no aclarados, le explicaría que el titular del Ministerio de Estado alegó no disponer de pruebas en contra de su correligionario ahora convertido en «fascista». Añadió que el aviso de Amós Salvador era inútil: el Conde de Berlanga ya había salido esa misma madrugada. ¿Estuvo presente el joven diplomático en la conversación, tal vez tensa, entre ambos políticos? ¿Fue una entrevista en presencia de unos colegas del acusado que ese mismo día iban a salir con destino al extranjero? Cuesta creerlo, incluso en un contexto donde todo andaba trastocado[52].

Augusto Barcia, al parecer, ni siquiera mandó un mensaje telegráfico a la legación londinense. Tampoco llamó por teléfono a un sorprendido Pablo de Azcárate, que iba a recibir a «un fascista» como primer secretario de embajada. ¿Tan negligente fue su comportamiento? Tal vez, pues errores más graves se cometieron en el Ministerio durante aquellos caóticos días. No obstante, las numerosas interrogantes sin respuesta impiden descartar que Edgar Neville inventara unas circunstancias algo novelescas para explicar su salida de Madrid. Tuvo prisas a la hora de coger un avión que, por supuesto, era «el último», pero cuesta imaginar que un exministro de la Gobernación le estuviera pisando los talones como si se tratara de un buen guión cinematográfico.

Augusto Barcia fue relevado de su puesto cinco días después. Nada dice sobre este episodio en sus libros el que, con dolorida pasión, denunciara «la farsa» de la No Intervención: «Nunca, jamás, en el teatro diplomático, la bufonada trágica alcanzó más altos niveles». Tenía razón a la hora de enjuiciar una actitud incómoda para la memoria de los futuros aliados en la II Guerra Mundial, pero le faltó añadir una reflexión autocrítica: él también participó en esa bufonada con, al menos, un nombramiento tan desacertado a tenor de los resultados. Los libros de memorias de aquellos políticos republicanos siempre hablan de una Historia, con mayúscula, donde la razón y la legalidad les acompañan. Son parcos, sin

[52] También cuesta creer el comportamiento de Amós Salvador, un afable arquitecto y propietario de tierras con cierta fortuna que, según la bibliografía consultada, carecía de la energía y la capacidad necesarias para ser ministro de Gobernación. ¿Por qué iba a tener un interés especial por Edgar Neville?

embargo, a la hora de explicar unos episodios concretos y vulgares que revelan incompetencia. Sumados, resultaron decisivos para su derrota, pero prefirieron olvidarlos para preservar una memoria que tan mal se lleva con la mediocridad.

En cuanto a los citados avisos a Augusto Barcia, al margen de la entrevista con Amós Salvador, suponemos que no serían tantos como pretende el diplomático depurado, siempre dispuesto a exagerar a su favor. Habría sido un caso de extrema negligencia, más grave cuando se habían dado otros anteriores y el destino era especialmente sensible. Por otra parte, resulta verosímil imaginar que, sin hacer alarde, Edgar Neville de alguna manera actuaría a favor de la República. Al menos lo haría saber para ganarse la confianza de aquellos superiores que consideraba más cercanos. Como es lógico, lo oculta en su informe ante la comisión de depuración.

En situaciones extremas, a veces una solución ingenua combinada con la fortuna puede resultar efectiva. No obstante, también nos sorprende que, junto con Agustín de Foxá y otros funcionarios del Ministerio simpatizantes de los sublevados, Edgar Neville llegara a un curioso acuerdo, por escrito, para facilitar la salida de España de todos ellos:

> Antes de salir de Madrid entregué a mis compañeros que se quedaban una carta en la que me comprometía, bajo palabra de honor, a no dimitir para evitar la represalia de que ellos hubieran sido objeto. Este mismo compromiso contrajeron los demás diplomáticos que salieron después ([Agustín de] Foxá, [Ramón Martínez] Artero, [Ángel] Sanz Briz, etc.). Este otro grupo que esperaba la hora de salir llenos de incertidumbre me pidieron que, al llegar a Francia, pusiese un telegrama de adhesión al Ministro para disipar los temores de éste, escarmentado por anteriores dimisiones, y acelerar la orden de partida. Cumplido el encargo por mí, pudo salir el grupo que se distribuyó por Europa y que, salvo dos excepciones, ha estado trabajando para la causa nacional y algunos aún siguen haciéndolo en esta fecha [enero, 1937].

Edgar Neville parece olvidar que su amigo Agustín de Foxá —no menciona este compromiso en su informe ante la comisión de depuración— fue destinado a Bucarest el mismo día que él a Londres, el 29 de agosto. En esa fecha también se produjo el nombramiento de Ángel Sanz Briz. En su correspondiente informe reconoce la existencia de dicho compromiso, pero sin el protagonismo que se atribuye el propio Edgar Neville. Según su colega, los diplomáticos que iban a salir al extranjero habían convenido tácitamente que ninguno de ellos, mediante

una dimisión o cualquier otro acto similar, pondría en peligro la salida del resto de los compañeros. Lo corrobora Agustín de Foxá en su diario, aunque no dudó a la hora de volver a cruzar la frontera a principios de septiembre para presentarse en Burgos, tal vez en compañía de Ramón Sáenz de Heredia. De acuerdo con lo manifestado por Edgar Neville, él mismo aceptó por escrito ese compromiso en una carta que entregó «al Sr. Acal, Jefe de Personal». No la encontraron al parecer y, en un posterior informe, dice haberla entregado «al Sr. Cano Trueba». No quedó incorporada a su expediente, lo que nos hace dudar de la existencia de la que habría sido una prueba decisiva. Tampoco Juan Manuel Cano Trueba, por entonces a punto de refugiarse en la embajada de Holanda, manifiesta nada al respecto en su exposición ante la comisión de depuración.

Aunque Edgar Neville saliera un poco antes, sus colegas se apresuraron a tomar un tren que les llevó a Francia tras pasar por Valencia y Barcelona. Apenas habrían transcurrido unas horas entre la salida del primero en avión (madrugada del 31 de agosto) y la del resto del grupo (1 de septiembre). Queda un tanto devaluada, pues, la justificación de Edgar Neville para no haber presentado la dimisión nada más salir de España, uno de los motivos que más recelos provocó entre los miembros de la comisión depuradora.

¿Qué hizo Edgar Neville durante aquellos días, con quién se entrevistó, desde dónde mandó la «tarjeta postal» a Pablo de Azcárate? Es difícil interpretar los silencios parciales, pero me inclino a pensar que el diplomático no sólo estaba actuando al servicio de alguno de los bandos enfrentados. Puestos a especular, más bien lo imagino intentando resolver cuestiones personales. Mientras tanto, en la casa que sus amigos los marqueses de Larios tenían en San Juan de Luz, mantuvo una reunión con quienes podían trasladar a Burgos su voluntad de adherirse a la sublevación. La información llegó, como veremos más adelante, a José Yanguas Messía, Jefe del Gabinete Diplomático de la junta militar constituida poco antes en la capital castellana. La transmitió al General Mola y la confirmaría mediante carta durante el proceso de depuración. Cabe preguntarse si en dicha casa, ocupada por unos nobles malagueños que conocería probablemente a través de su esposa, tuvo también lugar la más adelante aludida

entrevista entre Angelita y Edgar, en la que el diplomático comunicaría a una todavía enamorada esposa su intención de ir a Londres con Conchita Montes.

Es posible que, para evitar las represalias a sus colegas, el nunca demasiado preciso Edgar Neville mandara el telegrama al que alude en su informe, pero no sería de adhesión al Ministro, sino a la República. Era la fórmula ya empleada en ocasiones similares por parte del Ministerio de Estado, que tuvo enormes dificultades para asegurar la fidelidad de un cuerpo diplomático proclive a pasarse al bando sublevado. Esta circunstancia determinó numerosos, y a veces precipitados, nombramientos para cubrir las bajas. Como es lógico, Edgar Neville en un informe remitido a una comisión de depuración evita reconocer una adhesión, aunque sea forzada, a la República. Agustín de Foxá y Ángel Sanz Briz lo hicieron sin que les acarreara mayores problemas ante la Junta de Burgos, pero los antecedentes de sus amigos no eran los mismos.

Por otra parte, si Edgar Neville mandó el telegrama el día 1 de septiembre, a su llegada a Marsella, pocas horas después ya se encontraba en Hendaya, tal vez alojado en la casa de su buen amigo Antonio de Lara. No tenía prisa por llegar a Londres. Su objetivo era ponerse al servicio de los sublevados. Con precauciones, sin entrar en contacto directo con quienes podían desconfiar de él. No se presentó al monárquico José Mª Quiñones, que hizo valer su prolongada experiencia en dicho país para organizar la representación oficiosa de los sublevados. Su apoyo a los mismos no le evitó, en 1943, una investigación como supuesto masón por parte del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo. Edgar Neville utilizó intermediarios de menor rango. Estos tanteos o rodeos provocaron reticencias en los miembros de la comisión que le depuró y fueron una de las causas de su temporal separación de la carrera diplomática.

La actitud de Edgar Neville en Marsella, de acuerdo con lo escrito en sus informes y sus consiguientes silencios, supondría también un riesgo para el resto de sus compañeros, que todavía permanecían en Madrid. Al menos durante unas pocas horas, puesto que Agustín de Foxá ya estaba el 2 de septiembre en San Juan de Luz, verdadera capital diplomática durante aquellos meses, para ponerse al servicio de las autoridades de Burgos sin utilizar intermediarios. Mandó un

telegrama, tal y como cuenta en *Misión en Bucarest.* Esta versión no coincide con los datos aportados en sus diarios, donde se indica que cruzó la frontera en dirección a Francia el 4 de septiembre y, tras permanecer en el país vecino algunos días, se presentó en Pamplona y Burgos con el fin de ponerse al servicio de los sublevados. Le mandaron de nuevo a Francia para que se incorporara a su destino diplomático en Bucarest, al servicio de la República. Tomó posesión del mismo tres semanas después de salir de Madrid sin que, a tenor de los datos conservados, nadie en el Ministerio de Estado mostrara dudas sobre tan extraño comportamiento. El caso de Ángel Sanz Briz fue más sencillo y leal, tanto para sus compañeros como para los sublevados. Tras cruzar la frontera y sin demora se presentó en París para ponerse, mediante la citada entrevista celebrada el día 5, a las órdenes de José Mª Quiñones.

Las preocupaciones por entonces de Edgar Neville eran resolver sus problemas personales y dejar clara su adhesión a la sublevación. Con cautela, eligiendo los interlocutores entre gente de confianza y sin entrar en contacto directo con los representantes oficiosos de Burgos por un temor a las represalias que nunca confesó:

> [En Hendaya] me puse inmediatamente en contacto con el Sr. D. Santiago Fernández, de Irún, que aseguraba el enlace entre Burgos y la frontera francesa. Por su conducto envié al Sr. Yanguas, entonces ministro de Estado, un informe completo de la situación en Madrid y le anunciaba me ponía a su disposición y me disponía a entrar en relación con la representación extraoficial del General Franco en Londres.

José Yanguas Messía (1890-1974), vizconde de Santa Clara de Avecillo, no era por «entonces ministro de Estado». Lo fue entre 1925 y 1927, designado por el General Primo de Rivera, a cuya dictadura también sirvió como Presidente de la Asamblea Nacional en 1929. Su trayectoria fue analizada por la Comisión de Responsabilidades de las Cortes Constituyentes de la República. No esperó el dictamen en Madrid. Ya estaba exiliado en Lisboa desde donde, una vez iniciada la guerra, se incorporó al bando de los sublevados ocupando la jefatura del Gabinete Diplomático de la Junta de Defensa Nacional (Burgos). También fue embajador en la Santa Sede desde el 30 de junio de 1938. No obstante, el dato fundamental era su condición de Catedrático de Derecho Internacional de la Universidad Complutense y, como tal, profesor de un joven Edgar Neville que

conservó su amistad. La utilizó en momentos delicados y José Yanguas Messía le ayudó declarando que, el 3 de septiembre de 1936, tuvo conocimiento de la voluntad de adherirse a «la Causa» manifestada por el diplomático destinado a Londres.

Edgar Neville no perdió el tiempo durante la semana que permaneció en Francia. Ya en Marsella se había presentado en el consulado y «después de tantear el terreno que pisaba, indiqué al entonces cónsul la obligación en que estábamos todos los españoles dignos de colocarnos decididamente junto al General Franco, haciéndole un relato exacto de lo que había presenciado en Madrid». Es obvio que éste y el anterior texto fueron escritos varios meses después de los hechos relatados, cuando el bando de los sublevados contra el orden constitucional ya estaba encabezado por el General Franco. El 1 de septiembre de 1936 —veinte días antes de que fuera unificado el mando militar—, el cónsul se habría quedado sorprendido por una personificación tan concreta de la sublevación. En cualquier caso, tuvieron suerte los colegas y amigos de Edgar Neville, pues tal premura podría haber puesto en peligro su casi simultánea salida de Madrid con destino a Valencia y Barcelona.

Eran meses de cambios, dudas e improvisaciones, pero imaginamos que a los miembros de la Embajada en Londres les sorprendería que, cuando se estaba constituyendo el Comité de No Intervención, el recién nombrado Secretario de primera clase tardara más de una semana para llegar a su destino y pasara por Hendaya. Esas entrevistas también podrían haber sido detectadas por las autoridades republicanas, que a principios de 1937 se vieron obligadas a establecer un precario servicio de espionaje para, entre otros objetivos, intentar controlar los núcleos de refugiados españoles en el sur de Francia. Ignoro si las repetidas presencias de Edgar Neville en esa zona durante 1937 fueron detectadas por una red de contactos de la que formaba parte su amigo Luis Buñuel. También es probable que conociera al pintor Luis Quintanilla, que nada dice al respecto cuando con espíritu novelesco da cuenta de sus actividades en el sur de Francia. En cualquier caso, a principios de septiembre de 1936, el largo y nada directo viaje de Edgar Neville con destino a Londres pudo prevenir al

Ministerio de Estado ante la salida al extranjero de los colegas de quien, aunque no lo diga en su informe, no creo que viajara solo.

Los datos recopilados permiten pensar en la posibilidad de que Conchita Montes saliera de Madrid en el mismo avión con destino a Marsella. Sin un destino diplomático, claro está. Tal vez la petición de Edgar Neville al ministro de Estado —recordemos el testimonio de Álvaro Custodio— no era la de un puesto como «canciller» en Londres para su amante, sino un pasaje y un pasaporte diplomático que le permitieran salir en compañía de la joven simpatizante de la República.

Ángeles Rubio-Argüelles, la esposa de Edgar Neville, al parecer también lo supo. No le sorprendería. Durante la primera estancia de ambos en Hollywood, cuatro años después de haberse casado, el por entonces apuesto Conde de Berlanga disfrutó de numerosas amistades femeninas. No las ocultó, sobre todo tras la vuelta de su esposa a Málaga para, en compañía de sus hijos, refugiarse en el entorno familiar a la espera de un reencuentro que nunca sería definitivo. Seguía enamorada. En esas circunstancias, la convivencia matrimonial quedó de hecho rota, antes incluso de que Edgar Neville conociera a Conchita Montes en 1933, cuando todavía estudiaba Derecho en la madrileña facultad de la calle San Bernardo. No obstante, aún convivirían durante algunos períodos, como el pasado en el norte de África a la búsqueda de unos supuestos prisioneros españoles. La aventura, teñida de notas coloniales, dejaría en un segundo plano una relación tan intermitente.

Ángeles Rubio-Argüelles era una mujer hasta cierto punto «tolerante» en estas cuestiones, al menos como otras muchas esposas resignadas de la época. Y, a pesar de los celos que le llevarían a la quema de unos diarios y unas cartas de Edgar Neville que ahora echamos de menos, lo siguió siendo sin disimular su enemistad con la joven amante de su marido desde antes de la guerra. No obstante, esa tolerancia podía ser más aparente que real, forzada por unas circunstancias en las que no le cabía otra actitud.

El matrimonio ya había sufrido desavenencias durante los primeros años en Madrid. Ella se marchó al domicilio materno en varias ocasiones y, cuando estuvieron en Estados Unidos, la situación se hizo más tirante. Su esposa y los

hijos suponían un lastre para un ambicioso Edgar Neville, dispuesto a todo ante la sugestiva perspectiva de asentarse en Hollywood. No rompieron tras el forzado regreso del cineasta, se marcharon juntos a Uxda (Marruecos) a finales de 1934, pero a la vuelta todo indicaba que la relación matrimonial estaba a punto de terminar. Era inevitable y, al menos, Ángeles Rubio-Argüelles fue discreta de acuerdo con los usos de aquellos tiempos. Su privilegiado estatus económico y social le ayudó a sortear situaciones embarazosas.

También puso de su parte un educado Edgar Neville[53], dispuesto a respetar y hasta admirar a la beata de su suegra, la emprendedora Carlota Alessandri que había tenido olfato para vislumbrar el futuro de Torremolinos. La familia de Ángeles era propietaria de fincas en la provincia de Málaga. Se revalorizarían gracias al auge del turismo en la Costa del Sol, que con interés empresarial defendió Edgar Neville en las terceras de *ABC*: «No hay nada más exuberante que la alegría de una andaluza en bikini». Puesto a ser empresario y yerno, no mostró reparos a la hora de caer en tópicos que como autor tanto rechazó.

A pesar de su origen malagueño, y como otras personas adineradas, Ángeles Rubio-Argüelles se encontraba poco después de comenzar la guerra en San Sebastián, en la capital que sería zona nacional a partir del 13 de septiembre. Según uno de sus nietos, Edgar Neville Guille, tras el 18 de julio su padre y su tío salieron de Málaga con destino a Tánger, refugiados como otras familias malacitanas a la espera de tiempos más tranquilos. Según su padre, en declaraciones a Jesús García de Dueñas, estaban en La Granja, desde donde pasaron a Salamanca para trasladarse poco después a Sevilla. Allí se reencontraron con su madre, procedente de Londres: «Mi madre estaba con mi padre, que estaba destinado en Londres como diplomático» ¡¡¡!!! ¿Miente? Creo que no. Tal vez recordara, con cierta imprecisión, lo que le contaron sus padres, reacios a aclararle la realidad de lo sucedido. En cualquier caso, es probable que Ángeles Rubio-Argüelles se desplazara desde Sevilla a San Sebastián ¿Por qué tantos kilómetros a través de un país en guerra, buscaba acaso el reencuentro

[53] Su comportamiento con las mujeres que iba dejando atrás en su trayectoria amorosa queda reflejado en las reflexiones finales de Javier Navarro, el protagonista de *Frente de Madrid,* poco antes de fallecer.

con su marido? Se vieron en Hendaya y, tras la vuelta a Sevilla, ella supo «por qué me llamabas Conchita», según la carta dirigida a su todavía marido el 29 de noviembre de 1936. Verdaderamente, fue la última en enterarse o, como tantas veces sucede en esta historia, contó su experiencia mezclada con notas literarias. Ella también escribió novelas en los años cuarenta y le gustaban los romances imposibles donde la mujer cede con dignidad. Compartía, por lo tanto, con Edgar Neville un irrefrenable deseo de fabular y sus vidas les dieron motivos de sobra.

No creo que, durante su estancia en San Sebastián, Ángeles se alojara en la casa de José López Rubio, el colega de Edgar Neville. Así lo indica uno de sus discípulos teatrales, Óscar Romero, en una entrevista concedida a Jesús García de Dueñas. Por entonces, el cineasta y dramaturgo vivía en Estados Unidos, gracias a un contrato cinematográfico que le permitió sortear los avatares de la Guerra Civil. En cualquier caso, Angelita estaba a resguardo en San Sebastián, donde confluirían muchos de los amigos y colegas de quien todavía era su marido. Y desde allí, a principios de septiembre, bien pudo desplazarse a Hendaya y Bayona para entrevistarse con Edgar Neville, que iba con destino a Londres y que, como es obvio, no podía volver a cruzar la frontera para entrar en la zona nacional.

El citado Óscar Romero recuerda así, con imprecisiones y errores, lo que le contó Ángeles Rubio-Argüelles, una mujer de trayectoria tan excepcional como la de Edgar Neville y que ya conocemos gracias a la labor de Jesús García de Dueñas:

> En plena guerra civil, cuando el marido iba destinado como diplomático al Reino Unido y pasaba por Francia, ella estaba hospedada en casa de José López Rubio en San Sebastián [...] y allí permaneció ella un buen tiempo durante la guerra, porque estaban a resguardo, en zona nacional. Él, Neville, iba y venía y, según me contó ella [...] una de las veces que se pasó por allí le dijo: Angelita, me voy a Londres, pero con una señorita que he conocido que me gusta mucho, que era Conchita Montes. Toma cien pesetas para que subsistas y se marchó a Londres.

A principios de septiembre, San Sebastián no era todavía zona nacional. Edgar Neville sólo «iba y venía» tras su regreso a España en la primavera de 1937, no en aquellos meses iniciales de la guerra, cuando era un diplomático al servicio de la República. Y la entrevista aludida no tendría lugar en «una de las

veces que se pasó por allí», sino en la primera ocasión en que pudieron encontrarse tras el inicio del conflicto bélico, en territorio francés, y antes de salir para su destino en Londres.

Ninguna de las circunstancias aludidas por Óscar Romero, como es lógico, quedó reflejada en el informe remitido a la comisión de depuración. Sus miembros contaban con una «ficha» elaborada en Valladolid, el 9 de diciembre de 1937, por la Sección de Orden Público de la Comisaría General de la Jefatura de Seguridad Interior. En la misma se indica que Edgar Neville, durante su primera estancia en Estados Unidos, abandonó su cargo diplomático —en realidad, pidió la excedencia con el fin de evitar el traslado a Caracas[54] y tras agotar unas prolongadas vacaciones— para desplazarse a Hollywood, «donde hizo una vida muy poco moral». Y se añade que «es casado y divorciado». Este último dato es falso, aunque viviera alejado de su esposa e hijos. En cuanto a su relativa moralidad en materia de mujeres, nunca lo había ocultado un enamoradizo Edgar Neville, que también en este rasgo coincidía con su amigo Charles Chaplin. Habían cambiado, no obstante, los tiempos. Ante una comisión dispuesta a depurarle, convenía evitar estas cuestiones y recordar, por el contrario, los méritos contraídos con riesgo de su integridad física.

Edgar Neville llegó, por fin, a Londres el 6 de septiembre de 1936. Así consta en su expediente. Este dato se contradice con el de la incorporación del nuevo embajador, Pablo de Azcárate, el día siete. ¿Cómo pudo recibir la «tarjeta postal» si su subordinado ya estaba en Londres ocupando su destino? Es probable, pues, que en su informe Edgar Neville adelantara la fecha para evitar las suspicacias de la comisión. Ninguno de sus miembros la podría comprobar y le evitaba dar más explicaciones acerca de su prolongado viaje con destino a Londres.

Por entonces, también se incorporó el nuevo ministro, Julio Álvarez del Vayo. Tres días después de la supuesta llegada de Edgar Neville a Londres, se

[54] Edgar Neville ocultó este dato para dar una visión más sugestiva de los motivos que le llevaron a California. El nombramiento como secretario de Embajada con destino en Caracas es del 20 de febrero de 1929. El cese voluntario en la embajada de Washington fue aceptado el 11 de mayo del mismo año. En total, permaneció poco más de un año en la capital norteamericana. También ocultó que, tras su primer regreso desde Hollywood, pidió la vuelta al servicio activo. Se la

celebraría la primera reunión del comité internacional para la aplicación del Acuerdo relativo a la No-intervención en España. El londinense no era un destino cualquiera para un secretario de embajada de primera clase. Dos años después, Edgar Neville declararía, como ya hemos visto, que siguió órdenes del mismísimo General Mola, que en Burgos y a través de José Yanguas Messía había sabido de su disposición favorable a colaborar con los sublevados. Y, como sucediera con otros colegas, le había recomendado que se incorporara a su destino en Londres. El general no lo podía desmentir. Había muerto el 3 de junio de 1937. Franco no pestañeó cuando le comunicaron la noticia del supuesto accidente aéreo. El embajador alemán, Von Fampel, escribió por entonces: «El Generalísimo, sin duda, se siente aliviado por la muerte de Mola».También fue oportuna para el diplomático depurado.

Desde el primer día, y como indica en los informes remitidos a la comisión, Edgar Neville se dedicó a sabotear las actividades llevadas a cabo por la embajada republicana, pues estaba al servicio de «José Fernández Villaverde [Marqués de Pozo Rubio], Danís y el Marqués de Portago, que desde el Dorchester Hotel y en compañía de los señores [Juan de] la Cierva [Codorníu] y [Alfonso de] Olano se ocupaban de los asuntos nacionalistas». En el segundo informe añadirá el nombre de Julio López Oliván —el anterior embajador que, por haber dimitido tarde, a finales de agosto, todavía no gozaba de la máxima confianza— y la colaboración de Ángel Sanz Briz, hasta entonces compañero en las dependencias ministeriales de Madrid. ¿Llegaría a saber algo de sus posteriores actividades humanitarias en Budapest?

Edgar Neville esta vez no tuvo suerte, pues pocos meses después el representante oficioso de los sublevados ante el gobierno inglés sería Jacobo Stuart Fitz-James y Falcó, Duque de Alba. Su actuación fue decisiva. Así lo reconoce en sus memorias su contrincante directo, el embajador Pablo de Azcárate. En cualquier caso, hasta cierto punto extraña que a lo largo del proceso de depuración Edgar Neville no mencione, como posible aval, a una personalidad tan destacada y a la que ya se había dirigido —con resultados positivos, gracias a la intermediación de José Ortega y Gasset—, a la hora de recabar su

---

aceptaron, pero ante la perspectiva de salir destinado a Estocolmo, pidió de nuevo la excedencia

recomendación para presentarse en Hollywood. Tal vez pensara que la anglofilia del Duque, tan mal vista en algunos círculos, le pudiera perjudicar a su llegada a Salamanca. Tenía otras alternativas más cercanas y fiables. También es posible que recordara la «gélida» redacción de la carta que había dirigido a su amigo Douglas Fairbanks y ahora temiera que esa frialdad le resultara perjudicial.

Abundan los silencios, más o menos justificados, en las declaraciones firmadas de un diplomático que debía utilizar con cuidado sus argumentos para evitar la depuración. Un nuevo ejemplo es su supuesta relación con Pablo Picasso durante las primeras semanas de la guerra. Diez años después, en un artículo publicado en *ABC*, escribió que había procurado convencer al pintor para que se sumara a los sublevados:

> A Picasso fui a verle varias veces al principio de nuestra guerra, intenté explicarle sin estridencias cómo el Frente Popular había terminado en ser un compendio de grosería, crimen y pillaje. Picasso me escuchaba atentamente en silencio, con su ojo inteligente clavado en mí, y apenas discutía, pero al poco tiempo, los del lugar común marxista le hicieron declararse en su favor. ¿Por qué? Porque en aquel momento se llevaba más ser del Frente Popular. Era más comercial, y Picasso ya no era el genio de la época azul, cuyo regreso hemos estado esperando en vano la mayor parte de su vida, sino el industrial de los collages, y no quería comprometer su negocio poniéndose enfrente de una gran masa de opinión (29-VIII-48).

El resultado de sus gestiones ya lo sabemos, pero si Edgar Neville, en un artículo que termina alabando «la independencia y la pureza de Dalí», había ido demasiado lejos al pretender tener ascendiente en el autor del *Guernica*, en 1937 calla estas gestiones ante la comisión de depuración. No creo que por su resultado negativo, sino por la evidencia de la pregunta: ¿por qué era tan amigo de Picasso? Y lo era desde los tiempos de un París que también compartió con Louis Aragon y Alfonso Reyes, cuando vivía una «edad en que ya no se cree en el talento de los jesuitas ni en las glorias guerreras», como afirma el protagonista de *La mujer maravillosa*. Otras amistades célebres también desaparecerían de sus informes, muy calculados a la hora de citar nombres que le sirvieran como aval. En la España del franquismo, como pintor y amigo Edgar Neville prefería a Salvador Dalí, que en Barcelona le propuso organizar una singular corrida de

---

voluntaria (9-VI-1930) para volver a Estados Unidos.

toros con la intervención incluida de helicópteros. Luis Miguel Dominguín, presente en la reunión, se quedó perplejo. Su amigo lo resolvió a la catalana: «¿Quién paga?». Dalí no tenía, al respecto, nada previsto.

Según Edgar Neville, durante su estancia en Londres en el otoño de 1936 «fueron infinitos los informes y servicios prestados». La moderación no formaba parte de su personalidad, y menos a la hora de alegar méritos para obtener el perdón. En sus escritos de defensa subraya tres «asuntos» para demostrar su actitud favorable a los sublevados: «el de los pilotos ingleses», «el de los once aviones» y «el de la dinamita de Burdeos».

En cuanto al primero, la tarea consistía en boicotear «el reclutamiento de pilotos ingleses para el gobierno rojo». Mediante la difusión de noticias falsas y una campaña de prensa, Edgar Neville colaboró para conseguir que los familiares de los pilotos alistados, alarmados ante supuestas muertes o desapariciones, se presentaran en la Embajada con el fin de facilitar los nombres y su localización. Dicha información fue remitida a los sublevados. Nada dice al respecto el embajador en sus memorias. Tampoco explica su secretario cómo organizó, desde la propia legación, dicha campaña de prensa, cuyos responsables serían los agentes oficiosos de los nacionales en Londres. El trabajo de Edgar Neville se limitaría a pasarles la información sobre los familiares para identificar y localizar a los pilotos.

Fue un trabajo en parte innecesario, si de verdad se hizo, pues los datos también se podían conocer a través de otras fuentes de información. En un informe del War Office, fechado el 12 de septiembre, ya se indica que el gobierno republicano había conseguido reclutar cinco aviadores británicos: B. Griffin, E. Hillman, C. Kennett, C. Warson y P. Crawford. Los nombres de estos pilotos no constan en los documentados estudios de Jesús Salas Larrazábal sobre la aviación en la Guerra Civil, pero al parecer fueron los primeros de un total de treinta y dos que, mediante contrato o de manera voluntaria, se pusieron al servicio de la República. El historiador Enrique Moradiellos también da a conocer una nota italiana al Comité de No Intervención, fechada el 9 de octubre, en la que a la anterior lista se añaden los siguientes nombres: E. Martin, E. Griffiths, V. Doherty y K. Lindsay. Es probable que esta segunda relación de aviadores fuera

el fruto de la labor realizada por los diplomáticos españoles, adscritos a la Embajada, pero en realidad trabajando a las órdenes de los sublevados.

El segundo asunto indicado por Edgar Neville, el de los once aviones, también estaba relacionado con la compra de armas en el extranjero por parte de las autoridades republicanas. Se trataba de un objetivo complejo tras el pacto de no intervención firmado por el Reino Unido y la puesta en marcha del citado Comité, que coincidió con la llegada a Londres del secretario de la embajada. Antes de la firma de dicho pacto, el gobierno republicano había comprado once aviones Armstrong-Withworth Atlas. Intentaba hacerlos llegar a España gracias a los servicios de, entre otros, el propio Edgar Neville como sustituto del secretario de embajada encargado de estas cuestiones, Fernando Valdés e Ibargüen, conde de Torata, que en 1945 acabaría siendo condecorado por las autoridades nazis. En su informe a la comisión, este diplomático afirma que «Desde los primeros días estuve en contacto con los señores [Juan de la] Cierva y Santiago Muguiro dándoles cuenta de las noticias que circulaban por la Embajada estudiando la forma de contrarrestar las compras de aviones para el ejército rojo y la recluta de aviadores voluntarios ingleses». Ahora, una vez dimitido y trabajando en la oficiosa representación del Hotel Dorchester, contaría con la ayuda de su sustituto.

La labor de Edgar Neville, según su informe remitido a la comisión ministerial, fue eficaz en el sentido contrario a las probables órdenes recibidas desde Madrid, que no coincidirían con las que personalmente le daría Pablo de Azcárate. Mediante una tarea de espionaje relatada con notas de humor, facilitó información que contribuyó a que aquellos modestos aviones, propiedad de la República, permanecieran retenidos cerca de Londres. Algunas autoridades republicanas no se sorprenderían. Ignacio Hidalgo de Cisneros, en sus memorias, reconoce que no pusieron estas compras en las mejores manos:

> Por lo visto, entre los numerosos agentes que teníamos repartidos por todo el mundo para hacer las compras, abundaban los ineptos y los sinvergüenzas, que aprovechaban las especiales condiciones en que tenían que actuar para mandar artículos o materiales deficientes o para robar impunemente el dinero que querían (1977:263).

El problema era, en esta ocasión, más grave, pues en su origen no había un inepto o un sinvergüenza. El gobierno republicano, consciente de estar siendo boicoteado por su propia embajada en Londres, mandó al «comandante [Carlos] Pastor» a dicha capital en agosto de 1936. Su misión, al margen de los representantes diplomáticos de la República, era adquirir aeroplanos civiles y reclutar aviadores. El día 19 de dicho mes ya había comprado siete Armstrong-Withworth Atlas, un modelo pensado para la cooperación con el ejército y que podía llevar una ametralladora como única arma. Pretendía hacerlos llegar a España para equiparlos militarmente. No hay datos que confirmen la cifra de once que da Edgar Neville. Las fuentes británicas que he consultado hablan de doce. Lo importante es que el secretario de embajada se atribuye un boicot que, en realidad, supuso una tarea colectiva y hasta favorecida por el gobierno de Londres, nada dispuesto a colaborar con el de Madrid. El resultado fue que en 1939 aún estaban retenidos varios de esos aviones, como material de desguace, en el aeródromo de West Malling. Eran propiedad de una República derrotada.

Volvamos al informe de un Edgar Neville que todo lo veía en términos más sencillos y, al mismo tiempo, divertidos y hasta literarios:

> Averigüé que, de acuerdo con el director de Air-France, Monsieur Serre, gran colaborador del gobierno rojo, habían encontrado la manera de sacar los aviones. Consistía ésta en que una sociedad aeronáutica francesa, «La Federations [sic] des Sports» o algún nombre parecido, adquiriría esos aviones que, una vez en Francia, serían enviados a Barcelona sin dificultad. Informado [Juan de la] Cierva, me pidieron la reseña exacta de los números, distintivos y matrículas de los once aviones, condición precisa para impedir su salida. Renuncio a describir las artimañas que tuve que poner en juego para, primero, averiguar donde estaba esa reseña tan completa y, segundo, copiarla sin despertar sospechas... El caso es que a las tres de la madrugada, entrando como un ladrón en el despacho del Encargado de Negocios [de la Embajada], descubrí en su mesa la lista, y entre Sanz [Briz] y yo la copiamos en silencio y la hicimos llegar a tiempo al [Hotel] Dorchester [sede de la representación oficiosa de los sublevados].

La historia haría las delicias de Miguel Mihura y Enrique Jardiel Poncela, tan aficionados a las novelas policiacas. Y es verosímil, pero nos queda una duda: ¿Por qué Ángel Sanz Briz no dice nada al respecto? ¿Por qué, cuando temía ser castigado por las autoridades de Burgos, no alega este mérito mucho más destacado que los indicados en sus informes? Cualquier posible respuesta

sería una hipótesis, pero está claro que el Conde de Berlanga no había previsto la posibilidad de que la comisión cotejara los informes de los depurados. Imaginaba a sus miembros rigurosos en la observación de los trámites burocráticos, sin que a esta actitud se añadiera una meticulosa tarea de comprobaciones que les habría llevado mucho tiempo. Acertó, aunque también es verdad que la resolución en el caso de Edgar Neville se tomó a partir de circunstancias probadas de acuerdo con lo establecido en los decretos-leyes. Las imaginadas por el interesado fueron, a efectos prácticos, un ejercicio literario. Eso sí, eficaz como cualquier texto autobiográfico para delimitar una identidad, que estaría algo desdibujada para el propio autor en aquellos tiempos de cambios donde no siempre era fácil reconocerse.

Edgar Neville, según su informe, volvió a engañar a las autoridades republicanas en relación con la dinamita depositada en un polvorín de Burdeos. Pidió a la Embajada autorización para hacerse cargo de su compra y traslado a la zona fiel a la República. Conseguida la misma, se presentó en la Chemical House y... «Exactamente, diez minutos después salía de allí totalmente derrotado; había planteado el asunto de tal modo que no sólo había sido negado el trato sino que se tomaron medidas para que nadie pudiera efectuarlo». ¿Qué pensaría Pablo de Azcárate? ¿De verdad consiguió la autorización, a pesar de ser sospechoso desde el primer día?

Estas actividades de boicot, al margen de los detalles con que se envanece quien se presenta ante una comisión depuradora, fueron confirmadas por el diplomático José Fernández Villaverde, a cuyas órdenes estaba en la delegación oficiosa del Hotel Dorchester. En carta remitida a Francisco Serrat el 21 de noviembre de 1936, afirma:

> En contestación a su carta confidencial de fecha de 3 del corriente, por la que me pedía le informase sobre los funcionarios de la Carrera Diplomática que conservando sus cargos han prestado servicios a la Causa Nacional en este país, tengo el gusto de poner en su conocimiento que el señor Neville, Secretario de la Embajada roja en Londres, desde el día que llegó a principios de septiembre último, hasta que cesó a mediados de octubre siguiente, por haber sido llamado a Madrid, proporcionó con regularidad datos sobre lo que ocurría en la Misión roja y acerca de las gestiones que en la misma se llevaban a cabo. Al marcharse de aquí dijo que desde luego no pensaba de ningún modo regresar a Madrid.

Ángel Sanz Briz confirma que las actividades de boicot llevadas a cabo por Edgar Neville en la Embajada se prolongarían hasta mediados de octubre. En carta a un amigo, fechada en Londres el veintitrés de dicho mes y depositada en su expediente personal, le cuenta que «Por aquí hemos sufrido un pequeño descalabro. A Edgar le han destinado a Madrid y a mi me han enviado al Consulado. Por lo visto han tenido algún soplo de nuestras actividades». El «soplo» en cuestión sería una confirmación de lo que ya intuía Pablo de Azcárate desde el principio.

Tanto boicoteo en lo relacionado con la compra de armas no debió pasar desapercibido a las autoridades republicanas, aunque el silencio de Pablo de Azcárate en sus memorias nos haga dudar de la veracidad de lo relatado por su «Secretario de primera clase». Éste dice, en uno de los informes remitidos a la comisión de depuración, haber sorprendido una conversación telefónica en la que el ministro de Estado prevenía a la Embajada contra él. ¿Cómo la pudo escuchar? ¿Confundió la realidad con las prerrogativas del autor omnisciente? En cualquier caso, apenas un mes después de su llegada a Londres, el 7 de octubre de 1936 el embajador recibe una notificación del por entonces ministro de Estado, el socialista Julio Álvarez del Vayo, por la que se le anuncia que Edgar Neville es destinado de nuevo a Madrid para ocupar el puesto del cesado Fernando Ramírez de Villaurrutia y Camacho, marqués de Villa Urrutia. También se le informa de que vuelve a ser Secretario de segunda clase, rebajándole el sueldo asignado durante su estancia en Londres.

El marqués de Villa Urrutia había presentado su dimisión al entonces embajador en Lisboa, Claudio Sánchez Albornoz, el 6 de agosto de 1936. Desde el 15 de junio estaba destinado en el Ministerio, pero nunca se incorporó a su puesto. El 4 de julio había pedido una prórroga de quince días. Se la concedieron y, una vez finalizada, decidió que era mejor quedarse en Portugal. Según su expediente personal, el 7 de agosto «se adhirió al Movimiento ante la Representación Nacionalista en Lisboa, donde quedó afecto» y prestó diversos servicios a la Junta de Defensa. Este Secretario de primera clase fue cesado y separado de la carrera diplomática por las autoridades republicanas (18-VIII-36).

Medida inútil ante una realidad tan evidente: ni el cesado ni su sustituto pensaban pasarse por el Ministerio.

Ninguna de estas circunstancias, ni otras similares, aparecerían en los libros de memorias de un ministro que conocía bien y desde hacía más de una década a quien, en uno de los informes, le llamó «cursi». Julio Álvarez del Vayo tuvo claroscuros en su actividad política, pero sólo al Conde de Berlanga del Duero o al Conde de Foxá se les podía ocurrir este calificativo para definirle. Era su preferido a la hora de enfrentarse a todo aquello que les disgustaba. Cuando eran más jóvenes por su convencionalismo, ahora por el peligro que representaba para su privilegiada situación social.

Treinta años después, Edgar Neville daría la siguiente versión de los hechos a Marino Gómez-Santos:

> Me fui en un rápido viaje a París, desde donde [Marcel] Achard le envió un falso contrato de cine a Conchita, para que ésta se escapara también. Para entonces, Álvarez del Vayo, ya ministro de Asuntos Exteriores, me tendió una trampa para fusilarme y me llamó a Madrid, pero yo le había sorprendido una conversación por teléfono y no piqué, y dejé al cretino sin darse ese gusto. Además, en aquella Embajada «roja» no había más que un rojo de verdad, un tal Plaza, de Murcia (1969:358).

¿Hizo un rápido viaje a París, mientras estaba destinado en Londres? No era, desde luego, la mejor manera de pasar desapercibido en su actividad de boicoteo. ¿De dónde debía escapar Conchita Montes, de Londres o Madrid? La estancia en la capital francesa, en compañía de Marcel Achard y otros amigos que ayudaron a la pareja, es posterior a la comunicación de su frustrado traslado al Ministerio, no anterior como se deduce de la citada declaración. Las fechas juegan malas pasadas a la memoria.

En cuanto al «tal Plaza, de Murcia», se trata de José Luis Plaza Alemán. También Ángel Sanz Briz evidencia poca simpatía por «semejante canalla», «completamente rojo» y que «tiene alma de criminal y es un miserable». Ignoro los problemas personales que pudieron surgir entre ellos, pero supongo que la razón fundamental de estos calificativos es la fidelidad de José Luis Plaza Alemán a su embajador, Pablo de Azcárate, que confió en él y habría preferido su ascenso en vez de recibir a los secretarios enviados desde Madrid. No resulta difícil imaginar los consiguientes enfrentamientos y que el «tal Plaza» fuera el

más interesado en descubrir las actividades de boicoteo llevadas a cabo por sus colegas. No obstante, Edgar Neville comete un nuevo error de apreciación: no fue el único «rojo de verdad» en aquella Embajada. Al menos así lo decidió la comisión a la que se dirigía, que acabó separando de la carrera diplomática a José Luis Plaza Alemán[55] junto con Vicente Álvarez Buylla, Daniel Fernández Shaw y Roger Fuentes Bustillo, todos ellos destinados en Londres.

En cualquier caso, ni en la notificación de cese depositada en el expediente de Edgar Neville ni en otros documentos relacionados con este nuevo episodio se indican las razones. Sólo se hace constar la cesantía de un funcionario en el Ministerio, el citado Fernando Ramírez de Villaurrutia y Camacho, como motivo administrativo. Tampoco parece excesivo el espíritu sancionador, pues se le pagó un mes por adelantado y el viático para presentarse en Madrid. No en balde, el periodista, traductor y diplomático Julio Álvarez del Vayo, tan satirizado por Tono y Mihura en *María de la Oz* (1939), era conocido de Edgar Neville desde los tiempos del cine-club de *La Gaceta Literaria.* Una vez descubierto el comportamiento favorable a los sublevados, nada parece indicar que tuviera demasiado interés en fusilarle, a pesar de su merecida fama de radical, «comunista encubierto» y aburrido ante las discusiones sobre las penas de muerte que se daban en los consejos de ministros. Su comportamiento en el caso José Robles, narrado por Ignacio Martínez de Pisón en *Enterrar a los muertos* (2005), justifica en parte los temores de un Edgar Neville que echaría de menos al comprensivo Augusto Barcia, el anterior ministro, que nunca aparece citado. ¿Por agradecimiento? Las memorias de Julio Álvarez del Vayo, sin embargo, nos revelan un sujeto cuyo radicalismo permaneció alejado de la violencia. También evidencian una patética desorientación con respecto a la evolución de la España franquista. Prefirió dejar por escrito testimonios sobre temas de mayor alcance, ajenos a las frecuentes traiciones que sufrió al frente del cuerpo diplomático mientras cometía errores nunca asumidos.

Los datos conocidos hasta el presente parecen indicar que el Ministerio de Estado había encargado una misión concreta a Edgar Neville: colaborar en la

[55] Fue jubilado, después de una amnistía, con efectos del 22 de abril de 1973. Se trata de uno de los casos más graves de la depuración franquista, pues para entonces otros compañeros ya se habían reintegrado.

compra de armas en el extranjero. No porque se confiara en su fidelidad o capacidad, sino porque era una de las competencias desatendidas con calculada negligencia por el diplomático al que sustituía en la Embajada. La evidencia es que dicha labor se transformó en un boicoteo, del cual era puntualmente informada la Junta de Burgos. En cualquier caso, dudo que la misión encomendada al cineasta fuera decisiva y, sobre todo, que Pablo de Azcárate confiara en él. En sus memorias recalca el propósito de formar un nuevo equipo reducido y de absoluta confianza. Cita a todos y cada uno de sus integrantes, algunos nombrados a petición suya. Nunca aparece el nombre de Edgar Neville, del cual tal vez preferiría no hablar.

Habría resultado lógico que, tras ser descubierto, Edgar Neville hubiera hecho valer sus méritos ante los representantes de la Junta en Londres. Desde septiembre de 1936, funcionaba en la capital británica una oficina que realizaría hasta el final de la guerra importantes tareas de propaganda a favor de los sublevados. ¿Intentó colaborar en las mismas? Nada se dice al respecto en la documentación consultada. Tampoco sabemos qué hizo en Londres durante los días posteriores a la llamada del Ministerio de Estado. De haber optado por colaborar con dicha oficina, habría tenido trabajo de sobra y estaba capacitado para realizarlo. Tal vez lo intentara y, ante la negativa, se callara porque este dato podía influir en los miembros de la comisión de depuración. Tal vez desechó esta posibilidad porque no eran tantos los méritos acumulados. También cabe imaginar que no fuera bien recibido dados sus antecedentes y, tras tantear el ambiente, decidiera marcharse a París en busca de apoyos. No obstante, me inclino por pensar que la razón decisiva fuera la inutilidad de estas tareas para su objetivo: volver a España y obtener el beneplácito de las autoridades de la zona nacional. Conseguirlo implicaba algo más peligroso que elaborar dossiers de prensa o divulgar noticias favorables a los sublevados.

Conchita Montes y Edgar Neville permanecen en Londres, al menos, una semana más tras haber recibido la orden de traslado. El 15 de octubre, el diplomático rebelde manda una carta a Francisco de Asís Serrat y Bonastre, «Embajador de España», que se encontraba en Burgos. No conocía bien la nomenclatura de los sublevados, a pesar de sus supuestos contactos. El

destinatario en realidad era el Secretario de Relaciones Exteriores de la Junta Técnica del Estado. Edgar Neville le explica su «destitución» —nunca habla de «traslado»— y que incluso se le ha llamado «a Madrid con el piadoso propósito que es de suponer». Considera que sus trabajos informativos en Londres dejan de tener valor al salir de la Embajada y le ruega que, como «jefe», le instruya sobre lo que debe hacer. No obstante, le indica también que desearía obtener un salvoconducto que le permitiera volver a España «para prestar el servicio que usted me indicase o para tomar una parte directa en las operaciones militares». No dice nada acerca de Conchita Montes.

La respuesta de Francisco de Asís Serrat y Bonastre, fechada en Burgos el 21 de octubre, no puede ser más lacónica y fría, incluso preocupante para el futuro del solicitante:

> Nada puedo decirle ni menos aconsejarle en cuanto al partido que deba Vd. tomar; por lo tanto, no me es posible adoptar resoluciones en relación con el movimiento del personal. Por tanto, mientras las cosas no se normalizan, queda Vd. en completa libertad de acción.

¿Era la tónica habitual con quienes habían colaborado arriesgando su integridad? Cuesta creerlo. Parece más bien la frialdad con que se recelaba de aquellos que mantuvieron relaciones con las autoridades republicanas tras el 18 de julio. Resulta verosímil, además, pensar que los méritos contraídos ante el bando sublevado no fueron tantos. Y, sobre todo, que se desconfiaba de un sujeto con antecedentes republicanos, a pesar de su nueva actitud. ¿Política...? Debía superar diferentes pruebas para ser perdonado.

Edgar Neville tuvo, no obstante, la fortuna de que Francisco de Asís Serrat y Bonastre fuera cesado el 22 de abril de 1937 por desavenencias que acabarían llevándole a la separación de la carrera diplomática en 1940, tras protagonizar episodios pendientes de aclaración. Su sustituto fue Miguel Ángel Muguiro y Muguiro, uno de los amigos del Conde de Berlanga en el Ministerio. ¿Es casual que por esas mismas fechas obtuviera el ansiado salvoconducto, coincidiendo también con la presencia de Agustín de Foxá en Salamanca?

Las comunicaciones entre la Embajada en Londres y el Ministerio de Estado no debían ser rápidas. La orden número 570, por la que se trasladaba a Edgar Neville, es del 7 de octubre de 1936, la comunicación del embajador

notificando que se ha hecho efectiva está fechada el 10 de noviembre y su registro de entrada en el Ministerio es del 14 de diciembre. Apenas quince días después, y ante la evidencia de que Edgar Neville no se había presentado en Madrid, fue separado definitivamente del Ministerio de Estado mediante un decreto publicado en *La Gaceta de la República* del 17 de enero de 1937. Recogía un acuerdo adoptado en el Consejo de Ministros celebrado en Barcelona el 31 de diciembre de 1936. El mismo también incluía a Agustín de Foxá, acusado de «insidia y deslealtad». Y una larga lista de diplomáticos, separados de la carrera de conformidad con lo previsto en el Decreto de 21 de agosto de 1936, un inútil y hasta desesperado intento de las autoridades republicanas de cortar la sangría de deserciones en una carrera diplomática tan proclive a los sublevados.

Era la ruptura definitiva de Edgar Neville y Agustín de Foxá con la España republicana, con un pasado inmediato que tenía rostros y nombres que ya no volverían a encontrar. Tal vez conocieron la noticia mientras estaban en París. El segundo de ellos haciendo todo lo posible para no reincorporarse a una poco sugestiva Bucarest, donde le aguardaba un destino que pronto cambió por puestos más interesantes, e incluso pomposos, dentro del organigrama falangista. Mientras tanto, su amigo permanecería en la capital francesa haciendo numerosas gestiones a la espera de un salvoconducto que tardaría en llegar. No resultaba fácil convencer a las autoridades de Burgos y Salamanca. Su pasado era un lastre del que convenía desprenderse mediante una consciente manipulación de la memoria personal, enfrentada a veces a la de quienes le recordaban triunfante y feliz durante la etapa republicana.

V. En París con *Don Pedro Hambre* y otros amigos

Los responsables de la actividad diplomática del bando sublevado decidieron indagar acerca del comportamiento de Edgar Neville en Londres, a pesar de que se supone que desde el 3 de septiembre sabían de su adhesión. En su expediente personal se conserva el informe confidencial redactado el 21 de noviembre de 1936 por José Fernández Villaverde, al que consideraba como su «eslabón» u hombre de contacto en la citada carta a Francisco Serrat. El ya también citado informe confirma que, desde su llegada, «proporcionó con regularidad datos sobre lo que ocurría en la Misión roja y acerca de las gestiones que en la misma se llevaban a cabo». La autoridad competente de la Junta Técnica del Estado debería tener, pues, la seguridad de su adhesión al «patriótico movimiento Nacional», pero no le concedió el salvoconducto. Poco después, iniciaría un expediente de depuración. Era lo habitual en estos casos, de acuerdo con una actitud recelosa ante quienes habían permanecido algún tiempo en el bando republicano. Podían estar contagiados y debían superar una rigurosa cuarentena que, sólo a efectos burocráticos, se extendió con carácter universal a los miembros de la Carrera Diplomática.

Edgar Neville siempre sospechó que algunos colegas no le querían volver a tener cerca: «...no todos son amigos y es mejor que espere algún tiempo», así concluye una carta que lee Rodríguez —un desdichado personaje de *Don Pedro Hambre*—en París. Tal vez la misma que recibiría su creador. El remitente pudo haber sido José Ignacio Escobar, marqués de las Marismas del Guadalquivir, editor de sus primeras crónicas, productor de *Falso noticiario* (1933), compañero de deliciosos veraneos en la Costa Azul durante la etapa republicana y futuro censor cinematográfico. «He recibido carta de Edgar desde Biarritz. Fíjate si será insensato, que pretende venir a Salamanca. Le he contestado inmediatamente, para aconsejarle que no cometa locuras. Si llegara a venir, lo más probable es que le fusilasen sobre la marcha», así se lo comentó el citado marqués al monárquico Eugenio Vegas Latapié, que lo recoge en sus memorias.

Había que esperar en Biarritz. Durante aquellos meses, estaba invadido por «tenderos de París y mecanógrafas», como explica con aristocrática añoranza Wenceslao Fernández Flórez en *Una isla en el mar rojo*. Tal vez Edgar

Neville también lamentara esta invasión, tan «cursi» y frentepopulista. Sin caer en la triste melancolía de Rodríguez, que se quedó en la frontera observando la bandera española como lo había hecho diez años antes Miguel de Unamuno. La diferencia es que no era un exiliado, sino un olvidado al que no le llegaba el salvoconducto. Así se habría sentido su autor.

Edgar Neville tampoco se deslizó por la senda de la progresiva resignación. Esta actitud era propia de quienes se sabían derrotados sin el consuelo de un bando al que sumarse, como Ramón Pérez de Ayala: «Mi alma se halla en un estado de melancolía, que se parece a la tristeza, como la niebla a la lluvia». Escribe estas palabras en Argentina. A él, antiguo embajador de la República en Londres, también le habían dicho que era demasiado pronto para regresar a su país. En carta a Gregorio Marañón, fechada el 28 de diciembre de 1937, afirma: «Cuando se ha tratado de volver a España nos han dicho (al menos a mí) que era prematuro, o acaso imprudente». En ese plural se podía incluir Edgar Neville. No obstante, alternando su estancia en París con visitas a una Biarritz que conocía desde su adolescencia, adoptó otra actitud. Era joven, tenía mucho futuro por delante y decidió ser más resolutivo: debía preparar su defensa y, sobre todo, recabar avales de personalidades adscritas al bando sublevado.

A Edgar Neville tampoco le convenía alardear de que estaba pasando la guerra en sitios tan evocadores como Biarritz. Errores similares fueron pagados por sus colegas, incluso por los más proclives a los sublevados con una «actuación altamente patriótica». Lo hemos comprobado en algunos expedientes de depuración donde hay votos particulares y «sanciones morales» para quienes buscaron agradables refugios en localidades francesas de la costa o los Alpes, mientras esperaban el desenlace de lo que sucedía al otro lado de la frontera. Aparte de mostrar la adhesión, había que dar la cara y volver lo más rápido posible. Esta obligación pronto quedaría plasmada en leyes con carácter retroactivo. Debía, pues, permanecer atento y preparado para afrontar cualquier eventualidad. El objetivo no era sobrevivir, sino conservar su puesto.

Tras haber separado a sesenta y dos funcionarios por su lealtad a la República, apenas un diez por ciento del total, el 11 de enero de 1937 el bando sublevado aprueba un Decreto-Ley reorganizando la carrera diplomática con una

lista de admitidos (BOE, nº 89, 17-I-37). Edgar Neville no aparece en la misma. Encontramos, sin embargo, el nombre de un Agustín de Foxá que lo comenta con orgullo en una carta dirigida a su familia. Su trayectoria durante aquellos meses también fue la de un traidor a la República, en la lejana sede diplomática de Bucarest. Desde la misma engañó al ministro Julio Álvarez del Vayo y desvió 124.280 francos a las arcas de los sublevados. Se lo contaría en París a su amigo, mientras hacía todo lo posible para no volver a la inhóspita capital rumana, a pesar de que fue reclamado por su superior en la legación de los sublevados. Le esperaban destinos más sugestivos en Salamanca, Portugal —fue nombrado Inspector del Servicio Exterior de F.E.T. y de las JONS, un cargo concebido para que se reuniera con su familia— e Italia, donde volvería a encontrar al Conde de Berlanga del Duero y otros amigos que gozaban de la protección del gobierno fascista.

A partir de enero de 1937 y hasta el 19 de agosto, en cuyo boletín figurará Edgar Neville como «disponible» por sanción, tiene lugar un proceso de depuración regulado por el citado decreto-ley y que, posteriormente, incluiría recursos hasta obtener la readmisión definitiva. No fue la aventura más divertida de la guerra y, desde luego, no sería recordada en veladas como la de aquella noche de 1964 con César González-Ruano. Ambos conocían los límites de su libertad de movimientos y no compartían la osadía del por entonces ya fallecido Agustín de Foxá, tan cínico como temible hasta el punto de llamar la atención del mismísimo Curzio Malaparte. Por eso se quedaron en Madrid, mientras que su amigo arrastró obesidad y melancolía por distintas y alejadas embajadas.

Edgar Neville, tras su salida de Londres, fijó su residencia en París, donde tenía familiares. Contó también con la ayuda de su buen amigo Marcel Achard. Ambos habían nacido en 1899 y sus trayectorias muestran un estrecho paralelismo que les llevó a colaborar en diferentes proyectos teatrales y cinematográficos. De hecho, al defensor de «la comedia de la felicidad» le habría gustado ser, en París, «un maître du théâtre qu'on appelle de boulevard». Como su colega, que había conocido en Hollywood. Preparaba la versión española de una película basada en una comedia de Marcel Achard. El actor protagonista iba a ser Maurice Chevalier. No se rodó, pero mantuvo la amistad con quien sabía

recrear el tema del amor en un tono de ligereza y elegante frivolidad, tal y como gustaba al autor de *El baile* (1952). Años después, ya en España, tendría ocasión de agradecerle su ayuda y hasta de organizar un banquete de homenaje, al que asistieron los más destacados miembros de su generación teatral. Edgar Neville también tradujo y estrenó algunas de sus comedias[56]. Fiel a su estilo de vida, viajó a Zamora junto a Conchita Montes en un fastuoso Cadillac descapotable —lo había importado gracias a sus influencias como diplomático—, para acudir al estreno de una de ellas. Sorprendió a los zamoranos de los años cincuenta; tanto como a la compañía Ozores-Puchol, que hacía la enésima gira por provincias en los trenes de la época. Y en tercera, como recuerda un Mariano Ozores capaz de imaginar, en compañía de Miguel Gila, escenas codornicescas para recibir a tan distinguida y divertida pareja.

Era la imagen de un triunfador, que por entonces cultivaba «la comedia de la felicidad» para celebrar el amor y la amistad con un sentido hedonista y confesaba su «propensión a la gran vida», pero que a principios de 1937 esperaba un salvoconducto. Permaneció activo y confiado, sin caer en la tristeza de Don Pedro Hambre, aquel pacífico propietario de un pueblecito de Murcia[57] que se alimentaba de las palomas que encontraba en los parques de París. Las mamás alababan su bondad con las aves, misteriosamente desaparecidas bajo un raído gabán. La ironía y el humor siempre limitan el posible componente melodramático. Y, por supuesto, la melancolía y el lirismo sólo eran para sus personajes. Edgar Neville sabía que debía jugar otras bazas para ser admitido en la España de los sublevados: «Durante todo este tiempo fui un propagandista volante, incansable y cuyo mayor deleite era perorar en tertulias de gentes poco convencidas a nuestra Causa y aun de personas hostiles a ellas», declara en uno de sus informes. Lo importante, no obstante, era que lo supieran quienes podían avalarle. Decidió mandarles lo que impresionó profundamente a Eugenio Montes: la «confesion d'un énfant du siècle», la prueba de un arrepentimiento que incluía

[56] Esta actividad le permitió cosechar éxitos como el de *Juan de la luna*, estrenada por Conchita Montes y Rafael Alonso en el Teatro Goya, en 1960, y *La idiota*, estrenada un año después en el Reina Victoria por Analía Gadé y José Mª Rodero.

[57] A Don Pedro —«caballero de barba tan respetable que parece el propio Conde de Orgaz resucitado»— «al comenzar la revolución le buscaron para asesinarle por ser propietario y, sobre todo, por tener barba». (*Don Pedro Hambre*).

la voluntad de afiliarse a Falange, aunque permaneciera alejado del «solar patrio».

Edgar Neville viajó por Bélgica, donde también tenía familiares bien situados económicamente y dispuestos a ayudarle. Nada de esto se indica en sus declaraciones. Subraya, sin embargo, que, con carácter inmediato, se puso a las órdenes de José Mª Quiñones, ahora sí, y estableció contacto con otros simpatizantes de los sublevados. En cuanto al viaje por Bélgica, lo justifica alegando haber sido invitado a pronunciar conferencias en «las reuniones de Action et Civilization, cuyo producto se destinaba a la adquisición de ambulancias para el Ejército Nacional». No he encontrado documentos o referencias que prueben esta ayuda. También consiguió que se publicara una entrevista en *Le Pays Réel,* de Bruselas. En la misma, según explica a los miembros de la comisión, relataba «los horrores cometidos en la zona roja contrastando con el maravilloso despertar de la nueva España»[58].

En el informe, Edgar Neville obvia cualquier referencia a sus iniciativas para buscarse un sustento y continuar, en la medida de lo posible, su trayectoria. Tal vez con la perspectiva de que la espera se demorara y hasta se convirtiera en la antesala de una negativa. Nada dice de los «guiones» a partir de novelas inglesas en los que estaba trabajando, gracias a los contactos facilitados por Marcel Achard. Este dato lo revelaría muchos años después en la entrevista de Marino Gómez-Santos. Tampoco hay alusiones a los numerosos españoles que se encontraban en París a la espera de un salvoconducto —«ese misterioso y codiciado papel parecía ser la aspiración máxima de los contertulios»— que les permitiera entrar en la zona nacional. En realidad, no había un ambiente de camaradería como intenta, con obvia voluntad propagandística y autojustificativa, presentar en *Don Pedro Hambre*. Todos desconfiaban y nunca se sabía con certeza si convenía citar determinados nombres. Los de sus amigos José Ortega y Gasset y Pablo Picasso estaban en la lista de los innombrables. Tampoco dedica una sola línea de su informe a otros compatriotas que, por diversas

[58] Al parecer, Edgar Neville tenía mucho interés por demostrar a los franceses la irresponsabilidad de su conducta condescendiente con respecto a las fuerzas izquierdistas. Véase su artículo «Pequeñas hipótesis sobre Francia», *El Diario Vasco*, 3-XII-1938, donde demuestra un seguimiento de la política francesa basado en su estancia a la espera del salvoconducto.

razones, ansiaban la paz para volver. Francisco Ayala, que por aquellas fechas estuvo en la capital francesa, nos recuerda que en la misma

> Se hallaban estacionados multitud de españoles pertenecientes al mundo intelectual que, sin querer ni poder adscribirse a la España nacional, temían permanecer en la zona republicana, donde la vida no era ciertamente demasiado cómoda (1988:217).

No disponemos de datos acerca de posibles entrevistas en París de Edgar Neville con figuras destacadas como Azorín o Pío Baroja, en cuya casa de Madrid tantas veces había estado durante la etapa de El Mirlo Blanco (1926-1927). Volvería a visitarla ya en la posguerra, cuando conoció a Camilo José Cela. Tampoco sabemos de entrevistas con otros escritores que formaban, según el autor vasco, «un grupo de gente tímida y asustadiza. Todos viven escondidos, sin tratarse entre ellos, sin atreverse a hablar, espantados de la tormenta que se les ha echado encima» (*Ayer y hoy. Memorias*). No creo que los citados autores del 98 congeniaran con Edgar Neville, a pesar de la simpatía que le pudiera despertar un tipo tan singular como Pío Baroja. Y no sólo por obvias cuestiones generacionales o literarias, que habrían quedado en un segundo plano de no haber existido un abismo entre sus actitudes y caracteres.

Azorín llegó a París «desnortado, absorto, entregado al destino», pero escribió tres volúmenes —*Pensando en España, Españoles en París* y *París*— donde ni una sola vez se habla de la guerra y sus bandos. Sus personajes se dedican a la lectura, la meditación y las visitas al Louvre, recreando el impertubable mundo de un autor que había renunciado al presente. Mientras escribía bienintencionadas e ingenuas cartas al General Franco, su prosa mantiene un ritmo ajeno a las premuras y la pasión de un propagandista como era por entonces Edgar Neville. El autor de *La voluntad* (1902) pensaba en Baltasar Gracián y Miguel de Cervantes, les imaginaba en el París de 1937 deambulando por «un tiempo dormido», ajenos a una realidad histórica que todavía no estaba escrita en libros de cincelada prosa como los que gustaba de tener entre las manos el maestro levantino. Su joven colega nunca se llevó bien con los clásicos, ni siquiera los redivivos. Tenía otras urgencias más tangibles. Eran dos talantes sin posible contacto, que vieron de forma radicalmente distinta una capital francesa donde la presencia de los españoles que huían de la guerra

era notable. No todos estaban dispuestos a hablar, algunos decidieron callar en tiempos de mudanza y la discreción era una cualidad recomendable.

Sin embargo, cabe pensar que el irrenunciable culto a la amistad de Edgar Neville le llevara a conocer tertulias de españoles desplazados. Los había dudosos, temerosos y hasta escépticos. No le importó que algunos fueran admirados amigos, pues su objetivo no admitía vacilaciones. El ambiente de esos expatriados quedó idealizado, con la citada mezcla de intenciones propagandísticas y reivindicación personal, en su relato *Don Pedro Hambre.* Fue publicado en la revista falangista *Vértice* (nº 5 septiembre-octubre, 1937), tras una vuelta a España que no supuso la pérdida de contacto con algunas de las personas que había dejado al otro lado de la frontera. Un contacto discreto y epistolar, claro está, que convenía ocultar a la comisión que le estaba sometiendo a un proceso de depuración.

Fueron muchos los olvidos y los silencios mantenidos durante largos años. Edgar Neville tampoco recordaría con agrado su encuentro en París con Max Aub, antiguo amigo que por entonces colaboraba con la Embajada en Francia bajo las órdenes del tornadizo Luis Araquistáin, cuñado de Julio Álvarez del Vayo. Su personaje, Don Pedro Hambre, nos puede dar una clara pista al respecto cuando evita la avenida Georges V, «en donde, a veces, se encuentra a toda clase de rojos, ladrones y malhechores de mayor o menor talla más o menos adscritos a la Embajada y con las misiones más extraordinarias que cabe en la imaginación, y que les valieron para escapar de España». Desconozco en qué categoría de los «rojos, ladrones y malhechores» englobaría a su colega, pero fue una situación tensa. La recordaría mucho después un exiliado que, en *La gallina ciega*, le califica como «fascista de buen tono»:

> Le encontré por última vez en París, a principios de 1937, en un bar muy inglés, de los pocos que había entonces, en los bulevares; tan señorito.
> - Hola.
> - Hola.
> - ¿Qué haces aquí?
>
> Lo tenía por republicano, habiendo tomado parte en las últimas intentonas contra la monarquía.
> - Ya ves: bebiendo. ¿Y tú?
> - En la Embajada.
> - ¿Cuándo os cansaréis de hacer el idiota?

> Aún no le he contestado. Murió —a mi pesar— sin que pudiera hacerlo, tan fachendoso. Habría lutos, discursos, artículos. No le servirán de nada. No era tonto sino aprovechado. Traidor y ladrón: listo, ahora para el arrastre. Antes de la guerra éramos, más o menos, amigos. Él, tan grandote, importante; con coche, republicano. ¿Quién se acuerda de eso? Yo, con tristeza, porque me hubiese gustado que todos mis amigos fueran personas decentes. Y él se fugaba de la embajada de Londres con las claves republicanas para demostrar su adhesión al gobierno de Burgos.

Ignoro a qué se refiere Max Aub cuando habla de las «claves»[59], tal vez una información procedente de la sección de Cifra a la que estaba adscrito Edgar Neville. Lo sustancial, no obstante, es lo tenso de la situación, propia de una ruptura vista como una traición por parte de muchos de sus antiguos amigos. Ya no les volvería a encontrar. Acabarían muertos como Federico García Lorca o exiliados como Max Aub, para quien quedaría lejos el recuerdo de aquella cena compartida por los tres el 22 de octubre de 1927, con motivo del éxito de *Mariana Pineda*. Eran otros tiempos, cuando mantenían actitudes coincidentes «entre el dilema de la España que considerábamos negra y reaccionaria y la España alegre, liberal y faldicorta», al que hace referencia Edgar Neville en el adiós a otro amigo perdido en la lejanía, Manuel Altolaguirre.

Sorprende reencontrar este texto de Max Aub, con ligeras modificaciones, en *Cuerpos presentes,* una recopilación de retratos literarios que dejó sin publicar en vida. Aunque elimina adjetivos como «traidor y ladrón», Edgar Neville reaparece en el papel negativo de quienes traicionaron a la República, con todo lo que esta circunstancia significa para un autor como Max Aub. Tal vez podría haber concretado algo más. Él estaba, a principios de 1937, trabajando a las órdenes de Luis Araquistain en la embajada de París. Su hasta entonces amigo también permanecía en la misma ciudad, pero en el bando opuesto. Uno preparaba el Pabellón Español en la Exposición Universal. El otro se entrevistó con Picasso para pedirle que colaborara con los sublevados..., y acababa de ser separado de la carrera diplomática. La tensión era lógica. Max Aub, poco dado a

[59] Max Aub, con errores que evidencian escasa información, vuelve a referirse a las mismas en su conversación con Luis Buñuel, que le cuenta un episodio similar con Edgar Neville en el París de 1937: «Me lo llevé a tomar una copa en un bar inglés que había [por el bulevar de la Madeleine], un bar como de club: maderas, caballos... Un pub. '¿Tú por aquí? —le pregunté—. ¿Qué haces?' 'Voy a Burgos'. Me quedé de piedra. Fíjate que hacía tiempo que no le había visto, años tal vez,

la clemencia en estos casos, no lo olvidó. Tampoco lo incorporó a uno de sus «campos», donde tal vez la trayectoria que analizamos habría supuesto un contraste con tantos personajes dubitativos y desnortados, arrastrados por la guerra y sin voluntad. Su hasta entonces amigo la tenía, aunque en un sentido contrario al defendido por Max Aub.

Edgar Neville obvia en su defensa ante la comisión de depuración algunas iniciativas más propias de las noches de París que de la lógica política. Agustín de Foxá, más locuaz por tener menos culpas que expurgar, en su diario habla de un encuentro con su amigo. Tuvo lugar el 12 de noviembre de 1936: «Edgar me telefonea y voy a un restaurante entre la *rue* Bonaparte y la *rue* Jacob. Escritores mejicanos y franceses. Salgo. Bajo la lluvia, cerca de una fuente con cuatro matronas de bronce, proyectamos el rapto de Araquistain». ¿De verdad pretendían raptar al embajador? Esa misma noche acabaron en el Tabarin: «Gran espectáculo. Mujeres desnudas, de senos erectos [...] Faroles encendidos y ardientes caderas». Aquellas excitantes imágenes diluyeron una pretensión tal vez más etílica que temeraria.

El primer informe sobre la «actuación y ficha política de Edgar Neville desde el comienzo de la campaña hasta enero de 1937» fue redactado en París. Se ha conservado con registro de entrada del día veinte del citado mes en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Aparte de lo ya explicado acerca de los méritos para probar su «decidida adhesión al movimiento nacionalista desde el mismo día en que se inició», recuerda que jamás hizo valer sus «antecedentes republicanos para lograr una serie de ventajas económicas y unas seguridades físicas que de tener yo otro sentir no hubiera dejado escapar». Tampoco las necesitó, pues disfrutaba de una merecida y envidiable situación profesional sin haber recurrido al oportunismo político que, con tanta agudeza, denunciara Julio Camba.

En el mismo informe, Edgar Neville resalta otros méritos más remotos. Vuelve a recordar su alistamiento «voluntario» para la campaña de Melilla en 1921. Como supuesto soldado, y no como cronista periodístico, faceta en la que coincidió con Rafael Sánchez Mazas. No volverían a tener algo en común, salvo

---

pero, en fin, habíamos empezado a escribir más o menos al mismo tiempo. Y le recordaba

el carné de Falange. Había un abismo entre sus concepciones de la vida y la literatura. De acuerdo con la más elemental prudencia, nada se dice a los miembros de la comisión acerca del ya comentado desengaño amoroso con Ana María Custodio. No era el momento de mezclar el heroísmo con el lirismo. Edgar Neville recuerda, asimismo, su labor como cónsul en Uxda (Marruecos). Le valió, en 1935, la Orden Civil de África, a pesar de que se limitó a constatar lo que la prensa madrileña ya había publicado un año antes. Mientras tanto, su mujer rememoraba por escrito algunos episodios del viaje propios de una novela de aventuras, con tintes coloniales, y en privado hablaba de lo mucho que se aburrió en aquella perdida ciudad. No volverían a estar juntos en una nueva aventura.

Edgar Neville incluye en el citado informe la mención de los artículos y cuentos que, en defensa de la «Causa nacional», había comenzado a publicar en revistas falangistas. Finalmente, considera que lo realizado desde el 18 de julio «supera en mucho mi posición política anterior en que, además, toda mi actividad se limitó a escribir dos o tres artículos particularmente molestos para CEDA». Aparecieron en *Diario de Madrid*, un efímero periódico (1934-1935)[60] donde, aparte de la crítica cinematográfica, publicó algún artículo suelto y, probablemente, colaboró en los editoriales de una redacción republicana e independiente con voluntad de situarse en el centro del espectro político. Edgar Neville subraya, pues, lo positivo a los ojos de la comisión y minimiza lo que, en definitiva, le iba a llevar a una sanción, que habría sido más grave si no hubiera manifestado entusiasmo por la «Causa nacional». Ningún humorista del 27 sacó punta de este enigmático lugar común, cuya correcta y frecuente utilización tan necesaria era en aquellos tiempos.

En una línea cercana a la de Ortega, Marañón y otros miembros de la Agrupación al servicio de la República, Edgar Neville termina su informe afirmando que ha sido «un republicano que nada tenía que ganar por serlo y que cuando ha visto que ese sistema era desbordado por los bárbaros, se ha puesto

---

conspirador republicano.» (*Conversaciones con Buñuel*, pp. 85-86).

[60] La colaboración de Edgar Neville fue interrumpida por su estancia en el norte de África entre diciembre de 1934 y enero de 1935. Aunque tomó posesión de su destino en Uxda el 21 de julio, la publicación de reseñas cinematográficas firmadas por él nos permite suponer que permaneció en Madrid hasta poco antes de iniciarse el periplo en busca de los prisioneros.

enfrente de ellos con la mayor sinceridad, en los momentos en que esa actitud podía haberle costado la vida.»

La comisión entendería, sin ningún género de duda, que los citados «bárbaros» eran los comunistas y, en un segundo plano, otras fuerzas revolucionarias. Y acertaría. Se trataba de un lugar común propio de un esquema maniqueo y excluyente. También útil para quienes justificaban su postura mediante la identificación de la República con el comunismo, movimiento foráneo siempre dispuesto a devorar a los ingenuos republicanos de 1931. Personificado en la temida Rusia de Stalin, hasta producía escalofríos dignos de los folletinistas decimonónicos, como explicaría Agustín de Foxá en sus versos recopilados en *El almendro y la espada* (1940):

> ¡Oh, Rusia! Te maldigo, porque eres, entre hielo,
> la gran inteligencia, bajo cráneos mongólicos,
> sutil, negra y segura, judía y miserable,
> con la astucia de un diablo asiático y oblicuo.

A Edgar Neville no le asustaban los diablos oblicuos y hasta mantuvo una relación de amistad con algunos «cráneos mongólicos», que formarían parte de «la plaga asiática» tan temida por el Manuel Machado que, ya converso, sólo confiaba en el baluarte de Franco. No obstante, cuando le convino, Edgar Neville dejó atrás anteriores posturas y planteó la asociación entre la República y el comunismo, aunque sin precisar demasiado. Nunca hizo comentarios verdaderamente políticos o ideológicos, ni siquiera los posibles en un marco propagandístico. No indagó en los motivos que llevaron a la convulsa situación de 1936 con el consiguiente auge de las tendencias situadas en ambos extremos. Prefirió un tono más poroso a la catarata de adjetivos, sin caer en las exageraciones de algunos de sus colegas. Este alejamiento del análisis histórico lo mantuvo cuando, muchos años después, justificó su actitud. Un ejemplo lo tenemos en el adiós a Manuel Altolaguirre publicado en *ABC*. Afirma que su amigo, como Federico García Lorca, «no tenía ideas políticas». Ambos

> [...] detestaban la política y no se metían en nada; pero, claro está, que entre el dilema de la España que considerábamos negra y reaccionaria y la España alegre, liberal y faldicorta, todos preferíamos ésta a aquella, y los poetas, con poca perspicacia, no supieron ver que entre las filas de la España alegre y liberal se había colado un enemigo de todos, tan negro y despótico, más cruel y más injusto aún que el que despreciábamos.

Sorprende, hasta cierto punto, la afirmación de que Manuel Altolaguirre detestara la política o actuara «con poca perspicacia», como un poeta. Dejemos aparte el caso de Federico García Lorca, tantas veces abordado por los investigadores que han documentado firmas, manifiestos y presencias que llevan a una conclusión contraria a la de Edgar Neville. El editor de *España en el corazón*, de Pablo Neruda, y *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo, mantuvo una actitud inequívocamente fiel a la República en los momentos más difíciles. Fue también miembro de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, director de La Barraca tras el asesinato del poeta granadino y, para incorporarse al ejército republicano, rehusó el nombramiento como secretario de la Embajada en Londres, el puesto dejado vacante por Edgar Neville. ¿Lo sabía su amigo? Prefería recordar la época anterior al 18 de julio de 1936, cuando eran unos alegres jóvenes que disfrutaban de los veranos en Málaga mientras escribían y editaban.

A pesar de la referencia al «enemigo de todos» inserta en la anterior cita, en 1937 no habrían gustado esas palabras a la comisión de depuración de la carrera diplomática. Tampoco gustaron otras similares a una censura franquista que tuvo varios encontronazos, públicos y privados, con Edgar Neville. Quienes le sometían a un proceso depurador se habrían sentido aludidos como partícipes de la España «negra y reaccionaria», rechazada de manera inequívoca por un hombre de talante liberal que acabó apoyándola porque, en el otro bando, creyó ver un enemigo más despótico, cruel e injusto. También, claro está, por un razonable miedo a perder su privilegiada condición social y económica. Pocos, muy pocos, hablan en primera persona de algo tan omnipresente en una guerra como es el miedo, sobre todo cuando está en la base de actitudes cuya nobleza, en el mejor de los casos, es cuestionable. Un miedo, hasta cierto punto, culpable. Sus consecuencias negativas, reducidas a la mínima expresión, tendría ocasión de padecerlas un liberal dispuesto a convivir con la dictadura franquista.

El citado informe redactado en París no surtió el esperado efecto. El conjunto de méritos y justificaciones no parece haber sido suficiente para una comisión que, en realidad, se constituyó el 29 de enero de 1937, es decir, nueve días después de ser recibido el informe. De acuerdo con lo estipulado en los

artículos cuarto y sexto del Decreto-ley del 11 de enero, se le solicitaría a Edgar Neville un nuevo escrito en el que manifestara su deseo de seguir integrado en la Carrera, «alegando en su defensa cuantas pruebas o razones estimare pertinentes». La rápida respuesta la encontramos con registro de entrada del 11 de febrero. La fecha revela la importancia de la readmisión y la obtención del salvoconducto para el autor. El plazo de entrega finalizaba el 17 del mismo mes. En este segundo informe reitera, con algún nuevo detalle, lo ya dicho en el anterior y termina con una auténtica palinodia ante la comisión:

> Esta conducta, clara y leal, creo debe merecer el ser reincorporado a la carrera, ya que si bien me dejé llevar durante unos años por un ideario que me pareció generoso y por el cual no tenía nada que ganar, estas ideas no pasaron nunca de ser algo platónico, manifestadas a lo más por algún artículo irónico o por un alborozo franco e inocente al creer que su triunfo era la felicidad para mi patria.
> Cuando comprobé que me engañaba, que mi credo político era desvirtuado y desbordado por el marxismo y la criminalidad, cambié de manera de pensar, vi en suma mi error y arrepintiéndome de él, me dispuse a militar en el campo donde yo veía brillaba la luz de la verdad.

En Burgos no creían con facilidad lo escrito en París. Lo «platónico» no era un atenuante para quienes circunscribían su republicanismo a «un alborozo franco e inocente». Tampoco eran demasiado sensibles ante los arrepentimientos formularios. Algo en ese sentido deja entender el propio Edgar Neville en su relato *Don Pedro Hambre*, ambientado en una capital donde tantos, como él, esperaban un salvoconducto de las autoridades franquistas mientras participaban en tertulias que estaban, «políticamente, a la derecha de Don Pedro el Cruel». Daba igual, seguían esperando en un limbo de expiación y penitencia. La salvación siempre tenía un precio cuyo importe era competencia exclusiva de quienes detentaban el poder.

Puestos a confesar, en sus escritos a la comisión Edgar Neville reconoce que ha sido un «mal oficinista». Un pecado venial relacionado con su escaso interés por las tareas burocráticas, cuya rutina era incompatible con su carácter. No obstante, se considera un buen diplomático dispuesto a servir a su Patria. Por otra parte, también asume que algunos de sus compañeros del Ministerio, al servicio de los sublevados, sienten «animosidad» hacia él. Es consciente de «los peligros que ello pudiera encerrar» en el caso de presentarse en la zona nacional.

Recordemos la carta que recibe Rodríguez, el personaje de *Don Pedro Hambre*, parcialmente citada cuando la relacionábamos con la mandada al Marqués de las Marismas: «Ya está su caso casi aclarado, pero aún no debe venir. A todos los amigos les parece bien su estado de espíritu y su probada y entusiasta adhesión a la Causa, pero no todos son amigos y es mejor que espere algún tiempo aún...»

Esperar no es la solución. Edgar Neville sabe que su permanencia en París resulta viable desde el punto de vista económico, gracias a las ayudas de los familiares y los trabajos facilitados por Marcel Achard, pero inconveniente. Sobre todo de cara a su vuelta tras un previsible triunfo de los sublevados. Pide, pues, de nuevo el salvoconducto, consigue que su influyente madre se entreviste con las autoridades de Burgos y, lo más importante, recibe algunos avales decisivos para su suerte: Eugenio Montes, Agustín de Foxá, Nemesio Fernández Cuesta —el «comandante menudo e inquieto», que «recibía cajones de langostinos frescos y que daba comidas fabulosas bajo el fuego de cañón» (*Frente de Madrid*)—, el capitán médico Eusebio Oliver Pascual...

No basta. A requerimiento del Tribunal seleccionador del personal del Cuerpo Diplomático y Consular, que el 31 de enero de 1938 había sustituido a la comisión depuradora, Edgar Neville debe firmar una nueva declaración jurada. La fecha en San Juan de Luz el 14 de febrero de 1938. No se ajusta, porque no le interesaba, a lo preceptuado por el artículo segundo del Decreto-ley del 21 de enero de aquel año. Cumplimentar los doce apartados previstos para las declaraciones juradas habría sido un peligro por su precisión. Opta por otra vía más laxa y favorable, donde excusa lo que no puede justificar y recalca lo que le interesa. Así amplía su declaración, desde Burgos, el 8 de mayo del mismo año.

Mientras tanto, a finales de marzo de 1937 Edgar Neville había obtenido el ansiado salvoconducto, que le permitió presentarse en Salamanca y quedar alojado en el Palacio de Valderas. Inició, por fin, su proceso de afiliación a la Falange que, por esas mismas fechas, pasó a llamarse Falange Española Tradicionalista y de las JONS. El polémico decreto de unificación dictado por el General Franco se publicó el 19 de abril. Una semana después era detenido Manuel Hedilla, a quien Edgar Neville cita como avalista en un informe del 11 de febrero. Pronto se daría cuenta de su error. De cálculo para sus intereses, no

ideológico como el que subyace en el comentario de Dionisio Ridruejo: «No resistimos. No resistió nadie. Ni Hedilla y sus amigos. Ni los agresivos andaluces. Ni los gallegos innumerables. El espíritu de la guerra era absorbente y, ahora lo veíamos, neutralizante» (*Casi unas memorias*, p. 94).

Cuando Edgar Neville tuvo en sus manos el carné habían quedado obsoletas las indicaciones programáticas dadas por Marichu de la Mora en La Granja. Paradojas del destino. Ninguna de estas circunstancias le afectaría, empeñado en hacer todo lo posible para incorporarse al frente. Como el expatriado Rodríguez, «Su cuerpo joven y sano se rebelaba contra la inactividad y sus músculos pedían el peso de un fusil, su entusiasmo un objetivo y su corazón la camaradería de otros compañeros de guerra». ¿Espíritu de Cruzada, retórica bien aprendida? También algo de la experiencia del autor, basada en una combinación de deseo y necesidad que hacía compatible la salvación con la aventura: «Su rabia contra los que se interponían entre él y el frente se diluía con las galopadas de su imaginación y, a veces, se veía realizando los actos más heroicos, recibiendo heridas que no dolían y muriendo varias veces con unas palabras irónicas en los labios» (*Don Pedro Hambre*).

En realidad, Rodríguez como Javier Navarro, el protagonista de *Frente de Madrid*, en las trincheras debía «purificar el error pasado». El de aquellos años veinte en que otro personaje suyo, con claras notas autobiográficas también, se lanzaba a disfrutar del París de Pigalle y los cabarets, «feliz y contento como si me hubieran declarado inútil para el servicio militar»[61]. Lo sorprendente es que, después de tan rotundo viraje, Edgar Neville no encontrara motivos para dejar de estar feliz y contento. Al menos, en apariencia, pues pronto comprendería que no tenía razón su Javier cuando, en la Ciudad Universitaria, pensaba que «en el frente no interesaba el pasado, sino el presente y el porvenir. Casi todos traían a rastras alguna memoria infeliz de un pasado imbécil. Pero la guerra era un crisol y de ella se saldría equilibrado y limpio de mácula» (*Frente de Madrid*). Su pasado

[61] Edgar Neville, en la «Pequeña autobiografía» que incluyó en la primera edición en volumen de *Don Clorato de Potasa*, manifestó que la mejor herencia recibida de su abuelo era el escaso aprecio por «las glorias militares». En la misma obra, concretamente en el capítulo XVIII, los protagonistas aparecen «con la alegría de un excedente de cupo». No sospechaba el autor que, unos pocos años después, tuviera que reivindicar ardor guerrero para hacerse admitir en la España del general Franco.

era demasiado «imbécil» como para, sin depuraciones y adhesiones, salir limpio de una mácula que le acompañaría a los ojos de quienes nunca pretendieron fundir nada como en un crisol. Edgar Neville escribió que la guerra era «una sublevación nacional contra el enemigo extraño, contra el invasor disolvente y criminal» (*Don Pedro Hambre*), al mismo tiempo que luchaba por no quedarse fuera como un extraño o un «asiático». Fueron tiempos de estrategias, olvidos y repentinos entusiasmos.

VI. Salamanca, 1937: Un forjador imprevisto de la nueva España

Antonio, el protagonista de *FAI*, «recibió todo su equilibrio moral al sentirse junto a personas de raza». Edgar Neville estuvo a punto de resbalar, y no moralmente, cuando se incorporó a la España de ese «señorío» del que creía formar parte. No todos sus antiguos amigos ahora en el bando sublevado comprendieron su actitud. Algunos hasta se sorprendieron al ver en Salamanca a «un forjador imprevisto de la nueva España». Así le califica el católico y monárquico Eugenio Vegas Latapié, fundador en 1931 de la revista *Acción Española* junto con Ramiro de Maeztu. Acabaría en el exilio como conspirador a favor de Don Juan, antes de ser preceptor de Juan Carlos I. Su rigor moral y político contrasta con la actitud de un adinerado sujeto «de simpatía arrolladora», que se había relacionado con «sectores muy diversos de la derecha, aun cuando fuese de todos conocida su significación izquierdista». Tal vez tuviera en mente un artículo de Edgar Neville publicado el 3 de mayo de 1935 en *El Diario de Madrid*. Era una reivindicación de la libertad de expresión en el cine, supuesto responsable de tantos males: «Ya va resultando excesivo esto de que por cada suceso vulgar que ocurre en España se acuse al cine de ser su inspirador». Contestaba así al «Sr. Maeztu, que pertenece a la generación de 'la pulga'». Sitúa al autor de *Defensa de la Hispanidad* (1934) entre la «tradicional Estropajosería», integrada por «filisteos» que «pretenden que vivamos precisamente como ellos desean y que aceptemos su 'bueno' y su 'malo' sin discusión».

Ramiro de Maeztu durante la década de los treinta se había convertido en un martillo de herejes, siempre en guardia ante los múltiples avisos del Apocalipsis. También estaba preocupado por «la gangrena sexual» que se cernía sobre Occidente. El cine, como otras manifestaciones culturales vinculadas a los modos de vida frívolos, hedonistas y superficiales que detestaba, era a menudo la encarnación del mal:

> Hay películas, cada año en mayor número, que no fían el éxito sino a los centenares de mujeres desnudas que hacen desfilar por nuestros ojos.

> Hay todo un mundo de hoteles, cuyo negocio consiste en ofrecernos comidas tan copiosas que nos aletargan con lentas digestiones de serpientes. Los escaparates de las tiendas de lujo y el erotismo de las grandes urbes no parecen proponerse otra cosa que hacer olvidarnos que tenemos alma (*ABC*, 13-I-1935).

¿Cuándo desfilaron «centenares de mujeres desnudas» por las pantallas? ¿Las desnudaba don Ramiro con una mirada que provocó por entonces sospechas de desequilibrio en César González-Ruano?: «Su derechismo, su monarquismo y su cavernicolismo eran ya tan descomunales que daban casi risa». Su amigo —por entonces crítico cinematográfico partidario del desnudismo, «sobre todo, en verano»— también sonreiría desde las páginas de un periódico republicano. Edgar Neville hacía mucho tiempo que se había olvidado del alma porque le gustaban las tiendas de lujo y el erotismo de las grandes urbes. Y pensaba que personajes como Ramiro de Maeztu eran sombras del pasado, de una «estropajosería» condenada a desaparecer. Se equivocó.

Eugenio Vegas Latapié se acordaría en sus memorias de un artículo que preferiría no haber publicado tan imprevisto forjador de la nueva España[62]. Su acusación es todavía más concreta y grave en aquella militarizada Salamanca, que no habría olvidado el asesinato, el 29 de octubre de 1936, de Ramiro de Maeztu a manos de los republicanos:

> No faltaron quienes comentaron por Madrid que actuaba como espía de Azaña en los medios aristocráticos en que habitualmente se movía. Llegó incluso a decirse, ignoro si con algún fundamento, que fue él quien denunció los pormenores de la conspiración del 10 de agosto de 1932 [encabezada por el general Sanjurjo].

La consulta de la bibliografía sobre «la sanjurjada» no aporta pistas que fundamenten esta posibilidad, indicada por un correligionario de Ramiro de Maeztu que pasó varios días en la cárcel a raíz de aquella frustrada sublevación.

---

[62] El artículo continúa así: «Cuando los filisteos no han tenido el mando en la Historia, la gente comenzaba a respirar un poco, y es lo que se llamaba luego, a la vuelta de los filisteos, 'época de relajación de costumbres' [...] Nunca han logrado el triunfo de sus ideas como no sea por la fuerza, por la coacción y por eso ahora, que no están con todas las riendas en la mano, claman al poder para que coaccione en su nombre... Pero el poder no les representa sólo a ellos, sino a todos, y ha de atendernos también a los demás. No basta reunirse en asamblea unas decenas de señores y dar gritos contra esto y aquello; esas decenas de señores no se representan más que a ellos mismos, y el resto, los que nos quedamos fuera, tenemos nuestras ideas sobre este particular, y las decimos claramente, acudiendo o no acudiendo a los diferentes espectáculos, que éste es, en

Manuel Azaña estaba bien informado de los movimientos de los militares y los monárquicos. Espectáculos como los dados en las plateas del Teatro de la Comedia aportaban numerosas pistas, confirmadas y detalladas por las damas ebúrneas que intentaban apagar los inextinguibles ardores de aquellos martes de carnaval. Cuesta, por otra parte, dar crédito a una acusación que habría hecho de Edgar Neville un verdadero y singular pluriempleado, pues por aquellas fechas, poco después de haber vuelto de Hollywood, barajaba la posibilidad de escribir una biografía de Charles Chaplin[63] y estaba redactando el guión de *Españolada*[64]. No pudo rodarlo, aunque «salió muy gracioso, porque en él se satirizaba la manera de ver España por los extranjeros». Tal vez podría haber incluido la tradición del ruido de sables, a tenor de la privilegiada información que, según el testimonio arriba citado, tenía. Prefirió otros motivos más divertidos que nunca llegaron a las pantallas; eran reacias a las audacias de un osado cineasta que, además, debió cosechar alguna fama como espía en ambientes militares y aristocráticos que echarían de menos su nombre en las nutridas listas de nobles que cotizaban para mantener viva la llama conspiratoria contra la República. Su propia trayectoria resultaba digna de un guión. Nunca olvidó que su mejor personaje debería ser él mismo y se habría sentido satisfecho al saber lo que algunos sospechaban acerca de su comportamiento.

Ante su sorpresa, Eugenio Vegas Latapié observó que Edgar Neville era hasta cierto punto bien recibido en Salamanca y que, incluso, se le ofrecían puestos de relativa responsabilidad. La realidad no fue tan prometedora para quien así se había librado de ser fusilado, pero el inflexible católico pidió que cesara esta actitud y amenazó con su dimisión. Se la aceptaron poco después

---

suma, el juicio inapelable del público en general». En la militarizada Salamanca de 1937 el recuerdo de estas palabras sería un quebradero de cabeza para Edgar Neville.

[63] *La Gaceta Literaria*, nº 77 (1-III-1930), ya anuncia la futura publicación de esta biografía junto con otras muchas dedicadas a destacadas figuras del cine. El proyecto no cuajó, pero a su vuelta de Estados Unidos Edgar Neville siguió pensando en sacar partido de su privilegiada relación con Charles Chaplin a la hora de escribir una obra que, probablemente, no se hubiera ajustado a los cánones de una biografía. Otros proyectos, en aquellos intensos años, dejaron apartado lo que habría sido el testimonio de una amistad.

[64] Edgar Neville contó en varias ocasiones algunas de las paródicas escenas que tenía previstas, pero su interés por el tema de la española ya le venía, al menos, de su etapa como corresponsal de *La Pantalla* en Broadway, desde donde criticó con humor algunas películas con imágenes tópicas. Sólo la participación de actrices tan admiradas como Dolores del Río las hacía disculpables.

por otros motivos paralelos, relacionados con la lucha por el protagonismo entre los diferentes grupos adscritos a la sublevación. Mientras tanto, Edgar Neville fue destinado a las labores de propaganda ante el escándalo del escritor francés Armand Magescas, buen conocedor de España desde antes de la guerra y partidario de los nacionales como militante de L'Action Française. Tras una conversación con quien dominaba su idioma a la perfección, se dirigió a Eugenio Vegas Latapié: «Mais votre ami est tout à fait rouge...!».

Algo exageraría el escandalizado Armand, que debería tener el mismo malhumor que su homónimo en *Ninette y un señor de Murcia* (1964), de Miguel Mihura. Tampoco fue muy preciso el inflexible monárquico que definió a Ramón Serrano Suñer como «camaleón de la política» y acabó la guerra en la Legión con una sugerente actitud, mezcla de valor y desencanto. Su correligionario José Ignacio Escobar, en sus memorias, relata lo sucedido en términos no coincidentes. Según él, había recibido una carta de Edgar Neville pidiéndole un aval para conseguir el salvoconducto, justo cuando acababa de escuchar una disuasoria frase del General Mola: «Desde mañana, todo el que se pase ¡fusilado!». Algo similar también escuchó José Mª Iribarren por esas mismas fechas: «Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo» (*Con el General Mola...*, Zaragoza, 1937). Había razones para el pánico.

No fue precisa la intervención del, por entonces, Marqués de las Marismas ante un general tan colérico. Al poco tiempo, recibió otra carta de su amigo comunicándole que ya tenía la autorización para entrar en España. Días después, se lo encontró en Salamanca, donde se procedió al nombramiento de «antiguos republicanizantes» para puestos clave del «departamento de propaganda». Nunca lo entendió un monárquico preocupado por la indefinición ideológica del futuro régimen y que trataba de caracterizarlo en torno a la defensa de los valores católicos y tradicionales. Más tarde, en una visita al frente de Madrid acompañando al escritor francés René Benjamin, José Ignacio Escobar se encontró con Edgar Neville en Leganés. Era el responsable de los servicios de propaganda del sector y formaba parte de la plantilla de Radio AZ. El novelista y especialista en Balzac había sido traducido por Manuel Azaña y Luis Cernuda,

entre otros. No era un hombre que se escandalizara con facilitad, pero se quedó «absorto»:

> Nos dimos un gran abrazo y almorzamos juntos. Era el de siempre. Nos explicó a Benjamin y a mí con su chispeante ingenio habitual su interpretación de la guerra. Nos describió el espectáculo que había presenciado días atrás con motivo de unas bombas caídas sobre el sanatorio psiquiátrico de Leganés. Los locos las habían recibido unos sin inmutarse y otros multiplicando sus peroratas. Con este motivo hizo un elogio de la locura digno de Erasmo. Llegó a la conclusión de que estamos nosotros mucho más locos que ellos. Y que ellos, sobre todo, eran mucho más felices. Yo me divertía, como siempre, con sus humoradas, pero Benjamín estaba absorto.
> —¿Cómo es posible, me preguntó después, que su amigo, desde luego muy agradable, pero que me ha parecido más bien rojo, tenga a su cargo una misión tan delicada como la propaganda?
> No supe qué contestarle (1974:268)

René Benjamín se había quedado absorto pensando en aquel psiquiátrico de Leganés, que sería más patético que el del prestigioso doctor Esquerdo en Carabanchel Alto, utilizado durante siete meses por Emilio Carrère para huir de la guerra camuflado entre locos, los oficialmente considerados como tales, y faltar a la última cita con Pedro Luis Gálvez, aquel bohemio ahora convertido en asesino dispuesto a ajustar todo tipo de cuentas. Edgar Neville acabaría coincidiendo con quien se dice que verlenizó los bajos fondos madrileños. Una novela suya de polémica atribución y rocambolesca génesis está en el origen de *La torre de los siete jorobados* (1944), una sugestiva película que destila la mejor locura creativa. Alejada, por otra parte, de la desagradable violencia de panfletos como *La ciudad de los siete puñales* (1939), escrito por un Emilio Carrère ya purificado tras haber coqueteado con «La musa del arroyo» en obras como *Rosas de meretricio* (1921) y *La tristeza del burdel* (1913), entre otras muchas del mismo estilo. Atrás habían quedado los tiempos de una musa más truculenta que canalla, desatada en su prolífica búsqueda de la frase impactante cuyo contenido resulta tan hueco como, en el fondo, moralizador. Ahora necesitaba llevar a cabo su peculiar ajuste de cuentas para resarcirse del pánico pasado y buscar un hueco en la nueva situación. Emilio Carrère no pensaba que sus forzados amigos del psiquiátrico fueran tan felices como los imaginaba su colega, dispuesto a disfrutar con la

contemplación de lo singular pero ajeno a la «poetambre» y cualquier otra tara o desgracia.

Algo de locura, aunque de diferente tipo, también se percibe en el proyecto de un documental titulado *Altavoces en el frente*, cuyo guión se ha conservado en el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares). Mientras Edgar Neville permanecía en el frente de Madrid, realizando tareas de propaganda que tanto escandalizaron a sus amigos franceses, la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda impulsó un proyecto en el que, inicialmente, se contaba con la colaboración del cineasta Fernando Delgado como director. Tras su negativa por falta de medios, apareció mucho más dispuesto Edgar Neville. Redactó un nuevo guión que situaba la acción de *Altavoces en el frente* en unas trincheras ocupadas por tropas marroquíes a las que se pasa un miliciano. Ignoraba por entonces la inconveniencia de mostrar unas tropas tan poco nacionales, pero ya apunta una constante de sus relatos de guerra: el atractivo de un buen plato de comida. El miliciano manifiesta que ojalá en el otro bando se supiese lo bien que se come en la España de Franco. Sería definitivo. A continuación, las escenas describen con sentido del humor y de la camaradería las actividades de Altavoces en el Frente. El responsable de este servicio de propaganda era el joven Gregorio Marañón Moya[65]. Edgar Neville fue uno de sus colaboradores y, en carta a Dionisio Ridruejo, dice encontrarse en «un ambiente confortador y optimista».

Según el citado responsable, «Los locutores de aquellos inolvidables altavoces fueron soldados con la misión de dar a conocer al enemigo el sentido exacto del Movimiento Nacional». Para llevar a cabo esta tarea propagandística emitían discursos políticos que llegaban a las líneas enemigas por medio de potentes altavoces. Utilizados con el fino humor del cineasta y su amigo Alfonso Sánchez resultarían menos atronadores que cuando cayeron en las manos de

[65] Este dato fue aportado por el propio hijo de Gragorio Marañón a Marino Gómez-Santos con motivo de la biografía del célebre médico que se cita en la Bibliografía. Conviene ponerlo en duda, pues estos nombramientos nunca emanaban del Cuartel General del Generalísimo, tal y como se sostiene en la obra de un Marino Gómez-Santos que circunscribe su estudio de la trayectoria pública de Gregorio Marañón a un período que termina en 1939. Una verdadera lástima, que se suma a nuestra decepción al ver que se obvia la peculiar situación de Gregorio Marañón durante la guerra, incluyendo el papel desempeñado por su hijo. También se podría contar una historia similar vivida por la familia de Ramón Pérez de Ayala.

Millán Astray. La disolución de la citada Delegación tras formarse el primer gobierno de Franco aborta este documental, una de las tantas iniciativas propagandísticas fruto de las improvisaciones que en este campo se dieron en el bando nacional a lo largo de 1937.

No obstante, ha quedado el guión con el texto de los discursos que Edgar Neville considera oportuno dirigir a los enemigos. Eso sí, después de animarles con un *fox trop* y un fandanguillo, de seguro éxito en ambos bandos. No pensaba así el filonazi Juan Pujol. En su relato «Las muchachas del carácter inmóvil», publicado en *Domingo* (nº 32, 26-IX-1937), considera que escuchar discos de *fox trop* es un ejemplo de la depravación de las jóvenes. Edgar Neville, tan alejado del nazismo como de una revista que nunca admitió a los neofalangistas, tenía un mejor y más flexible humor para predisponer favorablemente a los enemigos, que ni siquiera deben ser considerados como tales:

> Milicianos: Oíd la voz de los españoles que no quiere teneros por enemigos. Más que luchar contra vosotros estamos peleando por vosotros, por vuestra felicidad, que ha de estar unida a la nuestra. No somos la reacción como os dicen, somos una España Nueva que trae la verdad, la justicia social, la verdadera armonía entre los españoles de todas clases.

A pesar de la vaguedad retórica, el tono propagandístico parece propio del falangismo anterior a la por entonces reciente unificación decretada por el General Franco. Se habla de una «España Nueva» como concepto de un futuro integrador y se niega el carácter reaccionario de la sublevación. A continuación, el siempre hábil Edgar Neville rechaza la consideración de «la Causa» como propia de una clase privilegiada e introduce un matiz adecuado para justificar su actitud personal:

> No creáis que los que estamos aquí pertenecemos a una sola clase y que ésta es vuestra adversaria, no es verdad, aquí estamos todos los españoles de buena fe, hasta los que creímos que el régimen anterior podía haber constituido la solución para España.
> Aquí estamos todos los que nos sublevamos contra los cinco meses del Frente Popular, todos los que no podíamos tolerar que se usara nuestra buena fe para convertir la libertad en un régimen de terror, de tiranía, de asesinato y de robo. Aquí estamos todos los que nos sublevamos al ver que el asesinato se convertía en arma de gobierno y el robo en práctica jurídica.

Esta argumentación la repetiría en múltiples ocasiones hasta los años sesenta, separando siempre el período republicano de los meses bajo el gobierno del Frente Popular y «los equipos completos del Komitern». No fue el único, aunque —como los demás— nunca llegó a justificar la deriva de una sublevación que acabó tanto con la citada alianza política como con cualquier atisbo de régimen democrático. Habría sido complicado y hasta doloroso por lo que supondría de autocrítica para quienes no calibraron las verdaderas intenciones de sus aliados. O ni siquiera se las plantearon, ya que lo urgente era buscar una respuesta segura para su más o menos amenazada tranquilidad.

A continuación, el locutor de *Altavoces en el frente* hace una serie de llamamientos particularizados. Van dirigidos a los diferentes grupos que suponía al otro lado de las trincheras:

> Yo os pido que recapacitéis: Tú, obrero marxista: ¿Te hiciste de ese partido para que no se hiciera imposible el trabajo? ¿Para que asesinaran a tu patrono? ¿Para que destrozaran tu fábrica? ¿Para que te llevaran a las huelgas y al hambre, para servir a manejos políticos?
> Tú, republicano-liberal: ¿Estabas de acuerdo con que la dictadura roja destruyera todas las libertades y que destruyera la clase media y la pequeña propiedad?
> ¿Y tú, anarquista, entra en tu credo el convertirte en un número de una fábrica, en un borrego más sin la menor libertad individual?

Planteadas así las preguntas, las respuestas negativas son obvias. La República había derivado en una realidad perjudicial para todos. Los obreros marxistas, los republicanos-liberales, los anarquistas... tenían motivos para sentirse insatisfechos. Habían perdido lo que, por desconocimiento de la doctrina falangista, Edgar Neville parece prometerles en el otro bando, donde no se esperaba a nadie para que se comportara como un obrero revolucionario, un defensor de la pequeña propiedad asociada a la clase media o un anarquista sin voluntad de convertirse en «borrego». No importa, pues se trata de propaganda, no de una invitación a la reflexión. Y, una vez dispuestos a dar el salto al otro bando, el locutor les promete un Dorado de consenso y armonía cuya difícil concreción deja para más adelante:

> La Nueva España incorpora en su programa todas las leyes sociales en que se fundamentan la Justicia y la armonía entre el Capital y el Trabajo. En la Nueva España la Libertad estará garantizada siempre que ésta no

> atente contra la Patria. En la Nueva España el obrero no será un número sino un hombre, un ciudadano, digno y considerado...

Edgar Neville también olvida citar, como es lógico en un discurso propagandístico, las realidades que esa «Nueva España» iba a eliminar, perseguir o derogar. Muchas de ellas, ya en aquellas fechas, habían sido explicitadas por el bando de los sublevados contra el orden constitucional. Termina la alocución con una llamada a un reencuentro «fraternal» que apunta hacia un futuro donde el pasado sea perdonado u olvidado:

> Vosotros que me oís ahí enfrente, con el fusil en la mano, prontos a darme la muerte, seréis mis mejores camaradas en un mañana ya próximo y juntos iremos al trabajo para la mayor gloria de nuestro país y para que en todos los hogares haya pan y alegría. Venid con nosotros sin temor. Os tendemos una mano fraternal, os abrimos los brazos a todos excepto a los asesinos y a los ladrones. Venid los equivocados, que os acogeremos sin odio ni rencor y os ofreceremos un puente a nuestro lado para construir la Nueva España.

Encontraremos nuevos ejemplos de esta actitud cuando leamos los textos escritos por Edgar Neville durante la guerra y, sobre todo, cuando comentemos el polémico final de su película *Frente de Madrid*, que tantos recelos provocó. Podría escandalizar a quienes rechazaban cualquier atisbo de reconciliación, parecer ingenuo por ignorar la realidad del bando en el que estaba luchando o cínico por su búsqueda de un perdón que, él también, necesitaba. Cabe suponer, no obstante, la sinceridad de quien se plantea un futuro donde todos terminen cantando el *Cara al sol* como en el guión, sin imposiciones, en un clima de confraternización alejado del odio y el rencor.

No olvidemos que, a diferencia de tantos otros colegas, en las palabras de Edgar Neville hay una descalificación del adversario sin alcanzar los límites del más puro y visceral odio. No se emborrachó con la omnipresente retórica de los vencedores. Y en esa autolimitación, además de un cálculo personal, también se percibe la huella de quien nunca abdicó de su condición de liberal. No en un sentido político o ideológico propio de su época, pues tampoco fue un demócrata. Hablamos de un liberalismo vital, que le daba amplitud de miras en materias de moral y costumbres y le aportaba un equilibrio insólito en tiempos de una locura radical. Pronto la percibiría con nitidez en cuestiones que le afectaban y callaría,

al menos en público. Tampoco se mostraría sensible, en sus relatos ambientados en la guerra civil, a una violencia desgarrada y absurda que le repugnaba a tenor de lo leído en otros suyos. Desde 1936, optó por salvaguardar su puesto. Era compatible con el cultivo del liberalismo a título individual para crear un reducido y selecto espacio de convivencia donde el odio, además de innecesario, resultaba de mal gusto. También lo era hablar de lo que sucedía en la España de la posguerra, más allá de tertulias como la del Lyon, donde Edgar Neville —«hoy ballena y antes sardina», según Paco Vighi— acudía en compañía de Conchita Montes para charlar con Emilio García Gómez, Guillermo Díaz-Plaja, Antonio Tovar y el reencontrado José Ortega y Gasset. Allí no había sotanas ni correajes, tampoco era preciso gritar para hacerse entender.

Volvamos al período de la guerra civil y a las circunstancias documentadas. No cabe duda, a tenor de algunas de sus publicaciones, que Edgar Neville intentó hacer méritos con una osadía conceptual amparada en el falangismo, pero polémica tras el decreto de unificación impuesto por el General Franco en abril de 1937. Lo pagaría en forma de supuestos procesos como el indicado por José Ignacio Escobar. También con sustos, incomprensiones, dilatación de su depuración como diplomático, alejamiento de los centros de poder... Nada grave en comparación con los logros del audaz sujeto que había conseguido volver, no ser fusilado y, con relativa libertad, desempeñar tareas de propaganda. Verdaderamente, fue arrolladora su simpatía.

Los méritos que estaba dispuesto a realizar Edgar Neville tenían un objetivo: una resolución favorable de la comisión encargada de su expediente de depuración. Supongo que la causa no fue un improbable interés por la carrera diplomática. Más bien radicaría en su conciencia de que, sin esa resolución, su situación entre los sublevados era precaria. Y Edgar Neville no estaba dispuesto a quedarse descolocado en la nueva época que se avecinaba. No era el único ni el más destacado de un amplio grupo de hombres de letras. Algunos de ellos dóciles y sumisos hasta extremos que nos hacen pensar en la fragilidad de la dignidad cuando el miedo acecha.

La última declaración conservada en su expediente está escrita en un tono más formal y, sobre todo, con un mayor grado de concreción para justificar los

méritos contraídos en su apoyo a la «causa Nacional». Supongo que lo haría así a requerimiento del Tribunal. Edgar Neville es consciente de que un pasado republicano y un comportamiento poco profesional como diplomático constituyen un obstáculo para su perdón. Acepta, incluso, ser castigado por los errores cometidos durante «aquel período republicano, una página triste de mi vida». Sin disimulo o hipocresía, sin beneficio, «a la luz del día, porque en aquel momento no los creía errores». Ni tampoco motivo de tristeza. Le cabe, no obstante, el consuelo de «no haber especulado con las ideas, de no haber tenido en cinco años puesto ni preeminencia alguna, de no haber perjudicado a nadie poniéndome delante ni empujándole. El único perjudicado he sido yo. Válgame de castigo». Por entonces ya aceptaba que hasta lo «platónico» debía ser purgado.

A la luz de lo conocido acerca de su fascinante e intensa trayectoria personal y creativa durante el período republicano, comprendemos que Edgar Neville no pretendiera disfrutar de alguna «preeminencia», se supone que relacionada con una actividad política que nunca le atrajo. ¿Iba a renunciar a sus películas por un destino diplomático...? Nadie que le conociera habría incluido esta posibilidad entre lo verosímil. No obstante, la humildad y el arrepentimiento, de quien había sido hasta entonces orgulloso e incluso pedante para algunos, le permitieron iniciar el largo camino del perdón.

No fue suficiente, al menos para el Tribunal Seleccionador del Cuerpo Diplomático y Consular que había sustituido a la extinguida Comisión Depuradora. Reunido en San Sebastián, a 30 de mayo de 1938, resuelve declarar a Edgar Neville «admitido en concepto de disponible» por un plazo de tres años. El recurso contra lo que, de hecho, era una sanción fue presentado el 7 de octubre del mismo año.

El recurso se acoge a lo previsto en el artículo quinto, apartado segundo, del Decreto-Ley publicado en el BOE del 31 de enero de 1938. Se centra en una explicación del riesgo afrontado por el Conde de Berlanga, tanto en las actividades llevadas a cabo en el Ministerio y la Embajada como, ya por entonces, en el frente de guerra. Intenta demostrar que ha realizado «servicios meritorios a la Causa, como voluntario en Unidades Militares de primera línea o

en misiones de grave y reconocido riesgo», de acuerdo con lo que se le pedía para el perdón. Alega datos, testimonios, fechas, fotos uniformado como falangista en el frente... hasta el punto de llegar a presentarse como un héroe, aunque con la humildad propia de quien se dirige a un superior. Recuerda de nuevo su alistamiento voluntario para combatir en África a la edad de veintidós años y que ahora, con treinta y ocho, ha vuelto a responder a la llamada de la Patria en los campos de batalla más peligrosos: Ciudad Universitaria, Casa de Campo, carretera de Extremadura, Brunete..., como miembro de una «Compañía de Propaganda» que sufrió numerosas bajas.

El Tribunal analiza el recurso presentado el 7 de octubre de 1938. En su informe al ministro, fechado el 21 del mismo mes, admite que los servicios que «ha prestado y sigue prestando» Edgar Neville «son indudablemente, de grande y reconocido riesgo». No obstante, una rigurosa interpretación del artículo 5º, apartado 4º, del Decreto-Ley del 21 de enero de 1938 impedía, según el Tribunal, proceder a la admisión definitiva, aunque deja la decisión última en manos del ministro de Asuntos Exteriores. Si consultamos el BOE, comprobaremos que dicho apartado es la negación de los tres primeros: «Serán separados del servicio todos los que no estén comprendidos en los casos anteriores». Es decir, se admite la existencia de los servicios que según los apartados anteriores conducirían a la admisión, pero se le mantiene en situación de disponible. La razón: dichos méritos sólo eran tenidos en cuenta en los casos de funcionarios que hubieran presentado la dimisión a la República «en un plazo prudencial». Dentro de ese mismo plazo, Edgar Neville lo que hizo fue aceptar su nombramiento en Londres. No todas las jugadas a dos bandas pueden ser perfectas. En cualquier caso, la lógica de quienes legislaban con carácter retroactivo tras dar un golpe de Estado nos hace pensar en una predisposición que orientaba estas resoluciones: de una o de otra manera, el Conde de Berlanga debía pagar un precio por su republicanismo. El importe no resultó excesivo en atención a su nueva actitud, pero sí lo suficiente para evitar futuras recaídas y olvidos.

Se lo intentaron recordar poco después de finalizar la guerra. El 5 de abril de 1939 le mandaron una comunicación del Ministerio de Asuntos Exteriores

fechada en Burgos. No la recibió porque no le localizaron en Barcelona. Ya había salido desde allí con destino a Roma gracias a Dionisio Ridruejo. En la misma se le informaba de que un nuevo tribunal, creado de acuerdo con la ley del 5 de enero de 1939, había confirmado la anterior resolución por la que se le declaraba «disponible por sanción por el plazo de tres años». Había acertado en esta ocasión: era mejor permanecer en Roma que en Madrid, aunque a la vuelta de los estudios de Cinecittá le esperaran con otros problemas. Mientras, eso sí, le respetaban los haberes como funcionario.

Edgar Neville debía acumular nuevos méritos para conseguir su definitiva readmisión, que no llegaría hasta el 24 de junio de 1940. Sabía que no era cuestión de un apartado ni de un artículo de un decreto-ley, sino de rehacer la memoria de su pasado.

Y a fe que lo hizo.

VII. Haciendo méritos

No era fácil hacerse perdonar en la España de Franco, ni siquiera cuando andaba necesitada de apoyos para ganar la guerra. Edgar Neville pudo comprobarlo en sus reiterados intentos de volver al servicio activo como diplomático, que pronto compaginó con una incesante actividad en las labores de propaganda a favor de los sublevados.

En sus informes y cartas, el neofalangista hace hincapié en que su primer objetivo fue incorporarse al frente, dispuesto a servir en tareas de «reconocido riesgo», tal y como se le solicitaba. Tras presentarse en Salamanca por ser la sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores, marchó al parecer sin ningún encargo concreto a Ávila. En la capital salmantina se entrevistaría con el secretario de Exteriores, Francisco Serrat Bonastre, para agradecerle su decisiva participación en la obtención del salvoconducto y, lo que era más importante, para ponerse a disposición de José Antonio Sangroniz, «Jefe del Gabinete Diplomático de Su Excelencia». Ya le había mandado informes de sus actividades desde el 18 de julio y ahora esperaba instrucciones.

En Ávila, según el testimonio de Edgar Neville, el general Monasterio le comunicó que no se admitían para primera línea hombres mayores de treinta años. Tal vez le invitara a su cuartel general en una finca segoviana y le prestara algún tipo de ayuda, al margen de una información que cualquiera conocería. Era un militar accesible para Dionisio Ridruejo y sus amigos. Al primero le acababa de acoger en unos momentos delicados y a los segundos les intentó colocar en puestos adecuados a sus necesidades. Poco después, compaginó su afición a la poesía con la jefatura de las milicias falangistas ya militarizadas.

Tras la entrevista con el general, Edgar Neville se trasladó a La Granja, donde se encontraba por entonces su domicilio familiar a la espera de recuperar los de Madrid y Alfafar. Tal vez supo entonces del fusilamiento del dirigente local de Izquierda Republicana. Había permanecido fiel al orden constitucional. También conocería la historia de dos jóvenes médicos, hermanos, que tuvieron poco después el mismo final. Fueron los coletazos de una violencia que llegó a la tranquila villa donde su familia «tomaba monte» durante largos veraneos. No podía albergar esa esperanza en la primavera de 1937. Edgar Nevillle necesitaba enrolarse en las filas de los sublevados y el comandante militar, atento tal vez a la solicitud de tan conocida familia de veraneantes y de su superior jerárquico, le ofreció «el puesto de enlace entre aquella localidad y Ávila, servicio considerado de primera línea».

Resulta difícil imaginar al Conde de Berlanga en estos menesteres, por mucho que fuera el entusiasmo y las ganas de probar su adhesión. Incluso sus habilidades como motorista, según dejaría demostrado años después en unas divertidas fotos publicadas por *Primer Plano*. Así, pues, consiguió que dicho comandante le prestara una motocicleta para trasladarse al frente de Madrid y «encontrar un puesto en el que no importara mi edad».

Tuvo que buscarse, en definitiva, la vida. No fueron generosas las autoridades de Salamanca, a diferencia de lo que recelaba el ya un tanto desplazado Eugenio Vegas Latapié. Su buena suerte fue no haber caído en el punto de mira de catedráticos como Enrique Suñer, que por entonces escribió

Los intelectuales y la tragedia española (Burgos, 1937), un durísimo ataque contra Ortega, Marañón y la Residencia de Estudiantes —«broche de una larga labor en pro del ateísmo». El martillo de herejes lamenta que la dictadura de Primo de Rivera no hubiera extirpado a estos enemigos. No obstante, confía en el Caudillo, salvador del «mundo civilizado», para completar la labor, al mismo tiempo que le avisa del posible arrepentimiento hipócrita de algunos de esos intelectuales. Menos mal que no tropezó con aquel «imprevisto forjador del Imperio», que andaba por entonces pidiendo ayuda a los amigos para tener en regla sus papeles como falangista en primera línea.

Las tareas diplomáticas nunca interesaron a Edgar Neville. Y menos en aquellas fechas. Como hombre de letras y de cine, era lógico que pretendiera un destino en las actividades propagandísticas bajo la dirección de su amigo Dionisio Ridruejo, que escribía por entonces su defensa de la «inconmovible metafísica», los valores eternos y el ser inmutable de España. El autor de historias como la de la vaca María Emilia nunca entendió tan abstrusos conceptos. Poco importaría que ni sus obras ni sus películas anteriores estuvieran precisamente en esa línea. Tampoco era cuestión de mostrar escrúpulos en unas fechas donde cambios más espectaculares se dieron en el campo de las letras y el cine. Estaba en juego su propio destino, en peligro cuando en Salamanca se encontró a conocidos y colegas que sabían de sus antecedentes. La «arrolladora simpatía» no le garantizaba nada, aunque le ayudara en tantas ocasiones.

Edgar Neville volvió a buscar viejos amigos que le pudieran amparar y se alistó en la «Compañía de Propaganda en el Frente», en mayo de 1937, apenas un mes y medio después del regreso a España. Prestó sus servicios en esta unidad, no reconocida como tal oficialmente, llevando a cabo diferentes tareas en un clima de improvisación y, a veces, falta de medios:

> He hablado al enemigo desde las trincheras de la Ciudad Universitaria, de Carabanchel, de Toledo. He escrito y pronunciado por la Radio AZ del frente numerosísimas crónicas, proclamas, noticias. He llevado a recorrer la primera línea a cuanto periodista extranjero nos enviaba Salamanca. He realizado para la Delegación de Prensa y Propaganda informaciones fotográficas del *No man's land* y de los parapetos rojos, situados a veces a veinte metros de nosotros. He hecho, en fin, todo cuanto me ha sido encomendado con el mayor entusiasmo y la más encendida fe viendo caer, en el mes de julio pasado, el 35 % de nuestra compañía.

Una buena parte de estas experiencias las incorporaría a sus relatos propagandísticos publicados en revistas como *Vértice* (1937-1946), que pretendía ser un «símbolo indiscutible de la plenitud intelectual de la España azul». Hasta el final de la guerra coincidió en su nómina de colaboradores con Samuel Ros, Álvaro Cunqueiro, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael Sánchez Mazas y otros autores que alimentaron las páginas de una de las mejores revistas falangistas, recordada también por su elegante y lujosa presentación. El editorial programático, publicado en abril de 1937, era tan claro como inequívoco:

> La guerra que estamos ganando contra todos los enemigos de la Patria única, libre y grande, exige de nosotros con la destrucción o el aniquilamiento de aquellos, la instauración plena de nuestro dogma, que, yugulando los vicios pretéritos, atraiga para el futuro español, los vientos de imperiales grandezas que propugnamos.

Edgar Neville nunca yuguló vicios pretéritos y siempre buscó algún parapeto para refugiarse ante los vientos de imperiales grandezas. No fue el único. Incluso otros colaboradores, menos necesitados de méritos, tuvieron el privilegio de disociar la creación de la propaganda. No llegó a tanto ni se atrevió a escribir sobre lechugas enamoradas, como su colega Samuel Ros. Edgar Neville salió, no obstante, airoso del trance y reeditó, ya en tiempos del franquismo, unos relatos plagados de experiencias personales, evocaciones de un tiempo perdido y urgencias fáciles de intuir. Nunca dejó de contar su vida, su más apasionante creación, y aquellos meses le aportaron materia de sobra como hombre de acción y letras. Un ideal para quien siempre apareció ante los demás como sujeto inquieto e impulsivo. Poco dispuesto también a la autocrítica y menos a caer en la melancolía de una duda que afectara a lo hecho en el pasado.

Frente de Madrid es tal vez la novela breve más destacada y significativa de este período de su trayectoria. Gracias a las gestiones de sus amigos Arturo Ruiz Castillo, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo, fue editada en España e Italia. Cuando terminó la guerra, Edgar Neville no se apresuró a volver a su añorado Madrid, que tan cerca había visto desde las trincheras y hasta había captado en unas imágenes documentales que, según algunos investigadores, revelan emoción. Mientras su madre recuperaba las propiedades familiares, se trasladó a una ciudad por entonces más sugestiva para su círculo de amigos: Roma. Allí se iba a rodar una adaptación cinematográfica de *Frente de Madrid*, dirigida por el propio autor con el apoyo del gobierno de Benito Mussolini, tal y como veremos más adelante.

Dos años después, en 1941, y con el citado título, Espasa Calpe editó un volumen donde Edgar Neville agrupó varios de sus relatos relacionados con la guerra civil. Era una especie de rito literario de la inmediata posguerra, cuando tantos autores consolidaron su situación mediante ediciones que recopilaban méritos patrióticos, acaloradas denuncias e inquebrantables adhesiones. No fue

su aportación la más visceral, ni mucho menos, en unos años de represión jaleada por quienes no encontraban una sola razón para la reconciliación o el perdón. Este volumen, asimismo, cierra un intervalo de literatura que hasta cierto punto consideramos como de compromiso ideológico y político. Jamás la volvería a cultivar su autor. La razón es tan sencilla como personal: unos meses antes había resuelto los problemas con el Ministerio de Estado. Podía respirar tranquilo tras ser readmitido sin sanción. Y disfrutar de la vida, con unos ajustes en su libertad que nunca le irritaron como para amargarle. No en balde su teoría del humor la incorporó a la práctica cotidiana, incluso en los momentos que le podían resultar más amargos.

El «alistamiento» de Edgar Neville en la «Compañía de Propaganda» no se tradujo en un nombramiento o en una vinculación con carácter oficial. Su nombre no figura en la documentación relacionada con la Delegación del Estado para Prensa y Propaganda, creada por decreto del 14 de enero de 1937 de la Junta Técnica del Estado. Su misión principal era «la de dar a conocer tanto en el extranjero como en toda España, el carácter del Movimiento Nacional, sus obras y posibilidades y cuantas noticias exactas sirvan para oponerse a la calumniosa campaña que se hace por elementos rojos en el campo internacional». Sus funciones eran coordinar «el servicio de las estaciones de radio, señalar las normas a que ha de sujetarse la censura y, en general, dirigir toda la propaganda por medio del cine, radio, periódicos, folletos y conferencias». Conviene retener estas palabras, pues justifican buena parte de lo hecho por Edgar Neville desde la primavera de 1937 hasta el final de la guerra.

Tampoco es probable que esta vinculación a las tareas de propaganda fuera tan impulsiva o rápida como da a entender en los informes remitidos a la comisión de depuración. Por su cuenta y por la necesidad de acumular méritos ante las autoridades de Burgos, Edgar Neville ya había empezado a escribir en este sentido y con un convencimiento que elimina cualquier duda acerca de un posible comportamiento cínico. Tendría, no obstante, que esperar algunos meses para participar de manera más oficial en tales tareas, relegadas por unos sublevados cuyas prioridades eran otras. Dionisio Ridruejo lo lamentó en su

momento y lo explicaría en unas memorias que esclarecen aquellas circunstancias.

Con la incorporación de Serrano Suñer al primer gobierno del General Franco, en enero de 1938, Dionisio Ridruejo se puso al frente del Departamento Nacional de Prensa y Propaganda. Pronto reunió un destacado grupo de colaboradores, elegidos no tanto por la afinidad ideológica como por su proximidad intelectual o sus relaciones de amistad. Entre ellos se encontraba Edgar Neville, a quien conocía desde el verano de 1935 gracias al círculo de amistades de Agustín de Foxá, Marichu de la Mora y Ernestina de Champurcín, entre otros veraneantes de La Granja. Junto a él, y en puestos más relevantes, aparecen en el organigrama de dicho Departamento Antonio Tovar, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester, Agustín de Foxá, Eugenio Montes, Pedro Laín Entralgo, José Caballero y otro asiduo de los veraneos en La Granja, Luis Escobar, quien con su recordado humor lo refleja en sus memorias:

> Dionisio se había rodeado muy bien de grandes ingenios que habrían de contar mucho en el futuro [...] El doctor Pedro Laín Entralgo, los poetas Luis Rosales y Felipe Vivanco, los tres inseparables. El escritor Gonzalo Torrente Ballester y el filólogo Antonio Tovar. Todos llevaban uniforme de Falange y cuando llegaban juntos, dando fuertes taconazos y saludando brazo en alto, hasta daban un poco de miedo.

Ignoro si Edgar Neville, ausente en estas incompletas y censuradas memorias, acostumbraba a participar en el ritual de los taconazos y los saludos a la romana. Pocos meses después lo parodiaría su amigo Charles Chaplin, a quien Luis Escobar escribió la ya citada carta, publicada como folleto, recriminándole su defensa de la España republicana. Agustín de Foxá, en 1950, también contraponía «el buen Charlot» al «intelectualizado, político, disolvente y pedante de *El Dictador*». Edgar Neville, por el contrario, nunca perdió su amistad y hasta se desplazó a Corsier-sur-Vevey (Suiza) para reencontrarse con un Charles Chaplin censurado en la España del franquismo y alejado de la caza de brujas en EE.UU. Antes ya habían coincidido en Londres, cuando el estreno de la versión inglesa de *El baile* —interpretada por Conchita Montes— le permitió rememorar tiempos de cosmopolitismo y glamour.

Durante la guerra, Edgar Neville intentaría que nadie se acordara de algunas peripecias de Don Clorato de Potasa, capaz en 1925 de realizar

comentarios irónicos sobre la parafernalia de voces y gestos del fascismo[66]. Pensaba, por ejemplo, que los gondoleros venecianos estaban «completamente afónicos a causa de la humedad y el fascismo» (I, XXVII). Eran bromas de quien no creía en Luzbel «porque no me aburro, porque no tengo tiempo de aburrirme». Bromas peligrosas, no obstante, cuando pasados los años el demonio volvió a cobrar actualidad. En 1947, por ejemplo, un censor escribió que *Don Clorato de Potasa* contenía «algunas escenas y frases reprobables desde el punto de vista moral y religioso». Menos mal que su postura fue minoritaria y la obra se pudo reeditar.

Quienes vieron a Edgar Neville en numerosas fotos de aquellos meses de 1937-1939, hoy en paradero desconocido salvo unas pocas, le recuerdan con el uniforme falangista, que al finalizar la guerra sería sustituido por un azul más suave, el de los elegantes trajes traídos de Londres que disimulaban su galopante obesidad. Otras fórmulas para perder peso implicaban un humor que sólo pudo poner por escrito en sus últimos años: «Lo único capaz de adelgazar es un campo de concentración alemán, pero también provocar una guerra internacional para ponerse en línea parece excesivo». Ya en 1927 y en una carta dirigida a Gregorio Marañón que publicó *Gutiérrez*, había desechado fórmulas más habituales como la del ejercicio físico: «Hacer gimnasia sueca al levantarse de dormir. Ponerse en cuclillas veinte veces, levantar una pierna y luego otra, tocar el suelo con las manos..., fíjese bien, Marañón, todo eso no es serio; se ve uno en el espejo haciendo esas cosas, y nos da vergüenza». Por entonces, sólo le sobraban ocho kilos.

---

[66] Tras la primera aparición de las peripecias de Don Clorato en *El Sol*, Edgar Neville firmó el 24 de octubre de 1929 un contrato con Biblioteca Nueva para reeditarla añadiendo lo escrito en Nueva York. De una tirada de 2.000 ejemplares, cuando comenzó la guerra se habían vendido 1.003. Lo curioso es que, según la documentación conservada en la editorial que me fue facilitada por Dolores Soriano-Thion, durante el conflicto se vendieron 628, es decir, a un ritmo superior siempre dentro de una modestia que, al cabo de una década, todavía no había llegado a las 1.500 pts que el autor pensaba ganar con la tirada completa. Es obvio que, para vivir, resultaba preferible dedicarse al cine y al teatro. *Música de fondo*, editada también por Biblioteca Nueva, se vendió en ambas zonas: 321 ejemplares en la republicana y 42 en la nacional. Todo un síntoma que podría haber orientado a Edgar Neville acerca de la orientación de su futuro lectorado. Contrastan estas cifras, por otra parte, con las 200 pts. que cobró por cada uno de los relatos publicados en *Ahora* durante 1934 y 1935. Era mucho más rentable escribir para los periódicos y los libros, en definitiva, sólo aportaban el prestigio y una tarjeta de presentación para conseguir futuras colaboraciones periodísticas.

Poco después de la incorporación de Edgar Neville a la unidad dirigida por Dionisio Ridruejo, y con el objetivo de alcanzar un mayor grado de eficacia, se separaron las secciones de Prensa y Propaganda. Dentro de esta última área se inscribió el Departamento Nacional de Cine, a cuyo mando se nombró al joven legionario Manuel Augusto García Viñolas, siendo el periodista Antonio Obregón el secretario general y José Manuel Goyanes un jefe de producción que pronto rentabilizaría este mérito en Suevia Films y en compañía de otro «camisa vieja»: Cesáreo González. Los tres tenían menos experiencia cinematográfica que Edgar Neville, aunque mejores antecedentes políticos. Tampoco era el momento de hacer valer las enseñanzas de Hollywood, justo cuando las autoridades de la zona nacional mantenían una tensa relación con varias productoras norteamericanas. Peor hubiera sido citar a sus amistades de aquel país, movilizadas algunas de ellas en contra del fascismo. No extraña, pues, que el único cineasta del grupo se conformara con ser llamado por su amigo Dionisio Ridruejo para ponerse a las órdenes de Manuel Augusto García Viñolas, con quien a principios de los años cuarenta llegaría a polemizar en torno a las orientaciones que debía seguir el cine español. Ahora era la guerra y, como es lógico, las opiniones personales debían ser reservadas para ocasiones más oportunas. Había que esperar. El tiempo pondría a cada cual en su sitio.

Mientras tanto, Edgar Neville solicita avales para su rehabilitación y se incorpora de manera inequívoca al grupo de los literatos situados en la órbita falangista. Los estudios sobre el mismo apenas han valorado la presencia nada anecdótica de los humoristas del 27. Tal vez porque les cueste tomarse en serio una participación que careció de una específica relevancia ideológica o política y fue, en buena medida, fruto de unas circunstancias sin continuidad en la trayectoria de estos autores. También porque eran, precisamente, humoristas y como tales poco dignos de una consideración por parte de quienes se empeñan en indagar razones trascendentes donde tanto afán de supervivencia se daba.

Edgar Neville nunca se adentra en cuestiones de calado político. Se limita a manifestar una genérica adhesión a «la Causa». Sin cabeza visible, pues José Antonio ha muerto y al general Franco apenas se le cita. Siendo amigo, desde los tiempos de La Granja del Henar, del singular Ramón Franco y hasta colaborador

suyo en la republicana sublevación de diciembre de 1930[67], no era su modelo un dictador tan poco carismático, de ignoto sentido del humor y que terminaría haciendo quinielas con el seudónimo de Francisco Cofran. Edgar Neville también incluye en sus textos la exaltación de unos valores que, a veces, refleja la vaguedad acerca de lo que realmente iba a ser el régimen impuesto por los sublevados. Lejos de pensar en una dictadura militar —ni siquiera la basada en «la pura autoridad», que reclamara por entonces un envejecido y temeroso Pío Baroja—, sigue hablando de república sin cesar en sus contactos con sujetos, a veces nobles como él, que añoraban la monarquía.

Al igual que otros correligionarios, Edgar Neville imagina una «España nueva» donde, paradójicamente, todo fuera como antes. No de abril de 1931, sino de febrero de 1936, aunque con el tiempo acomodaría su opinión a la postura oficial y victoriosa. Quedaría así al margen un intervalo republicano marcado —según él— por el extremismo marxista y la insolencia de unas clases populares que habían superado los límites del decoro social. Habían intentado ser protagonistas en una obra donde habitualmente encarnaban papeles de reparto.

No obstante, en sus notas o escritos nunca se aboga por una dictadura militar como la que finalmente se impuso. Tampoco por un nacionalcatolicismo que, para un agnóstico como Edgar Neville, distaba mucho de ser motivo de entusiasmo. Ya en los años sesenta y cuando entre líneas se podía dar a entender un relativo distanciamiento de la postura oficial, haría un elogio de la dictadura de Primo de Rivera. Su amigo César González-Ruano pensaba, en 1935, que en el general se daba «el mejor atisbo de las cosas, la representación

[67] En carta a Ortega y Gasset, fechada en Culver City (California) el 14 de febrero de 1931, Edgar Neville afirma: «Cuando [Ramón] Franco y mis compañeros se internaron en Portugal, y después de cerciorarme del fracaso del movimiento (pues de lo contrario hubiera parecido 'farol'), les envié un cable ofreciéndoles dinero de que disponía para evitar que tuvieran que pedírselo a los portugueses. Franco me contestó agradeciendo la oferta, pero diciéndome que no necesitaba nada. Y ahora, cuando mi mujer al venir a reunirse conmigo, pide al Ministerio de Estado el pasaporte diplomático a que tiene derecho, el cursi de Domingo de las Bárcenas se lo niega basándose en que yo me había significado con un telegrama que había pasado al Consejo de Ministros». Su mujer no volvió a Estados Unidos, pero dos meses después era proclamada la II República y, al día siguiente, Ramón Franco entraba en Madrid procedente de París tras haber pasado unas semanas en Portugal. El héroe del Plus Ultra fue aclamado por su protagonismo en el derrocamiento de la Monarquía. Era un tipo singular con el que Edgar Neville debía hacer buenas migas.

más autóctona de las esencias y los perfiles españoles». Incluso consideraba que el Espíritu Santo se había posado sobre su nuca para «soñar en voz alta un nuevo renacimiento del mundo español». Edgar Neville nunca compartió tales sueños. Su ideal era más tangible. Los rasgos de la dictadura que subrayó y defendió implicaban un alejamiento con respecto a la mediocre e inalterable rigidez del franquismo. Si al «simpático» general procedente de Jerez y amante de las bellas mujeres le caracterizaba «una afabilidad irónica y liberal», no resulta difícil imaginar que, por contraposición, a su sucesor en las tareas de dictador le correspondían rasgos que nunca fueron comentados por Edgar Neville, al menos por escrito y acabada la guerra. Ni alabados, como un régimen que, en 1957, contraponía con «aquella dictadura inofensiva en la que cada cual podía hacer lo que quisiera sin ser molestado». No sucedía así con el franquismo. Lo supo —hasta lo comprobó con amargura en el caso de su hijo Rafael— sin que fuera necesario que se lo contaran. Y tal vez recordara con una media sonrisa lo que dejó publicado en las páginas de *Vértice*: «Franco es el sentido común. Franco modera el desenfreno. Tiene la rara virtud de enterarse de las cosas y de tener en cuenta en cada caso la opinión adversa, pulsa, mide y hace o dejar hacer lo que sea de razón».

Edgar Neville nunca rechazó, por comodidad, el concepto de dictadura. Suponía una garantía para preservar el orden social y económico. Como la religión católica, que consideraba imprescindible a pesar de su agnosticismo. No obstante, puestos a elegir, prefería el modelo dictatorial que salvaguardara una mínima libertad de acción individual y, al menos, no cayera en lo «cursi», lo demagógico y en esa mediocridad de cortos vuelos que tanto le ahogó. No soportaba a los catetos y los bienpensantes. Su amigo Agustín de Foxá afirmó: «Hagamos de España un país fascista y vayámonos a vivir al extranjero». Era una solución, para él. Edgar Neville optó por quedarse y necesitaba crear a su alrededor una atmósfera más respirable. No porque se identificara con el Dionisio Ridruejo que, en febrero de 1940, exhortaba a sus lectores a conservarse «puros e irritados, disconformes y críticos, contra el término medio y la cochambre, contra la habilidad y la transigencia, contra las tentaciones de descanso, contra el

miedo a la enemistad». Por ese camino se iba a la División Azul. El Conde de Berlanga siempre estuvo más cerca del epicureismo que de los misioneros.

Edgar Neville tampoco se identificó con otros grupos adheridos a «la Causa», pero no estaban los tiempos para matices o suspicacias. Diez años después, en un artículo publicado en *ABC* como homenaje a Agustín de Foxá, reconoce implícitamente que entre los sublevados había «los unos y los otros». Todos cedieron para oponerse a los de enfrente o «los de más allá» —¿los republicanos?— caracterizados por su intolerancia. En la España de 1949 y en público, Edgar Neville, a la hora de detectar signos de intolerancia, volvía la vista a los tiempos del Frente Popular. Lo que tenía a su alrededor, a veces con desagradables implicaciones familiares, lo dejaba para su diario personal. Nunca pudo publicarlo.

Según su diario de la guerra, parcialmente editado por Mª Luisa Burguera[68], en junio de 1937 es nombrado jefe de redacción de Radio AZ. Tal vez sea cierto. Hay testimonios de quienes le escucharon lanzando arengas. Podemos imaginarlas si leemos algunos de sus relatos de guerra y el guión de *Altavoces en el frente*. Sin embargo, en esas tempranas fechas es improbable que dicho nombramiento tuviera una cobertura oficial. Tampoco es citado por José Augusto Ventín Pereira en *La guerra de la radio (1936-1939),* donde da cuenta de sus actividades en dicha emisora de onda corta. La misma, a partir de abril de 1937, emitía desde el frente madrileño —«lugar increíble y maravilloso»— como uno de los más eficaces instrumentos de la futura «Compañía de Propaganda». En ella estaba integrado, más o menos oficialmente y con un sentido relativo de la disciplina, un Edgar Neville «encantado aquí en este ambiente confortador y optimista», según explica en la ya citada carta a Dionisio Ridruejo. Es indudable que participó en estas actividades, pero que, al mismo tiempo, de nuevo exageraría su protagonismo para hacerlo valer ante el tribunal de depuración.

[68] Solicité, en varias ocasiones, al actual propietario del manuscrito que me permitiera la consulta del diario, en realidad unas pocas hojas sueltas con notas fragmentarias, según me indicó Mª Luisa Burguera. La respuesta fue positiva, pero como en otras ocasiones me quedé a la espera de que se tradujera en algo más concreto que una promesa.

A mediados del mes de junio de 1937 el Conde de Berlanga se encuentra en Valladolid, preocupado por el avance de los republicanos en el frente de Segovia. Lo detuvo el general Varela cuando estaba a punto de llegar a La Granja, donde permanecía la madre de Edgar Neville. Esta vez no pudo ir a verla. Tenía otras obligaciones propagandísticas en el frente vasco y el día 21 de junio entró en Bilbao con las tropas nacionales. La batalla había sido muy dura y sin posibilidad de incluir arengas de ningún tipo. Supongo que su misión consistiría en la toma de imágenes de una victoria que resultaría decisiva para el desenlace de la guerra. Lo comentaría, tal vez, con Marichu de la Mora, también presente en aquellas jornadas bélicas. No quedaron reflejadas en unas memorias que tantas circunstancias habrían iluminado[69]. La elegante dama falangista, testigo directo de acontecimientos decisivos, al parecer optó por el silencio hasta su fallecimiento en el otoño de 2001. Había decidido pasar a un segundo plano, con la discreción de quien había ejercido como periodista especializada en moda y crónicas de sociedad. Su familia también prefiere y salvaguarda esta imagen, alejada de aquella camisa vieja que en su caso llevara con aire aristocrático, inalterable en unos tiempos revueltos.

¿Cómo compaginaba Edgar Neville esta presencia en diferentes ciudades con las emisiones radiofónicas en el frente madrileño? Nunca estuvo verdaderamente militarizado y sujeto a la disciplina de una unidad. Le llamaban de manera intermitente para realizar misiones propagandísticas y cinematográficas. Su obligación era permanecer disponible. En cualquier caso, aprovecha la circunstancia de encontrarse en Bilbao para, con una sorprendente libertad de movimientos subrayada en los informes confidenciales de la policía, pasar la frontera y trasladarse a San Juan de Luz. Allí se reencontró con su nunca olvidada Conchita Montes, que no le había podido acompañar por carecer todavía de salvoconducto y trataba de compensar la ausencia con numerosas cartas. Siempre emprendedor, Edgar Neville tuvo tiempo de abrir en la localidad

[69] Me lo confirmó Jaime Chávarri, su hijo. Otros familiares de Marichu de la Mora no me contestaron. ¿De verdad no dejó nada por escrito acerca de su pasado? Algo similar me ha ocurrido al intentar indagar en los episodios de la guerra vividos por Conchita Montes. Quienes la conocieron muy directamente y se mostraron dispuestos a colaborar en mi trabajo cayeron en un mutismo absoluto cuando les pregunté al respecto. Todos preferían conservar una imagen más atractiva y homogénea de estas damas.

fronteriza una pensión, sin derecho a desayuno, ni comida, ni cena. Sus clientes eran los españoles que estaban a la espera del salvoconducto expedido por las autoridades del bando sublevado. Al frente de la misma quedó quien todavía era conocida como Conchita Carro. Nunca recordó en público o por escrito este episodio. Hablar de lo sucedido en la pensión no era propio de una dama de la alta comedia.

Edgar Neville deja solucionados los problemas de intendencia de su amante y se reincorpora al frente cercano a Madrid. El 22 de julio le encontramos en Toledo, aunque, en su continuo ir y venir por la España nacional, justo un mes después se traslada a San Sebastián. Contactaría con numerosos colegas que, como él, estaban impulsando diferentes publicaciones editadas —y bien pagadas— en la que sería capital cultural del bando sublevado: «Aquí [San Sebastián] la vida es interesante porque están las embajadas, los actores, los toreros y literatos de Madrid. En realidad, es Madrid al borde del mar» (Agustín de Foxá, 31-X-38). Edgar Neville llegó a decir, en febrero de 1938, que «en Prensa y Propaganda» le habían encargado la dirección de *La Ametralladora*, la brillante revista de humor en la que terminaría colaborando bajo la dirección de un sorprendido Miguel Mihura. El autor de *Tres sombreros de copa* estaba mejor que con el Frente Popular, que le había obligado a presentarse en su burocrático puesto de los Jurados Mixtos del Ministerio de Trabajo. Por un sueldo de ciento cincuenta pesetas, hasta entonces cobrado sin aparecer por tan tristes dependencias ministeriales. Otros detalles similares le condujeron a una conclusión: «Comprendí que la zona roja no nos iba ni a España ni a nosotros, los españoles. Y entonces, yo me dije: 'Estos señores que se vayan a hacer puñetas. No me interesan y me voy con los otros'». Con estos últimos, y una vez provisto del correspondiente carné falangista, cobraba setecientas cincuenta pesetas como director de *La Ametralladora*.

Edgar Neville tenía durante su estancia en San Sebastián otras preocupaciones más personales que las del lanzamiento de una revista, tal y como refleja en su diario. En la capital donostiarra permanecía su esposa. Mantuvo una larga entrevista con ella y acordaron, para cuando terminara la guerra, el divorcio. ¿De mutuo acuerdo, como afirma en una anotación?

Imposible saberlo con seguridad. Ella seguía enamorada y hasta celosa, al menos así la podemos imaginar a partir de varias referencias y testimonios. Él ya había dejado atrás ese amor, aunque nunca terminara de romper con el mismo. Tal vez porque quedaban algunos rescoldos, dos hijos e intereses comunes. En cualquier caso, tras la entrevista se siente esperanzado con la perspectiva del divorcio como solución. Se seguiría manifestando partidario de esta opción durante el franquismo: siempre la consideró más civilizada que el espectáculo de una convivencia imposible.

Tras el encuentro en San Sebastián, Edgar Neville también se siente emocionado por la serena actitud de Angelita. Confía en que el acuerdo adoptado sirva para la felicidad de ambos, sin hacer referencia a los dos hijos que, después de pasar una temporada en Sevilla, se encontraban internos con los jesuitas en un colegio de Villafranca de los Barros (Badajoz):

> En San Sebastián encontré a Angelita. Dramática y sencilla conversación a la luz de la luna. Apenas hubo cargos, decidimos el divorcio de común acuerdo al terminar la guerra. Quedé muy impresionado y conmovido. ¡Qué triste es llegar a estas situaciones!

El acuerdo de divorcio no sólo fue fruto de esa reunión. El 29 de noviembre de 1936, en un pliego de escribir del Hotel Inglaterra, en la sevillana Plaza de San Fernando, Ángeles Rubio-Argüelles, que ya es plenamente consciente de la relación de su marido con Conchita Montes, redacta una carta en la que acepta su insistente petición de separarse: «Desde ahora, puedes sentirte completamente libre de compromiso conmigo y vivir *fair* (A tu modo)». Fue transcrita por Jesús García de Dueñas, pero no me han permitido consultar el original, como otros documentos que probablemente sigan en poder de José Luis Borau tras sus entrevistas con la mujer y uno de los hijos de Edgar Neville, realizadas con motivo del libro que dedicó a Henri d'Abbadie d'Arrast[70].

Mientras tanto, la guerra continúa con su sucesión de conflictos, los del frente y los personales. Edgar Neville se dirige a Salamanca y vuelve a su casa de La Granja para visitar de nuevo a su madre, cuya generosa ayuda era

[70] El 13 de mayo de 2006 tuve la oportunidad de hablar con José Luis Borau. Negó que estuvieran en su poder estos documentos y afirmó que los tendría Mª Luisa Burguera, que a su vez me había comunicado que no había conservado copia alguna de los documentos utilizados en sus

necesaria para afrontar unos gastos superiores a lo que, de manera esporádica, recibía por su labor en la «Compañía de Propaganda». Una semana después, el 29 de agosto, se encuentra en Brunete, cuya cruenta batalla se había iniciado en julio tras la ofensiva de las tropas republicanas. Cerca de cuarenta mil hombres habían muerto. Edgar Neville no sintió o no pudo dar cuenta de semejante horror. Levanta testimonio, de acuerdo con las instrucciones recibidas, a favor de quienes derogaron la ley del divorcio como una de sus primeras medidas. Paradojas de la vida. Las soportaría con humor el elegante combatiente, que fecha en francés las anotaciones de su diario y manifiesta que «Uno de los motivos que ha tenido mi subconsciente en ir a la guerra es la esperanza de conquistar como botín grandes latas de caviar Romanoff Beluga». La preocupación de su amigo Agustín de Foxá por aquel entonces, si nos fiamos de un diario repleto de exquisitas referencias gastronómicas, era encontrar cada día un champán muy frío para acompañar a un raro y memorable caviar de alguna república soviética. No tengo noticias de que lo vendido al gobierno español incluyera tan delicado manjar, añorado por quienes admiraban la sabiduría gastronómica de Julio Camba y permanecían indiferentes a un hambre que, no por real, dejaba de parecerles una impertinencia de la literatura social.

En Brunete, cuando las posiciones de ambos bandos se habían estabilizado tras el fragor de la batalla, Edgar Neville no tendría demasiado tiempo para estos placeres, que tanto sorprendieron al más sobrio Dionisio Ridruejo. Hacía mucho calor, incluso para sobrevivir después del pánico. Su misión era remachar la victoria bélica, todavía precaria, con la propagandística. Aparte de otras tareas, tomó notas para escribir el relato titulado *Las muchachas de Brunete*, también publicado en *Vértice* (julio, 1938). Las protagonistas son dos enfermeras falangistas: señoritas elegantes, cultas y bellas, que caen prisioneras de «Los hijos de Lenin» durante la ofensiva republicana. Se basa en un episodio real protagonizado por las hermanas Mª Luisa y Mª Isabel Larios, a las que se impuso, todavía en guerra, la Cruz del Mérito Militar después de ser supuestamente liberadas por las tropas del general Franco. Eran «aquellas

---

investigaciones. ¿Quién los tendrá? ¿Es habitual tirar a la papelera lo que tan difícil resulta de conseguir?

muchachas hechas al lujo y a la vida fácil que en el momento solemne para su Patria lo habían abandonado todo para ir a trabajar de sol a sol».

Edgar Neville tenía motivos personales para comprender esa decisión, pues conocía a las hermanas Larios, hijas de los marqueses malagueños en cuya casa de Hendaya se había entrevistado con un representante de la Junta de Burgos cuando salió de España, en septiembre de 1936[71]. Formaban parte del círculo social en el que había alternado en compañía de su esposa y, llegado el momento, asumió con entusiasmo la tarea de exaltar el valor de unas heroínas del «señorío español» que le resultaban próximas.

Edgar Neville tal vez concibiera este relato como réplica propagandística a un documental republicano titulado *Nuestros prisioneros* (1937)[72], que presentaba a la enfermera Mª Luisa Larios explicando el buen trato recibido tras haber sido capturada. Con este objetivo ya su amigo Agustín de Foxá había publicado «Dos muchachas de Brunete» en el nº 1 de *Y* (feb., 1938; reed. *Arriba España*, Pamplona, 18-IX-1938), donde podemos ver las fotos de las guapas hermanas Larios, que como tales pronto se convertirían en un disputado reclamo propagandístico.

El relato de Edgar Neville utiliza el previsible maniqueísmo, el de la supuesta y exclusiva lucha entre los falangistas y los comunistas. Un fondo político, no tan alejado de lo sucedido en aquella ocasión, que a veces deja en primer plano una historia galante muy del gusto de las películas propagandísticas de la inmediata posguerra. Lo verdaderamente ajeno a la realidad de los hechos fue el desenlace. En el relato, las hermanas son canjeadas en Valencia por un prisionero republicano. Evitan así la inminente ejecución. La intervención de un oficial soviético resulta decisiva. Se trata de Bakanik, un noble y apuesto galán que no ceja en su denuncia de las contradicciones y los peligros del comunismo, del que acaba huyendo en el mismo barco que las falangistas. Lo sucedido fue distinto, pues la liberación se produjo gracias a un canje por varios prisioneros republicanos, que no se apresuraron a refugiarse en una embajada —como hace

[71] Creo que, al menos, hay una tercera hermana, Irene Larios, que se encontraba en la Salamanca de principios de la guerra colaborando con Marichu de la Mora.
[72] Sólo se conserva la versión francesa: *Nos prisonniers*. No hay constancia del título de la versión original en castellano.

el que aparece en el relato— y permanecían encerrados en las cárceles franquistas cuando, en 1941, se reeditó *Las muchachas de Brunete*.

Una posibilidad que, como era previsible, ni se apunta en un relato de clara intención propagandística donde el proceso del canje queda reducido al mínimo, como si se temiera un menoscabo de la condición heroica de las protagonistas. Agustín de Foxá en su citado artículo fue más claro dentro de lo escueto: «Y las vuelven a Valencia. Después, la negociación, el canje. Y un barco que se lleva a las dos hermanas sobre la alegría libre del mar».

El relatado episodio era una golosina para los aparatos de propaganda. Es obvio, por otra parte, que ambos bandos pretendieron rentabilizar el caso de estas mujeres, que acabarían en un acomodado anonimato poco después de un fugaz protagonismo. Tendrían ocasiones en Málaga para comentarlo con Edgar Neville y hasta para preguntarle por aquel ficticio oficial soviético, tan peculiar y galante. Más sugerente, por supuesto, que unos prisioneros republicanos procedentes de Cádiz. Algunos de ellos eran, además, obreros y sindicalistas. No se les podría presentar como a Don Pedro Hambre: «Se adivinaba por su trato afable y educado que no era un rojo».

La participación del citado oficial soviético no fue la única aportación original en un relato marcado por lo propagandístico. Edgar Neville, en su afán de ampliar la base social y política de los sublevados para normalizar una situación como la suya, radicalizó la oposición entre el general Miaja y el líder socialista Indalecio Prieto. Hasta tal punto que «Don Inda», como era conocido quien tanta popularidad alcanzara en el Madrid anterior a la guerra, casi se muestra partidario de los sublevados:

> En el campo enemigo hay una presencia inmaterial de un futuro, hay una idea que ya es común al aristócrata, al hombre de carrera y al proletario. De otro modo no estarían muriendo juntos en las trincheras. Ellos se baten, no por el pasado, se baten por un porvenir que han adivinado.

El líder de la facción moderada del PSOE y José Antonio Primo de Rivera mantuvieron una buena relación mutua, incluso publicaron elogiosas palabras el uno del otro. Es cierto que Indalecio Prieto lamentó no haber apreciado a tiempo elementos comunes con sus adversarios que podrían haber evitado la guerra, pero sus matizadas opiniones distan mucho de coincidir con lo imaginado por Edgar Neville. Y, por supuesto, nunca tuvo la oportunidad de alegar estas supuestas palabras suyas para evitar correr la misma suerte que tantos otros

republicanos. Murió exiliado en México, en 1962. La Victoria también excluyó a quien, según nos recuerda Edgar Neville, estaba dispuesto a comprender a los vencedores[73]. Esta actitud tan violenta como ajena a cualquier tipo de reconciliación ya se pudo comprobar, mucho antes, en el significativo caso de Julián Besteiro.

Tras realizar las tareas propagandísticas en el frente de Brunete, es probable que en septiembre de 1937 Edgar Neville volviera a París. Algunos envidiarían su suerte, sobre todo porque lo hacía por motivos personales relacionados con las continuas cartas que recibía de Conchita Montes, con quien por entonces planea una boda que nunca pudo tener lugar. ¿Aprovechó aquella visita para realizar otras misiones? Lo dudo, puesto que las habría incluido en sus informes ante la comisión de depuración. El 26 de noviembre ya se ha reincorporado al frente de Madrid, desde donde escribe a su admirado amigo José Ortega y Gasset, que había dejado en la capital francesa. Le anuncia la, según él, inminente entrada de las tropas en la capital:

> Espero que esta carta le llegue cuando los diarios voceen nuestras primeras victorias de la gran victoria final y que le encuentren a usted sano y en buen equilibrio como un personaje de Velázquez, y sepa usted que entre la avalancha de los que entraremos en Madrid portaremos como un guión su recuerdo, su presencia de madrileño y que así lo haremos constar a las calles y plazuelas de nuestra ciudad para que no puedan creer que la olvidó usted en el gran día de su liberación (Fundación Ortega y Gasset).

¿Soñaba Edgar Neville con esa futura gloria, tan inconsciente era de la realidad? ¿Cuántas veces recordaría estas palabras hasta que el filósofo pudo, por fin, regresar en 1945 sumido en el silencio de una forzada discreción? ¿Qué le contaría en aquellas otras cartas hoy en paradero desconocido al margen de las doce conservadas en la Fundación Ortega y Gasset? ¿Cuál fue la respuesta de Don José? ¿Se consideraba «un guión» de los que iban a entrar en Madrid? ¿Se sintió molesto o inquieto ante la rendida admiración de su amigo?

Poco después, el 9 de diciembre de 1937, se redacta la ficha policial de Edgar Neville ya citada. A pesar de los méritos acumulados, sigue mostrando recelos hacia un diplomático que en 1938 tuvo que superar nuevas pruebas,

[73] Durante la posguerra, Edgar Neville tendría oportunidad de hablar sobre la actitud de Indalecio Prieto con el escultor Sebastián Miranda, amigo de ambos y uno de los sujetos de un restringido círculo que, en la España de los cincuenta, manifestó respeto por el líder socialista.

algunas particularmente desagradables por afectar a una Conchita Montes que también se cartearía con Don José.

VIII. De la pensión al convento: el caso de Conchita Montes

En enero de 1938, Edgar Neville cruza de nuevo la frontera y se encuentra con su amante en San Juan de Luz, donde regentaba la ya aludida pensión para ganarse la vida. Todo apunta a que, una vez asentada su posición entre los sublevados, el inquieto y enamorado conde había iniciado las gestiones para que ella obtuviera un salvoconducto que le permitiera regresar a la zona nacional. La joven universitaria se sentía republicana, pero sólo había publicado antes de la guerra algunas críticas cinematográficas en *El Diario de Madrid.* Concretamente, durante el curso académico 1934-1935, que compaginaría con una actividad en la que como mujer fue pionera. Edgar Neville y ella eran los encargados de una sección por la que desfilan los estrenos de la temporada, comentados con ingenio y humor[74]. También con un claro y renovado sentido del cine que defendían frente a lo insulso, cursi y gazmoño. Por otra parte, dada su edad, es dudoso que Concepción Carro hubiera intervenido en actividades políticas de cierto relieve. Poco importaba, eran tiempos de recelo en los que cualquier acusación, más o menos probada, podía acarrear consecuencias nefastas.

Así sucedió cuando el 7 de mayo de 1937 Conchita Montes y una amiga común, la también atractiva y elegante Carmen Yebes —nuera del Conde de Romanones, contertulia de La Granja del Henar y bien relacionada con Edgar Neville desde que coincidieran en Hollywood—, son detenidas en Irún. Si es cierto lo apuntado por Agustín de Foxá en su diario, el 14 de noviembre de 1936 Carmen Yebes ya había estado presa en un convento de San Sebastián (*OO.CC.*, III, 676). Puede ser un error del editor o un caso verdaderamente singular. Nunca lo aclaró quien, en realidad, se llamaba Carmen Muñoz Roca Tallada. Amiga de intelectuales como Ortega, Marañón y Marichalar, fue una de las mujeres que destacaron en los medios culturales del Madrid de la Monarquía,

[74] Valga, como ejemplo, la reseña firmada por Edgar Neville del documental desnudista titulado *Elysia*, que aborda la vida en una colonia desnudista californiana: «En ella se muestra la vida apacible que disfrutan los que, huyendo de la civilización, se reduyen en una finca, se desnudan y, sin un mal pensamiento, se ponen a jugar a la pelota y a columpiarse. Esta es la parte que nos hace estar disconformes con el naturismo; nos parece que cuando se ha logrado reunir en una finca una serie de amigos sin ropa, entre los cuales descuellan algunas jóvenes bellas, es un poco pueril y poco naturista el ponerse a jugar a la pelota» (26-III-1935).

la República y la posguerra. Su sentido de la independencia —criticado en los círculos sociales donde se desenvolvía— y belleza deslumbraron a destacados aristócratas, incluso al propio José Antonio Primo de Rivera, que conocería el espíritu republicano de aquella admirada mujer que le gustaba «más que el arroz con leche». También formó parte de la cohorte decorativa que rodeaba a un José Ortega y Gasset siempre hábil en su selectiva proyección social.

Suponemos que la detención de Conchita Montes y Carmen Yebes se produjo al regresar a España en compañía de un Edgar Neville que, inmediatamente, se traslada a San Sebastián. Allí mueve sus influencias, recurre a sus amigos y hace todo lo posible para conseguir la libertad de su amante, que junto a la citada amiga permanecía encerrada en un convento. Quince días después parece que la pesadilla va a terminar, de acuerdo con las anotaciones de su diario. Sus esperanzas se frustran y decide marcharse a Burgos para intentarlo ante las más altas instancias de la Junta. Por fin, el 21 de junio el juez opta por el sobreseimiento de la causa. Conchita Montes sale en libertad —desconozco lo que pasó con Carmen Yebes, nada grave en cualquier caso a pesar de la posible reiteración en el «delito»— y se une a Edgar Neville. En esas mismas fechas, ya está escribiendo *Frente de Madrid,* donde la intención propagandística es compatible con el amor del protagonista, dispuesto a cualquier sacrificio y al heroísmo con tal de reencontrarse con su novia. El enamorado autor nunca dejó de contarnos su vida y, por aquel entonces, la misma tenía los elementos propios de una galante novela de aventuras.

¿Cuál fue el motivo de la causa abierta contra Conchita Montes? Según Isabel Vigiola, secretaria de Edgar Neville desde 1947, «era muy republicana, presumía de ello». Permaneció fiel a su republicanismo hasta la muerte, incluso cuando alternaba en círculos aristocráticos que la admitieron a pesar de su fama de «rojilla». Conchita Montes recordaba, en la intimidad de la amistad, el episodio de San Sebastián con amargura y, según el mismo testimonio, se quejaba «de lo mal que se había portado fulanito, y que fulanita era una tal, y que Franco ni te digo». Descartado un interés personal del «Caudillo» por el tema, ¿acusaba en realidad a «fulanito y fulanita» o daba nombres reales que han sido ocultados por la discreta Isabel Vigiola? Mis reiteradas preguntas en este sentido han quedado

sin respuesta por parte de una antigua secretaria que todavía podría aportar datos interesantes. Ha optado por el silencio. Esperemos que, al menos, algún día hable por su cuenta para dar su versión de los hechos.

Santiago Neville Rubio-Argüelles, en la entrevista concedida a Jesús García de Dueñas, afirma que Conchita Montes había entrado en la cárcel «porque decía Franco que era mala». Suena ingenuo, pero tal vez se lo oyera decir a su padre en similares términos. No fueron los utilizados por Edgar Neville en una carta que, desde Sevilla, manda a Dionisio Ridruejo el 17 de octubre de 1938: «Como verás, no se resignan a tener que dejar en paz a la pobre C[onchita] y ahora, al aceptar el sobreseimiento del juez quieren imponerle el no vivir en S[an] S[ebastián]». Le pide su aval y el de Eugenio Montes para que la dejen permanecer allí, pues ha encontrado un empleo en la capital donostiarra. «Una ciudad hospitalaria... todo sonríe al viajero, todo está dispuesto para acogerlo y hacerle grata la estancia», según se decía en *Domingo* (nº 14, 23-III-1937). En cuanto a la causa, el sobreseimiento no supondría una total aclaración, pues le explica que sólo podrá probar la inocencia de Conchita Montes cuando entren en Madrid: «Los puntos que quedan por aclarar cuando la toma de Madrid serán por otra parte aclarados en veinticuatro horas del modo más favorable, pero es natural que no quieran, ahí [San Sebastián], parecer benévolos...». No aclaró nada[75]. Edgar Neville estaba en Roma cuando las tropas de Franco entraron en la capital y se apresuró a conseguir un contrato cinematográfico para Conchita Montes. Debutó así en Italia como actriz, pero tal vez consiguió también que la lejanía y el tiempo diluyeran una causa que le amargó durante la guerra.

Conchita Montes seguirá la senda de su enamorado compañero y también deberá iniciar sus tareas de expiación y olvido. Las mismas incluyen el silencio sobre su detención, ocultada por razones obvias en varias entrevistas donde alude a las peripecias acaecidas durante la guerra. En una publicada en *Primer Plano,* «Conchita Montes y su vida en un guión rápido» (1944), explica que consiguió salir del Madrid republicano y reunirse con Edgar Neville en París

[75] Una hipótesis es que, al referirse a Madrid, Edgar Neville en realidad hable del Palacio de Santa Cruz, sede de un Ministerio donde podría estar la documentación relacionada con la acusación vertida contra Conchita Montes. ¿Tal vez el uso de un pasaporte diplomático emitido por la República? La carta se conserva en el Archivo de la Guerra (Salamanca), R 5910, caja 28, f. 359..

gracias a un contrato imaginario proporcionado por Marcel Achard. Es posible; esa estratagema fue a menudo utilizada por autores e intérpretes para escapar de la guerra. Hay, no obstante, dos inconvenientes: la joven licenciada en Derecho no tenía antecedentes profesionales como actriz o escritora para justificar la llamada del dramaturgo francés y, por otra parte, su amante ya se había declarado enemigo de la República. ¿Nadie tuvo en cuenta estas circunstancias? ¿Tan benevolentes fueron las autoridades de Madrid? ¿Con qué pasaporte había salido de España, con uno diplomático emitido por la República?

Más adelante y en la misma entrevista, Conchita Montes cita los lugares que jalonaron su «vagabundaje»: París, Londres, Bélgica, San Juan de Luz y San Sebastián. Olvida indicar que dicho «vagabundaje» en la capital vasca resultó entretenido: cócteles, excursiones y reuniones de aristócratas y falangistas... de acuerdo con lo anotado por Agustín de Foxá en su diario, donde ella aparece como Conchita Cano por error del anónimo editor que, tal vez, también actuara como censor. El aludido contrato sólo le pudo llegar a principios de 1937, cuando Edgar Neville estaba trabajando con su colega francés y ya había sido separado de la carrera diplomática. ¿Para qué fueron a Londres, donde carecían de apoyos familiares o personales? Recordemos que los nacionales no le habían encomendado ninguna misión y se habían desentendido de él. Lo lógico es que se quedaran en aquellos lugares donde podían recabar apoyos a la espera de un salvoconducto. La referencia a Londres, por lo tanto, puede haber sido un lapsus de Conchita Montes, que probablemente estuvo allí con Edgar Neville durante el último trimestre de 1936, sin mediar un contrato o algo similar. Por otra parte, ¿por qué no regresó a España con él y se quedó tan cerca de la frontera? ¿Por haber salido de la zona republicana con un contrato artístico, como tantos otros que volvieron sin problemas? Cuesta creerlo, pero la elegante Conchita Montes tuvo que cultivar la discreción y el silencio: ocultó para siempre episodios que le resultaron desagradables y hasta peligrosos. No fue la única, incluso setenta años después. Algunos piensan que la memoria de la actriz no debe ser empañada por lo sucedido durante la guerra. Y guardan silencio. Están en su derecho, como quienes creemos que resulta difícil mantenerse sin mácula en una

contienda de este tipo, tan dañina para el prestigio y el recuerdo de la mayoría de sus protagonistas.

La joven licenciada en Derecho carece de experiencia literaria cuando comienza la guerra, pero comparte con Edgar Neville un ánimo decidido que le permite afrontar cualquier situación. También imaginar, de manera favorable para sus intereses, un pasado inmediato. En la misma entrevista afirma:

> Ya en San Sebastián, cada vez más fuera del remolino, empecé a sosegarme y a volver otra vez a mi antigua afición: escribir. *Vértice* me publicó un cuento y cuando iba a enorgullecerme terminó la guerra y ya no tuve tiempo. Dominada por tantas emociones no tenía sitio para el orgullo. Tres meses escasos tuve para recobrar sentimentalmente Madrid, calle por calle, rincón por rincón, y en seguida me llegó un contrato, como escritora de la Casa Bassoli, de Roma, para hacer la labor preparatoria del guión de *Frente de Madrid*.

El «sosiego» en San Sebastián tal vez le viniera de tener que vivir, durante una temporada, interna en el Servicio Doméstico y en compañía de unas monjas que buscaban criadas para las casas de la buena sociedad. Era una humillante forma de cubrir las apariencias. Sabía que, en cualquier momento, el juez podía reabrir la causa. Edgar ocupaba una habitación de hotel cuando estaba en la capital donostiarra y ella permanecía en el Servicio Doméstico. Había que evitar el escándalo, uno de los posibles motivos de la denuncia que la llevó a la reclusión.

Ignoramos si la escritura era la «antigua afición» de la joven Conchita Montes, pero es obvio que el encargo de *Vértice* —el «empleo» al que se alude en la carta a Dionisio Ridruejo— le llegó oportunamente de la mano de Edgar Neville. Al igual que la llamada desde Roma, adonde en abril de 1939 había acudido su amante para colaborar con la productora de los hermanos Bassoli. Tal vez recibiera un contrato como «escritora», pero era el resultado de las gestiones de quien buscaba por todos los medios reencontrarse con ella y sacarla de Madrid. De hecho, no escribió una sola línea de un guión ya redactado a su llegada y acabó debutando como actriz en Italia, gracias de nuevo a la arrolladora simpatía de un Edgar Neville hábil en cualquier tipo de negociación.

En cuanto al texto aludido en la entrevista de *Primer Plano*, se trata de la novela breve *Paco y las duquesas*, publicada en abril de 1939 dentro de la

colección La Novela de *Vértice*. El protagonista es «el nieto de la prendera». Vive obsesionado por alternar con la nobleza, a la que ve muy distante hasta que llega la guerra civil: «Desde entonces, movido por una especie de locura, de afán de superar su propia marca de humanitarismo, no vivió sino para salvar gente y no dormía tranquilo el día que no conseguía librar a alguna persona de la garra marxista.»

Esta voluntad permite al protagonista, por fin, alternar con quienes tanto admiraba y ahora se encuentran en una difícil situación, recluidos en embajadas desde donde le encargan los más diversos y arriesgados cometidos. Paco Ruiz los afronta con valentía y satisfacción, encantado con la posibilidad de estar tan cerca de «la aristocracia, ese grupo selecto por pertenecer al cual hubiera dado todo». Y a fe que lo dio. Es interceptado por los milicianos y, cuando desaparece de su mente la imagen de «las duquesas» y comprende que va a morir, inicia una última carrera en busca de su abuela, «la señora Cecilia, la única que le podía salvar». Todo es inútil. Dos balas en la espalda y una en la cabeza sellan el final de quien es rodeado por vecinas y porteras:

— ¿Han matado a un señorito? —preguntó una.
— ¡Qué va! —contestó otra. Al nieto de la prendera...

Conchita Carro manifiesta un peculiar concepto de la propaganda. El relato apunta lo absurdo del sacrificio de un ingenuo, manipulado por una aristocracia cuya imagen sólo compartirían los más radicales falangistas dentro del bando nacional. Aquellos que se empeñaban en hablar de la revolución y despreciaban a las derechas. Poco importaría. Al menos en los meses de la Victoria, que acabaría clarificando el verdadero sentido de la sublevación de 1936. Cuando salió publicada la novelita, Edgar se encontraba en Roma y Conchita a punto de seguir el mismo camino para emprender una nueva aventura. Ambos, pasados los años, olvidarán unas obras cuya motivación no les traería buenos recuerdos. Tampoco deseaban que sus nombres quedaran asociados a los inicios de un régimen que, sobre todo a ella, les molestaría por su mediocridad. Puestos a evocar, un enamorado Edgar Neville convertiría a su pareja en «La niña de la calle del Arenal», que con sus hermosos ojos vio cruzar a un joven [el propio

autor] en moto[76]. Un encuentro azaroso que depararía insospechadas implicaciones y otros homenajes como *El baile*. De nuevo el destino está sujeto al azar, sobre todo cuando es fruto de una lectura tan selectiva e intencionada a la búsqueda de la felicidad[77].

[76] *La niña de la calle del Arenal* (1953) es un delicioso relato autobiográfico centrado en el final de la adolescencia y el principio de la juventud que Edgar Neville vivió en su *belle époque*, compartida con amigos dispuestos a emprender sus primeras aventuras amorosas, protagonizar algunas picardías y bailar en las academias de varietés o en los tes organizados en los salones de los más selectos hoteles.

[77] El mejor ejemplo, desde un punto de vista literario, de esa búsqueda es *Calle Mayor*, otro de los relatos de la guerra que evidencia la capacidad de Edgar Neville para sortear las exigencias de lo propagandístico y crear un hermoso texto.

IX. Edgar Neville, propagandista al servicio del bando nacional

Retrocedamos, de nuevo, en el tiempo. Edgar Neville pasa el resto del verano de 1938 escribiendo artículos y relatos con la rapidez que siempre le caracterizó y, a veces, le perjudicó. Nunca tuvo paciencia para depurar sus propios textos: «Soy un hombre que me gustaría haber terminado el trabajo que aún no he empezado». Lo incorrecto de la frase pone en evidencia el problema de muchas de sus obras, carentes de una revisión estilística para la que nunca tenía tiempo. Confiaba en los correctores de las editoriales, como también lo haría en los montadores de sus películas. Mientras escribe dichos relatos, continúa su tarea cinematográfica en la «Compañía de Propaganda», donde gozaba de una considerable libertad de acción gracias al apoyo de Dionisio Ridruejo, cuya influencia en su trayectoria resultó decisiva hasta el final de la guerra. Más tarde encontraría la ocasión de devolverle parte de los favores.

Algunos de los artículos arriba indicados fueron publicados durante 1938 en la revista *Y*, editada por la Sección Femenina bajo la dirección de su amiga Marichu de la Mora, por entonces Delegada General de Prensa y Propaganda. Su origen responde al deseo de Pilar Primo de Rivera de contar con una publicación paralela a *Vértice.* Algunos de los más destacados colaboradores simultanearon sus trabajos en ambas: Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Eugenio D'Ors, Concha Espina... y el propio Edgar Neville. Su objetivo era la exaltación del modelo de mujer falangista, nítido a pesar de la peculiar retórica que invadía textos como el editorial programático de *Y*:

> Con la escueta soledad de una inicial signamos nuestra obra; con esta Y que tiene la forma de un árbol fecundo. Es la Y que, sobre árboles de Castilla, atravesó los mares y puso entre dos continentes su conjunción, su atadura, para resolver medio planeta en la unidad del Imperio. Es la Y de Isabel, materna fundadora, por la que Fernando tomó el yugo, símbolo también de conjunción, símbolo matrimonial y disciplinario de su gobierno, mientras quedaban para Isabel las flechas de la F, viril, bien trabadas en haz, a un tiempo conciliadas y ofensivas.

¿Captaría entonces Edgar Neville aquella doctrina que su amiga le había intentado explicar unos días antes de empezar la guerra? No creo. Ni siquiera prestaría atención a estos retóricos textos. Más sugerente era la estética nazi de una revista femenina que incluía las habituales secciones de tales publicaciones: consultorios, horóscopos, consejos de belleza, hogar y decoración —«Sobre las ruinas marxistas edifiquemos nuestra casa»—, moda —«¿Sabes cómo aprovechar un vestido pasado de moda?»—, floricultura... En vez de mostrar la casa de algún famoso actor, edita un reportaje sobre la del Führer en los Alpes bávaros y nos invita a conocer al «Mussolini íntimo». Colaboradores como Felipe Fernández Armesto escriben artículos que rebosan admiración: «Yo he visto al Führer acariciar los niños». También encontramos entrevistas a las esposas, en este caso de los generales. La sección se titula «¿Qué hacía usted mientras su marido se alzaba en armas?».

En esta revista femenina publicada en plena contienda no podían faltar las «mujeres desesperadas». Leamos parte de la carta firmada por una de ellas:

> Me encuentro desesperada sin encontrar solución a un problema que me absorbe casi todo el día. ¿Qué haré yo para quitarme el bigote, hacer que desaparezcan los puntos negros, que tan fea hacen mi nariz y no tener granos? No tardéis en contestarme, pues mi desesperación aumenta por minutos (nº 3, abril 1938).

Edgar Neville no era el encargado de responder a las desesperadas lectoras, tarea que en 1940 sería asumida de manera anónima por Camilo José Cela. Tampoco Miguel Mihura, Enrique Jardiel Poncela, Samuel Ros, Álvaro Cunqueiro, Agustín de Foxá, Antonio Tovar, Gerardo Diego y otros destacados colaboradores de una revista que se publicó hasta después de finalizada la II Guerra Mundial. Sus artículos no suelen ser citados por quienes se ocupan de dichos autores y los arriba citados. A veces, merecería la pena. Podemos descubrir, por ejemplo, a un agresivo Enrique Jardiel Poncela que, en «Mujeres verdes, mujeres rojas, mujeres lilas, mujeres grises y mujeres azules» (nº 6-7), añade a su habitual misoginia un durísimo ataque contra las republicanas, presentadas como caricaturas de todos los defectos imaginables frente a la modélica belleza de la «mujer azul».

Edgar Neville nunca cae en estos excesos. Su primera colaboración es el artículo «Las futuras películas españolas» (nº 2, marzo, 1938). Con su habitual humor y ajeno a la retórica falangista, imagina cómo se harán las películas sobre la guerra[78]:

> Preparémonos a ver lugares comunes sobre esta guerra, abramos nuestra sonrisa, no nos enfademos demasiado, porque junto a ellos apuntarán otros temas, tan fuertes, tan magníficos como lo es nuestra gesta, y ellos harán que por primera vez el cine español entre en un gran camino que le conducirá a la altura que le merece.
> Ahora *vivamos* los argumentos.

El propio Edgar Neville estaba *viviendo* el argumento de *Frente de Madrid*, con la esperanza de que pronto se haría realidad. También la tendría para un cine español que, según declarará en varias entrevistas publicadas durante la inmediata posguerra, deseaba ver salir de la mediocridad y «la pobretería». Mientras tanto, alguien le indicaría que en *Y* era preciso utilizar un tono más propagandístico. Su siguiente artículo es «Cartas a las camaradas» (nº 5, junio, 1938). Con retórica de tribuno que en otra época le habría hecho sonreír, empieza así: «¡Qué tremenda tarea la de las mujeres de la nueva España! ¡Qué gloriosa y difícil tarea!». Se trata nada menos que de educar al país, en lo más complicado, en lo que permanece al margen de los libros de texto. A diferencia del marxismo, que «es la masa de los mediocres», donde «el que sobresale, se ahoga», las mujeres imbuidas del ideario falangista son las encargadas de educar a «una masa de seres excepcionales». El objetivo es formar una nueva generación que haga fértil el sacrificio de los hombres en el campo de batalla. Para conseguirlo deben ser cultas, refinadas, elegantes, sonrientes...; artistas capaces de hundir «en el olvido todos los prejuicios estúpidos de una época lamentable». Incluso deberán hacer «una cruzada nacional contra el chisme, contra la calumnia, contra el meterse en la vida privada del prójimo». Y, por supuesto, «no vestirse de 'señora española' que va a un pésame en cuanto lleguéis a los cuarenta». Es verdad que, en la misma revista, Agustín de Foxá afirma que su amigo José Antonio soñaba con «una España alegre y faldicorta»

[78] Esta preocupación es compartida por Javier Navarro, el protagonista de *Frente de Madrid*, que imagina con ironía cómo rodarían en Hollywood las futuras películas sobre la guerra civil (1941:34-5).

(nº 10), de acuerdo con un testimonio que también recogió F. Ximénez de Sandoval en su hagiografía del líder falangista. Era un sueño común. Pronto recurrirían a él para sobrevivir al modelo femenino impuesto por la dictadura del cuartel y la sacristía —el de «esas mujeres que van por las calles como amortajadas»— que el autor rechaza en su artículo.

Edgar Neville no era un escritor proclive al insulto personalizado, pero en plena efervescencia de su militancia falangista publicó «Margarita Nelken o la maldad» (nº 8, septiembre, 1938), donde atribuye «una cursilería emponzoñada» a la diputada izquierdista y ferviente defensora del régimen soviético. Se detiene en su supuesta fealdad y mala figura, hasta presiente «su carne cruda, prensada, con varices y una ropa interior violeta». La define como «mujer encorsetada y burriciega, pedante y sin encanto femenino», cuya «carne colorada» le había arrastrado a «una triste vida sentimental» con individuos como ella, «de oficinas oscuras, de plataforma de tranvía de las afueras; sin la gracia paleta de los hombres del pueblo y sin el estilo de los hombres de raza». Estremece pensar sobre el significado de esta última categoría en una revista filonazi.

Edgar Neville no aisló la figura de Margarita Nelken ni escribió al margen de una línea habitual en otros propagandistas del bando nacional. La diputada amiga de Federico García Lorca recibió un maltrato sólo igualado por el destinado a la Pasionaria. Se encontraba entre «las feas en celo, las contrahechas en rebelión», que supuraban «odio y envidia», mientras vengaban «el desaire perpetuo de los hombres hacia ellas» convirtiendo en víctimas a unas mujeres inocentes. Recordemos, por otra parte, que, en el nº 4 de *La Ametralladora,* a Margarita Nelken se le había llamado «flor mustia de prostíbulo» y que en 1937 José Mª de Vega había publicado en *Fotos* un relato donde, aparte de calificarla de amoral y borracha, se dice que era tan fea que ni siquiera se podía prostituir... En esta última publicación, que recogió la adhesión al falangismo de personas tan admiradas por Edgar Neville como Gregorio Marañón y Juan Belmonte, «la Nelken» junto con otras republicanas aparecía en la sección «Galería de salvajes». Juan Pujol, antiguo diputado de la CEDA y periodista filonazi, en la revista *Domingo* la llamó «judía sanguinaria». Otros negaron su nacionalidad española. Ejemplos, en definitiva, de una agresiva y misógina campaña iniciada

antes de la guerra por quienes, como Unamuno, hablaban de las «tiorras» para referirse a las oradoras políticas. Una campaña que se cebó en quien, además de mujer, era activista y revolucionaria, capaz de defender con la misma vehemencia la República y su derecho a hacer lo que quisiera con su sexualidad. Una combinación fatal para algunos de sus correligionarios varones y también, por supuesto, desde la perspectiva de unos autores que contraponían este y otros ejemplos a los propuestos de acuerdo con el modelo de mujer falangista, activa en su ámbito femenino pero subordinada al hombre.

Edgar Neville contesta en su citado artículo a otro de Margarita Nelken publicado el 11 de agosto de 1936 en *Claridad*, el diario madrileño portavoz de la UGT y de los bolchevizantes del PSOE. La diputada reclamaba en el mismo un mayor rigor en la retaguardia para detectar a los traidores a la República y una depuración en los ministerios con el fin de señalar a «quienes tuvieron la responsabilidad de que los traidores pudieran traicionar; quienes por su incapacidad para obrar como verdaderos republicanos —por muy republicanos que fuesen— demostraron no tener capacidad para defender hoy a la República». Lo leería con preocupación un diplomático que, por esas mismas fechas, se podía sentir señalado por sus actividades conspiratorias en el Ministerio de Estado.

Un año después, el temor dio paso a la tergiversación. Según Edgar Neville, la diputada izquierdista pedía en *Claridad* que la represión de los sublevados se extendiera a sus mujeres y familias. Ni siquiera autores como César Vidal y Pío Moa, tan interesados en resaltar la represión ejercida por los republicanos, citan esta desmesurada petición. No resulta inverosímil en un marco donde se produjeron las barbaridades propias de una locura colectiva. Tampoco en un periódico que, durante ese mismo mes de agosto, en repetidas ocasiones solicitó la depuración de los funcionarios traidores, que pretendía extender a las universidades —«hay que depurar la enseñanza y de modo especial las universidades, focos de fascismo la mayoría de ellas»— y hasta la propia Real Academia Española. No extraña, pues, que pidiera la ley de Talión para reprimir la sublevación. Pero, tal vez, en la acusación de Edgar Neville más que el recuerdo de lo leído en este periódico operara una imaginación mezclada

con el odio a quien, paradojas del destino, había estado cerca de su ambiente antes de la guerra. Cierta o falsa, la supuesta petición de Margarita Nelken nunca le fue perdonada por quien, durante aquellas semanas de agosto de 1936 y de acuerdo con sus declaraciones, conspiraba como quintacolumnista en Madrid.

No obstante, es probable que el origen de esta enemistad también abarcara artículos como «El doctor astracán», publicado en *Mundo Obrero* el 12 de febrero de 1937. Margarita Nelken hacía en el mismo una dura crítica a los intelectuales no comprometidos con la causa republicana y se centraba en Marañón y Ortega, dos de los más admirados amigos de Edgar Neville. César Vidal, en su libro sobre las checas madrileñas, reproduce otro texto similar de la diputada sin citar su procedencia: «Hay muchas maneras de ayudar al fascismo y a su advenimiento; no es la menos eficaz la incubación, en torno a una revista 'selecta' [*Revista de Occidente*] de delicuescencias cultivadoras de la deshumanización del arte... ¡Descanse con toda paz don José Ortega y Gasset, en el extranjero y en compañía de su familia!» (2003:181-2). También en *Claridad*, y con la probable autoría de la diputada, apareció el 3 de agosto de 1936 la siguiente esquela: «Descanse en paz. Doña Literatura Pura». En este caso el destinatario explícito era Benjamín Jarnés. La desdichada broma es un ejemplo de sectarismo, que padeció un discípulo de Ortega y Gasset tan fiel a la novela lírica como a la República, a pesar de los desencuentros con algunos republicanos. Sus obras defienden el orden, la armonía, la convivencia y la tolerancia. Denuncian, por el contrario, el resentimiento, el odio, la demagogia y la utopía. En su novela *Lo rojo y lo azul* (1932), de carácter autobiográfico, al final un teniente le dice a Julio, el protagonista: «Somos incapaces de odiar. Padecemos una terrible dolencia: la incapacidad de odiar. Y sin odio, sin un último lastre de odio, nadie querrá instaurar la justicia en el mundo». Lo volvería a pensar en el exilio de México al recordar aquella esquela publicada en *Claridad*.

No eran buenos tiempos para los matices. Tampoco para el perdón o la indiferencia. «La Nelken», como era llamada por los sectores reaccionarios que tanto la atacaron, reunía todos los rasgos para ser odiada por un Conde de Berlanga ferviente admirador de Ortega y Gasset, amigo de Gregorio Marañón y colaborador de la *Revista de Occidente*. Tal vez se añadió en este caso una

peculiar virulencia basada en un más que probable conocimiento personal. Eran vecinos, se movían en los mismos ambientes sociales y tuvieron muchas ocasiones de coincidir en reuniones y tertulias durante el período republicano. A menudo, el odio más intenso se manifiesta contra la persona que ha estado cerca y, después, se sitúa en el otro bando.

Al margen de una de tantas polémicas propias de la época, el texto de Edgar Neville publicado en *Y* nos interesa porque manifiesta la postura del autor y director de *Frente de Madrid* ante un tema que será polémico cuando se estrene la película:

> Pasada la guerra tendremos el corazón lleno de deseos de perdonar el daño, la comprensión para sin fin de actitudes, pero no podremos olvidar a los que aprovecharon esta tremenda convulsión para mostrar que eran la encarnación del mal, que tenían un alma podrida. No podremos olvidar, ni perdonar, a los asesinos, pero tampoco a los que encaramados en una situación de privilegio desde la que pudieron salvar, escarnecieron por el contrario, acusaron, denunciaron, llevaron a la muerte a tanto inocente.

Esta reconciliación selectiva tiene un motivo, expresado en términos inequívocos que deben matizar cualquier interpretación del desenlace de la citada película:

> España se ha abierto en dos zonas y es ancha la zanja que les separa, en un lado las personas buenas, generosas, valientes; en el otro las malas. Antes se vivía en confusión [...] la guerra ha puesto las cartas sobre la mesa, la conducta de cada español en esta guerra es la huella dactilar de su corazón. Perdonaremos antes al que hoy está con el fusil frente a nosotros que a los soplones, denunciantes, calumniadores, que aprovecharon la conmoción para saciar sus torpes envidias, sus tristes odios personales para vengar sus limitaciones, de las cuales no tenemos la culpa.

Edgar Neville escribe sobre el hipotético perdón a los del bando contrario, pero el que realmente le preocupaba era el que le debían otorgar los de su bando. Ese mismo verano del 38, concretamente el 19 de agosto, recibe la notificación de que el tribunal había ratificado la resolución del 30 de mayo, cuyo «Considerando» merece ser reproducido por lo que revela acerca de las reticencias que debía afrontar:

> CONSIDERANDO: que, por precepto del texto por que se rige este Tribunal, debe tenerse en cuenta en este, como en todos los casos de funcionarios que el 18 de julio se hallaban en Madrid, la conducta anterior

> del interesado, francamente desfavorable tratándose del Sr. Neville, pues tanto en el ambiente político como en el intelectual mantuvo siempre relaciones con personas y agrupaciones directa y principalmente responsables de haber sumido a España en la caótica situación precursora del Movimiento; que siendo ello de general conocimiento, ya que el Sr. Neville no ocultó ni sus simpatías por las organizaciones de izquierdas ni sus actividades a favor de ellas, debería aplicar el Tribunal una sanción grave; pero entiende atenúan aquella falta la decisión y entusiasmo con que, asqueado y contrito, ha procurado colaborar en la defensa de los intereses de la Causa, tanto durante su permanencia en Madrid, como en Londres, París y, actualmente, en España, donde viene prestando meritorios servicios que el Tribunal aprecia en su valor, pero, por las razones aludidas, no clasifica dentro de los de grave y reconocido riesgo que benefician con la admisión directa; y que a su llegada a Francia, a principios de septiembre [de 1936], no se puso al habla con los Agentes oficiosos que allí había, sino que se valió, por razones no conocidas, de terceras personas, aplazando hasta su llegada a Londres el contacto con nuestros Representantes; y que no ha realizado actos perjudiciales a la Causa sino, como queda dicho, muy interesante labor a favor de la misma.

Edgar Neville, preocupado por las consecuencias que, al margen de la carrera diplomática, podía acarrear esta sanción, recurre contra la misma mediante escrito fechado el 7 de octubre. Fue inútil, puesto que la resolución del tribunal quedó ratificada el 5 de abril de 1939.

Mientras tanto, y a la espera de que el final de la guerra flexibilizara el criterio de quienes le habían depurado, Edgar Neville sigue haciendo méritos en una incesante actividad que contrasta con su supuesta indolencia. La propia de un *bon vivant*, tal y como él mismo nos recordaría años después al hablarnos de su ideal vital: «Nos damos la gran vida los que tenemos propensión a ello, los que gastamos todo lo que ganamos no en comprar valores ni en hacer negocios, sino en vivir como queremos». Pero los tiempos de la guerra no permitían estas libertades, que concretaría en disfrutar de los amigos, tumbarse al sol, levantarse tarde, caer simpático a la gente, frecuentar mujeres bonitas... Sonaban otras músicas más marciales, que obligaban a estar atentos y en primera línea. Sobre todo cuando era necesario disipar cualquier motivo de duda en unas autoridades recelosas. Y capaces de actuar con un criterio retroactivo que a tantos hizo renegar de su pasado.

En agosto de 1938 Edgar Neville ya tenía listo el documental titulado *La Ciudad Universitaria*, el primero de los que rodó con fines propagandísticos para

el Departamento Nacional de Cinematografía. El mismo había firmado el 18 de junio un acuerdo con la compañía alemana Tobis. Se estipulaba que el DNC le entregaría de quinientos a seiscientos metros de película con informaciones sobre España. Este objetivo llevó a Edgar Neville, cámara en mano en compañía de Enrique Guerner, desde Bilbao hasta Gibraltar, pasando por otros lugares como los frentes de Brunete y Motril donde filmó para los alemanes. En Berlín, y a partir de ese material, se procedería al revelado y montaje de un *Noticiario Español* de unos trescientos metros por cada número. El acuerdo también incluía el compromiso de producir con el material sobrante documentales de guerra. Entre ellos se encuentra *Ciudad Universitaria*[79]. Su dedicatoria no deja lugar a la menor duda: «A la juventud heroica de España, a los estudiantes, a los campesinos, a los obreros, que han venido a esta ciudad universitaria para doctorarse en la muerte», lo cual excluye al otro bando, integrado por «cuarenta mil hombres reclutados en los suburbios de Europa». Frente a ellos, «dos mil heroicos españoles».

La manipulación de los hechos es la habitual en este tipo de películas. El más radical maniqueísmo marca la tónica general a lo largo de sus trece minutos. No obstante, en este contexto sorprende el propósito de Edgar Neville como responsable del guión: cambiando Madrid, donde resisten los republicanos, por la Ciudad Universitaria, de la que se han apoderado los nacionales, resulta que los sitiados son estos últimos, los insurrectos. También desempeñan el papel de héroes y mártires.

La cámara acude «en fervorosa peregrinación a este lugar sagrado de la guerra», la Ciudad Universitaria, en la que durante más de dos años aquellos heroicos dos mil españoles han sufrido bombardeos diarios. «Asediados día y noche», su «juventud ejemplar» es capaz de plantar cara a un «enemigo que no sabe luchar cara a cara». Por eso recurre a las galerías subterráneas y las minas. No importa, aquellos continuadores de la épica del Alcázar toledano resisten y sólo lamentan la destrucción de una Ciudad Universitaria «arrasada por la ira marxista».

[79] La película fue editada en los laboratorios Geyer (Berlín). Su duración original era de 13'38". La copia conservada en la Filmoteca Española es de 12'43".

Al fondo, queda Madrid. La cámara de Edgar Neville muestra, de lejos, algunos edificios emblemáticos. No vemos, como es lógico, los efectos de los bombardeos, los causados por una aviación que descargó miles de bombas sobre la población civil. Todo es propaganda y manipulación. Tal vez quede margen para suponer, como se ha apuntado en algún estudio, que esas imágenes de un Madrid observado desde la Ciudad Universitaria expresan la nostalgia casticista del director. No se puede negar por las mismas razones que es imposible probarlo. Lo evidente es que, en agosto de 1938 y en el contexto de un documental propagandístico, esas imágenes son una deliberada demostración de hasta qué punto las tropas nacionales estaban en disposición de entrar en la capital. La voz en *off* indica, al final, que «aquí queda Madrid ante nosotros, vigilada por nuestro ejército». Apenas merece la pena explicar el porqué del cambio del verbo sitiar por vigilar. El objetivo es demostrar que sólo están a la espera de la orden del General Franco para culminar una resistencia numantina que, por paradojas de la propaganda, se convierte en una invasión.

Rosa Álvarez Berciano, Ramón Sala Noguer y Magi Crusells han señalado otras manipulaciones semejantes en un documental cuya argumentación se resiente de lo fragmentario de las imágenes. Supongo que las mejores irían a parar a los estudios alemanes y que el director debió apañarse con las sobrantes. Se nota sin necesidad de ser un experto en el género. También han indicado algún despiste de un Edgar Neville que no había comprendido bien el orden jerárquico dentro del bando franquista. Detalles, no obstante, que corroboran la predisposición favorable de un cineasta que, durante estos meses, olvidará su pasado inmediato e intentará acumular méritos. ¿Volvió, transcurrido el tiempo, a ver este documental? Nunca dejó nada por escrito acerca de tan radical manipulación de los hechos históricos, acorde con un guión que en este caso no era el de un cine de autor.

Poco después, en octubre de 1938, se realiza el documental *Juventudes de España* del Departamento Nacional de Cinematografía. La filmación tuvo lugar en Sevilla, con motivo de la Primera Demostración Nacional de Organizaciones Juveniles. Se celebró en un campo de fútbol y no en una plaza de toros, como se indica en las fichas de catalogación y algunos estudios desde los tiempos de

Carlos Fernández Cuenca. Edgar Neville llevó a cabo las tareas de director y guionista, glosadas por un *ABC* que por entonces se publicaba en la capital andaluza. En su portada del 14 de octubre podemos ver una foto del cineasta, cámara en mano y con la reglamentaria camisa azul.

Ramón Sala y Rosa Álvarez Berciano resumen así el contenido de este documental de diecisiete minutos editado en los laboratorios Geyer de Berlín y dedicado a los futuros falangistas, adiestrados en el deporte, el manejo de las armas y el nacional-sindicalismo:

> Las demostraciones multitudinarias, con las usuales piruetas verbales, se repiten en uno y otro escenario, borrador de los futuros Juegos Sindicales del franquismo. Al final, Fernández-Cuesta, por entonces relegado al Ministerio de Agricultura en el flamante gobierno de principios de 1938, recuerda al venerado José Antonio, ya reconocida su muerte, comparándole con los héroes míticos del pasado; todo bajo la larga sombra del Caudillo.

Merece la pena detenerse en el vibrante discurso de Raimundo Fernández-Cuesta, que «recordó la figura egregia de José Antonio y la magnitud de su sacrificio». Propio de un dios, pues no en balde se llega a afirmar que había resucitado para «meter el amor a España en el alma de sus enemigos». La cámara fija de Edgar Neville exalta la figura del orador que, con voz potente y gesto firme, lanza una soflama donde la retórica falangista se desborda:

> Como los elegidos de los dioses, como Sigfrido, te enfrentaste al dragón; como Amadís, luchaste con afán por la dama de tus desvelos, para liberarla de las brujas; como Garcilaso, hiciste poesía y caíste por el Imperio, sin casco ni coraza, a cara descubierta, al asaltar el castillo de tus ilusiones.
> En tierras de palmeras gallardas y cerca del mar Mediterráneo [Alicante], trágico como tu cultura, luminoso como tu cerebro y azul como tu camisa, reposa con honor tu cuerpo, pero tu alma habrá entrado ya en ese paraíso que cantaras, y en donde en las jambas de las puertas, junto a los ángeles con espadas, hacen guardia tus escuadras caídas cara al sol, por Dios y por España victoriosa de todos sus enemigos, sin pactos ni mediaciones.

Ignoro lo que en su fuero interno pensaría el autor de *Don Clorato de Potasa* al filmar un discurso que podría haber sido utilizado por su amigo Charles Chaplin para la escena final de *El gran dictador*. Sus motivos de preocupación estaban por entonces en San Sebastián. Tampoco le entusiasmarían demasiado las escenas de los bailes regionales y las demostraciones gimnásticas,

culminadas por unos jóvenes que hacen instrucción militar. Con errores cómicos dignos de Buster Keaton, evidenciando así de nuevo que utilizó materiales sobrantes que jamás habrían aparecido en una producción nazi. Edgar Neville tenía voluntad de emular este modelo en un documental que empieza con un desfile de los jóvenes falangistas por las calles de Berlín, pero carecía de medios y los figurantes no siempre transmiten el adecuado entusiasmo. Tampoco andan sobrados de vigor. Al menos, pudo recoger una vista panorámica de las gradas con un público que, mediante cartulinas, nos recuerda que por el Imperio se va hacia Dios y, por último, mostrar a cientos de muchachos que se tumban en el césped para formar con sus cuerpos un inmenso «¡Franco, Franco, Franco!». A estas alturas de la guerra, ya no había dudas acerca de quien iba a ser el Caudillo.

En enero de 1939, Edgar Neville continúa su colaboración en *La Ametralladora*, la singular revista de humor dirigida desde noviembre de 1937 por su amigo Miguel Mihura. Ya por entonces figuraba en la nómina de colaboradores y en su redacción coincidió con otros colegas de su grupo generacional: «Allí ensayamos todo ese humor desaforado, toda esa burla de todo, que se había de llamar 'el humor de *La Codorniz*'». Según Edgar Neville en declaraciones a *El Español*, fechadas el 15-VI-1944 y ya parcialmente citadas en el capítulo I, mediante esta labor de continuidad entre ambas revistas

> Se trataba de triturar una civilización burguesa y falsa que traía renqueando un siglo de cursilería y de convenciones, atado a los faldones del último chaqué. Sátira de las novelas románticas, de los folletines, de los sonetos a la rosa de té, de las visitas de cumplido, de *María o la hija de un jornalero*, de los señores con barba y chistera, sátira del ingeniero que se casa con la mocita de Arenales del Río, sátira del famoso Juanito y del imbécil de su padre.

Otras sátiras más desagradables y comprometidas con un tiempo de guerra —antisemitismo, el hambre en el bando republicano...— también estuvieron presentes en *La Ametralladora*, que triunfó hasta llegar a tiradas de cien mil ejemplares gracias a la labor de un selecto grupo de humoristas. Consiguieron así transformar una revista que había aparecido como *La Trinchera* y con otra orientación en enero de 1937. Su primera redacción estuvo en Salamanca, de donde pasó a Valladolid para volver a la capital salmantina.

Desde allí, en octubre del citado año, se trasladó a Bilbao y, definitivamente, quedó radicada en San Sebastián. Tantos cambios de sedes tuvieron sus correlatos en otros relacionados con su orientación, hasta que —bajo la dirección de Miguel Mihura y ya en un tiempo donde la victoria se vislumbraba— el inicial objetivo propagandístico y doctrinario pasó a un segundo plano por la presencia cada vez más importante del humor.

Los primeros trabajos de Edgar Neville son más serios y propagandísticos que los de sus colegas de grupo generacional, tal vez por las necesidades que ya conocemos. «La lucha del Malhuele con un tanque ruso» (nº 27) y «La guerra contada por los que la hacen» (nº 31) están en esa línea. Pero pronto volvió por sus fueros y sacó adelante una sección de breves artículos dedicados a «explicar bien cómo es...»: el cepillo, el diplodocus, el turiferario, la cebolla, el sifón, la gallina, la pulga, la bestia parda, el tiroides, el tute... Son, en muchos casos, greguerías desarrolladas en las que no faltan observaciones poéticas y ramalazos surrealistas: «El cepillo no es ni más ni menos que un erizo amaestrado; nace en las droguerías y vive en el cuarto de la plancha», «El mosquito es un concertista de violín al que nadie quiere hacer caso»... Los firmaba con el seudónimo ENE, peligrosamente similar al de ESE que utilizaban Guillén Solaya y Estany Serra para sus furibundos artículos doctrinarios. El primero correspondía a un colaborador bromista, «el gran optimista», «el que se ríe más de todo, el que silba más fuerte, el que es más alto». Así aparece retratado en un artículo que, en la misma revista (12-II-1939), publicó Álvaro de Laiglesia, «el niño», que con el tiempo sería su director en *La Codorniz*: «Y [Mihura] telefonea a Neville al hotel. —Edgar, hazme un artículo que hable de los diplodocus. —¿Pero hablando bien o mal? –le pregunta Neville, que siempre está de broma. —De los diplodocus siempre hay que hablar mal –le contesta Lilo [Mihura].»

Edgar Neville publica en *La Ametralladora* relatos como *Cuento de Reyes* (nº 102, 8-I-1939), donde aprovecha tan significativas fechas para reivindicar una festividad recurrente en sus evocaciones de una infancia feliz.[80] La intenta truncar

[80] Poco antes, el 24 de diciembre de 1938, Edgar Neville había publicado en *El Diario Vasco* de San Sebastián el artículo «Esta noche es Nochebuena en Madrid», donde la festividad navideña le da pie para evocar su añorada ciudad de la infancia en términos similares a los de otros escritos

el caricaturesco anticlericalismo de un «Presidente de una República laica» capaz de modificar la distribución de regalos en Reyes[81]. Recordemos que la Generalitat catalana, por decreto-ley del 12-XII-1936, suprimió la Navidad y el día de Reyes, instaurando en su lugar la Setmana de l'Infant. Lo más absurdo suele estar a la vuelta de la esquina. Y permanece camuflado bajo un concepto de la modernidad que es pura ocurrencia[82].

También encontramos en *La Ametralladora* relatos relacionados con las experiencias de Edgar Neville en el frente. Es el caso de *Los helados* (nº 87, 25-IX-1938) y *Las mentiras del Sargento Botella* (nº 88, 2-X-1938), ilustrados por un Enrique Herreros con quien ya había iniciado una amistad que continuaría durante décadas en *La Codorniz*. El sargento bebe y empieza a relatar inverosímiles anécdotas de sus supuestos viajes y oficios alrededor del mundo: heladero en Ecuador, cerrajero en Escocia... Suele ser interrumpido por los incrédulos soldados que le escuchan hasta que, ante un argumento tan sólido como un amenazador arresto, deciden acatar las explicaciones del imaginativo suboficial.

Sin embargo, los lectores de *La Ametralladora* preferían las historias de *Don Venerando*, adaptación de una figura humorística —*Il signor Veneranda*— que surgió de la pluma del milanés Carlo Manzoni en la revista *Bertoldo*, publicada en Milán desde 1936 hasta 1943. Se trataba de una práctica habitual en un semanario que, bajo la dirección de un Miguel Mihura que tuvo la oportunidad de desplazarse a Italia, introdujo a varios de los más destacados humoristas italianos de la etapa fascista. Don Venerando no impartía doctrina, sino que recomendaba aprender la lista de los reyes godos para triunfar en el comercio. Un rasgo que evidencia la mano de un adaptador capaz de sintonizar con el humor absurdo de su coetáneo italiano.

---

suyos, aunque añada un final propio de la coyuntura bélica: «Sepamos traer a nuestra fiesta imágenes de la ciudad cautiva y las siluetas de aquellos desconocidos íntimos que no pudieron salir. Dios haga que no hayan pecado contra España y que esta noche reciban la cálida brisa de nuestro amor». Edgar Neville llegó a sentir la fe, coyuntural, del converso.

[81] Años después, Edgar Neville escribió *La trompeta* (*El día más largo...*, pp. 179-182), delicioso relato donde defiende, frente al racionalismo y el espíritu utilitario, la necesidad de mantener la ilusión infantil en torno a la festividad de los Reyes Magos.

[82] Otro tipo de absurdo, más divertido, lo encontramos en «El hijo de los Reyes Magos» (*Gutiérrez*, 7-I-1928), donde Edgar Neville cuenta los problemas de Juanito Oriente, incapaz de resolver la

Los diálogos desconcertantes y ajenos a las convenciones lingüísticas de una criatura desquiciante como Don Venerando fueron adaptados por varios colaboradores de la revista. Lo mismo sucedió con los ridículos poemas, siempre titulados *Sonetos*, firmados por El Vate Pérez, tarea y alias que Edgar Neville compartió con Miguel Mihura y Tono. En realidad, era tal la sintonía entre aquellos amigos que podemos hablar de una creación colectiva. La firma o el seudónimo apenas diferenciaban unas individualidades coincidentes en lo fundamental a la hora de sonreír.

El autor de relatos de estilo codornicesco como *Un día en casa de Boris Karloff* (19-III-1939) también se anticipó a una sección que sería habitual en la revista de Miguel Mihura y Álvaro de Laiglesia. Lo hizo con «Las novelas gráficas»: *Pepita la violenta, La coqueta bailarina, El tenor pizzicatto, Crimen y misterio, Don Juan del Hongo...* Se trata de una combinación humorística de textos e imágenes que Edgar Neville ya había cultivado en los tiempos de Hollywood, en compañía de Charles Chaplin y otros célebres intérpretes que se divertían parodiando historias folletinescas. José Luis Borau recuerda haber visto una de esas fotonovelas en el baúl donde Ángeles Rubio-Argüelles conservaba tantos otros tesoros para los investigadores. Ese baúl apareció un día abandonado en la costa malacitana, se recuperó en parte, pero todavía no ha sido puesto a disposición de quienes nos conformamos con ver las fotonovelas de *La Ametralladora*, tan ajenas a un contexto bélico como ingenuamente divertidas.

La amistad jugó un papel esencial en el devenir de Edgar Neville durante aquellos meses. Recordemos que uno de sus mejores amigos, Antonio de Lara, *Tono*, era también el «director artístico» de *Vértice* con un interesante sueldo de 1.500 pts. mensuales[83]. Gracias a su intervención, el responsable de la revista falangista, Manuel Halcón, contó con la colaboración de un autor poco significado en este sentido. No tenía antecedentes que justificaran su incorporación a la

---

duda de si los regalos los compran unos padres que, en su caso, aparte de ser tres varones, tienen un oficio un tanto singular: «-Papás, ¿creéis vosotros en los Reyes Magos?».

[83] Según el estudio de Florence Belmonte (vid. Bibliografía), la cantidad media de lo pagado por los artículos era 200 pts. Suponemos que las novelas cortas y los relatos se pagarían mejor. En todo caso, si recordamos que después de diez años Edgar Neville no había llegado a las 1.500 pts

redacción, pero sí buenos amigos a los que acudir. Por entonces, y con un menor coste, también renuncia a algunos rasgos de su vanguardismo humorístico para adecuarlo mejor a los límites de *La Ametralladora*. Las relaciones de amistad siempre están presentes en todas sus actividades y su flexibilidad fue proverbial para acomodarse a los tiempos. Sin caer, por fortuna, en la indignidad de algunos de sus colegas, necesitados de un hueco donde colocarse ante la previsible victoria de los sublevados.

La amistad, sin embargo, a veces no bastó para triunfar en las iniciativas del por entonces incansable Edgar Neville. En noviembre de 1938, *Vértice* convocó un concurso de novelas breves sobre el conflicto bélico cuyo primer premio era la publicación y mil pesetas para el autor. En el jurado contaba con buenos amigos como Samuel Ros y otros colegas con los que había coincidido en el San Sebastián de aquellos meses. No dudó, pues, en participar con el relato titulado *Calle Mayor*, que a pesar de su indudable calidad literaria hubo de conformarse con la recomendación para que fuera editado en la citada revista. El premio correspondió a *Cada cien ratas, un permiso,* de Pedro Álvarez, y el accésit se lo llevó el que con el tiempo sería destacado jurista y político del franquismo, Antonio Hernández Gil. Resulta significativo que el jurado alegara que, «por su asunto», la novela breve de Edgar Neville no se ajustaba a las bases del concurso. Entendía que el conflicto bélico sólo se desarrollaba en la primera línea de combate, tan alejada de una historia de retaguardia que combinaba el afán propagandístico —circunscrito a poco más que el desenlace— con la añoranza de un tiempo de paz y armonía social que también era el de la infancia del autor. Admira su capacidad para mantener la fina ironía y el humor en su recreación de episodios familiares tan contrapuestos a la turbulenta situación del momento.

Tal vez, con esta estrecha mentalidad, los miembros del jurado quisieran acallar las voces que en reiteradas ocasiones acusaron a los redactores de *Vértice* por su supuesto escapismo y hasta frivolidad. Tanto fue así que ya en el segundo número, publicado en mayo de 1937 tras un forzado cambio en la dirección, se defendieron en un editorial:

---

con su edición de *Don Clorato Potasa* en Biblioteca Nueva, comprenderemos que la motivación

> En cuanto a la pretendida frivolidad de *Vértice*, conviene tener en cuenta que esta revista cumple una misión concreta y bien centrada en la órbita de la prensa y propaganda nacionalsindicalista: la de ser una publicación plácida y amena, que lleve a todos los hogares una imagen plástica y actual del mundo en torno, y al mismo tiempo el recreo del ocio en secciones y colaboraciones breves y ligeras que sirvan de solar y deleite al lector, así como la de reflejar más allá de nuestras fronteras la normalidad con que se vive en la retaguardia de la España de Franco.

Vértice era una revista elegante, bien editada, destinada a los sectores acomodados y alejada de la más bronca vertiente doctrinaria de otras publicaciones falangistas. Resultaba, pues, adecuada para un colaborador como Edgar Neville, que ni siquiera se plantearía la posibilidad de ser admitido en las redacciones de *Jerarquía, Domingo* y *Fe*. En aquel San Sebastián que marcó distancias con respecto a Burgos y Salamanca, se acercó a las revistas de sus amigos y encontró un hueco. Lo había para quienes, sin cuestionar nada sustancial, precisaban disponer de un espacio más abierto, ajeno a las urgencias propagandísticas de una doctrina que, por otra parte, apenas les interesaba. Pronto la olvidarían con la misma naturalidad que la habían utilizado para justificar una adhesión tan necesitada de metáforas.

Mientras escribe para las citadas revistas, Edgar Neville acompaña a Dionisio Ridruejo en la campaña de Cataluña y entra con él en Barcelona. El 12 de enero de 1939, el Jefe del Servicio Nacional de Propaganda había recibido órdenes para trasladarse al frente catalán en compañía de varios colaboradores. El objetivo era realizar una campaña propagandística. Formaban parte de su equipo el futuro periodista Carlos Sentís, el pintor Pedro Pruna[84], Samuel Ros, Jacinto Miquelarena, Ramón Escohotado y un siempre ingenioso Edgar Neville, capaz de encontrar en las más adversas circunstancias motivos para mantener el humor. Protagonizaron en Salou y Sitges jornadas de camaradería, ilusión y desengaño que, en algunos casos, fueron borradas para rehacer trayectorias

económica era secundaria pero no despreciable en su voluntad de colaborar en *Vértice*.

[84] Pere Pruna (1904-1977) debía ser un viejo amigo de Edgar Neville, pues coincidirían en París durante la década de los veinte y en torno a amistades comunes como Pablo Picasso y Jean Cocteau. Al igual que nuestro biografiado, tuvo numerosos problemas cuando en 1937, procedente de Francia, se presentó en Burgos, donde corrió el peligro de ser fusilado y recibió más de una paliza. Gracias a Eugeni D'Ors encontró un refugio en la compañía de propaganda. Pere Pruna, hermano de un diputado de izquierdas, también tuvo que reinventarse un pasado para

más presentables en tiempos todavía lejanos. Por entonces, la guerra estaba terminando. Dionisio Ridruejo pronto tendría ocasión de comprobar hasta qué punto los versos que aportó a la letra colectiva de *Cara al sol* —«Volverán banderas victoriosas / al paso alegre de la paz»— se cumplían a medias. Abundaron las banderas, pero no al paso alegre de una paz que ya se había convertido en la Victoria de aquellas «jornadas de palma y laurel, escritas en la grande y general historia de España como prenda de voluntad eterna» gracias al «genio militar del Caudillo» (Federico de Urrutia, *Vértice*, nº 18, enero, 1939).

El 24 de enero de 1939 las tropas bajo el mando del general Yagüe tomaron Barcelona. A finales del mismo mes, Edgar Neville rueda para el Departamento Nacional de Cinematografía el documental *¡Vivan los hombres libres!*, que sería inmediatamente editado en los laboratorios Cinefoto de dicha ciudad. Su cabecera incluye el siguiente rótulo: «Reportaje de las checas de Barcelona, realizado a las pocas horas de su descubrimiento». En los apenas ocho minutos que dura la copia conservada en la Filmoteca Española, Edgar Neville aparte de las tareas propagandísticas tiene la oportunidad de realizar una venganza personal. Vemos a Julio Álvarez del Vayo, el ministro que le había mandado volver de Londres, calificado como «criminal» y hablando ante la Sociedad de Naciones. Mientras tanto, el locutor afirma: «Esta era la imagen que la República presentaba al extranjero, pero otra muy distinta ha aparecido tras la liberación de Barcelona». La misma contraposición, sin el citado elemento personal, fue reiterada en otros ejemplos de la propaganda de los vencedores. Insistían en el carácter criminal de un gobierno de apariencia liberal, capaz de engañar a los demás con sus intervenciones en foros como la Sociedad de Naciones.

La imagen central del documental de Edgar Neville es una checa localizada en la calle Vallmajor. La cámara recorre su interior de estrechas celdas y nos muestra diversos instrumentos de tortura. El director recurre en varias ocasiones a figurantes para simular su funcionamiento. Dada esta circunstancia, hasta cierto punto se puede hablar de un docudrama, opción que sorprende si tenemos en cuenta que fue rodado «a las pocas horas» de entrar en Barcelona.

---

poder permanecer en el bando por el que había optado por razones similares a las de Edgar

Más lógico e impactante habría sido contar con los testimonios de los verdaderos presos, evacuados en dirección a Gerona poco antes de la llegada de las tropas nacionales. Algunos sobrevivieron en unas condiciones dantescas, estaban de vuelta en Barcelona a principios de febrero y declararían pocas semanas después en los consejos de guerra contra varios responsables de la checa. ¿Por qué no se esperó a contar con sus testimonios? ¿Por qué, en su lugar, aparecen figurantes? Tal vez sea un error de Edgar Neville que, años después, tendría ocasión de ver las duras imágenes de los presos encontrados en los campos de concentración cuando fueron liberados. Constituían la verdadera prueba de las atrocidades cometidas por los nazis, mientras que en *¡Vivan los hombres libres!* todo es susceptible de ser manipulado, aunque respondiera a una siniestra realidad documentada por los historiadores y el testimonio de algunos presos.

La premura con que fue realizado el documental y la falta de medios provocan razonables dudas en el espectador, sobre todo si no dispone de otras fuentes de información. Sorprenden las imágenes, por ejemplo, de algunas dependencias demasiado nuevas o de lugares donde hasta el mínimo detalle parece estar dispuesto para la llegada de la cámara. Justo después de una evacuación que se realizó en condiciones penosas. No se puede hablar de una manipulación en lo sustancial, evidenciado con la simple contemplación de las celdas y el instrumental de tortura, pero el documental carece del verismo que se podría haber alcanzado mediante una mejor planificación, la consulta de unos testimonios al alcance de la mano y una argumentación más sólida. Edgar Neville era rápido a la hora de rodar y, supongo, tendría órdenes de serlo más para explotar el efecto propagandístico de una denuncia que sacaba a la luz un terrible episodio de la represión en la retaguardia republicana. Tal vez alcanzó ese objetivo, pero en el camino se perdió la oportunidad de realizar un documental a la altura del material que podría haber tenido a su disposición.

Nada se dice en *¡Vivan los hombres libres!* acerca de la historia de una checa que, desde septiembre de 1937, formaba parte del sistema represivo montado, fundamentalmente, por el Servicio de Inteligencia Militar (SIM). El objetivo de este cuerpo creado poco antes por Indalecio Prieto era la lucha contra

---

Neville. Pronto procuró olvidar aquellos días. El desengaño y la bebida le ayudaron.

unos quintacolumnistas cada vez más activos. Pronto cayó bajo la influencia de los agentes soviéticos y también se ocupó de los revolucionarios disidentes que habían sobrevivido a los enfrentamientos de mayo del citado año en Barcelona. Edgar Neville hace caso omiso de estas circunstancias y, en el estrecho margen del documental, se apresura a responsabilizar al gobierno de la República de todo lo acaecido en la checa. No andaba desencaminado, pero la historia fue mucho más compleja. Su inculpación, por poco argumentada, suena demasiado a propagandística.

También pueden sorprendernos algunas modalidades de tortura llevadas a cabo en la checa de la calle Vallmajor, pues más parecen sacadas de una película expresionista que de la realidad de una guerra, a menudo vulgar a la hora de cometer barbaridades. No ocurrió así en este caso a tenor de varios testimonios publicados en Barcelona durante los primeros meses de la posguerra. Con alguna notable y hasta sorprendente excepción, casi todos reiteran la crueldad con que se llevaban a cabo los interrogatorios y las penosas condiciones en que permanecían los presos. El resultado es un verdadero horror, tan sólo esbozado en el documental de Edgar Neville.

La aparición de la sinuosa figura del pintor y director de orquesta Alfonso Laurencic, «músico de varietés» en la Barcelona de julio de 1936 y creador de las «celdas alucinantes» encontradas en la checa de Vallmajor, aportó una crueldad con rasgos vanguardistas. Poco se sabe de este singular individuo nacido el 2 de julio de 1902 en Enghien (Francia), de padres austriacos, afincado en Barcelona desde 1933 y que cuando, en junio de 1939, fue juzgado se presentó como súbdito yugoslavo. Según Alberto Flaquer, se había nacionalizado como polaco. Dominaba siete idiomas y, tras ofrecer su colaboración a las autoridades catalanas, fue intérprete de la Consejería de Orden Público. Este puesto le serviría para entablar contactos e iniciar una equívoca trayectoria cuyo objetivo más probable sería el beneficio personal. Alfonso Laurencic, que negó estar afiliado al POUM (ya disponía de otros carnés), sirvió a ambos bandos durante los enfrentamientos de mayo de 1937 que tuvieron lugar en Barcelona. Las autoridades republicanas le mandaron al campo de trabajo —y de concentración, de acuerdo con el modelo instaurado por quien fuera ministro de Justicia, el

anarquista Juan García Oliver— establecido en Segorbe. Según el camaleónico artista, fue condenado a «doce penas de muerte» sin especificar los motivos. No le ejecutaron, pero el miedo a ser fusilado le llevó a ofrecer sus servicios para obtener el perdón. En abril de 1938, el SIM le recluye en la barcelonesa «prisión de las Misiones». Poco después se le traslada, también como preso, a la checa de Vallmajor. Allí se presenta, al parecer, como supuesto arquitecto e ingeniero. Debía ser un tipo convincente o vieron en él a un individuo dispuesto a todo. Iba a tener trabajo en aquellas cloacas. Para sorpresa de sus compañeros, en mayo de 1938 empieza a gozar de la confianza de los responsables de la checa, que le encargan los planos y la supervisión de la construcción de las nuevas celdas. Vuelve a gozar de una sorprendente libertad y respeto, realiza su tarea tan siniestra como sencilla y participa en algunos interrogatorios. Era, no obstante, un caso perdido: por una supuesta malversación de fondos en las obras para reformar la checa de Vallmajor, de nuevo es encarcelado por los republicanos, que le sometieron a duros interrogatorios. Sesenta y dos, según la declaración de su esposa. Tal vez querían saber los nombres de las «personas pudientes y de orden» que, tras abonar importantes cantidades, consiguieron escapar a la zona nacional con la ayuda de Alfonso Laurencic, cuyo hermano reconoce disponer de varias «cuentas corrientes». El fiscal no indagó acerca de su procedencia, pues andaban por en medio las autoridades de una Austria ya anexionada por los nazis.

Alfonso Laurencic acaba la guerra como preso de los republicanos en Collell, donde tantas historias singulares se entrecruzaron. Según consta en las actas del consejo de guerra, allí es «liberado» por las tropas nacionales, el 7 de febrero de 1939. Alega ser austriaco y es encomendado a un oficial de la Legión Cóndor, pero el que había sido caballero legionario en 1921 (para conseguir una nacionalidad española que nunca le fue concedida), pocas semanas después aparece como encausado en un sumarísimo consejo de guerra celebrado en Barcelona el 12 de junio de 1939. Se le acusaba de «rebelión militar», tal vez el único delito que no cometió, pero sobre todo se le inculpó por su participación en el diseño y la construcción de las celdas de castigo instaladas en las checas de las calles Vallmajor y Zaragoza. Lo aceptó: «Si yo no hubiera construido esas

celdas, éstas, seguramente, hubieran sido veinte mil veces peor». También alegó que lo hizo para granjearse la confianza de los dirigentes del SIM y poder así continuar realizando «actos de sabotaje a la causa roja». No se lo creyó el fiscal, que habla en su informe de los «pingües beneficios» obtenidos por sus actividades. Tampoco creía que fuera un miembro de la quinta columna barcelonesa, dispuesto a poner una bomba en las dependencias del SIM para que saltaran por los aires sus dirigentes, incluidos los agentes polacos y soviéticos.

Alfonso Laurencic era un hombre de acción, pero también de letras. Con el fin de alegar en su descargo, redactó unas memorias de doscientas diecisiete cuartillas, «en las que se detalla su actuación desde el 18 de julio de 1936 hasta el mes de febrero de 1939». El fiscal consideró que eran «una pura fábula del procesado». Éste, que manifestó ser «una víctima de las circunstancias», había puesto el punto final de sus memorias con una petición dirigida a las autoridades franquistas: deseaba que le concedieran el título de «Hijo predilecto de la España Nacional». Nadie le contestó. El 8 de julio de 1939 le leyeron su condena a muerte. No se derrumbó: «Aunque sé que voy a morir, ¡Viva el Generalísimo Franco!». Pocas horas después, en la madrugada del 9 de julio, fue conducido al Campo de la Bota. Rechazó la venda en los ojos, saludó brazo en alto y le fusilaron. ¿Fue un doble agente o un sujeto camaleónico, capaz de creerse hasta el final su última identidad? Aquel músico de varietés, hábil para suplantar las más diversas personalidades, dejó tras de sí numerosas interrogantes. Corrían tiempos en que los estafadores, los pícaros y los sinvergüenzas, si conseguían evitar el paredón, progresaban mucho. La guerra también fue un negocio de alto riesgo con dos posibilidades: morir o ganar una fortuna, que pronto acabaría blanqueando su origen si mediaba la Victoria.

Alfonso Laurencic no estaba loco cuando formuló sus últimas peticiones. Había conseguido escapar de las cárceles republicanas y de las supuestas doce condenas a muerte. Tal vez confiaba en sus contactos como doble agente y en la posibilidad de ser recompensado por los favores prestados. En ese caso, por primera vez en su vida habría sido un ingenuo. No se dio cuenta de hasta qué punto había cambiado la situación. Ya no le necesitaban los bandos enfrentados

para realizar tareas oscuras. Alfonso Laurencic formaba parte del siniestro grupo de individuos que los dos bandos querían matar, después de —claro está— utilizar sus servicios. Edgar Neville lo tenía teóricamente a su disposición, pero nadie deseaba que sembrara dudas. Su testimonio era demasiado sinuoso. Había que ejecutarle y rápido. No obstante, aguantó casi un mes. ¿Fracasaron las últimas y desesperadas gestiones de Alfonso Laurencic? Ninguna de estas circunstancias se apunta en la *Causa general* publicada en 1943 por el Ministerio de Justicia. Tan sólo aparece como «un aventurero degenerado», es decir, alguien que no podía haber tenido contactos con el bando nacional.

Al margen de que algún día se aclare tan singular trayectoria, el nombre de Alfonso Laurencic quedó vinculado a una de sus más siniestras tareas: las «celdas alucinantes», donde se utilizaron los estilos pictóricos de la vanguardia del momento con el propósito de torturar psicológicamente a las víctimas. Las imágenes del documental nos muestran celdas decoradas con unos dibujos geométricos que conseguían marear y obsesionar visualmente a los reclusos. Algunos han visto en ellos una similitud con los cuadros de Kandinsky y Vasarely o las obras de la Bauhaus. Otros hablan de Malévich, Tatlin, Rodchenko y Pevsner. La argumentación acerca de los colores dada por Alfonso Laurencic no parece tan sofisticada ni evoca nombres que probablemente no conocería. Da igual la filiación artística, lo fundamental es el diabólico objetivo al que servían. Edgar Neville tuvo ante su cámara uno de los más refinados y perversos ejemplos de represión, concebida por un sujeto que se encontraría por entonces en Barcelona a la espera de ser juzgado. Con tiempo, otros medios y una voluntad de superar lo obvio, podría haber ido más lejos en su denuncia de un estalinismo que escribió algunos de sus peores episodios en la España de la guerra civil. Tal vez no fue consciente de esta circunstancia y, en cualquier caso, nadie le recomendaría seguir una línea de investigación con ramificaciones tan conflictivas como ajenas a los propósitos propagandísticos a los que servía el documental. Toda la culpa era del gobierno de la República y había que decirlo con rotundidad, sin entrar en detalles. Así también lo hizo el fiscal en su informe para pedir la condena de Alfonso Laurencic, utilizando incluso los mismos argumentos.

Edgar Neville muestra en *¡Vivan los hombres libres!* unas supuestas cartas de familiares dirigidas a los presos de la checa. Tienen fuerza como denuncia que nos aporta el lado humano, contrapuesto a la enloquecida realidad de los encerrados en aquellas siniestras dependencias. No murieron todos. Algunos declararon en el consejo de guerra de Alfonso Laurencic, relatado pocas semanas después en un libro del periodista R.L. Chacón que nos ha permitido conocer parte de las ahora desaparecidas actas[85]. Otros, como el escritor falangista Félix Ros, se apresuraron a dar testimonio de su permanencia durante ocho meses en aquella checa conocida, oficialmente, como Preventorio D. Lo hizo en un sorprendente, tenso e interesante relato así titulado. Apareció en Barcelona (Ed. Yunque), en septiembre de 1939. Apenas tres meses después de editar nueve poemas de Paul Valèry —dedicados a otro poeta y catedrático, Jorge Guillén—, cuya publicación coincidió con un episodio en Madrid que indignó a su víctima, Juan Ramón Jiménez, y avergonzó a algunos correligionarios de los falangistas que asaltaron la biblioteca de quien había partido rumbo a un exilio que sería definitivo. Desde allí no dudó en llamar «joven ratero catalán» al poeta de camisa azul que, en compañía de Carlos Sentís y Carlos Martínez Barbeito, se quedó con algunos manuscritos. ¿Lo llegó a saber Edgar Neville, admirador del expoliado y amigo de Carlos Sentís? El futuro diputado por UCD no aclaró lo sucedido y estamos a la espera de sus anunciadas memorias.

Pronto aprendió Félix Ros el arte del silencio y el desdoblamiento, particularmente llamativo en su caso. Gracias al mismo, fue capaz de utilizar *El*

[85] Solicité al Tribunal Militar Territorial Tercero (Barcelona) el acceso a las actas del consejo de guerra seguido contra Alfonso Laurencic. En carta fechada el 13-I-2006, la secretaria-relator del mismo me comunicó que no las han podido localizar, aunque consta que estuvieron depositadas en su archivo. Me puse en contacto con el Tribunal Militar Territorial Primero por si hubieran sido trasladadas a Madrid, pero tampoco se encuentran allí, de acuerdo con la contestación del secretario relator fechada el 3-II-2006. ¿Se perdieron? ¿Alguien hizo desaparecer las doscientas diecisiete cuartillas escritas por Alfonso Laurencic para dar cuenta de sus actos? ¿Por qué? Estoy seguro de que el Presidente del Tribunal, el comandante Adolfo Fernández Navas, el Fiscal, alférez Emilio Rodríguez López y el Defensor, alférez Alfonso Ibáñez Farrán, recordarían a menudo este caso, aunque por aquellas fechas el trabajo se acumulaba. Intenté comprobarlo acudiendo a sus expedientes personales mediante una consulta al Archivo General Militar de Segovia, concretamente a su directora técnica Mar Gilarranz. Mi carta del 27-IV-2006 recibió una contestación del Coronel Director en la que me comunicaba que en dicho Archivo no aparece antecedente alguno relacionado con Alfonso Laurencic. D. José Ignacio Vázquez Montón nada

paquebot de Noé (1945) para navegar con una elegante prosa dedicada a ponderar lo etéreo. Lo editó José Manuel Lara, con quien mantenía relaciones de negocios en la Barcelona de posguerra a la espera de que volviera su colega José Janés, depurado tras haberle salvado cuando el SIM le había conducido a una más que probable condena a muerte. No bastó el agradecido testimonio de Félix Ros para convencer a quienes acusaban a su amigo por haber colaborado con los republicanos. Convenía, pues, callar y desdoblarse en un poeta exquisito o un viajero capaz de captar las sutilezas menos comprometidas de una realidad tan cambiante y alocada. Nada quedaba del agudo y hasta ponderado observador que, en junio de 1936, había publicado *Un meridional en Rusia* con una llamativa portada: la hoz y el martillo. Por entonces, octubre y diciembre de 1935, era un elegante joven tan alejado del comunismo como del ferviente falangismo de quienes iban a ser sus correligionarios.

La lectura de *Preventorio D* alienta algunas dudas porque no coincide con otros testimonios y, sobre todo, ignora lo relacionado con Alfonso Laurencic y sus peculiares celdas. Félix Ros sabía de lo que hablaba. Permaneció ocho meses en aquella checa hasta que fue evacuado junto con los demás presos en dirección a Gerona y, tras pasar todo tipo de vicisitudes, poder escapar a principios de febrero de 1939. Llegó a Barcelona el día 10 de dicho mes y, apenas recuperado, empezaría a escribir un relato donde nada se dice de la presencia de agentes extranjeros ni de tan sofisticadas celdas. Da nombres y apellidos de quienes le interrogaron con violencia, oculta los de otros miembros del SIM más benévolos para evitarles represalias, describe con detalle sus distintos comportamientos, explica las penosas condiciones en que estaban los presos... Su testimonio resulta estremecedor y sustantivo. No se desliza hacia lo tremendista ni utiliza el insulto como argumento, a diferencia de otros autores que hablaron de circunstancias parecidas sin haberlas experimentado en carne propia. En el detallado relato de Félix Ros prevalece lo testimonial sobre lo propagandístico. No ahorra, como es lógico, las críticas contra sus enemigos, en especial contra aquellos que tuvieron una responsabilidad directa en las tareas de represión y tortura. ¿Por qué ignora, pues, la presencia de Alfonso Laurencic y sus peculiares

---

indicaba en su respuesta del 7-VI-2006 acerca de los expedientes personales de los miembros del

celdas, que tanto protagonismo tuvieron en los artículos propagandísticos publicados por entonces y en el documental de Edgar Neville? ¿Cómo pudo permanecer ocho meses en la checa, pasar por todas sus dependencias y no tener noticia de algo tan llamativo? ¿Por qué no lo incluyó en su libro, una vez que ya en Barcelona tendría noticia de lo que habían escrito y filmado Edgar Neville y otros correligionarios? ¿Quién era el misterioso «Coronel», el responsable de una checa de quien sospechaba, por varios indicios, que en realidad era un agente «blanco» con apariencia de rojo? No puedo dar una respuesta. Tampoco la he encontrado en el libro de R.L. Chacón, pero en mi mente queda una evidencia: la imagen que me aporta la lectura de *Preventorio D*, siendo pavorosa, no coincide en algunos aspectos sustanciales con la observada en *¡Vivan los hombres libres!* Tal vez porque el joven falangista, apenas recuperado de la terrible experiencia, no necesitó recurrir a cuadros vanguardistas para llamar la atención acerca de aquel retablo de los horrores.

No se comprende bien la ausencia de supervivientes como Félix Ros en el documental de Edgar Neville, máxime cuando muchos estarían dispuestos a explicar lo sucedido. Tal vez la falta de medios o la premura en la realización impidieron su localización, pero también cabe pensar en un trabajo coherente con el enunciado de un documental que empieza con esta voz en *off:* «Barcelona ha vivido más de dos años bajo la opresión de un gobierno de clara orientación comunista...». Y termina con las imágenes de Manuel Azaña para recalcar que aquellas prisiones no eran fruto de grupos incontrolados, sino de una República de «apariencia liberal y burguesa» al servicio de Stalin. ¿Quién era el líder comunista de ese «gobierno criminal», el propio Manuel Azaña? ¿Un presidente tan alejado de los designios de Moscú y que, desde el inicio de la guerra, se consideraba a sí mismo como «un valor político amortizado»? ¿Quién podía pensar que, poco después de escribir en Barcelona una obra como *La velada de Benicarló* (abril, 1937), Manuel Azaña fuera el responsable de aquella checa? Edgar Neville, dos años antes, era militante de Izquierda Republicana y habría compartido buena parte de las reflexiones vertidas por su líder en la citada obra.

---

tribunal.

Mucho habían cambiado las circunstancias hasta llegar a la filmación de un documental de tan confusa argumentación como clara intención.

Las escenas de *¡Vivan los hombres libres!* supongo que serían concebidas en colaboración con Marichu de la Mora que, por esas fechas, escribe un artículo titulado «Las chekas de Barcelona». Fue publicado en *Y* (nº 14, marzo, 1939), la revista que ella dirigía. Dicho texto, con la misma intención maniquea y propagandista del documental, fue reseñado y parcialmente reproducido por Fernando Díaz-Plaja (2000:201-3). Tanto el artículo como el documental se refieren a la checa ubicada en una iglesia de la calle Vallmajor. También sería el objeto de una dura denuncia del propio Edgar Neville —«La cheka de Vallmajor»—, que aparecería en el número 20 de *Vértice*. Agustín de Foxá completó la campaña con su artículo «Vallmajor», publicado en *La Vanguardia Española* —ya había cambiado la cabecera— el 5 de febrero de 1939 y reeditado por Federico de Urrutia, pocas semanas después, en la miscelánea *¡Terror rojo!* El responsable de otras singulares publicaciones, como *La Paz que quiere Hitler* (1939) y *Poemas de la Falange eterna* (1939), terminaría siendo el autor de guiones como *¡Aquí está Pancho Villa!* (1966) y *¡Cuidado con las señoras!* (1968). Su correligionario Eugenio Montes también comprobó que el tiempo no era tan impasible como el ademán y acabó en similares menesteres. Dejó atrás la etérea exquisitez de *Melodía italiana* (1943) para coproducir *spaghetti-westerns* y *peplums* firmados por su amante Natividad Zaro. En cualquier caso, es obvio que esta reiteración forma parte de una campaña propagandística y que los tres artículos sobre las checas coinciden en sus argumentos, también presentes en el documental de Edgar Neville. No ocurre lo mismo con el testimonio de Félix Ros. ¿Por qué no fue reeditado? ¿Por qué apenas ha sido analizado siendo su valor testimonial superior al de tantas obras propagandísticas? ¿Por qué no fue llamado como testigo en el consejo de guerra contra Alfonso Laurencic?

El periodista francés R. Chenevier, tras visitar las instalaciones de la checa poco después de la llegada de las tropas nacionales, puso en duda la veracidad de las denunciadas torturas. Todo estaba limpio y nuevo: «Aquellas celdas no han debido utilizarse con mucha frecuencia», llegó a escribir tras enumerar otros

detalles significativos, que en parte coinciden con las imágenes del documental. Esta duda no la admite Edgar Neville en su artículo. Por voluntad propagandística, no por un análisis que ha llevado a varios historiadores a situar lo sucedido en la calle Vallmajor en el marco de la represión en la retaguardia catalana, que se saldó con la muerte de unas ocho mil personas. Pudo tener algo de razón el periodista francés. Hubo una auténtica operación de propaganda que no se detendría ante la posibilidad de una manipulación, como la que se ha dado en algunos libros posteriores de autores todavía en pie de guerra. No obstante, las celdas estaban allí y no cabe pensar que por su valor artístico, aunque en el año 2003 fueran recreadas en un museo. No lo visitaría César Alcalá, autor de un ensayo poco documentado sobre las checas de Barcelona (2005). Al parecer, ignora la existencia del documental de Edgar Neville y los artículos arriba citados. No me extraña, pues, su protesta ante el supuesto silencio en que, según él, se ha mantenido la represión practicada por los republicanos en Cataluña. Conviene revisar las hemerotecas y las filmotecas antes de hablar de estos temas.

Por último, una curiosidad relacionada con las «celdas alucinantes» de la barcelonesa calle Vallmajor. ¿Por qué aparece la imagen de una de ellas en la portada del libro de César Vidal dedicado a las checas de Madrid? Supongo que la razón habrá que buscarla en un despiste de los documentalistas que deben colaborar con quien manifiesta, sin rubor, haber publicado más de cien libros en pocos años. Todo un prodigio digno de una época de «autores mediáticos». Es probable, asimismo, que no hubiera imágenes más pertinentes para la portada, pero también cabe pensar que la utilizada es adecuada para los fines de un ensayo donde las conclusiones preceden a cualquier argumentación. En ese caso, las «celdas alucinantes» habrían rendido un nuevo servicio a la causa defendida por Edgar Neville y, lo que es más grave, habrían ocultado una realidad atroz que no requería de tan sofisticados medios para reducir a los presos hacinados en la checa de Vallmajor. El documentado relato de Félix Ros así lo prueba.

Aparte de levantar testimonio de las atrocidades, Edgar Neville en su artículo publicado en *Vértice* ataca a Ernest Hemingway y otros «turistas de la democracia» que «hablaban de libertad y de sentimientos humanitarios»,

mientras eran incapaces de escuchar los lamentos de los prisioneros. También extiende sus descalificaciones a instituciones como las universidades anglosajonas o las ligas de derechos del hombre. Y, ya en pleno arrebato, tacha de ignorantes e imbéciles a personajes históricos como Roosevelt o el Deán de Canterbury, calificado este último como «atrabiliario y estrafalario» por el fiscal del caso Laurencic[86]. ¿No se acordó de incluir a individuos algo más siniestros con una responsabilidad directa? El atractivo de los nombres sonoros a veces arrincona una realidad más sustancial y ejemplar, digna como tal del análisis y no de la propaganda. También cabe pensar que este enigmático personaje no fuera conocido por quien había rodado *¡Vivan los hombres libres!* No eran, por otra parte, tiempos de ponderación, ni siquiera para algunos de quienes hicieron de la moderación y el liberalismo sus señas de identidad. Gregorio Marañón, en carta dirigida a Menéndez Pidal, califica a Roosevelt como «enemigo número uno del género humano» por su actitud durante la guerra civil. Más disculpables, por lo habitual en la época, eran sus comentarios homofóbicos contra destacados republicanos.

Por esas mismas fechas, Edgar Neville prepara su viaje a Italia, donde iba a trabajar en los recién inaugurados estudios de Cinecittá gracias al acuerdo político alcanzado, en octubre de 1938, por Dionisio Ridruejo y Dino Alfieri, ministro *di Cultura Populare* del gobierno de Benito Mussolini. Antes entra con las tropas franquistas en Tarragona. La encuentra «ajada, sucia, desventrada» por los bombardeos. Y encamina al parrandero grupo de intelectuales que le acompañaba en dirección a Salou, en busca de un alojamiento mejor. El pueblo costero había sido abandonado por los rojos, pero todavía estaba libre de la presencia de las tropas franquistas. Comen arroz, duermen a pierna suelta en un hotelito limpio... y en aquel encantador lugar Edgar Neville sigue haciendo gala de un humor que compartía con el poeta y dirigente falangista, admirado ante su capacidad para solucionar los problemas de intendencia. Le nombra, de manera oficiosa, alcalde de dicho pueblo: «Así Salou tuvo, para estrenar su 'nueva era',

[86] El Deán de Canterbury concitó numerosos odios en el bando nacional y hasta un «Romancete» escrito por Eugenio D'Ors: «¡Ay Deán de Canterbury,/ de Canterbury Deán,/ bolchevista y anglicano,/ doble y redomado mal!...» (*Arriba España*, 11-II-1938). ¿Forman parte estos versos de su campaña para convertirse en el «Goethe de Franco»?

un alcalde republicano que le duró unos pocos días y no hizo nada con su autoridad, ni siquiera encontrar una docena de huevos» (*Casi unas memorias*, 164). En Sitges, el papel de anfitrión y organizador correspondió a otro sujeto «jocundo, corpulento y vital»: el pintor Pere Pruna. Fueron días alegres para quienes veían la victoria al alcance de la mano sin necesidad de involucrarse en episodios violentos.

Un Edgar Neville que todavía aparecía como «republicano» compartió jornadas de camaradería en Cataluña con Dionisio Ridruejo y Marichu de la Mora. Sobre ella quedan los poemas de amor a Áurea, con un origen biográfico más claro si atendemos a la relación que mantuvo el poeta segoviano con la nieta de Antonio Maura y señora de Chávarri. Murió a los 94 años, en 2001, alejada desde hacía décadas de cualquier protagonismo y sin dejar por escrito una historia tan interesante que con el paso del tiempo podría haber contado con mayor libertad[87]. Confirmé esta ausencia documental acudiendo al testimonio de su hijo, el cineasta Jaime Chávarri, algo sorprendido ante algunos pormenores de un relato que ni su propia madre ni Conchita Montes le habían contado con todos sus detalles. El concepto de la elegancia mantenido por ambas también suponía silencio y discreción, incluso en los círculos más íntimos.[88]

Edgar Neville no disfrutó por entonces de tiempo para la poesía, pero realizó alguna aportación en las tareas de propaganda. Cuenta Dionisio Ridruejo en sus memorias que fue suya la idea de arrojar panes desde los aviones de guerra. El objetivo era ganarse la confianza de las gentes durante la campaña de Cataluña, «porque Neville, con segura reflexión materialista, pensaba que un buen panecillo era más convincente que un centenar de panfletos». Conviene recordar este detalle a la hora de interpretar el polémico desenlace de *Frente de Madrid*. Su práctico sentido de la reconciliación queda sintetizado en esa imagen de quien opta por lanzar panecillos al enemigo. Otros fueron más dogmáticos y violentos.

---

[87] Cuando estaba a punto de finalizar mi investigación, apareció el libro de Inmaculada de la Fuente sobre Marichu y Constancia de la Mora (véase Bibliografía), que reconstruye la apasionante historia de ambas hermanas.

[88] La reacción de Jaime Chávarri y de otros familiares de Marichu de la Mora me ha llevado a pensar que una película como *El desencanto* (1976) no sólo habla de familias como la del poeta Leopoldo Panero.

Cuando entraron en Barcelona, Dionisio Ridruejo y su amigo se alojaron en la misma casa, en compañía de un Pedro Laín Entralgo en cuyo «descargo de conciencia» no encontramos referencias a su singular compañero de filas. También allí «el abultado y rumoroso Neville» tenía amistades a las que proteger, en este caso de la represión ejercida por las tropas con las que él mismo había entrado. La incautación de aquella casa, según cuenta en sus memorias Dionisio Ridruejo, era una forma de preservar la integridad de la familia propietaria, amiga de Edgar Neville y vinculada a la República.

Mientras tanto, sus antiguos amigos Manuel Altolaguirre y Emilio Prados se habían unido a las cuatrocientas cuarenta mil personas que atravesaron la frontera con Francia hasta el 9 de febrero. El poeta inglés Stephen Spender, en 1966, contó que el primero de ellos

> [...] formó parte de la gran muchedumbre de refugiados que cruzaron la frontera con Francia. Para llevar consigo toda la ropa que le quedaba, se había puesto, por encima de la demás ropa, el traje de etiqueta que había sobrevivido al bombardeo; y también llevaba puesto su sombrero de copa. Cuando llegaron al campamento le gritaron: ¡Aristócrata, fascista! De repente, se enfureció, se quitó toda la ropa y la tiró al suelo. Desnudo, lo llevaron al hospital.

Manuel Altolaguirre, después de pasar unos días internado en un manicomio de Perpignan, tuvo la suerte de poder llegar a París rumbo a México gracias a la ayuda de, entre otros, Pablo Picasso, también amigo de quien por entonces había entrado victorioso en la recién ocupada Barcelona. Emilio Prados vivió circunstancias similares en aquellos invernales meses de 1939. Quedó enajenado y sin rumbo tras cruzar la frontera, hasta que desde la capital francesa salió a un México donde moriría de tristeza, soledad y nostalgia. Nunca se recuperó de aquel golpe. Tampoco comprendería a Manuel Altolaguirre, dispuesto a cambiar de familia y fortuna mediante un sorprendente giro vital.

Edgar Neville no tenía tiempo para la añoranza de aquellas amistades al tomar la Barcelona de 1939. Tampoco para lamentar el fracaso cultural y político del que, con la llegada de las palinodias, hablarían sus compañeros Dionisio Ridruejo y Pedro Laín Entralgo. Habían entrado en la ciudad condal seguidos por varios camiones cargados de propaganda. Estaba previsto hasta el mínimo detalle para fomentar el acercamiento entre los falangistas y los derrotados, a los

que pretendían dirigirse en un idioma catalán que imaginaban al margen de la derrota. A punto de ganar la guerra, Dionisio Ridruejo y sus compañeros consideraban que debían dar los primeros pasos hacia una reconciliación, básica para todo lo demás. Pronto comprendieron que las palabras de Ramón Serrano Súñer eran promesas vagas y que el falangismo del general Yagüe debía dejar paso a la actitud de otros militares menos impregnados de ideales. El general Eliseo Álvarez Arenas alejó cualquier duda acerca del desenlace. Había acabado el tiempo de la propaganda para dar paso a la Victoria. El poder iba a ser cosa de los de siempre, ahora envalentonados y todavía más dispuestos a restringir el acceso a tan selecto club.

Edgar Neville lo lamentaría porque iba en contra de su sentido práctico y reconciliador, que imaginaría posible al margen de cualquier exceso represivo. Los hubo, no obstante; y en abundancia durante la caída de Cataluña, un drama de dimensiones bíblicas capaz de enloquecer a sus protagonistas. El autor de un relato como *José Sánchez* —opuesto a la violencia inútil, ciega e irracional de cualquier guerra[89]—, miró hacia otro lado, como todos sus compañeros. Sin caer en la melancolía de un Dionisio Ridruejo que se encaminaba a una crisis de insospechado desenlace. No era su estilo; tampoco su deseo. Edgar Neville se sentía, a su manera, vencedor y dispuesto a disfrutar de la vida con la máxima intensidad. Cambiaron muchas cosas a su alrededor. Pudo albergar incluso alguna duda sobre el sentido último de su victoria, pero después de tantas maniobras se mantuvo firme en su individualismo de *bon vivant*. Era compatible con una añoranza selectiva e idealizada, más cercana al recuerdo que a la memoria según la distinción que nos enseñara Soren Kierkegaard (*In vino veritas*). Pronto la convertiría en la base de su tarea creativa y en fuente de consolación para quien necesitaba aferrarse a un pasado desdibujado por

[89] Recopilado en el volumen *El día más largo de Monsieur Marcel* (1965), cuenta la historia de un condenado a muerte, José Sánchez García, que va a ser ejecutado cerca del frente de una batalla de la que desconocemos los bandos y las fechas, pero que imaginamos cercana. No ha cometido un delito concreto. Tal vez su única culpa sea tener un nombre y unos apellidos tan comunes que posibilitan el ser confundido con otro. El azar siempre está presente en los destinos de sus personajes. Tras un largo periplo con su ejecutor que incluye diálogos cuya cotidianidad hace más absurda la violencia, José Sánchez García sobrevive gracias a que su interlocutor decide dejarle libre desobedeciendo las órdenes, dictadas por quienes eran incapaces de hablar de toros y mujeres con sus enemigos.

numerosos cambios involuntarios, fruto de una Historia que convirtió en un enloquecido juego de azar.

X. Una película polémica: *Frente de Madrid*

El final de la guerra coincide con la marcha del cineasta a Roma, llamado por el productor Renato Bassoli. El objetivo era abrir una línea de cine político que, iniciada con su película *Frente de Madrid / Carmen fra i rossi* (1939), gracias a *Sin novedad en el Alcázar / L'assedio del Alcázar* (1940), de Augusto Genina, alcanzará un notable éxito. Disponían de todas las ayudas imaginables. Mediante el citado acuerdo, Dionisio Ridruejo buscó en Italia y Alemania vías de apoyo para relanzar el cine español. Aunque se desconocen los términos concretos en que se cerraron las conversaciones entre el líder falangista y el ministro fascista, todo parece indicar que al gobierno de Benito Mussolini le correspondió sufragar casi por completo las primeras películas realizadas, recuperando el dinero invertido mediante la distribución preferencial de los films italianos en España y, posteriormente, Hispanoamérica. En ese mismo sentido se expresa Manuel Augusto García Viñolas en la carta de presentación para Edgar Neville: «por primera vez va a realizarse con todos los medios una película nacional de guerra, tema para el que existen grandes restricciones precisamente para que los que se aprueben sean dignos de nuestra gesta y orientados debidamente por esta Cinematografía Oficial» (AGAC, 275, 25-IX-1939). Se le olvidó decir que la película no era «nacional», sino italiana. Y, por esa misma razón, contaba con «todos los medios».

Según explica Felipe Cabrerizo, las condiciones eran realmente ventajosas: el Estado italiano avanzaba, mediante la Banca di Lavoro, la mitad del presupuesto previsto para la película, a lo que se sumaba la devolución, una vez realizado el estreno, de los impuestos que gravaban la producción de la misma. Reanudaba así Edgar Neville su trayectoria cinematográfica como director de largometrajes de ficción. En una línea temática alejada de lo hecho hasta entonces, pero con la habilidad que le caracterizaría durante años a la hora de producir películas con apoyos oficiales. Eran indispensables para afrontar empresas a veces coyunturales, incluso propagandísticas. También los necesitó

cuando emprendió otras que comportaban un indudable riesgo por su distanciamiento con respecto a las orientaciones cinematográficas de la dictadura. Apoyos que, en ocasiones, se le negaron durante el franquismo llevándole hasta la hipoteca de su casa de La Moncloa. Tendría tiempo de añorar aquellos meses pasados en Roma, mientras anotaba en su diario las fricciones con una censura que siempre consideró mediocre y «cursi».

Edgar Neville ya había publicado en Italia una traducción de su relato *FAI* y, posteriormente, de *Las muchachas de Brunete* y *Frente de Madrid*[90]. Lo hizo en *Nuova Antologia. Rivista di scienze, lettere e arti.* Se editaba en Roma con carácter quincenal y se caracterizaba por su atención a las novedades literarias de otros países. Edgar Neville recordaba este episodio en una entrevista concedida a *Primer Plano* (29 de septiembre de 1943):

> Otra labor a que me dediqué durante la guerra fue a escribir novelas cortas, que se publicaron, no sólo en España, sino en el extranjero. Una de ellas —*F.A.I.*— tuvo influencia decisiva en mi carrera cinematográfica. Apareció en Italia, en una revista muy prestigiosa —*Nuova Antología* [nº 392, 1937]—, que luego había de publicarme tres novelas más [fueron dos] y la leyeron gentes de cine, entre ellas Genina y los Bassoli, que fundaban una productora en aquellos días. Me contrataron por telégrafo, en los mismos días en que terminaba la guerra, y me marché a Roma el mes de la toma de Madrid.

Sorprende la rapidez con que se dio este proceso de adaptación cinematográfica. La traducción de *Frente de Madrid* apareció en los fascículos 1604 (16-I-1939) y 1605 (1-II-1939) de la citada revista italiana. Justo cuando Edgar Neville se encontraba cerca de Barcelona con las tropas del general Yagüe. Tres meses después, el proceso ya estaba en marcha con el autor y director en Roma, aunque el rodaje se pospuso hasta finales de 1939. Todo hace pensar que los productores tenían una perentoria necesidad de originales para aprovechar las favorables circunstancias derivadas del acuerdo hispanoitaliano. La publicación de *Frente de Madrid* resultó especialmente oportuna.

Tampoco debemos descartar que, dada la orientación profascista de la citada revista romana, con un margen de apertura cultural similar al que encarnaba Dionisio Ridruejo en España, la traducción y la adaptación

[90] Ignoro el nombre del traductor. Edgar Neville apenas se manejaba en italiano.

cinematográfica formaran parte de una misma operación propagandística. Edgar Neville no contaba con relaciones literarias en Italia y las traducciones le vendrían propiciadas por su participación en *Vértice* y otras revistas falangistas. Al fin y al cabo, todo confluye en el círculo de Dionisio Ridruejo y sus colaboradores, que apoyaron de manera decisiva a un autor que aprovechó la coyuntura.

Edgar Neville nunca lo agradeció de manera pública. Durante el franquismo tampoco se sintió partícipe de los arriesgados planteamientos de quien acabó enfrentado al fascismo. Las aventuras que emprendía con entusiasmo no conducían a Carabanchel ni al exilio en pueblecitos perdidos de Cataluña como Llavaneras. Hasta allí, en 1945, llegaron algunas cartas suyas en las que apoyaba a un Dionisio Ridruejo que por entonces escribía obras teatrales y pretendía adentrarse en la industria cinematográfica como guionista. Sus consejos son los de un amigo agradecido. Tenía motivos para estarlo. Y, tal vez, contribuyó a que en 1951 el exdivisionario azul ganara cincuenta mil pesetas, compartidas con otro exdivisionario, gracias a un guión premiado por los falangistas que formaban parte del jurado del Sindicato Nacional del Espectáculo. No se rodó, al igual que el primer premio y el tercero. Era algo habitual.

El argumento de *Frente de Madrid* responde a lo escrito en el relato original de Edgar Neville. El protagonista es un joven falangista, combatiente en la Ciudad Universitaria. Se le encomienda adentrarse en la capital, a través de una alcantarilla, para entregar un mensaje a sus camaradas quintacolumnistas. En el Madrid republicano reencuentra a su novia, interpretada por una Conchita Montes que debutaba en el cine. Cumple su misión y, al regresar a su unidad, observa que la alcantarilla ha sido obstruida por una mina. Tras muchas vicisitudes, se refugia malherido en una hondonada cerca del Parque del Oeste, en la que encuentra a un miliciano agonizante. Transcurren horas de angustiosa e inútil espera intentando auxiliarse mutuamente. Al final, ambos mueren abrazados en aquella simbólica tierra de nadie.

Edgar Neville dispone de suficientes medios para rodar en régimen de coproducción una adaptación cinematográfica que gustó al mismísimo Benito Mussolini. La vio en un pase privado el 15 de enero de 1940. Así se lo comunicó al actor y locutor Fernando Fernández de Córdoba que, con el viril entusiasmo

que empleaba para leer los partes bélicos, lo cuenta en su artículo «¡He hablado con el Duce!», publicado en *Radiocinema* el 29 de febrero. Esta entrevista tal vez le ayudara a convertirse en «asesor técnico» de *Sin novedad en el Alcázar*. La superproducción italiana contaba con un generoso presupuesto y empezó a aflorar por entonces un peculiar concepto del «asesor». Sería utilizado a menudo por las productoras como aval y resultó rentable para numerosos sujetos bien relacionados con la dictadura, desde José Mª Pemán hasta el mismísimo Menéndez Pidal, que en 1961 llegó a disertar en la prensa sobre el parecido de Charlton Heston con el Cid. El ilustre gaditano, por su parte, debía resarcirse de que no hubiera fructificado el proyecto de rodar doce películas hispanoitalianas basadas en sus obras, comenzando por *El divino impaciente* (*Radiocinema*, 30-V-1939). La visita a Roma en la primavera de 1939 junto con Dionisio Ridruejo no rindió todos los frutos esperados.

Vittorio Mussolini, el hijo del dictador, sostuvo que se había magnificado el interés de su padre por el cine. Según él, apenas aguantaba un cuarto de hora sin dormirse. Sobre todo si era cine comercial, pues estas películas le parecían poco serias, cosas de saltimbanquis. No era el caso de *Carmen fra i rossi,* que también tuvo una acogida triunfal tras su estreno en veinticinco salas de toda Italia. La crítica, salvo la del periódico del Vaticano (*L'Osservatore Romano*), valoró positivamente la labor de Edgar Neville. Lo mismo pasaría tres años después en la Alemania nazi, donde se estrenó esta versión italiana, sin cortes de censura, bajo el título *In der roten hölle* (*En el infierno rojo*)[91].

En España fue diferente: hubo quien pensó que el infierno, por ser rojo, debía ser más infernal. El estreno de la versión española, *Frente de Madrid*, tuvo lugar en Madrid el 23 de marzo de 1940, no sin sufrir diversos cortes de censura que sorprendieron a un desorientado director. Desde abril de 1937, Edgar Neville había convivido con los artífices de un rígido y exhaustivo régimen censorio, que el 28 de julio de 1936 ya había sido implantado, en lo que respecta a las publicaciones impresas, por parte de la Junta de Defensa Nacional de Burgos.

[91] La versión alemana, depositada en el Bundesarchiv-Filmarchiv, fue recuperada gracias a las gestiones de Felix Monguilot-Benzal y exhibida en la XXXV Mostra Internacionale del Cinema Libero: Il Cinema Ritrovato (Bolonia, 5-7 de julio de 2006). Cuando escribo estas líneas, agosto de 2006, ya se han iniciado las gestiones para que la Filmoteca Española pueda contar con una copia.

Incluso tendría información de primera mano acerca de la creación de la Junta Superior de Censura Cinematográfica el 10 de diciembre de 1937. Desde el principio colaboraron en la misma algunos amigos suyos y, según el testimonio de Ramón Serrano Suñer, el propio Edgar Neville. Nunca terminó de acostumbrarse a una estrechez de miras incompatible con su mentalidad. Tardaría muchos años en publicar divertidos artículos como el titulado *La maja desvestida*, donde con su habitual humor explica a los lectores de *ABC* las dificultades de los creadores para utilizar palabras como «piernas»:

> Y luego dicen que si los autores no están cohibidos ante el temor de que unos señores de una mentalidad, educación y sensibilidad totalmente distintas al resto de los españoles le metan el lápiz rojo a unas expresiones totalmente corrientes y desprovistas de todo ánimo pecaminoso.

Rafael Azcona nos ha recordado que en aquella época los vasos no tenían culo, sino fondo. No obstante, en 1940 no fue una cuestión terminológica lo que activó el temido «lápiz rojo», sino conceptual y puntillosa, apenas disfrazada con eufemismos que pronto cuajaron en la peculiar retórica de los censores. Edgar Neville percibió enseguida la rigidez de una dictadura a cuyo triunfo había contribuido. No fue el único, tampoco demasiados. Y menos los que siguieron la senda de Dionisio Ridruejo.

Según Emilio Sanz de Soto, *Frente de Madrid* llegó a España lista para su exhibición, pero fue montada de nuevo contra reloj por Sara Ontañón. El resultado fue la aparición de tres versiones: las dos primeras diferenciadas por el idioma y el protagonista, pues en la española Rafael Rivelles reemplazó a Fosco Giachetti, uno de los iconos del fascismo cinematográfico. La tercera, hoy perdida, sería la española después de sufrir un nuevo montaje de acuerdo con las directrices de la censura. Se suprimieron los fotogramas que no retrataban con la previsible dureza el ambiente del Madrid sitiado, algunos diálogos desaparecieron y el final, donde se mostraba un gesto que podía ser interpretado como una simbólica reconciliación entre los bandos enfrentados, fue eliminado. Más tarde, algunos apuntan la posibilidad de que también se intentara suprimir el nombre del director en los títulos de crédito y que se ordenara quemar el negativo. Esta circunstancia justificaría la desaparición de un film del que sólo se conservan dos copias de la versión italiana en una filmoteca alemana y en otra norteamericana.

Edgar Neville había partido con destino a Italia lleno de ilusión. Disfrutó de unas forzadas vacaciones, a la espera de que se iniciara el rodaje, alojado en el Albergo Russia, en compañía de una Conchita Montes que así dejaba atrás denuncias todavía no aclaradas que le habían llevado al encarcelamiento en San Sebastián. Edgar Neville tampoco parecía mostrarse interesado por volver a Madrid. Estaba seguro de que su padrastro, el Marqués de Amposta, sería capaz de recuperar los bienes de la familia. Optó por divertirse durante el rodaje, junto con su amada y amigos de los tiempos de Hollywood como Juan de Landa. Recordarían anécdotas de *The big House* / *El presidio* (1930), el éxito más notable de aquellas películas, cuando el aguerrido actor vasco copió los gestos de Wallace Beery. También estaban Rafael Rivelles y Manolo Morán, tan elegante el primero y tan divertido como por entonces entusiasta falangista el segundo. A su regreso, Edgar Neville encontró una cruda realidad que pronto le llevó a escribir, sin aspirar a que fuera publicada, «la historia trágico-cómica-ridícula de la posguerra».

A pesar de estos problemas, la película fue estrenada con todos los honores en el madrileño Palacio de la Música. Tuvo un considerable éxito de público, pues permaneció veintiún días en cartel. Un dato excepcional si lo enmarcamos en el generalizado fracaso popular de aquellos films amparados en el convenio de colaboración con Italia. La crítica, no obstante, puso reparos. Incluso fue dura, como en los casos de C. Abadanes en *El Alcázar* y del censor Luis Gómez Mesa, que colaboraba en *Arriba*. Fernando Méndez-Leite, en 1941, consideró que era una «cinta muy discutible, inadmisible para todos aquellos que conocieron de cerca el calvario de sufrimientos del Madrid rojo» (*Cuarenta y cinco años de cine español*, p. 86). Otros hablaron de su «poca consistencia ideológica», es decir, su desviación con respecto al pensamiento oficial que se afianzaría en aquellos primeros años de la posguerra. El eufemismo fue utilizado por el también cineasta Antonio Román, amigo y contertulio de Edgar Neville. Con él señalaba en *Radiocinema* el camino que justifica los problemas de *Frente*

de Madrid hasta su desaparición física, como también sucedería después con la ahora recuperada *Rojo y Negro* (1942), de Carlos Arévalo[92].

Estas circunstancias no desanimaron a Edgar Neville. En una entrevista publicada en *Primer Plano* el 13 de julio de 1941, sin entrar en consideraciones ideológicas intentó justificar el polémico desenlace, que tantos reparos provocó en la España victoriosa nada dispuesta al perdón y menos a la reconciliación. Según él, la relativa tranquilidad de que disfrutaba la novia del protagonista en el Madrid republicano se justificaba por una circunstancia, la protección dispensada por su portero, que fue eliminada en el montaje final. También había tenido que sintetizar los diálogos, de ahí la ambigüedad de las escenas finales.

En realidad, resulta un tanto ilusorio hablar de una posible reconciliación en el desenlace de *Frente de Madrid*. Ante la imposibilidad de ver la película en su versión española, conviene consultar con atención el texto original de Edgar Neville. Más bien cabría hablar de un perdón, tan generoso como acorde a la caracterización positiva del protagonista. La hipotética reconciliación pasaría por la conversión del miliciano. El desenlace del relato ejemplifica un concepto de la victoria que no implica la aniquilación del derrotado, sino su asimilación tras haber escuchado la Verdad que le comunica el también agonizante falangista: «Un día se cubrirá de banderas Madrid. De banderas de España y de banderas de Falange. Y desfilarán por las calles legiones de hombres jóvenes con la camisa azul; llevarán el mismo paso, la misma dirección y el mismo interés, y no se sabrá a qué clase pertenecen ni de qué lado estuvieron en esta guerra»[93]. Todos, perdonados sus posibles pecados, serán llamados a ese reino de camisas azules para compartir la dicha de desfilar al unísono.

---

[92] *Rojo y Negro*, otro film falangista, fue producido por CEPICSA, en cuyo consejo de administración se encontraba Edgar Neville. Quedan algunos puntos oscuros en relación con esta meritoria película que, sin ningún género de dudas, interesaría al director de *Frente de Madrid*, al menos hasta que fuera consciente de que la suya y la de Carlos Arévalo formaban parte de una producción sin futuro en una España franquista que se inclinó por una propaganda cinematográfica de diferente orientación.

[93] No olvidemos que, por esas fechas, Dionisio Ridruejo se consideraba comprensivo porque pretendía destruir a sus contrarios asumiéndolos. El objetivo era quitarles su parte de razón haciéndola propia después de vencerles, destruirles asumiéndolos. Esa actitud, perfectamente fascista, conduce sin embargo a considerar «importante la razón del adversario» y abre, por tanto, una política de «comprensión» hacia aquella razón. Conviene no confundirla con la reconciliación. Véase Santos Juliá (2004).

Al margen de las connotaciones católicas del episodio que permite al miliciano morir en paz, el encuentro es posible porque, en el fondo, siempre permanece algo en común con quien ha combatido en el otro bando: los dos sujetos que agonizan en una tierra de nadie son de Madrid, han deambulado por las mismas calles, tienen una edad similar y, en definitiva, sólo la Historia ha separado lo que estaba unido por la intrahistoria, por esa idealizada cotidianidad que siempre interesó a un Edgar Neville desinteresado por las cuestiones estrictamente políticas o ideológicas. Su agnosticismo también le alejaría de la «santa intransigencia» que se impondría durante décadas. No eran, sin embargo, buenos tiempos para una actitud más generosa e integradora como la suya. También más práctica y tranquilizadora, al menos desde la perspectiva de uno de los pocos autores que se plantearon por entonces qué hacer con los vencidos una vez «echados al mar» los que nunca son considerados como españoles, es decir, los comunistas y otros revolucionarios patológicos como «El mal bicho» de *Calle Mayor*.

Una auténtica jauría mediática, con los escasos y rudimentarios medios de la época, estaba alentando la represión, la Victoria sin concesiones. Dejaría al margen, o en peor sitio, a los vencedores capaces de dudar en nombre de la amistad o cualquier otro noble sentimiento, como nos mostrara con clarividencia Manuel Chaves Nogales en *La gesta de los caballistas*, uno de los episodios que recopiló en *A sangre y fuego* (1937). Y, a la hora de abordar un futuro inmediato, la jauría guardó un sepulcral silencio con respecto al papel de los vencidos, cuya consideración infrahumana parecía justificar su absoluta desaparición. La muerte; vista con indiferencia por quienes en periódicos, folletos y otras publicaciones negaban a sus enemigos la condición humana.

Así sucede también, por ejemplo, en *Sin novedad en el Alcázar*, una película relacionada con *Frente de Madrid* hasta el punto de formar parte de un mismo empeño propagandístico y cinematográfico. Agustín de Foxá y Edgar Neville vieron en Cinecittá cómo el 20 de julio de 1940 volaron la maqueta del Alcázar de Toledo: «Era una delicia la reconstrucción del pequeño Toledo, con sus balcones, cortinas, cristales y tejas. Parecíamos Gulliveres entre aquellas ruinas». Este «*Acorazado Potemkim* del fascismo» —así fue definido el film— se

permitía la ilusión de la desaparición, casi milagrosa, de los republicanos cuando llegan las tropas de Franco a Toledo. Nada se dice acerca de su futuro, porque no existe. Augusto Genina, su director, manifestó que «El Potemkim significaba el film de la revolución destructora. El Alcázar lo es de la revolución constructiva». Pero en esa construcción sólo cabían los grandes conceptos: Patria, Familia y Religión. «¡Ojalá que las nuevas generaciones españolas comprendan que en este trinomio se basan la prosperidad, el porvenir y la grandeza de sus destinos futuros!», afirmaba el que fuera uno de los cineastas favoritos de Benito Mussolini.

Edgar Neville, menos retórico y más práctico, nunca contempló esos horizontes tan lejanos. Prefirió plantearse un inmediato futuro en el que los vencidos debían ocupar un lugar, aunque fuera el de la aceptación sumisa de su derrota para obtener, a cambio, una aparente reconciliación. Cada uno en su puesto, respetando las jerarquías, pero todos juntos. Como tantas veces expondría en sus obras literarias y cinematográficas. Se equivocó si alguna vez creyó que las reglas de la ficción tenían validez más allá de los escenarios y los platós. La realidad era más dura y pronto, al igual que sus colegas, debió mirar hacia otro lado y dejar de hablar de lo innombrable. En la pantalla sólo suponía una elipsis o un fundido en negro, mientras que en la vida real esta circunstancia provocaba un silencio mantenido durante décadas. Nadie quería plantear sus raíces. Habría sido, además, un peligroso empeño abocado al fracaso. Todo era cuestión de preservar ese silencio, hasta que provocara un olvido de probada eficacia para los verdaderos descargos de conciencia. No los escritos muchos años después cuando se anunciaban nuevos tiempos, sino los que permitieron afrontar días de botas, correajes y uniformes.

Edgar Neville, sin embargo, no pasó definitivamente la página y volvió a presentar a uno de los «vencidos» en *Mi calle*. Lo hizo cargando las tintas, hasta tal punto que Fabricio, el asesino del hijo del marqués, era «un pollito feo y antipático» con aspecto de «intelectual disgustado». No por razones políticas o sociales, sino por la pura envidia que sentía de Gonzalito, el aristócrata feliz, guapo y dicharachero. Una envidia patológica y hasta genética que difumina cualquier otra razón para el enfrentamiento y, por supuesto, exculpa a la víctima.

Así se indica en el guión depositado en la Filmoteca Española, más detallista que la película a la hora de presentar una República dirigida por «mandos ocultos y misteriosos, y encaminada a romper la armonía de aquella sociedad». Fabricio, pues, aparece como un tumor que debe ser extirpado —gracias a una elipsis que evita la sangre— para recuperarla. Sólo mediante este drástico medio, justificado por la maldad sin límites de tan antipático y aislado personaje, se podrá volver a pasear por una calle donde «todos son amigos y no existen las clases sociales». Veinte años después de terminada la guerra, Edgar Neville no albergaba la menor duda acerca de los culpables, no se mostraba dispuesto a comprender sus posibles motivaciones y estaba lejos de pensar en la necesidad de un gesto de reconciliación que nunca extendió más allá de algunas amistades personales. Con prudencia, sin abrazos en un marco tan público y notorio como el de la pantalla cinematográfica.

Volvamos a la posguerra, más dura y homogénea a la hora de marginar o extirpar a los vencidos. En ese contexto, Dionisio Ridruejo puso en marcha la revista *Escorial* y prologó la quinta edición de las *Poesías completas* de Antonio Machado. En la citada publicación intentaba acoger a colaboradores de distintas procedencias, abrir un espacio donde resultara posible el encuentro, aunque fuera el sometido a todo tipo de restricciones que no siempre venían desde instancias ajenas a los redactores. La segunda iniciativa editorial era un homenaje a quien acababa de fallecer en el exilio. En unas circunstancias penosas, derivadas de su «ingenuidad» como «secuestrado moral» obediente a las «consignas de los malvados»[94]. Había muerto alejado también de aquellos jóvenes falangistas que confiaban en su rescate, le admiraban como poeta y habían entrado en una Barcelona de la que tuvo que salir con lo puesto. Hacia la muerte. Lo realizado por Dionisio Ridruejo es discutible, como otras iniciativas suyas en aras de integrar, dentro del falangismo, a parte de quienes se habían situado en el otro bando. En cualquier caso, apenas suponía unas gotas aisladas

[94] Véase «El poeta rescatado», *Escorial* (nov., 1940), pp. 99-100 e Int. a Antonio Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1941, pp. I-XV. En ambos textos, Dionisio Ridruejo, amigo de Manuel Machado, describió los esfuerzos de los propagandistas nacionales en Burgos para considerar a Antonio aún como hermano de Manuel. Ya con otra perspectiva, se reafirmó en su postura en «Don Antonio Machado, poeta de España por la gracia de Dios. Las cuatro razones del poeta rescatado», *La Estafeta Literaria*, nº 303 (24-X-1964), pp. 6-7.

y truncadas en un mar de odio y represión capaz de ahogar cualquier disidencia durante décadas.

Resultaba difícil permanecer ajeno a ese violento clima. Sobre todo cuando, de forma voluntaria, se hablaba a través de la pantalla de un pasado del que sólo se podía mostrar una interpretación maniquea, tan alejada del humor que impregna otros recuerdos de Edgar Neville recreados en películas como *Mi calle*. Podrían haber sido los protagonistas absolutos de esta obra tardía, una especie de evocador testamento que recopila numerosos motivos recurrentes en la trayectoria creativa del director. No lo fueron porque, tal vez, todavía quedaba suficiente rencor para imaginar un Fabricio que mata al hijo del conde y nos recuerda «El mal bicho» de *Calle Mayor*. Individuos que llevaban la maldad y la envidia impresas en los genes. Su caricatura estaba lejos de una condición humana que invitara a un mínimo de comprensión.

Con la probable intención de escapar del Madrid de la inmediata posguerra —era difícil moverse en aquellos estrechos márgenes de una ortodoxia todavía por fijar— y evitar los recelos que provocaba su figura en algunos círculos, Edgar Neville volvió a Italia en compañía de Conchita Montes. Allí viajaron por distintas ciudades, asistieron a las exequias de Alfonso XIII y rodaron otro film de doble versión, *La muchacha de Moscú / Sancta Maria* (1941). Fue publicitado como «la primera película antibolchevique italiana». La historia, basada en una novela de Guido Milanesi, narra la conversión al cristianismo de una joven bolchevique, que salva a su prometido de la lepra gracias a la intercesión milagrosa de la *Madonna de Pompeii*, la virgen de mayor devoción popular en Italia. Un auténtico melodrama con vocación propagandística. Poco pudo aportar en este caso Edgar Neville. Se acostumbraría a filmar guiones alejados de sus planteamientos, altemados con otros que justifican su consideración como el responsable del primer cine de autor en España.

Algunos de estos films tuvieron resultados curiosos apenas comentados por los historiadores del cine. Es el caso de *Il pecatto de Rogelia Sánchez / Santa Rogelia* (1939), otra de las producciones hispanoitalianas de la época. Sólo se ha conservado la versión italiana de una película estrenada en Madrid el 15 de enero de 1940. Estaba basada en la novela *Santa Rogelia* (1926), de Armando Palacio

Valdés. Un anticuado folletín que no interesaría demasiado a un guionista como Alberto Moravia —faltaban pocos meses para que sus novelas fueran prohibidas en Italia y él pasara a la clandestinidad— y a un director como Carlo Borghesio. La labor de Edgar Neville, según los títulos de crédito de la versión conservada, fue la de supervisor del trabajo del citado director. En realidad, y de acuerdo con las declaraciones tras su regreso a España, rehizo el guión para que la insufrible novela fuera viable en la pantalla. No utiliza estos términos, como es lógico, pero tampoco resulta difícil imaginar el abismo entre el lacrimógeno folletín de Armando Palacio Valdés y los gustos de un Edgar Neville que abogaba por un cine radicalmente distinto, alejado de una historia y unos protagonistas que habría incluido en la categoría de lo «cursi».

Il pecatto de Rogelia Sánchez, según me informa Felipe Cabrerizo, tuvo una buena acogida crítica en Italia, mientras que la versión española dirigida por Roberto de Ribón pasó casi desapercibida. Sólo hemos localizado una reseña de Rafael Gil en *ABC*. Nada dice de la labor de Edgar Neville, aunque el argumento le interesaría, pues en 1963 dirigió una nueva adaptación de la novela de Armando Palacio Valdés. Se estrenó con más pena que gloria, incluso con alguna reacción de desprecio. Ya no gustaba a nadie aquella historia tan decimonónica en sus planteamientos.

La visión de *Il pecatto de Rogelia Sánchez*, mucho más interesante que la novela original, suscita dudas con respecto a la desaparecida versión española que tal vez nunca puedan ser aclaradas. Esta última no tuvo problemas con la censura, el estreno transcurrió con normalidad y nadie se ha interesado por ella. Sin embargo, si ambas versiones sólo se diferenciaban por el idioma es posible imaginar que, en el Madrid de 1940, se proyectó un film que supone una implícita justificación del divorcio. Así sucede con la conservada, donde la protagonista debe elegir entre seguir al lado de un marido brutal, violento y borracho interpretado por Juan de Landa —su físico define al personaje— o marcharse con un refinado, elegante y sensible médico acorde con los rasgos que solían definir los trabajos de Rafael Rivelles. Apenas duda, como cualquier espectador racional. Y comete un prolongado adulterio, con una hija nacida de la pareja... El arrepentimiento sólo aparece de manera forzada, sin expiación ni mortificación.

Hasta el mismísimo marido, en prisión por asesino, le recomienda quedarse con el médico y, acto seguido, hace todo lo posible para morir. Rogelia, claro está, regresa al lado de quien le esperaba con los brazos abiertos. Ni siquiera asoma la figura de algún eclesiástico y tampoco apunta mayor pena que la lamentación por el tiempo perdido.

¿Se podía estrenar, en las pantallas madrileñas de enero de 1940, una película con tales planteamientos? Tal vez sí, como fruto de una censura todavía precaria que carecía de criterios fijos en algunos temas. El nombre de un novelista conservador como Armando Palacio Valdés era una garantía, el origen italiano de la película no despertaba sospechas y, sobre todo, nadie imaginaría una lectura que apenas es posible a tenor del texto original, pero que resulta compatible con una adaptación cinematográfica donde de la mano de Alberto Moravia, Edgar Neville, Mario Soldati y otros sujetos que intervinieron en el proceso la historia de los amores de Rogelia[95] cobró nuevos vuelos. Y, por supuesto, el menos ajeno a esta implícita justificación del divorcio bien pudo ser Edgar Neville, que siguió por ese camino en obras estrenadas durante el franquismo. ¿Aparecerá la versión española? ¿Alguien se ocupó de que corriera la misma suerte que *Frente de Madrid*?

Tras el estreno de *La muchacha de Moscú,* la situación en Italia se hizo más complicada. La amenaza que suponía la ya iniciada II Guerra Mundial aconsejaba el regreso. Edgar Neville había disfrutado de unas buenas condiciones de rodaje, había conseguido llevarse consigo a Conchita Montes para que debutara como protagonista y estaba en compañía de algunos viejos amigos. Todos se encontraban fascinados por la Roma imperial evocada por Agustín de Foxá (*Poemas a Italia*, 1941), que lo parecía ser de nuevo bajo un mandato fascista que apenas asoma entre los retumbantes versos de un poeta satisfecho tras haber conjurado buena parte de sus miedos. Al fondo, no obstante, estaban los campos de batalla, donde Edgar Neville ya no necesitaba realizar tareas de «reconocido riesgo».

[95] La Rogelia de Armando Palacio Valdés es una muchacha de quince años, la de la película es una mujer interpretada por Germaine Montero, que tenía treinta años. A partir de este dato la historia cambia por completo y, por otra parte, no deja de ser curioso que la actriz francesa hubiera debutado en España de la mano de Federico García Lorca. Hablaba español y, lejos de cualquier relación con el fascismo, destacó por su difusión en Francia de las obras del poeta granadino.

También es cierto que, por entonces, estos españoles confiaban en el triunfo de las fuerzas del Eje y buscaban un hueco bajo su manto protector. A principios del verano de 1941, Edgar Neville tenía el proyecto de rodar en Berlín una película hispanoalemana, cuyas dos versiones realizarían él y Carl Froelich, siendo Conchita Montes y Zarah Leander las protagonistas. No cuajó. Tampoco volvieron a colaborar en un mismo film un director que participó con éxito en las tareas propagandísticas de los nazis y la bella y elegante actriz sueca, afincada por entonces como estrella de la UFA en una Alemania que la convirtió en uno de los iconos mejor valorados por Goebels. Especialista en papeles de mujer fatal y excelente cantante, pronto reemplazó a figuras como Marlene Dietrich y Greta Garbo. Con el citado director acababa de rodar *Das Herz der Königin* y es comprensible que su presencia supusiera un atractivo para Edgar Neville.

Se habría sumado así a otros cineastas españoles que disfrutaron del apoyo de las autoridades nazis. De hecho, mientras rodaba *Frente de Madrid* coincidió en Roma con Benito Perojo, a quien ya conocía desde los tiempos de Hollywood. También había sido dialoguista de *Rumbo al Cairo* (1935), del citado director. Un film desenfadado e intranscendente cuya primera mitad nos ha llegado salpicada con diálogos propios del humor absurdo. Fueron elogiados en la reseña de *Variety* (6-XI-1935). Es probable que ambos cineastas hablaran de proyectos en la Alemania nazi. Estarían amparados en el Acuerdo Cinematográfico Hispanoalemán firmado el 26 de abril de 1940. Su artífice por parte española fue Manuel Augusto García Viñolas, el responsable de la unidad cinematográfica en la que se integró Edgar Neville durante la guerra. Había que contar con los amigos, sobre todo cuando arreciaron las dificultades por, entre otros motivos, la falta de sintonía entre las censuras de los nazis y los españoles. Aquellos protestaban porque los franquistas no estaban dispuestos a tolerar el nudismo y el paganismo de las películas alemanas. Los nazis, por su parte, no admitían el tono clerical de los films procedentes de una España donde la revolución falangista ya había quedado pendiente.

Edgar Neville se podría haber desenvuelto bien en este clima. Lo clerical no le interesó nunca y su osadía no le llevaría, a su pesar, a la inclusión de escenas de un nudismo y un paganismo con los que siempre disfrutó. Pero todo

quedó en nada, como tantos proyectos que jalonan su trayectoria. Tal vez sólo fue un deseo, expresado en voz alta por Conchita Montes en una entrevista periodística. En cualquier caso, resulta significativo para identificar las amistades con las que Edgar Neville iba a iniciar su nueva etapa y comprender los límites de la evolución de un director que, procedente de Hollywood, acabó en compañía de significados cineastas del otro bando. Siempre supo adaptarse para preservar un pequeño espacio de identidad personal.

Edgar Neville y Conchita Montes volvieron a España. Dejaron atrás, en el momento oportuno, las esperanzas de trabajar con las estrellas de la UFA, que pronto cayeron en desgracia como tantos otros nazis. Sin graves consecuencias, con licencia para reinventar su pasado. Al margen de las múltiples circunstancias que podrían haber abortado el proyecto de rodar un film en Berlín, es probable que valoraran una situación amenazante y hasta peligrosa para quienes nunca recordaron aquellos días con reparos. También, claro está, es posible que en la decisión de quedarse en España influyera el fin de los problemas de Edgar Neville relacionados con el expediente de depuración. Había que volver a Madrid, aunque fuera para trabajar en unos precarios estudios y con la dicharachera Julia Lajos —«su voz aguda y cantarina casa con su físico de paloma buchona», según Santiago Aguilar— en lugar de la enigmática, atractiva y fatal Zarah Leander.

Años después, ya más escéptico y con un mínimo de libertad de expresión, Edgar Neville no abordó el tema de aquellas amistades y colaboraciones. No obstante, al recordar con orgullo la realización de *Frente de Madrid* hablaría —en una entrevista publicada en el diario *Pueblo* (3-V-1962)— de hasta qué punto quienes no habían estado en el frente le pretendían hacer ver lo sucedido allí:

> La hice lleno del entusiasmo que teníamos todos en abril del treinta y nueve y la traje a Madrid con la mayor ingenuidad y comencé a encontrar tropiezos, pegas, a tener que cortar esto y aquello y a descubrir que la vida en el frente no era, por lo visto, como la recordábamos los que la habíamos vivido, sino como querían que fuese gentes que no se habían asomado a él. Se estrenó, sin embargo, y tuvo mucho éxito.

Olvidó contarle, sin embargo, a Marino Gómez-Santos que él también había jugado con su memoria de aquellos años. No como censor, sino como un

individuo a la búsqueda de un hueco entre los vencedores. Y debía ser amplio y confortable, sin reparar en su coste, asumible en cualquier caso para quien disfrutara con los bailes de máscaras.

XI. Un hueco entre los vencedores

En aquellos momentos de la inmediata posguerra, Edgar Neville tuvo que comprender que el nuevo régimen no iba por el camino imaginado por su amigo Dionisio Ridruejo, que abandonó la Dirección General de Propaganda a finales de 1940. Él no terminaría en la División Azul antes de pasar heroicamente a la oposición. Era otro su talante y, en compañía de Conchita Montes, empezó una nueva etapa en su lujosa residencia de la calle Serrano, rodeado de cuadros de José Gutiérrez-Solana[96] y libros de Valle-Inclán. Deslumbraría al por entonces joven actor Fernando Fernán-Gómez. No tenía costumbre de ser atendido por un mayordomo, un lujo que contrastaba con los apaños contractuales que le proponía el señor de la casa para economizar a costa de su trabajo. A pesar de la naciente simpatía mutua, aquel pelirrojo muchacho no tuvo la posibilidad de asistir, en la más cruda posguerra, a las fiestas que allí se daban con menús (langosta, carne, foie...) de cuya existencia dio fe Antonio Díaz-Cañabate.

Pocos años después, al Conde de Berlanga le parecía que todo lo llevado al margen de la elegancia clásica en el vestir era propio de «los pollos existencialistas». Ya había asumido que un traje azul es lo único capaz de adelgazar a un caballero e inició una homérica batalla contra la obesidad donde el descanso del guerrero era frecuente. La relataría a veces en primera persona para explicar «lo hermoso que se estaba criando» y, en otras ocasiones, utilizaría a personajes como Doña Encarnación y Doña Purificación, protagonistas de un desternillante empeño que tanto nos habla del saludable propósito de reírse de uno mismo que animó a Edgar Neville. Lo necesitaría para acudir a la Clínica de Nutrición del doctor Jiménez, en la madrileña calle de María de Molina, donde un

[96] Edgar Neville mantuvo una larga amistad con el pintor y escritor, que acudió emocionado al rodaje de *Domingo de Carnaval*, una película tan deudora de su estética y de una común pasión por los tipos extravagantes que encontraron en lugares como El Rastro.

grupo de marquesas gordas iba a comer acelgas sin sal. No era un motivo de disfrute gastronómico, pero le daba la oportunidad de conocer a quienes pronto aparecerían en páginas de fina sátira. Con sonrisa o amargura, en carne propia o en la de unas mujeres a las que cordialmente detestaba, esa lucha contra la obesidad era una metáfora —con sus contradicciones, concesiones y forzado cinismo— de otras luchas que a veces le arrebataron aquello que más apreciaba: su sentido del humor, siempre dispuesto a ser compartido con unos buenos amigos.

Lo necesitaría para abandonar algunos proyectos cinematográficos y emprender otros con la rapidez e improvisación de quien sabía hasta qué punto era imposible hacer planes en el cine de la época. La prensa recogió sus deseos de rodar una biografía del duque de Osuna, alguna quimera como la adaptación cinematográfica de *Troteras y danzaderas* (1913) de Ramón Pérez de Ayala o el más verosímil proyecto de contar con Conchita Montes para llevar a las pantallas la vida de Goya, con su amante en el papel de la duquesa de Alba. Eran propuestas alternativas a la «pobretería» de un cine cursi y pacato, según dejó escrito en su diario y correspondencia. Acabaría conformándose, años después, con publicar artículos como el ya citado, «La maja desvestida», sobre quienes impedían que en las películas se mencionara el término «piernas». Tampoco mostrarlas, claro está. Nunca compartió la idea de que la Victoria supusiera una censura rígida y ridícula, ni siquiera cuando hablaba con conocidos —algunos llevaban sotanas— que se dedicaban a estos menesteres.

Edgar Neville incluyó por entonces, para evitar cualquier asomo de lascivia, a una mujer barbuda en un curioso mediometraje, *Verbena* (1941), que rescataba el espíritu de uno de sus cuentos escritos bajo la influencia de Gómez de la Serna: *Stella Matutina,* publicado por primera vez en la *Revista de Occidente* (1928). Amalia de Isaura, cupletista cómica con su barba a lo Enrique VIII, cantaba sin excitar al personal. Lo hacía como correspondía a una época donde —según una acotación del guión de *Mi calle*— se evitaba cualquier procacidad. Las señoritas interpretaban canciones en las que «se habla de dos patitos que se conocen en un estanque y que van nadando el uno junto al otro y

se encuentran con unas patitas, y no pasa nada entre los patitos y las patitas... Son unas canciones, como verán ustedes, enloquecedoras».

Verbena «no trataba, como era costumbre allá en el año cuarenta y uno, de un tema épico o altamente educativo o histórico-victorioso. Y digo histórico-victorioso porque todavía no he visto ninguna película en la que se describa la afrentosa derrota del país que la produce» (*ABC*, 23-II-1964). En 1941, Edgar Neville no se habría atrevido a escribir este irónico comentario, pero con la mujer barbuda de *Verbena* protagonizó una de las bromas que se permitió un vencedor que, con relativa frecuencia, tendría roces con algunos censores, mientras cultivaba la amistad de otros. A menudo las tachaduras se relacionaban con cuestiones morales, las únicas en las que por su carácter genérico era posible encontrar un margen[97]. La mujer siempre estaba por en medio y los informantes de sus obras teatrales recelaban, además, de lo que sucediera con las actrices durante las representaciones. Sabían que a Edgar Neville le gustaban bellas, un tanto sofisticadas y seductoras, incapaces de quedarse en casa, ir de visitas o comportarse como los susodichos patitos. Y siempre fue fiel a esa preferencia en un mundo creativo en el que no cabía lo feo o desagradable. Tampoco la pobreza, incompatible con un concepto de la belleza que, cuando se trataba de mujeres reales, requería vínculos con una familia de posibles.

Edgar Neville también supo dedicar homenajes a quien encarnaba la citada preferencia, como el publicado en 1944 con motivo de una recopilación del Damero Maldito, el pasatiempo para espíritus cultivados que Conchita Montes editaba cada semana en *La Codorniz*[98]. Cuenta con la colaboración de buenos y selectos amigos encabezados por Gregorio Marañón, que había vuelto a España en octubre de 1942 y se limita a escribir un prólogo donde nada dice, tal vez porque considerara suficiente que le dejaran firmar cuando a su alrededor se

[97] Tan estrecho que, en 1955, tuvo que autocensurarse para rescatar su comedia *Margarita y los hombres*, estrenada el 9 de febrero de 1934 por la compañía de Antonio Vico y Carmen Carbonell. Los quince días que permaneció en cartel permiten hablar de una aceptable acogida, corroborada por la crítica que subrayó la aparición de «un escritor auténticamente joven» (*Ahora*). Pero comentarios como el de Cruz Salido —«Han quedado rotos los nervios dramáticos rancios» (*El Socialista)*— le harían comprender que era necesario cambiar numerosos diálogos y, sobre todo, el desenlace para ajustar la comedia a los cánones morales de la España franquista.

[98] Este dificultoso pasatiempo fue inventado por la norteamericana Elisabeth S. Kingsley. Apareció por primera vez en 1934, concretamente en el *Saturday Review*. Tal vez Conchita Montes, al igual

había establecido «un cerco de sombra». Todavía no había purgado posturas políticas como las de enero de 1936. Se arrepentiría de haber mandado por entonces una carta a José Martínez de Velasco para renunciar a formar parte de una candidatura de derechas y explicarle que nada haría cambiar su «izquierdismo, tan poco exaltado si usted quiere, pero tan firme». La guerra fue un verdadero ejercicio de flexibilidad para muchos. A su vuelta, Gregorio Marañón admitía —entre amigos de confianza— que en la España de Franco imperaba la Inquisición, pero la prefería a una República que en su relectura del pasado inmediato había quedado reducida al comunismo. Lo mismo pensaba su amigo y ahora anfitrión Edgar Neville.

José Mª de Cossío, Antonio Marichalar y Emilio García Gómez, por su parte, completan la lista de quienes alaban la sabiduría de la bella mujer a la que admiran. Llama la atención un poema de Eugenio D'Ors, «leído en una fiesta a la autora de este libro»[99]. El exquisito autor de los «salones», por entonces ataviado con un uniforme falangista que rivalizaba en singularidad con el de Giménez Caballero, recupera una costumbre decimonónica para encomiar de nuevo las virtudes de Conchita Montes, que se creería en el centro del mundo. Más emocionada se quedaría al ser considerada como «La moderna Ariadna» por Adriano del Valle. Su texto emplea una retórica que apenas requiere comentarios:

> En el Damero Maldito, Conchita Montes señala ese límite difuso del ruiseñor cuando le traspasa a la alondra los aljófares de la aurora. Julieta modernísima en su gran alcoba de celuloide, Conchita Montes, heroína de nuestras pantallas, siempre tendrá un aire de reina de Saba dándole jaque al Salomón complicado de los Proverbios. Con su aroma sutilísimo y oriental, he aquí un corazón desnudo, cálido y palpitante como un pájaro,

---

que Edgar Neville, aprovechara su estancia en EE.UU. para aprender lo que luego trasladaría a España.

[99] Eugenio D'Ors ya mantenía una relación de amistad con Conchita Montes como promotor de la Academia Breve de Crítica del Arte. Inició su andadura en el Madrid de 1941. Su objetivo era movilizar a la «minoría aristocrática que define, anuncia y anticipa el porvenir» para ayudar a los artistas. En concreto, organizaban exposiciones y daban conferencias sobre arte contemporáneo. Para llevar a cabo estas actividades se constituyó una sociedad privada formada por críticos de arte, artistas, arquitectos, galeristas y coleccionistas. La actriz, con la probable ayuda de su padre y Edgar Neville, pronto pudo codearse con lo más selecto de la sociedad madrileña de la posguerra. Formaba parte de la comisión ejecutiva junto con la Duquesa de Dúrcal y la Condesa de Campo-Alange. Entre los Amigos de la Academia Breve se encontraba el resto de la aristocracia madrileña y viejos amigos como los condes de Yebes, Eusebio Oliver Pascual y José Caballero. Véase Manuel Sánchez Camargo, Bibliografía. La poesía dedicada a Conchita Montes volvió a ser editada en *Españoles de mi tiempo* (1989), una antología de retratos y comentarios de un Eugenio D'Ors admirado ante quien compaginaba belleza e inteligencia.

> núbil y alegre, perfumado de almizcle, víscera etiópica que fue el epicentro del amor en el melodioso cantar milenario. La Esfinge no es aquí de piedra, sino que tiene el buche cálido de una garza real, la sabiduría del ibis sagrado sobre el cielo del alto Nilo.

El, en otro tiempo, ultraísta que jugaba con formas jeroglíficas no duda a la hora de afirmar que «cada cuadrícula del Damero sería un nenúfar, una hoja de loto sustentando la transparencia de su sonrisa subacuática, de su mirada de Ofelia melancólica». Edgar Neville, siempre más concreto, cierra el volumen. Nunca consiguió hilvanar refinadas frases sin decir nada. Tampoco era visitado por las musas que inspiraban a quienes escribían páginas hoy ilegibles. Se limita a explicar que el ímprobo trabajo del pasatiempo no era consecuencia de la fealdad y la consiguiente reclusión de la autora. Al contrario, lo compatibilizaba con su belleza y activa vida social, de acuerdo con un modelo femenino que por insólito en aquella España también le sedujo. Era uno más de los motivos de su orgullo y lo mostraba con la satisfacción de un vencedor. Conchita Montes, claro está, por aquel entonces decidió olvidar los episodios de la pensión y su posterior detención al pasar la frontera. ¿Cómo los iban a glosar Adriano del Valle y Eugenio D'Ors? Tampoco les hablaría de aquellas críticas cinematográficas en *El Diario de Madrid*, cuando compartía páginas con Antonio Machado, Gómez de la Serna, Corpus Barga, Benjamín Jarnés... y mostraba su desdén por lo cursi. Tan sólo había pasado una década, pero a ritmo de vértigo. Nada quedó de pie.

¿Qué pensaría Ángeles Rubio-Argüelles del homenaje a su rival? Todavía seguía enamorada de Edgar Neville y, sobre todo, celosa. Sus visitas a Madrid obligaban a realizar movimientos estratégicos para impedir la coincidencia de ambas. No bastaba que Conchita Montes viviera en un piso diferente del mismo edificio, circunstancia que motivaba rocambolescas decisiones que afectaban a un atónito servicio doméstico. Un verdadero lío, relatado con humor por quien ejerciera en estas ocasiones el papel de amante. Y la esposa, Ángeles, también era una mujer osada cuando, en la España de la posguerra, escribía novelas sentimentales, artículos, investigaciones históricas..., mientras daba los primeros pasos para emprender una larga aventura teatral que sería recordada en su Málaga natal. Edgar Neville, sin embargo, nunca le rindió un homenaje paralelo, aunque se interesó por sus actividades y hasta le dio algún consejo, a escondidas

de Conchita. Sabía ser un hombre entre dos mujeres y, en el fondo, reconocía que los inconvenientes de esta relación eran fruto de un privilegio. ¿Por qué iba a renunciar al mismo?

Tras la experiencia de *Frente de Madrid,* las películas de Edgar Neville fueron autorizadas sin problemas, aunque los tuvieran por cuestiones económicas y administrativas propias de la picaresca cinematográfica de la época. El director contaba con una amplia experiencia en ese sentido, como bien demostró en su divertida novela *Producciones García S.A.* (1956)[100], que sólo abarca el período de la República para tratar de circunstancias vigentes dos décadas después. Era una actitud prudente, y hasta aconsejable en unos tiempos donde tuvo otros encontronazos con ultras como el padre Venancio Marcos, siempre dispuesto a enarbolar la bandera del escándalo.

Los choques más desagradables con la censura teatral se resolvieron sin mediar papeles. O con la audacia de quien en 1956 era capaz de mandar el original de *Alta fidelidad* al Ministerio de Hacienda, «para ver si tenían el bastante sentido del humor para aguantar bromas sin trascendencia y me he encontrado con una acogida muy favorable». Incluso del ministro; con su apoyo, Edgar Neville consiguió que se dejara sin efecto la prohibición de la citada comedia que, según el censor Don Gumersindo Montes Agudo, «con un tono de ironía cruel, desgarrada, ataca a los ministerios de Hacienda y Comercio». También es verdad que, por el camino y a la búsqueda de una solución de compromiso, quedaron algunas frases tachadas en la versión definitiva. Llegado el momento, Edgar Neville siempre confió en su arrolladora simpatía y sabía que contaba con amigos en cualquier recoveco administrativo. A veces le fallaron, sobre todo cuando se trataba de atemperar la ira divina de censores eclesiásticos como Fray Constancio de Aldeaseca. Su nombre es una metáfora, su perseverancia todo un ejemplo de un franquismo que no era ni alegre ni faldicorto.

Antes de que en los cincuenta triunfara en el teatro con una compañía cuya cabeza de cartel era Conchita Montes, Edgar Neville apostó por seguir una carrera cinematográfica a un ritmo frenético durante los años cuarenta. Desde el

[100] Contrasta con la profunda tristeza que emana de *Cinematógrafo* (1936), de Andrés Carranque de Ríos, ambientada en los últimos años del cine mudo con un retrato estremecedor tan alejado del humor de Edgar Neville.

final de la guerra hasta *El último caballo* (1950), que tanto gustó a Azorín, rueda quince films siendo director, productor, guionista... y lo que hiciera falta. Creó así, a pesar de unas prisas que provocaron numerosas anécdotas, algunas de sus memorables películas: *La torre de los siete jorobados* (1944), *La vida en un hilo* (1945), *Domingo de carnaval* (1945), *El crimen de la calle de Bordadores* (1946)..., verdaderos oasis de creatividad e ingenio en unos tiempos de folclore[101], razas, heroísmos, honor y patria. Como dijo Conchita Montes muchos años después, «a él no le iban el Imperio, la Santidad, las gestas heroicas, las gualdrapas de aquella época. Su extraordinario sentido del humor hubiera convertido las gualdrapas en unos visillos o cortinas de casa burguesa cursi». La distinguida actriz nunca renunció a las palabras, como gualdrapas, dignas de aparecer en su Damero Maldito.

Edgar Neville, con notable independencia de criterio, optó por verbenas populares con sus tipos peculiares y estilizado costumbrismo, algún melodrama poco convincente, jorobados que en número superior a siete nos conducen a una enigmática torre subterránea, carnavales solanescos, romances que nos demuestran la fragilidad del destino, crímenes castizos resueltos a los sones de un organillo, trajes de luces y comadas, muchachas universitarias que descubren la nada de su existencia, austeros y ahorrativos comerciantes barceloneses, aristocráticos magnates del siglo XIX con capacidad visionaria y desprendimiento olímpico y, finalmente, un trío ecologista (Fernando Fernán-Gómez, Conchita Montes y José Luis Ozores), que apuesta por los caballos y las flores para combatir la contaminación del Madrid moderno y deshumanizado ¡¡de 1950!! Siempre imaginó, nunca recreó. No le interesaba la realidad histórica o social. Y menos la derivada de la uniformidad, una «plaga» donde no cabían los personajes impares que, desde su tribuna de *La Codorniz*, propuso que fueran fomentados con cargo al presupuesto municipal («El cultivo del extravagante», 16-XI-1947).

Edgar Neville buscó la ficción como tal ficción, propósito que —según Ortega y Gasset— sólo se podía mantener gracias a «un estado de alma jovial».

[101] Véase el artículo de Edgar Neville «Estamos hasta la nariz de tanto folclore» (*La Codorniz*, nº 315, 23-XI-1947), donde lamenta un exceso tan vinculado a la española de la época, que contrapone a la visión de lo folclórico de Federico García Lorca y La Argentinita.

Era el caso de un hombre maduro que jamás renunció a ser como su Luisito Mínguez, aquel inquieto y vitalista muchacho en permanente conflicto con Doña Encarnación, una madre rígida, convencional, autoritaria, aburrida... y gorda sin capacidad para reírse de sí misma.

Las películas de Edgar Neville nos trasladan a un mundo abigarrado, algo caótico, sin terminar de rematar en ocasiones, pero singular hasta el punto de alumbrar un cine de autor. No era su objetivo preferente. Su director sólo pretendía vivir y disfrutar, con la intensidad que unos pocos tenían a su alcance en aquella triste década, que no lo fue para él. Había sabido optar: seguía siendo un triunfador. Y con Edgar Neville, sus compañeros de grupo generacional, que recordaron con añoranza lo mucho que se divirtieron durante aquellos años en un Madrid nocturno donde se sentían señores:

> El país, Madrid sobre todo, estaba ideal. Salíamos de La Carmencita o de la Arrumbabaya, de todas esas tabernitas que había cerca de Chicote y pasábamos, en desfile, con nuestros coches. Los dejábamos a la puerta, nadie nos estorbaba; íbamos por una calle, por otra, seguíamos a las muchachas; las muchachas, si las llevábamos al cine, se enamoraban de nosotros para toda la vida... Madrid era un encanto. Estaba a nuestra disposición. No había turistas ni puñetas de esas de ahora.

Con esta añoranza de una vida «apacible, serena, fácil», Miguel Mihura recordaba la posguerra de aquel grupo cerrado, casi hermético, que se reunía al atardecer en la barra del Chicote. Allí, entre golpes de ingenio y rodeados de sugestivas bellezas, los amigos de tantos años se preparaban para un deambular nocturno que terminaba en los locales de moda. También estaban las cartillas de racionamiento y el estraperlo, pero «había que ingeniárselas para vivir y eso tenía gracia». Al menos para Miguel Mihura, que así lo explicó en una entrevista concedida a Pedro Rodríguez en 1972. Asustado y viejo, por aquel entonces prefería quedarse en casa viendo la televisión con su ama de llaves. Le gustaban las telenovelas, mientras recordaba aquellas noches de la Arrumbabaya donde sólo ellos llevaban coches. Él, un topolino muy apañado para lances amorosos, mientras que su amigo presumía con un Studebaker mucho más aparente.

Edgar Neville también fue uno de los impulsores, durante la posguerra, de la Peña Valentín, un club de intelectuales y artistas cuyo núcleo fundamental estuvo integrado por amigos del Madrid de los últimos años de la Monarquía, de

la Residencia de Estudiantes y de las luchas estudiantiles contra la Dictadura de Primo de Rivera. Algunos ya se habían encontrado en la tertulia nocturna del Café Lyon D'Or[102], oasis de optimismo en una época sin futuro. Los contertulios, como señala Francisco Umbral, «no se resignaban a no tener su vida y su obra en marcha». Consiguieron renunciar al peso de la Historia en unos años terribles. Quedaron marginados en lo lúdico; en los toros, el verso y la anécdota bien contada. Y, cuando José Mª de Cossío ya no pudo aglutinarlos en el citado local, varios miembros decidieron fundar la Peña Valentín, donde se organizaron «fiestas intelectuales» en honor de Jean Cocteau, Marcel Achard, Edgar Neville, Tono, López Rubio y más de un centenar de personalidades españolas y extranjeras. En aquellas sesiones de amistad y diálogo, el Conde de Berlanga tendría ocasión de recordar episodios de la guerra con otros contertulios habituales como Carmen Yebes, el doctor Oliver Pascual[103], Enrique Herreros y, claro está, Conchita Montes. Optaron por permanecer juntos tras una experiencia que les había marcado. Eran vencedores, pero también se sentían diferentes.

Los problemas de Edgar Neville relacionados con su continuidad en la carrera diplomática terminaron el 24 de junio de 1940. Fue entonces readmitido e incorporado al servicio activo[104], lo que también le valdría para resolver positivamente el expediente de depuración que se le había abierto en la Sociedad General de Autores de España, cuyo juez instructor de la «Depuración de socios y administrados» se interesó, en documentos fechados en mayo de 1940, por la

[102] Esta tertulia estuvo presidida por José Mª de Cossío y la frecuentaron, entre otros, Ignacio Zuloaga, Lilí Álvarez, Emilio García Gómez, Enrique Lafuente Ferrari, Regino Sainz de la Maza, Rafael el Gallo, Juan Belmonte, Eugenio D'Ors y el escultor Sebastián Miranda, autor de una estatua de Conchita Montes que podemos contemplar en el libro de Marino Gómez-Santos dedicado al citado artista. Véase Bibliografía.

[103] Eusebio Oliver Pascual falleció en 1968 y tanto él como su esposa coincidieron con Edgar Neville y Conchita Montes en múltiples lugares e iniciativas. La relación de este médico zaragozano con intelectuales, artistas y toreros abarca una amplia nómina desde la década de los treinta.

[104] El fallo fue emitido por el Tribunal de Revisión creado por decreto-ley del 12-IV-1940. Era el encargado de revisar los expedientes de todos los funcionarios de las carreras dependientes del Ministerio de Asuntos Exteriores, con objeto de confirmar o modificar, con carácter definitivo, los pronunciados del Tribunal Seleccionador. De acuerdo con lo dispuesto por el citado decreto-ley, se suprimía en los fallos la situación de disponible, como sanción, integrándose los que se encontraban en ella en la de admitido. Edgar Neville se benefició, pues, de una disposición con carácter general, sin que mediara una revisión del proceso de depuración llevado a cabo hasta entonces.

resolución del expediente paralelo incoado por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Antes, en febrero de 1939, Edgar Neville habría comprobado hasta qué punto los problemas derivados del proceso de depuración eran una cuestión menor en comparación con los que podría haber sufrido. El día 9 de dicho mes se publicó la ley de Responsabilidades Políticas, la prueba definitiva de que no iba a llegar la paz, sino la Victoria. En su articulado, entre otros muchos supuestos, estaban previstas penas para quienes hubieran permanecido injustificadamente en el extranjero desde el 18 de julio de 1936 o no se hubieran reintegrado al territorio nacional en un plazo máximo de dos meses. También para quienes habiendo salido de la «zona roja» después del inicio de la guerra permanecieran en otro país retrasando indebidamente el regreso. Las penas eran más duras en el caso de haber aceptado de las «autoridades rojas o rojo-separatistas» misiones en cualquier otro país. ¿Llegó a tener Edgar Neville conocimiento de esta ley, que se mantuvo vigente hasta 1966? No lo sabemos, pero en cualquier caso pensamos que sentiría alivio al comprobar que, gracias a la opción elegida y las gestiones realizadas con éxito, a él sólo le afectaba una depuración, un proceso por entonces tan común que se asimilaba como propio de una lógica incuestionable. La que, en noviembre de 1940, había abarrotado las cárceles con 240.916 presos.

Ese mismo año, Edgar Neville pidió la excedencia voluntaria, que ya había disfrutado en 1929 —para quedarse en Hollywood, en lugar de ir destinado a Caracas—, 1930 y 1932[105]. La volvería a solicitar en 1942, 1952, 1955 y 1957. Fue uno de los casos más llamativos y recordados dentro de la carrera diplomática, que no parece haberle interesado demasiado al margen de que, en algunas ocasiones, le permitiera viajar. En realidad, y durante la etapa franquista, el único período largo de servicio en activo fue el comprendido entre enero de 1949 y mayo de 1952. Siempre en Madrid y en puestos relacionados con las actividades culturales. Sus negativas a aceptar los destinos que le ofrecían

[105] A pesar de las excedencias y el escaso entusiasmo por la labor diplomática, Edgar Neville fue ascendido a secretario de segunda clase el 1 de enero de 1933. Poco después, fue nombrado cónsul en La Plata. Renunció y, salvo el intervalo pasado en el norte de África, permaneció en el Ministerio hasta la guerra civil, lo que le permitía una gran libertad que mantuvo durante la posguerra.

estaban basadas, en realidad, en su deseo de permanecer allí donde trabajaba como director cinematográfico, al mismo tiempo que continuaba con nuevos rumbos sus tareas literarias y teatrales.

La primera excedencia de la posguerra la pide el 4 de diciembre de 1940. Alega haber adquirido «ciertos compromisos comerciales y artísticos», ya que como «disponible» no podía «subvenir a sus necesidades». Le fue concedida. Poco después, como prueba de que se sentía más seguro en el nuevo régimen, Edgar Neville reclama los haberes correspondientes a su etapa como depurado, que le son abonados. Y, además, el 18 de febrero de 1942 es ascendido a Secretario de Embajada de Primera Clase, aunque se le mantiene la excedencia voluntaria hasta que, el 30 de noviembre de 1943, pide su vuelta al servicio activo. Supongo que por imperativo administrativo, como en tantas otras ocasiones. Apenas dos meses después, el 31 de enero de 1944, el Conde de Berlanga, en carta con su escudo heráldico como membrete, se dirige al ministro para manifestarle que

> Acepto el puesto que se me ofrece, siempre que éste me permita permanecer en Madrid, pues el estado muy delicado de salud de mi madre, viuda recientemente, me imposibilita alejarme de España por el momento dejándola sola.

Su madre era María Romrée y Palacios, hija del conde de Romrée y heredera del condado de Berlanga del Duero. Murió en 1959. Fue un duro golpe para quien era hijo único y siempre había estado muy unido a su madre, que quedó viuda cuando Edgar apenas había cumplido dos años. Recordemos que volvió a casarse, sin tener más hijos, con Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano, marqués de Amposta y embajador de España en Argentina. Edgar Neville mantuvo una buena relación con su colega y padrastro, un hombre que compartía el sentido del humor de su nueva familia. También le debía favores y gestiones para solucionar sus problemas relacionados con la etapa como depurado. Y algunos valiosos cuadros, que se apresuró a vender cuando murió el antiguo embajador, que tantos había perdido durante la guerra. En cualquier caso, sorprende un tanto la excusa alegada para prolongar la excedencia. Poco importaría, pues en el Ministerio todos sabrían las verdaderas razones de quien por entonces estaba en plena actividad literaria y cinematográfica.

Las obligaciones de Edgar Neville como hijo «frustraron» su carrera diplomática. El 22 de enero de 1945 vuelve a pedir el reingreso en el servicio activo. En febrero del mismo año se le ofrece un puesto y el 9 de marzo de nuevo escribe al ministro:

> Tengo la honra de manifestar a V.E. que, por tratarse de América y requerir el delicado estado de salud de mi madre mi permanencia en Madrid, no me es posible aceptar el puesto ofrecido, siendo mi deseo, por tanto, continuar en la situación de excedencia voluntaria.

El 8 de mayo de 1946, Edgar Neville, sin reparo aparente, se dirige al Subsecretario de Estado para rechazar una nueva oferta:

> Contestando a la comunicación de ese Ministerio ofreciéndome la vacante del Consulado de Córdoba (Argentina), cúmpleme manifestarle que por razones de salud de mi madre me es imposible ausentarme de España por el momento y sólo en el caso de ser destinado al Ministerio podría reingresar en el servicio activo.

El 9 de julio de 1947 le ofrecen una plaza en Porto Alegre que también rechaza, al igual que en diciembre del año siguiente lo haría con otra en Quito, capital supongo poco apetecible para un Edgar Neville que disfrutaba en Madrid de todas las ventajas posibles en la época. Sus superiores, probables lectores del diario *ABC,* podrían comprender sus motivos:

> Cada día me siento más madrileño, reconozco que todo lo que sabe a mi ciudad natal me penetra hasta la médula, sólo me siento en casa cuando estoy en Madrid, y el resto del mundo es bueno para hacer viajes, para estancias más o menos cortas y para comprar cosas que traer a casa. Pero todo este madrileñismo no me impide constatar que hay pocas cosas tan aburridas en el mundo como una verbena (20-VI-1946).

No eran, precisamente, verbenas populares las fiestas que organizaba este aristocrático castizo y, como tal, señorito. También acudía a otras, siempre en compañía de viejos y bien colocados amigos, que alternaban a veces con algunos escogidos miembros de la farándula. Todos quedaban impresionados al conocer su precioso chalé en la avenida de La Moncloa, en una Colonia Metropolitana a la que se había trasladado para buscar la tranquilidad sin abandonar la capital. Por entonces, verano de 1946, su nueva mansión había sido fotografiada y descrita en las páginas de *Primer Plano*. Vemos a Edgar Neville en atuendo informal contemplando la piscina y el jardín, mientras la periodista se deshace en elogios dedicados a los magníficos cuadros que adornaban las estancias. También le llamó la atención un piano último modelo recién importado de Norteamérica. Tal vez su propietario añoraba el magnífico Pleyel de su primer domicilio como casado —en la calle Alfonso XII, nº 24—, que había sido el centro de tantas tertulias hasta su partida a Estados Unidos.

Aquella casa del joven matrimonio era obra del arquitecto Carlos Arniches, un excelente amigo que por entonces también sufrió el mal trago de una

depuración que, en 1942, le llevó a ser inhabilitado por la Dirección General de Arquitectura. Había tenido amistades demasiado republicanas, un verdadero problema para ejercer su profesión en la España de la posguerra. En las entrevistas, Edgar Neville sabía que convenía obviar estas circunstancias que también afectaban a otros íntimos amigos como Paco Vighi. Era preferible hablar del piano norteamericano, uno de los caprichos que entusiasmaban a César González-Ruano. Había, no obstante, una diferencia: él se lo podía permitir sin escribir a estajo en la mesa de un café, hasta llegar al síncope creativo que sufrió el articulista en sus últimos años. Edgar Neville prefería su elegante despacho y la compañía de una secretaria a la que dictaba cartas y sus obras, sin prisas. Las epístolas dirigidas a los amigos las dejaba para otras horas, en las que conservaba una grafología de rasgos firmes, propios de alguien que confiaba en sus posibilidades.

El citado reportaje de *Primer Plano* finaliza con una explicación del envidiable horario cotidiano del entrevistado. Poco antes, en *La Codorniz* (10-II-1946), ya había dado indicios de sus preferencias al abominar del empeño en que todo se haga a primera hora de la mañana, cuando donde mejor se está es en la cama. Así lo piensa también la protagonista del relato *La bella durmiente* (*El día más largo...*, pp. 183-187), que se niega a recibir el beso de un príncipe madrugador: ha llegado al castillo a las ocho de la mañana, una hora en la que «no se entiende bien lo que dice la gente». Tres meses después del citado artículo, en *La Codorniz* del 12 de mayo, Edgar Neville recibió con alborozo la ampliación del horario de cierre de los establecimientos públicos, llegando a reclamar que algunos quedaran de guardia a la espera de los noctámbulos empedernidos como él. No le recordó esta reivindicación a la periodista de *Primer Plano*, pero le explicó que, si no había rodaje y no tenía pendiente la entrega de alguna colaboración periodística, sólo trabajaba un par de horas por la mañana. Suponemos que las dedicaría a dictar las cartas relacionadas con la administración de sus propiedades. También debía atender a sus obligaciones como productor y empresario: solicitudes, presentación de expedientes, contratos..., al mismo tiempo que preparaba estrategias de supervivencia para las peleas con quienes tantos problemas le planteaban a la hora de sacar adelante las películas y las obras teatrales. Ya más relajado, escribiría a mano las cartas destinadas a sus distinguidos corresponsales, algunos tan insólitos y divertidos como el célebre psiconalista Jacques Lacan. Compartían ambos la admiración por «la Bataille», una hermosa actriz, y por las mujeres bonitas en general. Ningún lector del reportaje de *Primer Plano* sospecharía, en definitiva, que su protagonista albergara el más mínimo motivo para salir destinado a Porto Alegre o Quito. Le parecerían destinos propios de misioneros, inapropiados para quien escribía comedias como *Alta fidelidad*, donde se defiende «la lucha del hombre sosegado contra la divinización del trabajo». Su amigo Miguel Mihura estaba de acuerdo.

Por último, y después de conseguir un puesto en la sede del Ministerio (en Madrid y relacionado con las actividades culturales), el 31 de diciembre de 1948 Edgar Neville reingresa en el mismo como adscrito a la Oficina de Información Diplomática, siendo ascendido a Consejero de Embajada con un sueldo de 17.500 pts. anuales, que no le vendrían mal para superar alguna falta de liquidez. Y sufrió varias debidas a los malos resultados económicos de buena parte de sus

películas más personales, estrenadas tarde y mal entre la indiferencia de un público al que desdeñaba por cursi y carente de su sentido del humor. Poco o nada se podía hacer con aquellos espectadores tan rancios[106]. Eran el complemento adecuado para una administración temerosa de salir de «la pobretería».

Una administración también insistente en sus nombramientos, pues alguien hizo un involuntario alarde de humor al pensar que Edgar Neville, en 1955 y en medio de sus éxitos teatrales, podía ir destinado al consulado en Sidney. Su contestación, dirigida al Marqués de Santa Cruz como subsecretario de Asuntos Exteriores, comienza con un «Querido Pepe» que indica confianza. La necesaria para recordarle el problema relacionado con la salud de su madre[107] y que «las otras razones son el estar demasiado ligado a la vida literaria y artística de Madrid para poder irme sin quebranto». Y añade una propuesta bastante apañada:

> Yo creo que cualquier otro compañero, por vivir en circunstancias totalmente diferentes, vería con agrado inmenso el que le destinases a Sidney, mientras que a mí lo que me convendría es que se me nombrase en Madrid, en Relaciones Culturales, donde tantas cosas útiles podría hacer, ya que por verdadera casualidad encontráis para esa sección una persona que sea al mismo tiempo autor, director cinematográfico, escritor y Consejero de Embajada.

Edgar Neville habría aceptado cualquier canonjía de haber sido en Madrid, pero alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores parecía empeñado en que no se parara la inexorable maquinaria administrativa. El 13 de noviembre de 1957 le ofrecieron ser cónsul en Santiago de Cuba. Habría tomado posesión al mismo tiempo que «los barbudos» entraban en La Habana. En esta ocasión, al parecer, no fue necesario escribir a Pepe para que le dejaran tranquilo y, en sus últimos años, pudiera cobrar unas cien mil pesetas anuales por tareas que su expediente no especifica.

Nunca reconoció este mecenazgo estatal: «A los escritores se nos toma por el pito del sereno», afirmaría Edgar Neville cuando explicaba que «Uno ha elegido una carrera por un lado y una profesión por otro, en cuyo ejercicio no hay ni la más remota posibilidad de hacerse rico. Un escritor, en España, a todo lo que puede aspirar es a defenderse malamente». Lo había comprobado, a veces, en su trayectoria. No obstante, también podría haber consultado la de otro diplomático y escritor: Juan Valera, que conoció la desafección de sus lectores mientras, él sí, deambulaba por diferentes destinos en el extranjero, con notable disfrute de la vida y las mujeres.

Edgar Neville apenas ganó «algunas pesetillas» con varios de sus libros[108]. Otros los editó con esmero para regalarlos. Pero consiguió mucho más

---

[106] Y reacios cuando la película era española, en cuyo caso «para meter al público en el cine hay que hacerlo a latigazos» (*La Codorniz*, nº 322, 11-I-1948).

[107] Edgar Neville, en carta del 2 de febrero de 1960, se dirige al Ministro: «Habiendo pasado, por el fallecimiento de mi madre, acaecido en 1959, las causas que me obligaban a no moverme de España, y que me impulsaron a pedir renovadamente la excedencia, le ruego dé las órdenes necesarias para mi reingreso en el servicio activo a su debido tiempo». Para entonces, ya nadie estaba empeñado en mandarle a los más lejanos consulados.

[108] A las magras liquidaciones ya citadas de *Don Clorato...* habría que añadir las 431 pts que en 1940 recibió por los derechos de dicha novela y *Música de fondo*, volumen del que se vendieron

gracias a los mecanismos de producción empleados en algunas de sus películas y su carrera teatral registró estrenos memorables, *El baile* y *La vida en un hilo*, alternados con otros de mediocres resultados. No dejó, pues, de ser diplomático, recibir su sueldo y, en última instancia, mantener un puesto que le daba seguridad, no sólo económica, en unos tiempos donde nunca terminó de estar tranquilo. Su pasado, al que no renunció, le situaba en una frontera polémica. Supo esquivarla, con fricciones que han dejado sus huellas en documentos oficiales y, supongo que con más claridad, en su diario. También la evitó con la habilidad de un sujeto de arrolladora simpatía, que necesitaría reencontrarse en la intimidad de las páginas de ese diario que acabaría en un baúl conservado por su esposa y, después, su hijo Santiago. Ahora permanece cerrado, ¿hasta cuándo?, en Marbella a la espera de que podamos conocer algunas claves íntimas de quien tan aficionado fuera a las máscaras, las de carnaval que luciera en las fiestas que organizaba y otras no menos necesarias en aquellos tiempos.

En definitiva, la enajenación de la que hablaba Dionisio Ridruejo en la cita inicial de este ensayo fue pasajera en el caso de su divertido amigo. Fruto de un razonable miedo compartido con otros colegas de su misma condición social y económica. ¿Existe un «miedo razonable»? ¿Podemos equipararlo al simplemente justificado por una serie de circunstancias? Tengo mis dudas. También las albergarían sujetos como Edgar Neville al contemplar a donde les había llevado esa reacción, tan justificada a corto plazo como peligrosa desde una perspectiva histórica que otros captaron ya en 1936. Serían, en cualquier caso, dudas mantenidas en la intimidad y sin un espíritu autocrítico que les habría amargado. No estaban por la labor. A la larga, «la hembra placentera» y «el sustento» de los que habla el Arcipreste de Hita en la otra cita inicial resultaron más determinantes, aunque Edgar Neville se viera obligado a pagar un elevado precio que nunca afectó a su buen humor. Quienes le conocieron hablan de un individuo de «arrolladora simpatía», incluso cuando ya enfermo y obeso se consideraba como «una inmensa Dama de las Camelias». Fue la imagen que conscientemente proyectó en su vida y en su obra creativa, pero sabemos que la simpatía, cuando arrolla, también destruye. Sin excesos, dejando a su paso algunos rasguños.

Esa imagen y su coherente obra ya habían sido glosadas por varios colegas, a menudo seducidos por el indudable atractivo de Edgar Neville. Quedaba pendiente la tarea de examinarlas, al menos en parte, a la luz de esos rasguños, de los que apenas nos han llegado algunas huellas, fragmentarias, que hemos intentado rescatar del olvido y el silencio. El resultado es un individuo contradictorio y, por eso mismo, más humano que el simpático e ingenioso que a tantos sedujo. No hemos intentado resquebrajar su imagen tan conscientemente elaborada, sólo queremos comprenderla a la luz de unos datos históricos y personales que nos remiten a una época difícil y turbulenta. Incluso para quienes hicieron gala de una simpatía arrolladora.

---

363 ejemplares, casi todos en la zona republicana. No es un secreto la razón por la que este grupo generacional pensó que era más interesante escribir para las publicaciones periódicas. Los libros sólo daban prestigio y eran una tarjeta de presentación para conseguir nuevos contratos, como le comentó Edgar Neville a Miguel Mihura en una carta escrita desde Hollywood.

XII. ¿Hubo un batallón de peluqueros?

Sí. Un batallón, o una compañía, de peluqueros. Y movilizado para acudir al frente en tranvía. Siempre me ha llamado la atención este episodio de la batalla de Madrid, protagonizada por unos milicianos que tantas estampas singulares dejaron para la retina y la imaginación. Eran días de un entusiasmo numantino presidido por el «No pasarán». Ignoro cualquier otro detalle relacionado con la suerte de aquellos peluqueros, que respondieron así al llamamiento sindical para detener el avance de las tropas contrarias al orden constitucional. O cavar la tumba del fascismo, algo que se entendía mejor. Supongo que muchos morirían en los alrededores de la capital, otros más adelante se integrarían en las unidades del ejército republicano y los más, pasados los años, circunscribirían este recuerdo a una memoria compartida con personas de confianza. Un desenlace, pues, repetido y familiar para tantos otros colectivos del bando perdedor.

> Lo singular para mí ha sido esa imagen de una unidad militar integrada por peluqueros. Difusa, tal vez sólo fruto de una imaginación subjetiva atraída por lo singular y que, posiblemente, no se corresponda con la realidad histórica. No me importa. Me gusta evocarla, con una media sonrisa donde se mezclan conceptos antitéticos como la admiración y el humor. La insólita condición común de aquellos improvisados milicianos invita a la sonrisa, congelada cuando suponemos su destino en un Madrid trágico y violento. La «canalla» desfilaba con un entusiasmo fotogénico, pero pocos metros más allá estaba el frente repleto de cadáveres. De ahí la admiración por un gesto que sabemos condenado al fracaso, como una rebelión contra la lógica que acabaría imponiéndose por la vía de la fuerza, como casi siempre.

Los jóvenes humoristas del 27 habían reivindicado la ruptura de la lógica. Su enemigo era el lugar común, la frase hecha que supieron aislar y utilizar en unos divertidos diálogos. Su aliado era un absurdo capaz de sorprender al lector y dinamitar tantos convencionalismos. Sin acritud, con una invitación a la sonrisa que se pretendía intrascendente, ligera y amable. También frívola, pues nunca se sintieron llamados a protagonizar empeños que fueran más allá del disfrute de la vida.

> Esos mismos humoristas, entre 1936 y 1939, acabaron burlándose de los batallones de peluqueros, de quienes dejaron las tijeras o cualquier otro

útil de trabajo para empuñar los fusiles[109]. No se daban cuenta, tal vez, de que esa burla también suponía un cambio no menos singular para ellos. La sátira cruel o la caricatura grotesca no estaban en su poética del humor. Les resultaban tan ajenas como las armas para quienes se ganaban la vida con tijeras y navajas, manejadas con la suavidad de un inofensivo oficio. No les importó demasiado. Ignoro si los peluqueros se familiarizaron con los fusiles, pero los testimonios bibliográficos nos permiten pensar que la mayoría de aquellos humoristas, los del 27, pronto manejaron con soltura armas como el insulto, la sátira, la burla... Ellos también acabaron formando un insólito batallón.

Resulta difícil librarse de una guerra civil, permanecer ajeno a las consecuencias de lo que, por definición, es una trampa sin escapatoria. Los humoristas no fueron una excepción, a pesar de tantos intentos de minimizar o edulcorar el análisis de su actividad durante aquellos trágicos años. Ellos mismos los propiciaron con silencios y medias verdades, habituales en un tiempo donde el temor solía estar justificado y era preferible bordear episodios cuyo recuerdo resultaba inconveniente. Han sido secundados por quienes, a la hora de estudiar su obra, parecen sentirse molestos cuando llegan a un período tan excepcional. Les comprendo: es desagradable sumergirse en un mar de folletos, libros y publicaciones periódicas que evidencian la violencia y las bajezas de una guerra civil. También las huellas de un pasado que proyecta una imagen incompatible con la bienintencionada justificación. Y nos queda muy cerca, inevitablemente familiar.

El olvido, tanto el individual como el colectivo, puede ser a veces higiénico. Elimina impurezas, preserva lo más noble y hasta nos invita a pensar en una realidad menos contradictoria. Sin olvido no habría fabulación, tampoco consolación. Pero cuando nuestro referente va más allá de un episodio personal y se inserta en la Historia conviene ponderar el atractivo de algo tan fácil de practicar: el silencio, preámbulo de un olvido más culpable que higiénico.

En el origen de muchos ensayos encontramos un testimonio, un hallazgo bibliográfico o documental, un afán polémico... En este caso sólo ha habido un silencio. Reiterado y hasta justificado de acuerdo con los intereses legítimos de quienes lo han mantenido de manera voluntaria, pero que no pudo ser absoluto y

[109] Más se habrían burlado, de haberlo conocido, del Batallón Margarita Nelken, organizado por iniciativa de la Sociedad de Acomodadores y Similares de Espectáculos Públicos, según cuenta el diario *Claridad*. Se limitaron a publicar algunos chistes sobre el insólito protagonismo de las taquilleras que hacían punto mientras decidían acerca de los cines y los teatros.

ha ido dejando huellas, fragmentarias y hasta contradictorias, que invitaban a su ruptura.

> Edgar Neville nunca dejó de hablar de sí mismo. Tenía motivos sobrados para convertir buena parte de sus creaciones en una prolongación de aquello que más le interesaba: la experiencia vital de un *bon vivant*, tan curioso e inquieto como dispuesto a orillar cualquier amargura. También fue el creador de su propia figura, atractiva desde diferentes perspectivas para quienes gozamos con los genios que muestran, dentro de un orden, una valleinclanesca tendencia a lo estrafalario. Al margen de la admiración por sus obras literarias y cinematográficas, siempre me fascinaron algunos detalles y anécdotas propias de un individuo singular. Han sido contadas en reiteradas ocasiones, celebradas con una disimulada envidia de quien apenas encontró límites para el disfrute..., pero manteniendo a menudo un sorprendente silencio sobre su trayectoria durante la guerra. Edgar Neville formaba parte de aquel batallón de humoristas que colaboró con el bando de los sublevados. Fue uno de los que, de manera metafórica, se burlaron de los peluqueros y otros improvisados milicianos. Con más desdén que crueldad, con un afán autojustificativo que me llamó la atención. Merecía la pena, pues, hacerse unas preguntas: ¿Qué le pasó entre 1936 y 1939? ¿Hasta qué punto su versión de los hechos se corresponde con otros testimonios y los documentos conservados? ¿Canjeó su sonrisa por seguridad y bienestar?
>
> Creo haber dado una respuesta aproximada. Tal vez haya otras en un futuro. Me consta la existencia en archivos particulares de documentos que podrían argumentarlas. He intentado leerlos dando todo tipo de garantías. No me han dejado. Nunca me han dicho no; simplemente, sus propietarios han hecho caso omiso de mis cartas o llamadas. Espero que algún día esas mismas personas den su propia respuesta, aunque es posible que a estas alturas todavía no se hayan planteado las preguntas arriba indicadas. Tantos años de silencio habrán contribuido a erradicar cualquier interrogante potencialmente polémico. Lo lamento, aunque lo comprendo. En cualquier caso, preferiría verme contestado a tener que contar una historia a partir del silencio y el olvido[110].

Una arrolladora simpatía, sin embargo, ha sido posible gracias a la colaboración de muchos amigos, que me han facilitado datos, materiales bibliográficos, documentos, contactos y opiniones: Felipe Cabrerizo, Santiago Aguilar, Jesús García de Dueñas, Ignacio Martínez de Pisón, Rafael Azcona, Enrique Moradiellos, Julián Moreiro, Emilio González-Grano de Oro, Emeterio Díez-Puertas, Inmaculada de la Fuente, Marino Gómez-Santos, Román Gubern, Francisco Sevillano, Jaime Chávarri, Jordi Gracia, Mª Luisa Burguera, Félix

[110] También me consta que otras personas se han apropiado de documentos relacionados con Edgar Neville a la espera de sacar de los mismos un beneficio económico. He preferido no tratar

Monguilot-Benzal, Christian Franco Torre, Pedro Villanueva, José Ángel Ascunce, José Antonio Llera, Víctor García Ruiz, Edgar Neville Guille, Julio Pérez Perucha, José Luis García Sánchez, Teresa Ferraz Español, Manuel Nicolás Meseguer, Víctor Manuel Peláez, Miguel Ángel Lozano, Miguel Ángel Auladell, Guillermo Carnero, Dolores Thion, Mónica Carbajosa, Jesús Sánchez Lambás, Julio Neira, Javier Villán, Charo González-Ruano, Cristina González y Pilar Casado (Ministerio Asuntos Exteriores), Eduardo Sastre (Filmoteca Española), Carmen Hermosa (Archivo Guerra Civil), Nacho Lahoz (Filmoteca Generalitat Valènciana), Rosa Monzó (Biblioteca Gabriel Miró), Asén Uña (Fundación José Ortega y Gaset), Ana Mª Sánchez Díaz y Gustavo Castañer (Ministerio de Defensa) y, sobre todo, el personal de Préstamo Interbibliotecario y la Biblioteca General de la Universidad de Alicante. A todos ellos, gracias. Así como a la Generalitat Valénciana que financió la investigación durante el período 2004-2005 y a mis compañeros del Departamento, que han escuchado con paciencia mil anécdotas relacionadas con este libro antes de que fuera publicado.

También, y como novedad que espero tenga continuidad en otros ensayos, facilito la lista de organismos públicos de los que no he recibido respuesta a pesar de mis reiteradas peticiones de información: Archivo General de la Administración, Archivo Central del Ministerio de Educación y Cultura y Archivo de la Universidad de Granada. La lista de los particulares cuyo comportamiento ha sido similar es mucho más larga, pero me la reservo con la esperanza de que pronto otros colegas opten por hacer públicas sus correspondientes listas. Tal vez así se recupere el sentido de una educación que nos aconseja contestar a quienes nos preguntan, aunque sea para decirles que no estamos dispuestos a colaborar.

Cuando la Filmoteca Española me facilitó la copia de los documentales de guerra rodados por Edgar Neville, en la cinta de vídeo también quedaron grabados los escasos fotogramas conservados de *Yo quiero que me lleven a Hollywood* (1931). Eduardo Sastre me indicó que eran imágenes tomadas del rodaje. Podrían ser del ensayo de la escena en la que el charlista Federico García Sanchiz lanza a las bellas aspirantes a artista una requisitoria contra la

---

con ellos, puesto que no comparto un modo de actuación donde, a veces, es difícil deslindar la

cursilería americana. Siempre me ha llamado la atención esta figura del charlista profesional, capaz de ganarse la vida como tal durante muchos años y hasta de alcanzar una popularidad basada en lo etéreo: nunca dijo nada. La publicidad ni siquiera indicaba el tema de sus charlas, pues la gracia consistía en admirar su florida retórica. «¡Qué bien habla!...». Me desanima, no obstante, saber que empezó en el campo de lo psicalíptico y en los años cincuenta, ya académico por la vía patriótica desde 1940, terminó convertido en un insoportable santón de la pluma y la palabra. En cualquier caso, me quedé contemplando las hermosas piernas de aquellas señoritas que le rodeaban, apenas vestidas y mirando a la cámara con la ingenuidad de la novedad.

Acababa de escuchar el viril discurso de Raimundo Fernández-Cuesta, en un campo de fútbol repleto de muchachos. Asustado todavía por aquella imagen en contrapicado, ahora contemplaba los rostros de unas mujeres que, según las fichas de catalogación, tal vez serían Perlita Greco —la actriz de vodeviles tantas veces retratada en las páginas del diario gráfico *Ahora*—, Julia Bilbao, Emilia Barrado, Ángeles Somavilla... ¿Qué fue de ellas? No lo sé, pero siempre me hago esa pregunta cuando veo los rostros de los cómicos y las bellas señoritas que intervinieron en las películas musicales y humorísticas rodadas durante la República. O que aparecieron en las fotografías de «Actualidad teatral», publicadas en unos periódicos donde los destellos trágicos de la política compartían páginas con un renovador afán de alegría y belleza, también protagonizado por aquellas jóvenes de piernas que escandalizarían a las eternas Doña Encarnación y Doña Purificación. Me suelo quedar un rato contemplando unas mujeres cuyo erotismo ahora parece ingenuo; a veces comparto la mirada con la de unos cómicos, siempre sonrientes y maquillados para subrayar todavía más el gesto. Pelo engominado, bigote recortado, batín de señorito en su casa y unas largas boquillas para rivalizar en elegancia con el mismísimo Rafael Rivelles. Ellos las vieron en un escenario mientras «colocaban» frases de doble sentido, yo a través de una imagen fija, sin continuidad y a la espera de una reconstrucción siempre hipotética. ¿Cómo les afectó la guerra? ¿Dónde acabaron aquellas mujeres? Es probable que, salvo en el caso de las estrellas y unas

---

picaresca de la fanfarronería.

pocas más, nadie pueda dar una respuesta. Ni siquiera sus descendientes, si es que supieron alguna vez lo sucedido durante unos años difuminados en el silencio. También de sus propios protagonistas. Edgar Neville fue uno de ellos y, cuando se quejaba de que la censura le impedía pronunciar la palabra «pierna», tal vez recordara que en su primera película las mostró con toda su belleza. Asesorado por expertos en el tema como Perico Chicote y Enrique Herreros, supo elegir a «las criaturas más bellas del universo», capaces de alegrar la vista a «don José»; Ortega y Gasset, claro está. También recibiría con una sonrisa aquellas postales de Nueva York en las que su discípulo exclamaba: «¡Y qué mujeres! ¡En cantidad y calidad!».

Las sicalípticas imágenes de las jóvenes estaban en la misma cinta que el recuerdo del Ausente, aquel que se enfrentaba al enemigo como Sigfrido o Amadís. Y me gusta imaginar que, si la hubiera visto un anciano Edgar Neville en trance de repasar su obra, habría detenido el vídeo en esos últimos fotogramas de *Yo quiero que me lleven a Hollywood.* Puestos a elegir entre la retórica de una oratoria tronante y la belleza femenina, nunca habría dudado. Como dejara por escrito en un periódico republicano, siempre fue partidario del desnudismo; «sobre todo, en verano».

Un final feliz, de esos que no inquietan y gustan a casi todos. No son siempre falsos, pero a la hora de contar las historias suelo pensar en otros desenlaces capaces de plantear interrogantes. Al hablar de la guerra civil, me suele venir a la memoria la escena final de *La lengua de las mariposas* (1999), de José Luis Cuerda. El niño que, para seguir entre los suyos, lanza con odio una pedrada a su hasta entonces admirado maestro, un Fernando Fernán-Gómez que le contempla en silencio mientras parte en un camión con destino a la cárcel o la muerte. Fueron muchos los que en aquella España del franquismo, para seguir vivos y tranquilos al lado de los vencedores, lanzaron una pedrada contra su propio pasado. Pero el mismo siempre deja huellas, un rescoldo que, años después, se puede avivar con la contemplación de las mariposas o de aquellas hermosas piernas de señoritas sonrientes. Sólo entonces surge la duda, el margen de contradicción que hace de Edgar Neville un individuo de trayectoria sugestiva, con pedrada incluida.

XIII. BIBLIOGRAFÍA

AGRAMUNT LACRUZ, Francisco (2005), *Arte y represión en la guerra civil española*, Salamanca, Junta de Castilla y León-Generalitat Valènciana.

AGUILAR, Santiago (2002), *Edgar Neville: tres sainetes criminales*, Madrid, Filmoteca Española.

AMO, Alfonso del (1996), *Catálogo general del cine de la Guerra Civil*, Madrid, Cátedra/Filmoteca Española.

ALCALÁ, César (2005), *Checas de Barcelona*, Barcelona, Belacqua.

ALTOLAGUIRRE, Manuel (1962), *Vida poética*. Ilustraciones de Edgar Neville, Málaga, Librería El Guadalhorce.

___ (1986), *El caballo griego*, en *OO.CC.*, I, Madrid, Istmo, pp. 31-128.

ÁLVAREZ BERCIANO, Rosa y Ramón SALA NOGUER (2000), *El cine en la zona nacional, 1936-1939*, Bilbao, Ediciones Mensajero.

ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio (1940), *La guerra empezó en España*, México, Séneca.

___ (1975), *En la lucha. Memorias*, México, Grijalbo.

AMBARD, Enrique (1942), «Edgar Neville dice...», *Cámara*, nº 8 (mayo, 1942), pp. 24-25.

AMEZKETA, José Miguel (2004), *Juan de Landa, actor*, San Sebastián, Filmoteca Vasca.

AMO, Alfonso del (ed.) (1996), *Catálogo general del cine de la Guerra Civil*, Madrid, Cátedra-Filmoteca Española.

ANGULO, Jesús y Francisco LLINÁS (1993), *Fernando Fernán-Gómez. El hombre que quiso ser Jackie Cooper*, San Sebastián, Patronato de Cultura Ayto. de San Sebastián.

ARDAVÍN, Carlos X. (ed.), (2005), *Vida, pensamiento y aventura de César González-Ruano*, Gijón, Llibres del Pexé.

ARGAYA ROCA, Miguel (2003), *Historia de los falangistas en el franquismo*, Madrid, Plataforma 2003.

ARMERO, Álvaro (1995), *Una aventura americana. Españoles en Hollywood*, Madrid, Compañía Literaria, pp. 231-240.

ASCUNCE, José Ángel (1998), «San Sebastián y *Vértice*, sede y expresión ideológico-cultural de la primera época franquista», en Antonio Jiménez (ed.), *Estudios sobre Historia del pensamiento español*, Santander, Asociación de Hispanismo Filosófico, pp. 321-333.

___ (1999), *San Sebastián, capital cultural (1936-1940)*, San Sebastián, Mono-Gráficas Michelena.

AUB, MAX (1985), *Conversaciones con Buñuel*, Madrid, Aguilar.

___ (1995), *La gallina ciega. Diario español*, ed. Manuel Aznar, Barcelona, Alba.

___ (2001), *Cuerpos presentes*, ed. José-Carlos Mainer, Valencia, Fundación Max Aub.

AYALA, Francisco (1988), *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza Ed.

AZAÑA, Manuel (1974), *La velada de Benicarló. Diálogo de la guerra de España*, ed. de Manuel Aragón, Madrid, Castalia.

AZCÁRATE, Pablo de (1976), *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, Ariel.
AZORÍN (1939), *Españoles en París*, Madrid, Espasa-Calpe.
___ (1940), *Pensando en España*, Madrid, Biblioteca Nueva.
___ (1945), *París*, Madrid, Biblioteca Nueva.
BARCIA, Augusto (1942), *La política de no-intervención*, Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura.
BAROJA, Pío (1997), *Ayer y hoy. Memorias*, Madrid, Caro Raggio.
___ (2005), *La guerra civil en la frontera*, Madrid, Caro Raggio.
BAROJA Y NESSI, Carmen (1998), *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*, Barcelona, Tusquets.
BARRACHINA, Marie-Aline (1995), *Recherches sur les ressorts de la propagande franquiste (1936-1945). Discours, mise en scène, supports culturels*, Université de Nice Sophia Antipolis.
BELMONTE, Florence (2005), *Aux origines de la Presse du Mouvement (Espagne, 1936-1946)*, Montpellier, Université Montpellier III.
BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse (1982), *La guerra civil española en la novela*, Madrid, José Porrúa, 2 vols.
BORAU, José Luis (1990), *El caballero D'Arrast*, San Sebastián, Festival Internacional de Cine de San Sebastián.
BORRÁS, Tomás (1939), *Chekas de Madrid*, Madrid, La Novela del Sábado, nº 16.
___ (1975), *Jacaranda de Madrid*, Madrid, Vassallo de Munber, pp. 18-20.
BURGUERA NADAL, Mª Luisa (1990), Int. a Edgar Neville, *El baile. La vida en un hilo*, Madrid, Cátedra.
___ (1993), «En torno a una pequeña autobiografía de Edgar Neville», en José Romera (ed.), *Escritura autobiográfica*, Madrid, Visor, pp. 127-132.
___ (1994), *Edgar Neville: Entre el humorismo y la poesía*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga.
___ (1995), Int. a Edgar Neville, *El baile. Cuentos y relatos cortos*, Madrid, Castalia.
___ (1998), «Sobre *Los Smith*, cuento de Edgar Neville», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, T. LXIV, pp. 211-219.
___ (1999), *Edgar Neville. Entre el humor y la nostalgia*, Valencia, Inst. Alfons el Magnànim.
___ (2000), Int. a Edgar Neville, *Eva y Adán*, Zaragoza, Libros del Innombrable.
___ (2004), «Los relatos de guerra de Edgar Neville: *Frente de Madrid*», *Actas del XIV Congreso de la AIH*, III, Newark, Juan de la Cuesta, pp. 109-116.
CABRERIZO PÉREZ, Felipe (2004a), «Los primeros acuerdos de coproducción entre la España franquista y la Italia fascista (1938)», *Archivos de la Filmoteca*, nº 48 (2004), pp. 122-133.
___ (2004b), «*Frente de Madrid*: un primer (y frustrado) intento de apertura hacia un cine de reconciliación nacional», *Mundaiz*, nº 67, pp. 45-65.
CALVO-SOTELO, Joaquín (1992), «Edgar Neville», *ABC*, 18-IV-1992.
CAMBA, Julio (1932), *La ciudad automática*, Madrid, Espasa-Calpe.
___ (1934), *Haciendo de República*, Madrid, Espasa-Calpe.
CÁNOVAS BELCHÍ, Joaquín T. (2004), «El duque de Alba y el cine mudo español (1920-1930)», *Cuadernos de la Academia*, nº 13/14 (2004), pp. 373-382.

CANTOS CASENAVE, Marieta y Alberto ROMERO FERRER (eds.) (2001), *El teatro de humor en la guerra y la posguerra española (1936-1948)*, Cádiz, Universidad-Fund. Muñoz Seca.
___ (2003), *La comedia española entre el realismo, la provocación y las nuevas formas (1950-2000)*, Cádiz, Universidad-Fund. Muñoz Seca.
CARBAJOSA, Mónica y Pablo (2003), *La corte literaria de José Antonio*, Barcelona, Crítica.
CARO BAROJA, Julio (1972), *Los Baroja*, Madrid, Taurus.
CARRANQUE DE RÍOS, Andrés (1998), *Obra completa*, Madrid, El Imán.
CARRÉRE, Emilio (1939), *La ciudad de los siete puñales*, Madrid, La Novela del Sábado.
CARRO, Conchita (1939), *Paco y las duquesas*, San Sebastián, La Novela de Vértice. Ver Conchita MONTES.
CASANOVA, María (1996), *La diplomacia española durante la Guerra Civil*, Madrid, Ministerio de AA.EE.
CASTÁN PALOMAR, Fernando (1940), «Una charla con Edgar Neville», *Primer Plano*, nº 2 (octubre, 1940).
CENTENO, Félix (1944), «La navidad en Hollywood», *Primer Plano*, nº 168 (2-I-1944).
___ (ed.) (1945), *Historias de Hollywood. Antología*, Madrid, s.i.
CERVERA GIL, Javier (1998), *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*, Madrid, Alianza.
CHACÓN, R.L. (1939), *Por qué hice las checas de Barcelona. Laurencic ante el Consejo de Guerra*, Barcelona, Ed. Solidaridad Nacional.
CHAVES NOGALES, Manuel (2001), *Obra periodística*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 2 vols.
___ (2006), *A sangre y fuego*, Madrid, Espasa.
COMBALIA, Victoria (2003), «Arte moderno para torturar», *El País*, 26-I-2003.
CORDEROT, Didier (2000), *La littérature de kiosque entre la plume et le fusil. Les formes narratives brèves pendant la guerre civile espagnole (1936-1939)*, Dijon, Université de Bourgogne.
CORTÉS-CAVANILLAS, Julián (1967), *Psicoanálisis. Diálogos con figuras famosas*, Madrid, Prensa Española, pp. 103-108.
CRUSSELLS, Magi (2000), *La Guerra Civil española: cine y propaganda*, Barcelona, Ariel.
DA ROSA, Fanny (1999), *Vida de Pere Pruna*, Barcelona, Ed. El Carro del Sol.
DENNIS, Nigel (1983), *Diablo Mundo: los intelectuales y la Segunda República. Antología*, Madrid, Fundamentos.
DÍAZ-CAÑABATE, Antonio (1978), *Historia de una tertulia*, Pról. de Francisco Umbral, Madrid, Espasa-Calpe.
DÍAZ-PLAJA, Fernando (1979), *Si mi pluma valiera tu pistola. Los escritores españoles en la guerra civil*, Barcelona, Plaza & Janés.
___ (2000), «Marichu de la Mora y Maura: Cronista del país y de su familia», en *La saga de los Maura*, Barcelona, Nihil Obstat Ediciones, pp. 199-205.
DIEGO CARCEDO, José M. (2005), *Un español frente al holocausto*, Madrid, Temas de Hoy.
DÍEZ PUERTAS, Emeterio (2002), *El montaje del franquismo. La política cinematográfica de las fuerzas sublevadas*, Barcelona, Laertes.

___ (2003), *Historia social del cine en España*, Madrid, Fundamentos.
D'ORS, EUGENIO (1989), *Españoles de mi tiempo*, Madrid, Prodhufi.
DOS PASSOS, John (2005), *Viajes de entreguerras,* Barcelona, Península.
ELENA, Alberto (1997), «¿Quién prohibió *Rojo y Negro*?», *Secuencias*, nº 7, pp. 61-78.
ERAUSKIN FERNÁNDEZ, David (2005), «Investigación sobre un cineasta libre de toda sospecha», *Cuadernos de la Academia*, nº 13-14, pp. 443-460.
ESCOBAR, José I. (1974), *Así empezó...*, Madrid, G. del Toro.
ESCOBAR, Luis (1937), *Carta a Charlie Chaplin (Sobre la guerra de España)*, Bilbao, Editora Nacional.
___ (2000), *En cuerpo y alma. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy.
FERNÁN (1941), «Polémica con los directores de cine», *Primer Plano*, nº 39 (julio, 1941).
FERNÁN-GÓMEZ, Fernando (1986), *El vendedor de naranjas*, ed. Juan Tébar, Madrid, Espasa-Calpe.
___ (1995), «El dandy en la taberna», en *Desde la última fila*, Madrid, Espasa, pp. 253-257.
___ (2002), *El viaje a ninguna parte*, ed. Juan A. Ríos Carratalá, Madrid, Cátedra.
FERNÁNDEZ BARREIRA, D. (1943), «Edgar Neville», *Primer Plano*, nº 150 (agosto, 1943).
FERNÁNDEZ CUENCA, Carlos (1972), *La guerra de España y el cine*, Madrid, Editora Nacional.
FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1942), *Una isla en el mar rojo*, Madrid, Ediciones Españolas, 11ª ed. Otra ed.: *OOCC*, IV, Madrid, Aguilar, 1950, pp. 853-1106.
FERNÁNDEZ DE URBINA, José Miguel (s.a.), *La aventura intelectual de Ramiro de Maeztu*, Vitoria, Diputación Foral de Álava.
FLAQUER, Alberto (1962), *Checas de Madrid y Barcelona*, Barcelona, Eds. Rodegar.
FONTERIZ, Luis de (1937), *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid (notas de un evadido)*, Ávila, Tip. de Senén Martín Díaz.
FOXÁ, Agustín de (1938), *Madrid de Corte a cheka*, San Sebastián, Lib. Internacional, 2º ed. corregida y aumentada.
___ (1965), *Misión en Bucarest y otras narraciones*, Madrid, Prensa Española.
___ (1976), *Obras completas*, III, Madrid, Ed. Prensa Española.
FRANCO TORRE, Christian (2006), «La correspondencia inédita entre el cineasta Edgar Neville y Dionisio Ridruejo» (en prensa).
FUENTE, Inmaculada de la (2006), *La roja y la falangista. Dos hermanas en la España del 36*, Barcelona, Planeta.
GARCÍA DE DUEÑAS, Jesús (2003), *Ángeles Rubio-Argüelles, una dama del teatro*, Málaga, Fundación Teatro Cervantes.
GARCÍA FERNÁNDEZ, José Lorenzo (2001), «*Rojo y Negro*, el intento frustrado de un nuevo cine falangista», *El Rastro de la Historia*, nº 5. Edición digital en www.rumbos.net/rastroria
GARCÍA LORCA, Federico (1997), *Epistolario completo*, Madrid, Cátedra.
GARCÍA SERRANO, Rafael (1979), *Diccionario para un macuto*, Barcelona, Planeta.

GIBSON, Ian (1982), *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Argos Vergara.
___ (1998), *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, Barcelona, Plaza y Janés.
___ (2006), *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Aguilar.
GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1981), *Memorias de un dictador*, Barcelona, Planeta.
GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón (1999), *La sagrada cripta de Pombo*, Madrid, Visor Libros-Comunidad de Madrid.
GÓMEZ -SANTOS, Marino (1960), *Mundo aparte*, Madrid, Aguilar.
___ (1969), *12 hombres de letras*, Madrid, Editora Nacional, pp. 305-377.
___ (1977), *Vida de Gregorio Marañón*, Barcelona, Plaza Janés.
___ (1983), *Españoles sin fronteras*, Barcelona, Planeta.
___ (1986), *El tiempo de Sebastián Miranda. Una España insólita*, Madrid, Testimonio Compañía Editorial.
___ (2002), *La memoria cruel*, Madrid, Espasa.
GÓMEZ TARÍN, Francisco Javier (2001), «Edgar Neville: Sainete, intertextualidad y anclaje temporal», *Cuadernos de la Academia*, nº 9 (2001), pp. 219-235.
GONZÁLEZ ALONSO, Luis (1941), «Conchita Montes ha concluido *Regreso a Moscú*», *Primer Plano*, nº 32 (26-V-1941).
GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (1998), *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos.
GONZÁLEZ-GRANO DE ORO, Emilio (2004), *La otra Generación del 27. El Humor Nuevo español y La Codorniz*, Madrid, Polifemo.
___ (2005), *Ocho autores en busca de un humor. La otra Generación del 27*, Madrid, Polifemo.
GONZÁLEZ-RUANO, César (1933), *Seis meses con los Nazis (Una revolución nacional)*, Madrid, La Nación
___ (1935), *Miguel Primo de Rivera. La vida heroica y romántica de un general español*, Madrid, Ediciones Nuestra Raza.
___ (1970), *Diario íntimo (1951-1965)*, Madrid, Taurus.
___ (1996), *Viaje a África. Por las rutas posibles de los posibles prisioneros*, Madrid, Fundación Mapfre Vida.
___ (1999), *Las palabras quedan (conversaciones)*, Madrid, Fundación Mapfre.
___ (2003), *Obra periodística, 1943-1965*, Madrid, Fundación Mapfre, 2 vols.
___ (2004), *Memorias. Mi medio siglo se confiesa a medias*, Sevilla, Renacimiento.
GUBERN, Román (1986), *1936-1939: La guerra de España en la pantalla*, Madrid, Filmoteca Española.
___ (1994), *Benito Perojo. Pionerismo y supervivencia*, Madrid, Filmoteca Española.
___ (1999), *Proyector de luna. La generación del 27 y el cine*, Barcelona, Anagrama.
___ (2002), *La caza de brujas en Hollywood*, Barcelona, Anagrama, 3ª ed. ampliada.
GUTIÉRREZ-SOLANA, José (1923), *Madrid callejero*, en *Obra literaria,* II, Madrid, Fundación Central Hispano, 1998.
HARO TECGLEN, Eduardo (2000), «Edgar», *El País*, 15-I-2000.

HERNÁNDEZ, Patricio (1988), *Emilio Prados: la memoria del olvido*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
HERNÁNDEZ GIRBAL, Florentino (1992), *Los que pasaron por Hollywood*, Madrid, Verdoux. Ed. digital en cervantesvirtual.com
HERREROS, Enrique (2005), *La Codorniz de Enrique Herreros*, Madrid, Edaf.
HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio (1977), *Cambio de rumbo*, Barcelona, Laia.
JAÉN, Antonio de (1936), "Edgar Neville nos habla sobre su último film, *La señorita de Trevélez*», *Cinegramas*, nº 81, 29-III-1936.
JARDIEL PONCELA, Enrique (1942), *El amor sólo dura 2.000 metros*, en *Una letra protestada y dos letras a la vista*, Madrid, Biblioteca Nueva.
JARNÉS, Benjamín (1932), *Lo rojo y lo azul*, Madrid, Espasa-Calpe.
JIMÉNEZ, Juan Ramón (1985), *Guerra en España (1936-1953)*, Barcelona, Seix Barral.
JIMÉNEZ TOMÉ, Mª José (1999), *Cita sin límites. Homenaje a Emilio Prados*, Málaga, Universidad de Málaga.
JULIÁ, Santos (1990), *Manuel Azaña, una biografía política*, Madrid, Alianza.
___ (2004), «La 'Falange liberal', o de cómo la memoria inventa el pasado», en Celia FERNÁNDEZ y Mª Ángeles HERMOSILLA (eds.), *Autobiografía en España: un balance*, Madrid, Visor, pp. 127-144.
KIERKEGAARD, Soren (1975), *In vino veritas. La repetición*, Madrid, Guadarrama.
KOWALSKY, Daniel (2003), *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Barcelona, Crítica.
LAÍN ENTRALGO, Pedro (1976), *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Madrid, Alianza Tres.
LLERA, José A. (2000), «*La Ametralladora*, precursora de *La Codorniz*», *Actas del II Congreso Internacional del Humorismo*, Madrid, La Academia de Humor, pp. 51-65.
___ (2003), *El humor verbal y visual de La Codorniz*, Madrid, CSIC.
LLINAS, Juan (1994), «Juan de Orduña y Edgar Neville: El haz y el envés», *Secuencias*, I, pp. 65-74.
LOBATO RODRÍGUEZ, Flora (2004), *Edgar Neville entre la literatura y el cine: Análisis narratológico comparativo de algunas de sus adaptaciones*, Salamanca, Universidad de Salamanca (Tesis doctoral inédita).
LÓPEZ RUBIO, José (2003), *La otra Generación del 27. Discurso y cartas*, Madrid, CDT.
LOZANO, José (1996), «Edgar Neville cineasta: la vida contra el arte, el arte contra la vida», *A Distancia* (otoño, 1996), pp. XV-XIX.
MACHADO, Manuel (1994), *Poesía de guerra y posguerra*, ed. Miguel d'Ors, Granada, Universidad de Granada, 2ª ed.
MAINER, José-Carlos (1972), «Recuerdo de una vocación generacional. Arte, política y literatura en *Vértice* (1937-1940)», *Literatura y pequeña burguesía en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, pp. 213-240.
___ (1998), «De Madrid a Madridgrado (1936-1939): La capital vista por sus sitiadores», en Machthield Albert (ed), *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Madrid, Iberoamericana, pp. 181-198.
___ (2005), *Tramas, libros, nombres*, Barcelona, Anagrama.
___ (2006), *Años de vísperas*, Madrid, Espasa.

MARTÍNEZ CACHERO, José Mª (1994), «Eduardo Zamacois y Edgar Neville, dos miradas narrativas sobre el Madrid de la Guerra Civil», *Hora actual de la novela hispánica*, Valparaíso, Universidad de Valparaíso, pp. 171-183.
MARTÍNEZ DE PISÓN, Ignacio (2005), *Enterrar a los muertos*, Barcelona, Seix Barral.
M[ARTÍNEZ] REVERTE, Jorge (2006), *La caída de Cataluña*, Barcelona, Crítica.
MIHURA, Miguel (2004), *Prosa y obra gráfica*, ed. Arturo Ramoneda, Madrid, Cátedra.
MIQUELARENA, Jacinto (1930), *...Pero ellos no tienen bananas (El viaje a Nueva York)*, Madrid, Espasa-Calpe.
MINISTERIO DE JUSTICIA (1943), *Causa general. La dominación roja en España*, Madrid, Ministerio de Justicia.
MONGUILOT-BENZAL, Felix (2006), «Volver al frente: reconstrucción de la película *Frente de Madrid* (1939) de Edgar Neville», en Juan A. RÍOS CARRATALÁ (coord.), *Edgar Neville*, Málaga, Instituto Municipal del Libro (en prensa).
MONTES, Conchita (1944), *El damero maldito*, Madrid, Biblioteca Nueva.
MONTOLIÚ, Pedro (2005), *Madrid en la posguerra (1939-1946)*, Madrid, Sílex.
MORA, Constancia de la (2004), *Doble esplendor*, Madrid. Gadir.
MORADIELLOS, Enrique (1990), *Neutralidad benévola*, Oviedo, Pentalfa.
___ (2001), «Una guerra civil de tinta: la propaganda republicana y nacionalista en Gran Bretaña durante el conflicto español», *Sistema*, nº 164, pp. 69-97.
MORALES, Sofía (1946), «Edgar Neville y su casa», *Primer Plano*, nº 300, 14-VII-1946.
MORÁN, Gregorio (1998), *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets.
MOREIRO, Julián (2004), *Mihura. Humor y melancolía*, Madrid, Algaba.
MORLA LYNCH, Carlos (1958), *En España con Federico García Lorca*, Madrid, Aguilar.
NAVAL, Mª Ángeles (2000), *La novela de Vértice. La novela del sábado*, Madrid, CSIC.
NEVILLE***, Edgar (1926), *Eva y Adán*, Málaga, Imp. Sur.
___ (1929), *Don Clorato Potasa*, Madrid, Biblioteca Nueva.
___ (1934) *Margarita y los hombres*, Madrid, Col. La Farsa, nº 350.
___ (1936), *Música de fondo*, Madrid, Biblioteca Nueva.
___ (1941), *Frente de Madrid*, Madrid, Espasa Calpe.
___ (1946), *La familia Mínguez*, Barcelona, José Janés.
___ (1955), *Torito bravo*, Barcelona, José Janés.
___ (1955-1963), *Teatro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 3 vols.
___ (1956), *Producciones García S.A.*, Madrid, Taurus.
___ (1957), *La piedrecita angular*, Madrid, Taurus.
___ (1965), *El día más largo de Monsieur Marcel*, Madrid, Afrodisio Aguado.
___ (1968), *Teatro selecto*, Madrid, Escelicer.
___ (1969), *Obras selectas*, Madrid, Biblioteca Nueva.
___ (1976), *Las terceras de ABC*, Madrid, Prensa Española.
ONTAÑÓN, Santiago (1988), *Unos pocos amigos verdaderos*, Madrid, Fundación Banco Exterior.

ORDÓÑEZ, Marcos (2004), *Beberse la vida. Ava Gadner en España*, Madrid, Aguilar.
ORTEGA Y GASSET, José (1987), *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*, Madrid, Espasa Calpe.
OZORES, Mariano (2002), *Respetable público*, Barcelona, Planeta.
PALACIO VALDÉS, Armando (1968), *Santa Rogelia*, en *OO.CC.*, Madrid, Aguilar, pp. 1791-1902.
PENELLA, Manuel (1999), *Dionisio Ridruejo, poeta y político*, Salamanca, Cajaduero.
PÉREZ PERUCHA, Julio (1982), *El cinema de Edgar Neville*, Valladolid, Seminci.
PÉREZ RUIZ, José Luis (2005), *Las depuraciones de la Carrera Diplomática española*, Burgos, Dossoles.
PERICAY, Xavier (ed.) (2003), *Cuatro historias de la República*, Barcelona, Destino.
PIQUERAS, Juan (1930), «Los escritores: Edgar Neville», *La Gaceta Literaria*, nº 76, 15-II-1930, p. 16.
PRADA, Juan Manuel de (1996), *Las máscaras del héroe*, Madrid, Valdemar.
___ (1999), «Neville, talento omnívoro e insomne», *ABC,* 18-XII-1999.
PRESTON, Paul (1998), *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza Janés.
___ (2004), *Palomas de guerra*, Barcelona, Debolsillo.
PUENTE, José Vicente (1937), *Viudas blancas*, Madrid, Ed. Española.
___ (1939), *Madrid recobrado*, Madrid, ed. del autor.
QUESADA, Luis (1986), *La novela española y el cine*, Madrid, Ediciones JC.
QUINTANILLA, Luis (2004), *Pasatiempo. La vida de un pintor*, A Coruña, Ediciós do Castro.
RIDRUEJO, Dionisio (1962), *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada.
___ (1973), «Año de vísperas (6)», *Destino*, 6-I-1973, pp. 10-11.
___ (1976), *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta.
___ (2005), *Materiales para una biografía*, Madrid, Fundación BSCH.
RÍOS CARRATALÁ, Juan A. (1995), *A la sombra de Lorca y Buñuel: Eduardo Ugarte*, Alicante, Universidad de Alicante.
___ (1996), Int. a Carlos ARNICHES, *La señorita de Trevélez*. *Los caciques*, Madrid, Castalia.
___ (1997), *Lo sainetesco en el cine español*, Alicante, Universidad de Alicante.
___ (2000), *El humor en España: Carlos Arniches y Edgar Neville*, Alicante, cervantesvirtual.com.
___ (2001), *Cómicos ante el espejo*, Alicante, Universidad de Alicante.
___ (2002), *Dramaturgos en el cine español, 1939-1975*, Alicante, Universidad de Alicante.
___ (2005a), *La memoria del humor*, Alicante, Universidad de Alicante.
___ (2005b), «Edgar Neville y la comedia de la felicidad», *Revista de Literatura*, LXVII, nº 133, pp. 77-94.
___ (2005c), «Miguel Mihura también fue a la guerra, aunque poco», en *Miguel Mihura cumple un siglo*, Madrid, Comunidad de Madrid, pp. 99-116.
ROBLES, Antonio (1981), *Los escalones de una vida*, Madrid, ed. del autor.
R[ODRÍGUEZ] DE LA FLOR, José Luis (ed.) (1990), *El Negociado de Incobrables*, Madrid, Ediciones de La Torre.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (1986), *Literatura fascista española. 1/Historia*, Madrid, Akal.
RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Mº Ángeles y Gregorio TORRES NEBRERA (2005), «Cine-teatro-cine: los vasos comunicantes en Edgar Neville», *Cauce*, nº 28, pp. 325-352.
ROMERA CASTILLO, José (1998), «Perfiles autobiográficos de la otra generación del 27 (la del humor)», *Actas del XII Congreso de la AIH*, Birminghan, Dept. of Hispanic Studies, IV, pp. 241-7.
___ (1999), «Escritores españoles en Hollywood y testimonios autobiográficos», en J.L. Castro de Paz *et alii* (eds.), *Cien años de cine*, Madrid, Visor, 277-289.
___ (2001), «Los dramaturgos del otro 27 (el del humor) reconstruyen su memoria», en Cantos Casenave y Romero Ferrer (eds.), *El teatro de humor en la guerra y la posguerra española (1936-1948)*, Cádiz, Universidad-Fundación Muñoz Seca, pp. 49-66.
ROS, Félix (1936), *Un meridional en Rusia*, Barcelona, Luis Miracle Ed.
___ (1939), *Preventorio D (Ocho meses en el S.I.M.)*, Barcelona, Ed. Yunque.
ROS, Samuel (1932), *El hombre de los medios abrazos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
___(1939), *Historia de las dos lechugas enamoradas*, San Sebastián, La novela de *Vértice.*
SALAS LARRAZÁBAL, Jesús (1970), *La guerra de España desde el aire. Dos ejércitos y sus cazas frente a frente*, Barcelona, Ariel.
SÁNCHEZ CAMARGO, Manuel (1963), *Historia de la Academia Breve de Crítica de Arte. Homenaje a Eugenio d'Ors*, Madrid, Langa y Cía.
SANZ DE SOTO, Emilio (1984), «Luis Buñuel y Hollywood (Nombres en el recuerdo)», VV.AA., *Luis Buñuel*, Venecia, XLI Mostra Internazionale del Cinema, pp.109-118.
SENTÍS, Carlos (1982), *Protagonistas que conocí*, Barcelona, Dasa Eds.
SEVILLANO CALERO, Francisco (2002), «Propaganda y dirigismo cultural en los inicios del Nuevo Estado», *Pasado y memoria*, nº 1, pp. 81-110.
THOMÁS, Joan Mª (2001), *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza y Janés.
TORRIJOS, José Mª (ed.) (1999), *Edgar Neville. La luz en la mirada*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
TRAPIELLO, Andrés (1990), *Clásicos de traje gris (1978-1990)*, Albacete, Diputación Provincial.
___ (1995), Int. a Francisco Vighi, *Nuevos versos viejos*, Granada, Comares.
___ (2002), *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2ª ed. ampliada.
UMBRAL, Francisco (1978), *Ramón y las vanguardias*, Madrid, Espasa Calpe.
___ (1994), *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Planeta.
___ (2001), *Los alucinados*, Madrid, La Esfera de los Libros.
VV.AA. (1976), *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus.
VV.AA. (1977), *Edgar Neville en el cine*, Madrid, Filmoteca Española.
VV.AA. (1997), *Edgar Neville*. Nº monográfico de *A distancia*, Madrid, UNED, (otoño, 1997).
VV.AA. (1999), *Edgar Neville: 100*. Nº monográfico de *Nickel Odeon*, nº 17 (invierno, 1999).
VV.AA. (2002), *Los humoristas del 27*, Madrid, Centro de Arte Reina Sofia.

VEGA SOMBRÍA, Santiago (2005), *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Barcelona, Crítica.
VEGAS LATAPIÉ, Eugenio (1983), *Memorias políticas*, Barcelona, Planeta.
___ (1987), *Los caminos del desengaño*, Madrid, Tebas.
___ (1995), *La frustración en la victoria*, Madrid, Actas.
VENTÍN PEREIRA, José Augusto (1986), *La guerra de la radio (1936-1939)*, Barcelona, Mitre.
___ (1987), *Radiorramonismo*, Madrid, Universidad Complutense.
VIDAL, César (2003), *Checas de Madrid*. *Las cárceles republicanas al descubierto*, Barcelona, Belacqva-Carroggio.
VIGHI, Francisco (1979), *Versos viejos*, Palencia, Caja de Ahorros de Palencia, 1979.
VILLÁN, Javier (2005), «Aromas y glamour de alta comedia», *El Mundo*, 19-VIII-2005.
VIZCAÍNO CASAS, Fernando (1976), «Conchita Montes», en *Café y copa con los famosos*, Madrid, Sedmay, pp. 67-80.

*** Sólo incluimos referencias de primeras ediciones. Véase un listado completo de la bibliografía de Edgar Neville en Mª Luisa Burguera Nadal, 1994: 169-177.

Asimismo, hemos consultado los fondos documentales del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid), el Ministerio de Cultura (Madrid), el Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares), el Archivo de la Guerra Civil (Salamanca), la Fundación José Ortega y Gasset (Madrid), el legado personal de Miguel Mihura depositado en Hondarribia —gracias a la colaboración de José Antonio Llera— y las colecciones de prensa periódica de la Hemeroteca Municipal de Madrid, Biblioteca Gabriel Miró, Biblioteca Nacional y Filmoteca Española.

Espero que algún día estos fondos puedan ser completados con los documentos de Edgar Neville que se encuentran en poder de D. Domingo Plazas, D. Carlos Neville, Dª Isabel Vigiola y algunas personas más. Con todas me puse en contacto sin merecer, por lo visto, su confianza.

CRONOLOGÍA DE EDGAR NEVILLE

1899

Edgardo Neville y de Romrée nace en Madrid el 28 de diciembre de 1899. Su padre, Eduardo Neville Rivesdalle era un ingeniero inglés que había llegado a la capital a finales del siglo XIX para colaborar con la empresa Crosley. Se casó con María Romrée y Palacios, hija del conde de Romrée y heredera del condado de Berlanga del Duero, título heredado por Edgar Neville como hijo único.

1903

Fallece Eduardo Neville en la casa familiar de la calle Trujillos. Su hijo pasa los veranos de la infancia en la finca del abuelo materno en Alfafar y «toma monte» en La Granja de San Ildefonso. Más adelante, también veraneará en San Sebastián y Biarritz.

1907

«Al cumplir los ocho años, mi madre, cediendo a la presión de toda la familia, que temía me convirtiese en un niño mimado y consentido, me metió interno en El Escorial». Tan sólo aguantó un curso en aquel gélido internado. A los nueve años ingresa en el Colegio del Pilar de Madrid.

1914

Edgar Neville, tras haber superado una pulmonía, se traslada junto con su madre a Suiza para culminar su recuperación mientras se inicia en la práctica de los deportes invernales.

1916

En plena época del cuplé, el joven y osado Edgar Neville consigue que la Chelito le estrene en el madrileño Chantecler el vodevil titulado *La Vía Láctea*. Comienza a manifestar una gran afición por los toros cuando rivalizan Belmonte y Joselito. Fue amigo e incondicional del primero hasta su suicidio.

1917

La vocación literaria empieza a manifestarse mientras se siente atraído por el mundo de las tertulias, los cafés y la bohemia madrileña. A los dieciocho años comenzó a frecuentar las academias de variedades y en una de ellas conoció a Tono, con quien le uniría una gran amistad. Inicia sus estudios de Derecho en la Universidad Complutense.

1918

Junto con unos familiares, conoce el más selecto París de la *belle époque*. Edgar Neville hablaba francés a la perfección y visitó a menudo un país cuya cultura admiraba.

1921

Tras un frustrado amor y como soldado de cuota en el regimiento de Húsares, participa en la guerra de Marruecos durante tres meses sin pisar el campo de batalla. Cuando regresa, es presentado por su amigo Paco Vighi a Ramón Gómez de la Serna, en cuya pombiana tertulia fue un asiduo participante.

1922

En junio, Manuel de Falla organiza el primer concurso de cante jondo en Granada. Edgar Neville se desplaza allí como aficionado y entabla una relación de amistad con Federico García Lorca. Traslada su expediente académico a la universidad granadina y se licencia en septiembre. Primeras colaboraciones periodísticas. Conoce a José Ortega y Gasset, con quien inicia una relación amistosa y de admiración mantenida durante más de treinta años.

1923

Inicia sus colaboraciones en la revista *Buen Humor*, que se prolongarían hasta enero de 1926. Protagoniza la renovación del humor español junto con otros autores y amigos que formarían «la otra Generación del 27».

1924

Ingresa en el cuerpo diplomático el 29 de junio. Tarda varias semanas en tomar posesión. Comienza su larga serie de excedencias y rechazos de los puestos que le ofrecen. Prefiere participar activamente en la vida social y cultural del Madrid de la época, que a menudo añorará en sus obras literarias y cinematográficas.

1925

El 28 de octubre, Edgar Neville se casa con Ángeles Rubio Argüelles y Alessandri, de origen malagueño e hija de Carlota Alessandri, futura impulsora del turismo en la zona de Málaga y alrededores. La adinerada y culta pareja alterna con los integrantes del grupo malagueño de la Generación del 27.

1926

Publicación de *Eva y Adán*, la primera e innovadora colección de cuentos escritos por Edgar Neville. Aparece en la Imprenta Sur, dirigida por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Una obra homónima del propio autor es representada en el teatrillo de El Mirlo Blanco, en el salón de casa de los Baroja, con quienes inicia una relación de amistad. Su madre se casa con Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano, marqués de Amposta y destacado diplomático.

1927

Inicia sus colaboraciones humorísticas en la revista *Gutiérrez*, que se prolongarían hasta enero de 1928. Colabora esporádicamente en *La Gaceta Literaria,* donde llega a dar cuenta de sus éxitos deportivos.

1928

Edgar Neville escribe por aquellos años comedias en colaboración con José López Rubio. Las entregan a Gregorio Martínez Sierra sin conseguir estrenarlas. Participa en algunas actividades conspirativas contra la dictadura del general

Primo de Rivera. Se traslada a Washington, a donde había sido destinado como agregado diplomático el 27 de diciembre de 1927. Manda reseñas de la actualidad cinematográfica de Nueva York a *La Pantalla.* Pocos meses después, en el verano y junto a su esposa, se marcha a Hollywood. Pronto entabla amistad con las más destacadas estrellas del cine norteamericano (Charles Chaplin, Douflas Fairbanks, Mary Pickford…) y su matrimonio entra en crisis. En compañía de otros comediógrafos y actores españoles, es contratado para trabajar en las versiones hispanas de las primeras películas sonoras.

1929

Edgar Neville termina de escribir en Estados Unidos su primera novela, *Don Clorato de Potasa,* cuyos capítulos iniciales habían sido publicados en los folletones de *El Sol* gracias al apoyo de Ortega y Gasset. La primera edición completa aparece en 1929 y la edita Biblioteca Nueva, con la que seguirá colaborando en próximas publicaciones.

1930

Trabaja como dialoguista en Hollywood para algunas de las versiones en español de las películas producidas por la Metro Goldwyn Mayer. Colabora esporádicamente en la *Revista de Occidente.* Pasa unas semanas en España por problemas económicos y familiares. Los elegantes condes de Berlanga del Duero aparecen en el *Noticiero del Cineclub*, documental de Ernesto Giménez Caballero.

1931

Edgar Neville saluda con alegría la llegada de la II República y desde California manifiesta su adhesión a la Agrupación al Servicio de la República encabezada por Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Regresa a España cuando la aparición del doblaje hizo innecesarias las versiones hispanas. Colabora en las actividades culturales de la Residencia de Estudiantes. Se estrena su primera película, el cortometraje *Yo quiero que me lleven a Hollywood* (20 de junio), tras un rocambolesco proceso de rodaje y producción. Pasa el

verano en Biarritz y en septiembre se instala en Madrid junto con su esposa y dos hijos.

1933

Dirige el cortometraje titulado *Falso noticiero* en tono paródico. Cuenta con la colaboración de colegas como Enrique Jardiel Poncela y Antonio Robles. Intenta aplicar en el cine español lo aprendido en Hollywood.

1934

Edgar Neville estrena en el teatro Benavente de Madrid su comedia *Margarita y los hombres* y participa, como ayudante de dirección, en el rodaje de *La traviesa molinera,* de Harry d'Abbadie d'Arrast, estrenada el 14 de octubre. El 21 de marzo es nombrado cónsul de España en Uxda (Marruecos). Conoce por entonces a Conchita Montes y demora varios meses la toma de posesión. Junto con su amante inicia una sección de crítica cinematográfica en *Diario de Madrid* y participa en tertulias como la del Chiki Kutz donde coincide con Rafael Alberti, Luis Cernuda y Pedro Salinas. A finales de año, emprende en compañía de su esposa un viaje por el Marruecos francés a la búsqueda de supuestos prisioneros españoles. No los encuentra porque no existían y es condecorado.

1935

El 15 de enero le conceden el destino como diplomático en la sede del ministerio en Madrid. Edgar Neville realiza el cortometraje *Do re mi fa sol la si o la vida privada de un tenor.* Escribe los diálogos de *Rumbo al* Cairo, dirigida por Benito Perojo. El 9 de diciembre estrena con éxito *El malvado Carabel*, adaptación cinematográfica de la homónima novela de Wenceslao Fernández Flórez. Se afilia a Izquierda Republicana.

1936

Biblioteca Nueva edita un volumen, *Música de fondo,* con una serie de relatos breves de Edgar Neville. Tras el estreno de su adaptación cinematográfica de *La señorita de Trevélez* (27 de abril), se traslada a Estados Unidos donde pasa dos meses en compañía de Conchita Montes. Ambos regresan a Madrid el 13 de julio. Permanece en la capital durante las primeras semanas de la contienda. El 29 de agosto el gobierno republicano le asciende a secretario de primera clase y le destina a la embajada española en Londres. Realiza labores de espionaje y boicot a favor de los sublevados durante los meses de septiembre y octubre. El ministro Julio Álvarez del Vayo firma su separación definitiva del cuerpo diplomático el 31 de diciembre de 1936.

1937

Tras realizar varias tentativas y gestiones desde París, Edgar Neville regresa a España en el mes de marzo para ponerse al servicio de los sublevados contra la II República. Se afilia a Falange Española y bajo la dirección de su amigo Dionisio Ridruejo realiza labores de propaganda en radio, cine y publicaciones periódicas, mientras continúa un proceso de depuración como diplomático que no culminaría hasta después de finalizada la guerra.

1938

Viaja con su cámara por diferentes frentes y rueda *La ciudad universitaria* y *Juventudes de España*, documentales propagandísticos producidos por el Departamento Nacional de Cinematografía. Continúa con sus colaboraciones literarias y periodísticas en *La Ametralladora, Vértice* e *Y.* El 30 de mayo el Tribunal Seleccionador del Cuerpo Diplomático y Consular le declara «admitido en concepto de disponible». Edgar Neville presenta un recurso contra esta resolución y acumula nuevos méritos.

1939

Tras participar en la toma de Barcelona y rodar el documental *¡Vivan los hombres libres!*, antes de finalizar la guerra Edgar Neville se traslada a Roma gracias al

apoyo de Dionisio Ridruejo. Su objetivo es tomar parte en diversas iniciativas cinematográficas y alejarse de posibles represalias.

1940

El 15 de enero se estrena en España *Santa Rogelia*, inspirada libremente en una novela de Armando Palacio Valdés y la primera de las coproducciones hispanoitalianas en las que participa Edgar Neville. El 23 de marzo tiene lugar el estreno de *Frente de Madrid*, dirigida por Edgar Neville en Roma a partir de su homónima novela publicada durante la Guerra Civil. El 24 de junio es readmitido definitivamente en el cuerpo diplomático, pero solicita continuas excedencias para evitar los sucesivos destinos.

1941

Tras haber culminado el rodaje en Roma de *La muchacha de Moscú,* Edgar Neville y Conchita Montes regresan a Madrid. El 10 de noviembre estrena el mediometraje titulado *Verbena.* Realiza poco después otro titulado *La Parrala* y consigue reiniciar su carrera cinematográfica en España como director y productor de largometrajes. Espasa Calpe publica *Frente de Madrid,* recopilación de sus relatos escritos durante la Guerra Civil. El 20 de julio inicia sus colaboraciones en *La Codorniz* de su amigo Miguel Mihura. Se prolongarían hasta mayo de 1948. Participa junto con Conchita Montes en la Academia Breve de Crítica del Arte impulsada por Eugenio D'Ors. También acude a la tertulia del Café Lyon D'Or y, posteriormente, aparece como miembro de la Peña Valentín, donde se reencontraría con buenos amigos como Marcel Achard y Jean Cocteau. Su integración en la más selecta vida social y cultural de aquel Madrid es perfecta y continuará hasta su fallecimiento.

1943

El 1 de marzo se estrena *Correo de Indias*, una de las producciones españolas más ambiciosas de la época. El 27 de diciembre se estrena su siguiente película: *Café de París.* Edgar Neville inicia un período de intensa actividad cinematográfica y decide crear su productora.

1944

El 23 de noviembre se estrena *La torre de los siete jorobados*, la primera de las películas dirigidas por Edgar Neville que forman parte de su cine más personal y singular. En el guión colabora José Santugini. El film se basa en una novela atribuida a Emilio Carrère.

1945

Edgar Neville abandona su domicilio en la calle Serrano y adquiere un lujoso chalet en la Avenida de la Moncloa. Posteriormente, se trasladaría a la calle Manuel de Falla. Conchita Montes vive en el mismo edificio, aunque en un piso diferente. Participan en tertulias como la abierta por José Mª de Cossío y en otros cenáculos de la intelectualidad más selecta del nuevo régimen. El 26 de abril estrena la versión cinematográfica de *La vida en un hilo.* Seis meses después, y siguiendo un intenso ritmo de producción, aparece en las carteleras *Domingo de Carnaval* (22 de octubre), en la que rinde homenaje a Gutiérrez Solana y recrea su afición al carnaval.

1946

El 21 de octubre se estrena *El crimen de la calle Bordadores* con argumento, guión y dirección de Edgar Neville. Descontento con las directrices oficiales en materia cinematográfica, corrobora su apuesta por un renovado casticismo. José Janés edita en Barcelona *La familia Mínguez*, donde Edgar Neville recopila buena parte de sus colaboraciones en *La Codorniz.*

1947

El 19 de mayo estrena con escaso éxito *El traje de luces* y el 11 de noviembre *Nada*, película basada en la homónima novela de Carmen Laforet y con guión de Conchita Montes, que también desempeña el papel de protagonista.

1948

El 13 de diciembre, Edgar Neville estrena *El marqués de Salamanca,* biografía cinematográfica realizada por encargo de la Comisión Oficial del Centenario del Ferrocarril en España. El 30 de diciembre estrena *El señor Esteve*, adaptación cinematográfica de *L'auca del señor Esteve* de Santiago Rusiñol.

1950

El 23 de noviembre, Edgar Neville estrena *El último caballo*, una de sus más personales y recordadas películas con Fernando Fernán-Gómez, José Luis Ozores y Conchita Montes como protagonistas de la hermosa fábula que provoca la admiración de Azorín.

1951

El 19 de septiembre, se estrena la comedia *Cuento de hadas* con argumento, guión y dirección de Edgar Neville, que como en anteriores películas vuelve a contar con Conchita Montes para el papel de protagonista. También colabora como director en las puestas en escena de la compañía teatral de su amante.

1952

El 22 de junio se estrena *El baile* en el teatro Arriaga de Bilbao. En septiembre la obra se traslada a Madrid y obtiene un clamoroso éxito con más de mil representaciones. Se traduce a diferentes idiomas. Edgar Neville participa con la dirección de un episodio en el film colectivo de inspiración falangista titulado *El cerco del diablo*, estrenado el 25 de agosto. El 15 de diciembre estrena su documental *Duende y misterio del flamenco,* que obtiene una mención de honor en el Festival de Cannes.

1953

Edgar Neville edita en Madrid *La niña de la calle del Arenal,* donde recrea de nuevo el elemento autobiográfico que fuera tan decisivo en su obra literaria.

1954

Participa como responsable del argumento y coguionista en *Novio a la vista*, de Luis García Berlanga. Estrena su comedia *Veinte añitos* en el madrileño Teatro de la Comedia (9 de febrero) y *Marramiau,* adaptación de una obra original de Laszlo Fodor (29 de septiembre). Escribe por aquellos años otras comedias que no consigue estrenar.

1955

Entre finales de 1954 y principios de 1955, Edgar Neville dirige la coproducción hispano-francesa titulada *La ironía del dinero*, que por diversos problemas económicos y administrativos no llega a las pantallas hasta el 19 de octubre de 1959. El rodaje coincide con los estrenos de sus comedias *Rapto* y *Adelita.* Biblioteca Nueva publica el primer volumen de la recopilación de su obra teatral. José Janés edita en Barcelona *Torito bravo*, nueva recopilación de sus relatos breves aparecidos en diversas revistas.

1956

La editorial Taurus edita *Producciones García S.A.*, novela en la que Edgar Neville aborda algunos aspectos del mundillo cinematográfico durante el período republicano.

1957

Estrena sus comedias *Prohibido en otoño* en el teatro Lara (14 de noviembre) y *Alta fidelidad* en el teatro María Guerrero (23 de diciembre). A pesar de sus problemas de peso y con la comida, publica *Mi España particular. Guía arbitraria de orientación turística y gastronómica,* que también prueba su carácter viajero. Otra de sus aficiones le lleva a escribir *Flamenco y cante jondo.* Taurus edita *La piedrecita angular,* donde continúa con su habitual humor ya alejado del vanguardismo de su primera etapa.

1959

Fallece la madre de Edgar Neville. Vuelve a triunfar con *La vida en un hilo* (Teatro María Guerrero, 5 de marzo), comedia basada en la película del mismo título que ya había estrenado en 1945. Lleva a la pantalla su adaptación de *El baile*, que se estrena el 17 de diciembre. Muere Manuel Altolaguirre y le dedica un sentido homenaje en *ABC,* en cuyas terceras es firma habitual.

1960

Realiza su última película, *Mi calle*, donde resume su visión de la España del siglo XX sin abandonar la perspectiva casticista y hace balance de algunos temas recurrentes en su filmografía. Se estrena el 21 de noviembre y, a partir de esa fecha, la relación con el cine se circunscribe a las tareas de guionista. Empeora su salud por su extremada obesidad.

1961

Su afición a la pintura le permite organizar una exposición propia en la galería San Jorge del Paseo de la Castellana. Biblioteca Nueva publica el segundo volumen de la recopilación de su obra teatral.

1962

Concede una larga entrevista a Marino Gómez-Santos, publicada en varias entregas del diario *Pueblo*. Repasa en la misma su trayectoria biográfica.

1963

El 31 de mayo estrena en el madrileño Teatro Lara su comedia *La extraña noche de bodas.* Fue su último estreno teatral. La fórmula de «la comedia de la felicidad» ha entrado en crisis por los cambios de gustos del público. Biblioteca Nueva publica el tercer volumen de la recopilación de su obra teatral

1964

Conoce a la joven Julia Altuna y se enamora. A partir de este año Edgar Neville se dedica preferentemente a la poesía y la pintura, mientras continúa con sus

colaboraciones periodísticas en *ABC, Sábado Gráfico* y otras publicaciones. La Librería Anticuaria El Guadalhorce, a cargo de su amigo Ángel Caffarena, edita en Málaga los folletos poéticos *El naufragio, Mar de fondo, Dime, amor, tu nombre* y *La borrasca.*

1965

Afrodisio Aguado edita un libro de relatos cortos de Edgar Neville con el título de uno de ellos, *El día más largo de Monsieur Marcel*. Al igual que en las anteriores recopilaciones, habían sido publicados en periódicos y revistas. Las curas de adelgazamiento ya no surten efecto. En octubre ingresa en la Clínica Cecil de Lausanne por el agravamiento de la enfermedad que acabaría con su vida. Aprovecha la ocasión para reencontrarse con Charles Chaplin. Taurus publica el volumen poético titulado *Amor huido.*

1966

Ángel Caffarena le edita en Málaga los folletos *Dos cuentos crueles, Cuatro estampas andaluzas* y *Figuras de pericón y coplillas*. En la misma ciudad aparece el titulado *Su último paisaje.* Edgar Neville escribe en *ABC* para reclamar un homenaje a Federico García Lorca y defiende los intereses turísticos de la Costa del Sol.

1967

Revista de Occidente edita el volumen *Poemas* de Edgar Neville, que fallece el 23 de abril a consecuencia de un paro cardíaco. La ceremonia del entierro estuvo presidida por Fernando María Castiella, Ministro de Asuntos Exteriores, y tuvo una destacada repercusión en la prensa.